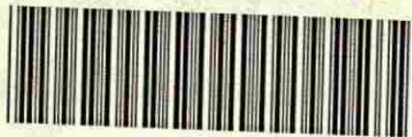




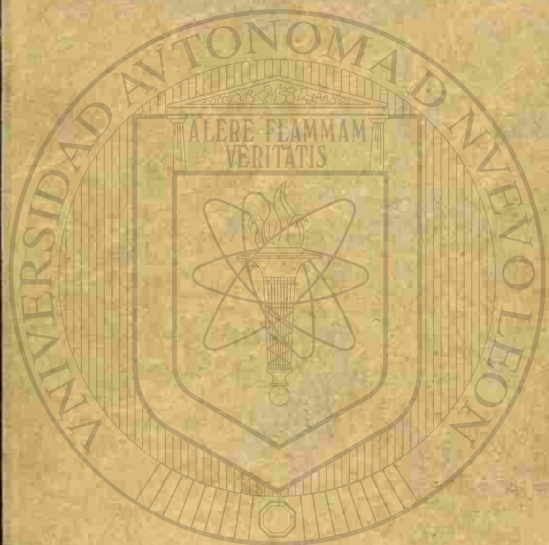
P02514

P68

v.2



1020026927



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

POT-BOUILLE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POT-BOUILLE

(MISERIA HUMANA)

POR

EMILIO ZOLA

TOMO II

101139

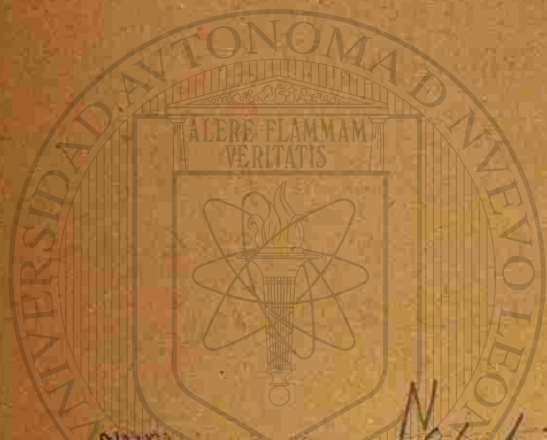
MADRID

LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTÍN, EDITOR

PUERTA DEL SOL, 6, Y CARRERAS, 39

EL LIBRO DE ORO

30849



Núm.

Núm. A.

Núm. Adq.

Procedencia

Precio

Fecha

Clasificó

Catalogó

N 2864
30849
- 8 -

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VES"
Apdo. 1035 MONTERREY, MEXICO

843

Z.

PQ 2514

P68

V. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

La versión al español de esta obra constituye una propiedad. Cumplidos los requisitos que preceptúa la ley, queda prohibida la reproducción en todo o en parte de la misma, como también cualquier otra traducción no autorizada por el propietario de la presente.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. S. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID. — IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

I.

Convertido Octavio en dependiente de Augusto Vabre, sus relaciones con los Duvoyrier fueron más íntimas. Frecuentemente entraba la esposa del consejero, al retirarse á casa, en la tienda de su hermano y se detenía algunos momentos á conversar con Berta. La primera vez que vió al joven instalado detrás del mostrador le echó en cara su falta de palabra, recordándole su antigua promesa de ir una noche á probar su voz al piano. Precisamente quería ofrecer á sus contertulios, en una de las primeras reuniones que celebrase al comenzar el invierno, una nueva audición de la *Bendición de los puñales*; pero para el mejor éxito de la pieza musical, necesitaba reforzar el coro con dos tenores más.

—Si no tiene V. inconveniente, dijo Ber-

ta á Octavio, un día puede V. subir, después de comer, á casa de mi cuñada... le espera á V.

La joven trataba á su dependiente con la mayor finura.

—El caso es que esta noche, contestó Octavio, me proponía arreglar un poco la anaquelera.

—No se preocupe V. de eso, repuso: los mozos se encargarán de ese trabajo. Le dejo á V. en completa libertad.

A cosa de las nueve llegó Octavio á presencia de Mad. Duveyrier, que le esperaba en el salón blanco y oro. Todo está dispuesto, el piano abierto, las bujías encendidas. Un quinqué, colocado sobre un velador alumbraba mal la habitación, dejando casi á oscuras la mayor parte de ella. Al verla sola, creyó deber preguntarle cómo seguía su esposo: Clotilde respondió, que se hallaba perfectamente. Sus colegas le habían encargado la redacción de un dictamen en un asunto muy grave, y había salido con el objeto de adquirir algunos datos que necesitaba.

—Ya sabe V., añadió con sencillez, se trata de las infamias descubiertas en la calle de Provence.

—¡Ah! dijo Octavio... ¿se ocupa en ese asunto?

Era un escándalo que preocupaba y apasionaba á todo París: una prostitución clandestina; niñas de catorce años entregadas á personajes de mucho viso. Clotilde añadió:

—Sí, por cierto, y le da bastante que hacer. Desde hace quince días, todas las noches las emplea en investigaciones...

Octavio, que sabía por Troublot, que Bachelard había convidado á Duveyrier á comer con él aquella tarde, y que después irían los dos á acabar la fiesta en casa de Clarisa, miró á Clotilde con cierta conmiseración, admirando su candidez. Pero ella, siempre seria, hablaba de su marido con gravedad, y contaba, dándose tono de persona formal, historias extraordinarias con las que explicaba por qué razón no se encontraba nunca su marido en el domicilio conyugal.

Sola, en aquel salón, parecía á Octavio bella. Sus cabellos rubios aumentaban la blancura de su tez y la serenidad de su rostro, de mujer encastillada en el fondo de sus deberes. Vestida de seda gris, con el pecho y el talle ceñidos por un corsé blindado con ballenas, aunque trataba al joven con una amabilidad sin calor, parecía que le separaba de él una triple muralla de acero.

—Con que si V. quiere, le dijo, comen-

zaremos los ensayos. Usted dispensará que le moleste; pero le ruego que despliegue todas sus facultades. Habrá V. oído á M. Duveyrier vanagloriarse de su horror á la música... por fortuna, ya lo sabe V., se halla fuera de casa...

Pronunció las anteriores frases con tal desprecio, que el joven creyó poder arriesgar una sonrisa. Por lo demás, aquel era el único ataque que, de vez en cuando se permitía dirigir á su marido, delante de la gente, exasperada por las burlas que le inspiraba su piano; ella que era bastante fuerte para ocultar el odio y la repulsión física que sentía hacia Duveyrier.

—¿Cómo es posible odiar la música? decía Octavio, con entusiasmo, para ganar la simpatía de la austera dama.

Clotilde se sentó al piano: sobre el atril estaba abierto un libro, que contenía varias piezas del antiguo repertorio. Había elegido una de *Zemira y Azor*, de Gretry, y después de hacérsela solfear á media voz, tocó el preludio y el joven cantó:

¡Al tigre, en cordero
Convierte el amor,

—¡Magnífico! exclamó Clotilde, contentísi-

ma... ¡es V. tenor, no hay duda... tenor! Prosiga V.

El joven Octavio, satisfecho, terminó la estrofa:

Miradme rendido,
Calmad mi temor!

Mad. Duveyrier estaba entusiasmada. Tres años hacia que buscaba, en vano, un tenor como él. Todos habían defraudado sus esperanzas, incluso Troublot; y era un dato cuyas causas debían estudiarse... apenas se hallaba un tenor, entre los jóvenes de buena sociedad... Sin duda, el uso del tabaco...

—Ahora vamos á dar á esas frases toda la expresión que requieren, dijo... ataque usted las notas con libertad.

Su rostro, frío, tomó un aspecto encantador de languidez, y sus ojos se volvieron hacia el joven con una ternura encantadora. Creyendo Octavio que se entusiasmaba con él, se animó, encontrándola bellísima. Ningún ruido llegaba de las habitaciones contiguas, la sombra del salón parecía envolverlos en una nube de voluptuosidad, y detrás de ella, rozando sus cabellos con su pecho,

para ver mejor el papel de música, suspiró los dos versos:

¡Miradme rendido,
Calmad mi temor!

Pero apenas terminó la frase melódica, dejó Clotilde caer su expresión apasionada, como si hubiera quitado una careta, y volvió a aparecer su eterna frialdad. Octavio retrocedió, inquieto, no queriendo intentar una aventura que le hiciese repetir la escena de Mad. Hedouin.

—Cantará V. muy bien, añadió Mad. Duveyrier. Lo único que debe V. hacer es marcar más el compás... Vea V., así...

Y cantó varias veces... «Calmad mi temor,» destacando las notas con un rigor de mujer virtuosa, cuya pasión por la música no pasaba de la superficie; pero había algo de mecánico en ella. Su voz subía poco a poco y llenaba el espacio de gritos agudos, cuando los dos oyeron de pronto decir, gritando:

—¡Señora! ¡Señora!

Clotilde se sobresaltó al reconocer, en la que gritaba, á su doncella Clemencia.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—Que su padre de V. ha dejado caer la

cabeza sobre los papeles y no se mueve... nos ha dado miedo.

Entonces, sin comprender del todo lo que pasaba, pero llena de sorpresa, abandonó el piano y siguió á la doncella. Octavio, que no se atrevió á acompañarla, comenzó á pasearse por el salón. Sin embargo, después de algunos minutos de duda, al oír pasos precipitados y voces, se decidió á ir en busca de Mad. Duveyrier, y atravesando un cuarto que estaba á oscuras se halló en la habitación del viejo M. Vabre. Todos los criados habían acudido, Julia con el delantal de cocina, Clemencia é Hipólito, preocupados aún con las peripecias de una partida de dominó que estaban jugando; y consternados y sin saber qué hacer rodeaban al anciano, mientras que Clotilde le gritaba al oído, pidiéndole que pronunciara una sola palabra, una cualquiera. Pero con la nariz sobre las papeletas, ni contestaba, ni se movía. Al bajar la cabeza había tropezado con el tintero, y una mancha de tinta le cubría el ojo izquierdo y se deslizaba en pequeña gota hasta sus labios.

—Es un ataque de apoplejía, dijo Octavio. No se le puede dejar ahí, es preciso acostarle.

Pero Clotilde perdía la cabeza, y decía:

—Cree V. que es un ataque... ¡Oh! Dios mio... ¡pobre padre!

Hipólito no se apresuraba, dominado por la repulsión que le inspiraba tocar al viejo, y fué necesario que Octavio reclamase su ayuda. Entre los dos le acostaron.

—Traiga V. agua tibia, añadió el joven, dirigiéndose á Julia. Es preciso lavarle la cara.

Mad. Duveyrier se irritaba contra su marido. ¿Debia estar fuera de casa en aquellos momentos? ¿Qué iba á ser de ella si ocurría una catástrofe? Parecía que lo hacía de ex-profeso: jamás estaba en casa cuando habia necesidad de él, y eso que rara vez se le necesitaba. Octavio la interrumpió para aconsejarla que mandase llamar al doctor Juillerat, en lo que nadie pensaba, é Hipólito corrió en su busca, contento de aquella ocasión, que iba á permitirle respirar un poco de aire.

—¡Dejarme sola! murmuraba Clotilde. Tendrá que arreglar sus asuntos mi pobre padre, necesitará tomar ciertas disposiciones, y yo no entiendo de eso.

—¿Quiere V. que avise á la familia? preguntó Octavio. Puedo llamar á sus dos hermanos de V.... De todos modos seria prudente...

Mad. Duveyrier no respondió. Sus ojos se inundaban de lágrimas, mientras que Julia y Clemencia procuraban desnudar al anciano. Llamando aparte á Octavio, le dijo: que su hermano Augusto estaba ausente, porque habia tenido que acudir aquella noche á una cita, y que, en cuanto á Teófilo haría bien en no subir, porque sólo su vista acabaría con su pobre padre. Y refirió que éste se habia presentado en el cuarto de su hijo á reclamarle los alquileres vencidos, y que, tanto él, como su esposa le habian recibido brutalmente; ella sobre todo, que al negarse á pagar, le reclamó la cantidad que habia ofrecido darle al casarse. Sin duda, el accidente que sufría habia sido causado por aquella escena, porque el anciano habia vuelto á su casa en un estado lamentable.

—Señora, dijo Clemencia, ya tiene frío todo un lado.

Esto aumentó la cólera de Mad. Duveyrier. Ya no hablaba por miedo de que se le escapase la lengua delante de las criadas. Su marido se cuidaba bien de sus intereses. ¡Si al menos conociera ella las leyes! Y no pudiendo estarse quieta, iba de un lado á otro. Octavio distraído con las papeletas que el viejo habia extendido sobre la mesa, las contemplaba. En un cajón de roble habia

otras muchas, meticulosamente separadas por cartones. Aquello representaba toda una vida de trabajo imbécil. En el momento en que leía en una de las papeletas: «Isidoro »Carbotel, salón de 1857; *Atalante*, salón »de 1859; el *León de Androcles*, salón de 1861, »retrato de M. P.***», Clotilde se colocó delante de él y le dijo, en voz baja:

—Vaya V. á buscarle.

Y como se admirase el joven, ella se encogió de hombros, y haciendo caso omiso de la historia del proceso de la calle de Provence, añadió:

—Ya sabe V. dónde puede encontrarle... calle de la Cerisaie... nadie lo ignora.

Octavio protestó...

—Aseguro á V., señora, dijo.

—No le defienda V., añadió. Soy demasiado dichosa con que vaya allí y me deje en paz... ¡Oh! ¡Si no fuera por mi pobre padre!

Octavio se inclinó. Julia, limpiaba entre tanto el ojo de M. Vabre; pero la tinta se había secado y quedaba una mancha violácea en la piel. Mad. Duveyrier recomendó que no le frotasen tan fuerte, y volviéndose hacia el joven, que ya estaba cerca de la puerta:

—No diga V. nada á nadie, murmuró... Sería inútil poner en conmoción á toda la

casa. Tome V. un coche, y traigale V. de cualquier modo que sea.

Cuando partió, se dejó caer sobre una silla á la cabecera del enfermo. Todavía no había éste vuelto en sí: sólo su respiración lenta y penosa turbaba el sepulcral silencio que reinaba en la estancia. Entonces, como el médico no llegaba y se veía sola con las dos criadas que la miraban asustadas, prorrumpió en sollozos, en una crisis de profundo dolor.

En el café Inglés era donde se habían reunido á comer Bachelard y Duveyrier, sin que se supiera el motivo de aquella franquichela; quizás por el placer de obsequiar á un consejero del Tribunal Supremo y de mostrarle cómo los comerciantes sabían gastar el dinero. Llevó además á Troublot y á Guenlin: cuatro hombres y ninguna mujer, porque las mujeres según él no sabían comer; perjudicaban á las trufas y alteraban la digestión. Por lo demás, el tío Bachelard era conocido en todos los boulevares por sus fastuosas comidas cuando llegaba á Paris desde la India ó el Brasil alguno de sus clientes: comidas á trescientos francos por barba, en las que sostenía noblemente el honor del gremio de los comisionistas franceses. Entonces se apoderaba de él una ver-

dadera hidrofobia de gastar dinero, exigía lo que había de más caro, todo género de curiosidades gastronómicas, hasta incombibles, como *sterlets* del Volga, anguilas del Tiber, grullas de Escocia, abutardas de Suecia, patas de oso de la Selva Negra, jorobas de bisonte de América, nabos de Teltow, higos de Grecia; y por añadidura, melocotones en Diciembre, perdicés en Julio y un lujo de flores, de cubiertos, de vajilla que ni en los festines de Cleopatra. En cuanto á los vinos, reclamaba las marcas más desconocidas, y ninguno de los que le presentaban le parecía bastante añejo, bastante raro. Su sueño era encontrar botellas de las que tuviese que pagar á dos luises la copa.

En aquella ocasión como estaban en verano, época en la que todo abunda, le costó trabajo organizar una comida cara. Sin embargo, la lista de los platos, acordada el día anterior, fué notable: sopa de crema de espárragos, timbales á la Pompadour, una trucha á la generala y un filete de vaca á la Chateaubriand, ortolanes á la Lúculo y ensalada de cangrejos. Por último, como asado; cimera de corzo, y como legumbres, corazones de alcachofas á la jardinera seguidas de un *soufflé* de chocolate y de una siciliana de frutas. Un *menu* sencillo y grandioso, enri-

quecido con una colección de vinos verdaderamente regia: Madera añejo después de la sopa, Chateau-filhot 58 con los entremeses, Johannisberg y Pichon-Longueville después de las entradas, Chateau-Lafitte 48 antes de la ensalada, Sparling-Moselle con el asado y Røederer helado con los postres. Bachelard echó sin embargo de menos una botella de Johannisberg, de cincuenta y cinco años que había comprado un turco el día anterior en diez luises, mil reales.

—Beba V., repetía sin cesar á Duveyrier: cuando los vinos son buenos no emborrachan. Son como la comida, cuando es delicada jamás hace daño.

El viejo solterón, á pesar de todo se contenía. En aquella ocasión se daba aires de hombre de bien; estaba muy peinado y afeitado; llevaba una rosa en el hojal de la levita, y no rompía los platos como tenía de costumbre. Troublot y Guenlin hacían los honores á todos los manjares que servían. La teoría del tío parecía ser cierta, porque el mismo Duveyrier que padecía del estómago, había bebido mucho, y había repetido de la ensalada de cangrejos sin experimentar la menor desazón. Sólo se habían encendido algo las manchas rojas de su rostro.

A las nueve estaban comiendo todavía. Los candelabros cuyas llamas agitaba el aire que entraba por una ventana entreabierta, iluminaban la plata y el cristal que había en la mesa: cuatro canastillas de flores se marchitaban en medio de la confusión de los platos y cubiertos. Además de los dos maestros de ceremonias que dirigían el servicio, había detrás de cada convidado un camarero encargado de proveerlos de pan, de vino, y de cambiar los platos. Hacía calor a pesar del aire fresco del boulevard.

Cuando sirvieron el café con licores y cigarrillos y se retiraron los mozos, Bachelard, arrellanándose en una silla, lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Ah! exclamó... se siente uno bien, ¿no es verdad?

Troublot y Guenlin que le habían imitado, respondieron:

—¡A las mil maravillas!

—¡Está uno completamente satisfecho! añadió Duveyrier... ¡Sobre todo los cangrejos!

Los cuatro se miraron maliciosamente. Se entregaban a la lenta y egoísta digestión de cuatro burgueses que acababan de atiforrarse lejos de los fastidios que causa la familia. Aquello costaba caro; nadie había

comido con ellos; ninguna mujer estaba allí para abusar de su enternecimiento, y se desabrochaban para estar á sus anchas. Con los ojos entornados, evitaron al pronto hablar, absorto cada cual en su goce solitario; pero después, al verse libres y felicitándose por no haber llevado mujeres, pusieron los codos sobre la mesa, acercaron sus rostros encendidos, y hablando sin cesar, no sabían ocuparse en su interminable conversación, más que de las mujeres.

—¡Yo estoy desengañado! declaró Bachelard. La virtud es lo mejor, digan lo que quieran.

Duveyrier aprobó esta teoría con un signo de cabeza.

—Por eso me he despedido de los placeres... Y eso que la he corrido en grande, añadió Bachelard, en la calle de Godot-de-Mauroy las conozco á todas. Rubias, morenas, coloradas... y algunas que otras tienen unas formas deliciosas... Luégo hay las casas de huéspedes de Montmartre... por último, en algunas callejas sin salida, las hay también, pero tan feas y con un armazón... que es cosa de desesperarse.

—¡Oh! ¡las mujeres públicas! interrumpió Troublot con su acostumbrado acento de superioridad... ¡qué calamidad! Lo que es

PERSONAL DE BERNARDO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO DE YAGÜE
1925 MONTREY, MEXICO

para mí están demás. No valen lo que cuestan.

Esta conversación demasiado verde acariciaba deliciosamente los oídos de Duveyrier, mientras apuraba á sorbitos una copa de Kummel.

—Yo, dijo, no puedo admitir en principio el vicio... me subleva. Para amar á una mujer es preciso estimarla, ¿no es verdad? Me sería de todo punto imposible acercarme á una de esas desgraciadas que trafican con su cuerpo, á no ser que se mostrase verdaderamente arrepentida ó hubiese abandonado la vida de desórdenes para convertirse en una mujer honrada. No hay una misión más noble para el amor... aludo á una querida honesta, de buenas costumbres, ya me comprenden ustedes. En semejante caso no digo que no caería en la tentación, carecería de fuerzas para resistir.

También yo he tenido queridas honradas, dijo Bachelard; y son aún más cargantes que las otras, y por añadidura unas tunantás. A espaldas de uno se divierten con otros á riesgo de adjudicarnos una enfermedad. Sin ir más lejos, la última que tuve, una señora al parecer que encontré en la puerta de una iglesia: la puse un comercio de modas en las Ternas, cualquier cosa, un

pretexto para mantenerla sin ofender su dignidad. ¡Por supuesto que nadie iba á comprar...! Pues bien, ¿lo creerá V.? al poco tiempo se divertía con todos los vecinos de la calle que le decían buenos ojos tienes.

Guenlin, cuyos cabellos rojos estaban más erizados que de costumbre, murmuró chupando el cigarro:

—¿Y la otra, aquella alta de Pany, la de la confitería? ¿Y la que hospedó V. en una casa encargándola la confección de canastillas para los huérfanos? ¿Y la viuda del capitán, aquella que enseñaba la cicatriz del sablazo que tenía en el vientre? Todas, querido tío, todas se han burlado de V. Ahora puedo decírselo á V... una noche tuve que defenderme como un héroe de la de la cicatriz... quería que la hiciera el amor, pero no soy tan tonto como todo eso. Con mujeres como aquella, nunca se sabe adonde se va á parar.

Bachelard que se enfadó al pronto, se contuvo, y mordiéndose los labios:

—Hijo mío, le dijo, puedes quedarte con todas... lo que ahora tengo es mucho mejor.

Y satisfecho de la curiosidad que excitaban sus palabras, se negó á dar explicaciones, por más que deseaba ser indiscreto dejando adivinar su tesoro.

—¡Una verdadera señorita! añadió; mi palabra de honor, una señorita en toda la extensión de la palabra.

—No puede ser, ya no las hay, dijo Troublot.

—¿De buena familia? preguntó Duveyrier.

—En cuanto á eso no hay nada que pedir, afirmó el tío. Imagínese V. la castidad en toda su rudeza... ha sido una casualidad tropezar con ella. Después de habernos conocido íntimamente, estoy seguro de que ni siquiera se ha apercibido de ello.

Guenlin que le escuchaba con asombro, hizo un gesto de duda murmurando:

—¡Ah! sí... ya sé.

—¿Qué has de saber! añadió Bachelard encolerizado. Ni tú ni nadie sabe una palabra... ¡Yo solo...! Nadie la ve ni la toca. ¡No faltaba más!

Y volviéndose hacia Duveyrier:

—V. que es hombre de corazón me comprende... Tanto me enternece la muchacha, que cuando voy á verla, me salgo de allí como si tal cosa... pero de todos modos, su compañía me proporciona un rinconcito honesto, donde se conforta mi espíritu... ¡Ah! ¡si V. supiera, está tan bien educada, es tan pura, tiene un cutis tan fino, unos hombros

y unos muslos... tan redondos y tan duros...! ¡es un encanto!

La sangre ardía al oírle en las venas del magistrado. Troublot y Guenlin miraban á Bachelard, y les daba gana de cruzarle la cara al ver correr á través de sus dientes postizos la baba que se le caía yendo á escurrir por los extremos de su boca. ¡Cómo! ¡aquel montón de carne y huesos, aquel hombre corrido y gastado, poseía una inocencia en todo su apogeo, acariciaba unas carnes frescas y tiernas, manchándolas con sus vicios de viejo y sucio borracho!

—Por lo demás, decía Bachelard, mi propósito es hacer feliz á esa criatura. Lo que siento es que puedo ser su papá... sino... pero de todos modos, si encuentro un chico juicioso, se la doy... en matrimonio se entiende.

—Hará V. entonces felices á dos seres, murmuró Duveyrier con acento de sensibilidad.

El calor les asfixiaba, el mantel estaba lleno de manchas de licor y de ceniza de los cigarros, necesitaban cambiar de horizontes y salir á respirar el aire.

—¿Queréis verla? preguntó de pronto Bachelard levantándose.

Todos se miraron. Ya se ve que sí, por qué

no habían de tener gusto en verla si esto le agradaba; y en su simulada indiferencia había una satisfacción glotona ante la idea de terminar el banqueté en casa de la niña del viejo. Duveyrier, sin embargo, recordó que los esperaba Clarisa. Bachelard pálido y agitado después de su declaración, aseguró que no harían más que entrar y salir, la verían y se irían en seguida, en seguida. Abandonaron el restaurant, y esperaron un momento en la puerta mientras el anfitrión pagaba la cuenta. Cuando se presentó éste, Guenlin afectó ignorar donde vivía la señorita virtuosa.

—¿Hacia donde nos dirigimos tío? dijo.

Bachelard torturado por su deseo vanidoso de mostrar á Fifi y por el temor de que le arrebataran su tesoro, se detuvo un instante, miró hacia la derecha, después hacia la izquierda, y al fin exclamó:

—No, no quiero llevarlos á ustedes.

Y se obstinó en no ir, burlándose de las bromas de Troublot, y no dignándose ni siquiera alegar un pretexto para justificar su repentino cambio. No tuvieron más remedio que encaminarse á casa de Clarisa. Como hacia una noche hermosa, resolvieron ir á pié con el higiéunico propósito de hacer mejor la digestión.

Guenlin y Troublot iban delante: detrás seguían Bachelard y Duveyrier haciéndose las más fraternales confianzas. El primero, juraba y perjuraba al segundo que no desconfiaba de él: le habría llevado sin temor alguno á ver á la niña, porque sabía que era un hombre delicado; pero con los otros, era demasiada imprudencia pedir á los jóvenes más de lo que podían dar de sí. Duveyrier le aseguraba que obraba con cordura, confesándole de paso antiguos temores que le había inspirado Clarisa. Al pronto, apartó de ella á todos sus amigos; después, cuando le dió pruebas extraordinarias de su fidelidad, se decidió á recibirlos en casa de su querida para formarse allí un centro de solaz. ¡Oh! ¡Clarisa era una mujer de mucha inteligencia, incapaz del menor olvido; de mucho corazón y de ideas muy sanas! Su pasado no había sido muy correcto, por falta de buena dirección; pero desde que él la amaba se había hecho una mujer completa. El magistrado elogiando á su bella, no dejaba meter baza á Bachelard, quien tenía que contenerse para no decirle que su Clarisa era de todos los que se acercaban á ella.

—¡Oh! sí, tiene V. razón, decía; pero no lo dude V. la virtud es mejor que todo eso.

Un profundo silencio rodeaba la casa de

la calle de la Cerisaie. Duveyrier se sorprendió al notar que no se veía luz á través de los cristales del piso tercero. Troublot con la mayor seriedad, decía que sin duda se habría acostado Clarisa para esperarlos. Guenlin pensaba que tal vez estaría en la cocina jugando un tute con la criada. Llamaron. El gas ardía en la escalera, pero no se oía el menor ruido. Al pasar los cuatro amigos por delante de la portería, salió el portero y dijo á Duveyrier:

— Señor... la llave.

— ¿Pues qué no está la señora? preguntó Duveyrier sorprendido.

— No señor...; espere V., voy á darle una bujía.

Al presentarle la palmatoria, dejó apercibir el portero, bajo el respeto exagerado que acusaba su rostro, una sonrisa acanallada. Ni los jóvenes, ni Bachelard, hablaron una sola palabra. En medio del más profundo silencio subieron la escalera uno detrás de otro siguiendo á Duveyrier, que no podía explicarse aquella ausencia. La luz temblaba en su mano, produciendo en las paredes las gigantescas sombras de aquellos cuatro personajes que parecían fantasmas.

Al llegar al piso tercero, estaba tan turbado, que por más que hacía no acertaba á

meter la llave en la cerradura. Troublot se apresuró á abrir, y la llave al dar la vuelta produjo un ruido sonoro que repitió el eco, como bajo la bóveda de una catedral.

— ¡Diantre! murmuró, cualquiera diría que no habitaba nadie dentro.

— Suena á hueco, añadió Bachelard.

— Un panteón de familia, insinuó Guenlin.

Todos entraron precedidos de Duveyrier que llevaba la bujía en la mano. La antesala estaba vacía, todos los muebles habían desaparecido, y lo mismo ocurría en el salón y el gabinete. Ni alfombras, ni colgaduras, ni nada. Duveyrier, petrificado, miraba á sus piés, elevaba los ojos al techo y escudriñaba las paredes como si buscase el agujero mágico por donde se había evaporado el mobiliario de la casa.

— Vaya una limpieza que han hecho, murmuró Troublot.

— Quizás se han llevado los muebles para componerlos, dijo Guenlin con la mayor formalidad. Veamos la alcoba.

También estaba vacía, y no se veía en sus paredes ni en el techo más que los agujeros de los clavos de la percha y del baldaquín.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! balbuceó al fin Duveyrier, logrando romper á llorar.

Bachelard le habló con paternal cariño.

— Ánimo, amigo mío, le decía. Lo mismo me sucedió una vez, y como ve V. no me he muerto. ¡Al menos se ha salvado el honor!

El magistrado movió la cabeza tristemente, pasó al comedor, y desde allí á la cocina. El desastre continuaba, todo había desaparecido.

— Esto ya es demasiado, dijo Guenlin. Al menos debían haber dejado algún clavo.

Troublot, fatigado de la comida y de la caminata, comenzaba á aburrirse de aquella soledad. Pero Duveyrier que no soltaba la bujía, seguía su peregrinación á través de las habitaciones desiertas, y sus compañeros no tenían más remedio que ir detrás de él. Recorrió de nuevo la casa, registró los rincones, y las sombras movibles de los cuatro se proyectaban en las paredes. Para colmo de tristeza, todo estaba muy barridito y aseado, ni un pedazo de papel, ni una paja en el suelo, parecía una tacita de plata: el portero había tenido la crueldad de limpiar el cuarto con una rara perfección.

— Francamente, dijo Troublot al llegar por tercera vez al salón, lo que es yo no puedo más. Daría de buena gana cincuenta céntimos por una silla.

Los cuatro se detuvieron.

— ¿Cuándo la ha visto V. la última vez? preguntó Bachelard.

— Ayer, amigo mío, ayer; suspiró Duveyrier.

Guenlin se encogió de hombros. La mudanza se había hecho con rapidez. En esto lanzó Troublot una exclamación: acababa de descubrir sobre la chimenea un cuello postizo y un cigarro puro bastante deteriorado.

— No se queje V., dijo riéndose, le ha dejado á V. un recuerdo.

Duveyrier miró el cuello postizo con emoción, y después dijo:

— ¡Veinticinco mil francos en muebles! ¡Todo ese dinero me había gastado en poner la casa! Pues bien, no, no es el dinero lo que siento.

— ¿No quiere V. el cigarro? añadió Troublot. Entonces, si V. permite, voy á fumármelo. Está estropeado, pero liando alrededor un papel de fumar algo húmedo...

Le encendió en la bujía que conservaba Duveyrier, y sentándose en el suelo junto á la pared:

— Estoy rendido, añadió... no puedo con mi alma.

— ¿Pero no aciertan ustedes á explicarme dónde habrá ido? preguntó el magistrado.

Bachelard y Guenlin se miraron. La si-

tuación era delicada. Sin embargo, el tío tomó una resolución varonil, y contó al pobre hombre las farsas de Clarisa, sus continuos devaneos, los amantes que improvisaba todas las noches al final de sus reuniones, cuando él se iba. Sin duda se había escapado con el último, con Payan el albano, que quería convertir en un artista la ciudad de Marsella.

Duveyrier escuchaba con horror todas aquellas abominaciones, y exhalando un gemido de desesperación:

—Pero señor, exclamó, ¿no hay ya moralidad sobre la tierra!

Entonces, ávido de expansión, contó los sacrificios que había hecho por la ingrata. Habló de su fe, y la acusó de destruir en su alma los mejores sentimientos de la existencia, ocultando bajo este dolor sentimental el desengaño que sufrían sus apetitos carnales. Clarisa había llegado á ser para él una necesidad. Pero él la buscaría con el sólo objeto de echarle en cara su proceder, decía, y de ver si su corazón había perdido toda la nobleza que atesoraba en él.

—No haga V. tal cosa, decía Bachelard á quien encantaba el infortunio de su amigo, volvería á engañarle á V. ¡Nada! ¡nada! no hay como la virtud. Búsquese V. por ahí

una muchacha sin malicia, inocente como los niños recién nacidos, y entonces no habrá miedo... podrá V. dormir tranquilo.

Troublot que arrellanado sobre el suelo, veía que lo olvidaban:

—Si tiene V. mucho interés, exclamó, yo sabré donde ha ido á parar. Conozco á su criada.

Duveyrier le miró asustado de aquella voz que parecía brotar del suelo, y cuando apercibió al joven fumándose todo lo que había quedado de Clarisa, convirtiendo en humo los veinticinco mil francos empleados en muebles, hizo un movimiento de cólera, y respondió:

—No, no, es indigna de mí... Es preciso antes, que me busque y me pida perdón de rodillas.

—¡Calle! ¡sin duda es ella que vuelve! dijo Troublot alargando el oído.

En efecto, alguien andaba por la antesala, y se oyó una voz que decía: ¿Qué es lo que pasa? ¿Se han muerto todos? Poco después entró Octavio, sorprendido al ver los cuartos vacíos y las puertas abiertas. Su asombro creció de punto al ver en el salón á aquellos cuatro hombres, uno tirado por el suelo, los otros tres de pié, y alumbrados por una bujía que no soltaba Duveyrier. En breves

palabras le pusieron al corriente de lo que había pasado.

— ¡No puede ser! exclamó.

— ¿Qué, no le han dicho á V. nada en la portería? preguntó Guenlin.

— Nada absolutamente, el portero, que estaba muy tranquilo, me ha visto y no me ha dicho nada... ¡Con que se ha escapado! ¡No me extraña! Tenía unos ojos y unos cabellos tan apetitosos.

Preguntó pormenores de la fuga, olvidado de la triste noticia que llevaba, y de pronto, sin transición, volviéndose hacia Duveyrier.

— A propósito, le dijo, su esposa de V. me ha enviado á buscarle... ¡Su suegro de V. se muere!

— ¡Ah! murmuró el magistrado.

— ¡El viejo Vabre! dijo Bachelard... Era de esperar.

— ¡Bah! cuando se le acaba á uno la cuerda se para, observó filosóficamente Guenlin.

— Y es lo mejor que puede suceder, añadió Troublot, tapando de nuevo los agujeros del cigarro que fumaba.

Al fin se decidieron á abandonar la casa desalquilada. Octavio, repetía que se había comprometido á llevar á Duveyrier en seguida, cualquiera que fuese el estado en

que se hallase. Este cerró la puerta cuidadosamente, como si dejara allí muertas sus ternezas, y avergonzado, al llegar al portal dió la llave á Troublot, para que se la entregase al portero. Una vez en la calle, cambiaron todos silenciosamente los más afectuosos apretones de manos; y en cuanto Octavio y Duveyrier partieron, en el coche de alquiler que esperaba al primero, Bachelard dijo á Guenlin y á Troublot:

— Truenos y rayos... es necesario que os la enseñe.

Hacia ya rato que, excitado por la desesperación del pobre diablo del magistrado, y gozando en su felicidad no pudo contenerse, y resolvió que los jóvenes le enviaran.

— Si va V. á llevarnos hasta la puerta, para que le esperemos allí, es inútil, dijo Guenlin.

— No, mil bombas, váis á verla. Me dará gusto que la veáis. Aunque sean las doce de la noche no importa, si está acostada se levantará. Es hija de un capitán, del capitán Menu y tiene una tía, excelente señora, nacida en Villeneuve, cerca de Lila. Pueden pedirse informes de ella en casa de los señores Mardienne hermanos, calle de San Sulpicio... ¡Ah! ¡Ya veréis! esto... esto es lo

que necesitamos... ¡así comprenderéis lo que es la virtud!

Y cogiéndose del brazo de los jóvenes, Guenlin a la derecha y Troublot a la izquierda, prosiguió la marcha, buscando un coche de alquiler para ganar tiempo.

Entre tanto, Octavio contó brevemente á M. Duveyrier el ataque que había sufrido M. Vabre, sin ocultarle que su señora sabía las señas de la casa de la calle de la Cerisaie. Después de una breve pausa, el magistrado preguntó, con voz doliente:

—¿Cree V. que me perdonará?

¡Octavio calló! El carruaje profundamente oscuro, aunque de cuando en cuando lo iluminaban los reverberos de la calle, avanzaba con rapidez. Al llegar, Duveyrier, torturado por las ideas que bullian en su mente, preguntó al joven:

—¿No es verdad, que lo mejor que puedo hacer es reconciliarme con mi esposa, mientras no cambien las circunstancias?

—Me parece, en efecto, ser lo más conveniente, respondió Octavio, obligado á decir algo.

Entonces sintió Duveyrier la necesidad de lamentar la desgracia de su suegro. Era un hombre muy inteligente, un trabajador incansable. Por lo demás era posible que se

salvase. Al llegar á la casa encontraron la puerta abierta y un grupo en el portal, delante de la portería. Julia, que había salido para ir á la botica, murmuraba contra los señores, que se dejaban morir los unos á los otros, cuando estaban enfermos: sólo los obreros se asistian, dándose tazas de caldo y poniéndose bayetas calientes en los piés. En dos horas que hacía que agonizaba el viejo, se podía haber muerto veinte veces, sin que sus hijos se hubieran tomado el trabajo de darle siquiera un sorbo de agua con azúcar. Corazones secos, decía M. Gourd, gentes que no saben dónde tienen su mano derecha, que se creerían deshonorados si hubieran descendido á poner una lavativa á su padre. Hipólito, por su parte, exagerando la pintura, retrataba á su ama con la estupidez en el rostro y los brazos caídos en presencia del anciano, sin tomar una resolución. Al ver llegar á Duveyrier todos callaron.

—¿Cómo sigue? les preguntó.

—El médico le está poniendo sinapismos, respondió Hipólito... y por cierto que me ha costado mucho trabajo hallarle.

Cuando subieron, Mad. Duveyrier salió á su encuentro. Había llorado mucho: sus miradas brillaban bajo sus escaldados párpados. El magistrado la tendió los brazos, y

dándole un beso en la frente, murmuró:

—¡Pobre Clotilde mía!

Sorprendida de aquella efusión retrocedió. Octavio se quedó un poco atrás, pero oyó decir al marido, en voz baja:

—Perdóname, olvidemos nuestros pecadillos en estas tristes circunstancias. Ya lo ves, vuelvo á tus brazos para siempre. ¡Ah! bien castigado estoy.

Clotilde, sin responder, procuró librarse de sus caricias. Después, tomando ante Octavio, la actitud de mujer que no quería saber nada:

—No te habria molestado, porque ya sé cuánto te ocupan los asuntos relativos al proceso de la calle de Provence; pero me he hallado sola, y he comprendido que era de todo punto necesaria tu presencia. Mi pobre padre está perdido. Entra á verle, el doctor está con él.

Cuando Duveyrier pasó á la habitación del enfermo se acercó á Octavio, que estaba de pié junto al piano. El instrumento continuaba abierto, la pieza de *Zemira* y *Azor* estaba aún sobre el atril, y el joven simulaba que estudiaba.

El quinqué no alumbraba más que un ángulo del salón. Mad. Duveyrier miró un instante á Octavio sin hablarle; pero domi-

nada por un deseo, se resolvió á salir de su habitual reserva.

—¿Estaba allí? le preguntó.

—Sí, señora.

—Entonces... ¿qué es lo que le ocurre?

—La persona en cuestión le ha abandonado, llevándose cuanto habia en la casa. Le hallé entre cuatro paredes, con una bujía en la mano...

Clotilde expresó con un gesto su desesperación. Comprendió la actitud de su marido, y su rostro indicó la repugnancia y el desaliento que sentía. No era bastante perder á su padre: esta desgracia iba á servir de pretexto para una reconciliación. Le conocía lo bastante para saber que, no teniendo fuera nada que le llamase la atención, la agobiaría con sus atenciones. Esclava del deber, temblaba ante la idea de no poder negarse á pagar el tributo que seguramente la impondría. Contempló un momento el piano, sus ojos se llenaron nuevamente de lágrimas, y dijo sencillamente á Octavio:

—Gracias, caballero.

Los dos entraron á su vez en el cuarto del enfermo. Duveyrier, muy pálido, escuchaba al doctor Juillerat, que le daba explicaciones á media voz. M. Vabre tenia un ataque de apoplejia serosa, podía tirar hasta el día

siguiente; pero no ofrecía la menor esperanza. Clotilde llegó en el momento en que el médico pronunciaba la sentencia y se dejó caer sobre una silla, tapándose los ojos con el pañuelo, que estaba ya empapado en llanto. Sin embargo, tuvo fuerzas para preguntar al doctor si su pobre padre recobraría al menos el conocimiento. El doctor lo dudaba, pero comprendiendo el fin de la pregunta, expuso su creencia de que M. Vabre tenía arreglados sus asuntos desde hacía mucho tiempo. Duveyrier, cuyo espíritu parecía haberse quedado en la desierta casa de la calle de la Cerisaie, se despertó como quien dice, miró á su esposa, y después añadió: que M. Vabre no confiaba á nadie sus resoluciones, razón por la cual no sabía nada á punto fijo, sólo había promesas favorables á su hijo Gustavo, á quien su abuelo hablaba siempre de mejorar, para recompensarlos por haberle hospedado; pero de todos modos, si había hecho testamento, ya lo encontrarían.

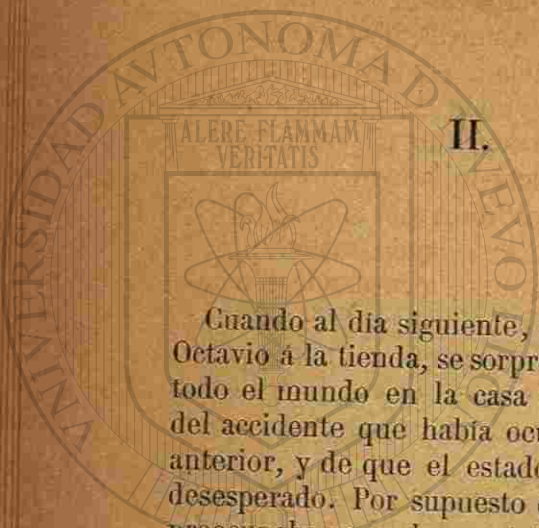
—¿Sabe la familia lo que ocurre? preguntó Juillerat.

—¡Oh! no, ¡Dios mío! murmuró Clotilde... ¡yo sola he recibido el fatal golpe...! Mi primer pensamiento ha sido mandar á buscar á mi marido.

Duveyrier la acarició con una nueva mirada. Los dos se entendían, y pausadamente se acercó á la cama y examinó al anciano en cuyos miembros aparecía una rigidez cadavérica, mostrando su rostro manchas amarillas. Un reloj dió la una. El doctor anunció que iba á retirarse, porque después de haber empleado los más activos revulsivos, nada le quedaba que hacer. Volvería por la mañana muy temprano, y al fin, iba á salir con Octavio, cuando Mad. Duveyrier llamó al joven:

—Esperemos á mañana, ¿no es verdad? dijo. Haga V. que Berta suba á verme, con cualquier pretexto... yo llamaré á Valeria y ellas serán las que comuniquen la triste noticia á mis hermanos... ¡Ah! ¡Pobres...! ¡Que duerman aún tranquilos esta noche! ¡Con nuestras lágrimas y nuestros cuidados tiene bastante por ahora!

Y ella y su marido quedaron solos, enfrente del anciano, cuya penosa y agonizante respiración llenaba el cuarto.



Cuando al día siguiente, á las ocho, bajó Octavio á la tienda, se sorprendió al ver que todo el mundo en la casa estaba enterado del accidente que había ocurrido la noche anterior, y de que el estado del casero era desesperado. Por supuesto que el enfermo preocupaba poco: lo que á todos parecía in-interesar, era la herencia que dejaba.

Los Pichon se disponían á tomar el chocolate, cuando al ver pasar á Octavio le llamó Julio:

—Buena se va á armar, si al fin se muere, le dijo. ¡Vamos á ver escenas edificantes! ¿Sabe V. si ha hecho testamento?

El joven, sin responder, preguntó cómo había llegado la noticia á sus oídos.

Maria la había sabido en la panadería: las criadas habían ido difundiéndola de casa en

casa. Y después de dar un cachete á la niña, porque se lavaba los dedos en la jicara de chocolate, añadió la joven:

—¡Deja mucho dinero! ¡Si se acordara de nosotros y nos dejara cinco céntimos por cada mil de los que tiene! Pero no hay miedo de que se le haya ocurrido tan buena idea.

Al marcharse Octavio, añadió:

—Ya he leído los libros que me trajo V.... venga V. á recogerlos cuando guste.

Bajó aprisa, inquieto, recordando que había ofrecido á Mad. Duveyrier enviarle á Berta, antes de que cualquiera indiscreción la informase de lo que ocurría, y al llegar al piso tercero tropezó de manos á boca con Campardon.

—Hola, amigo, exclamó éste... ¡Con que su principal de V. hereda! Según mis noticias el viejo tenía seiscientos mil francos, y además esta casa. ¡Es claro! no gastaba nada viviendo en compañía de los Duveyrier y le quedaba lo que se trajo de Versalles, y por añadidura lo que le producían los alquileres... ¡Una buena breva para repartirla en tres partes!

Hablando de este modo bajaba con Octavio; pero en el segundo encontraron á madame Juzeur, que volvía de averiguar en qué había pasado su criadita más de una

30849

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL
"ALFONSO GARCÍA ROBLES"
Apdo. 1065 MONTERREY, N. L.

hora que había tardado en ir á comprar cuatro sueldos de leche, y como era natural tomó parte en la conversaci3n, mostrándose bien enterada.

— No se sabe en qué forma ha dejado sus bienes, dijo: de seguro habrá historias.

— De cualquier modo, ya me gustaría á mí estar en su lugar, añadió sonriéndose el arquitecto... La cosa no es difícil... se hacen tres partes iguales, cada cual pesca la suya; y paren ustedes de contar.

Mad. Juzeur se asomó á la barandilla, miró hacia arriba, y cuando estuvo segura de que no la oían, dijo en voz baja:

— ¿Y si no hallasen lo que esperan? Corren rumores...

El arquitecto arqueó los ojos, y encogiéndose de hombros expuso, que todo aquello eran habladurias. M. Vabre era un viejo avaro, que guardaba sus ahorros en el tradicional calcetín. Y después de expresar de este modo su opini3n se fué, porque tenía una cita en Saint Roche con el cura Manduit, diciendo antes á Octavio:

— Mi mujer está muy quejosa con V. Entre V. de vez en cuando á verla.

Mad. Juzeur deteniendo al joven:

— ¿Pues y á mí? añadió. Me tiene V. muy abandonada... Creía que me estimaba V.

algo; pero ya veo que no es así. Cuando venga V. á verme le daré á probar un licor delicioso que me han traído.

Ofreció visitarla y corrió hacia á la calle, pero antes de llegar á la puerta de la tienda encontró al paso un grupo de criadas que estaban repartiendo la fortuna del moribundo. Tanto para Mad. Clotilde, tanto para M. Augusto y tanto para M. Teófilo. Clemencia fijaba las cantidades, y las sabía bien porque Hipólito le había dicho lo que tenía el viejo, y el ayuda de cámara había visto el dinero en un caj3n. Julia sin embargo, discutía las sumas. Lisa contaba cómo su primer amo, un viejo solter3n, la había engañado reventando sin dejarla siquiera la ropa sucia, mientras que con los brazos caídos y la boca abierta, escuchaba Adela aquellos cuentos de herencias figurándose que veía pilas de monedas de plata. En la acera, con aire solemne, hablaba M. Gourd con el almacenista de papel de enfrente, indicando que en su concepto el casero había espirado ya.

— Lo que á mí me interesa, añadió, es saber á quién le ha tocado la casa. Que lo han repartido todo... perfectamente; ¡pero la casa no pueden dividirla en tres pedazos!

Octavio llegó por fin á la tienda. La pri-

mera persona á quien vió sentada delante de la caja fué á Mad. Jossierand, ya peinada, vestida y como quien dice con el arma al brazo. Cerca de ella estaba Berta, que por lo visto había bajado á escape, con un sencillo peinador, y que parecía muy animada. Las dos se callaron al verle, y la madre le lanzó una mirada furibunda.

—¿Es así, caballero, le dijo, como demuestra V. su gratitud á la casa? Ya sé que toma V. parte en la conspiración que traman los enemigos de mi hija.

Quiso defenderse, explicar lo que había pasado; pero sin dejarle hablar, le acusaba de haber pasado la noche con los Duveyrier buscando el testamento del viejo para arreglarlo á su gusto. Y como Octavio se riera, preguntando qué interés podría tener en ello...

—¿Qué interés? añadió: ¿qué interés? Vuestro interés caballero, debía ser el de correr á anunciarnos lo que pasaba, ya que Dios había querido que fuese V. testigo del accidente. ¡Cuando pienso que sin mí no sabría á estas horas mi hija nada de lo que ocurre! Si yo no vengo volando, me la despojan como dos y dos son cuatro. Su interés de V... ¿qué sabemos cuál es? Aun que Mad. Duveyrier está ya algo averiada, en

este mundo hay gentes para todo. ¡Creo que me explico!

—Por Dios, mamá... exclamó Berta... ¡Clotilde que es una santa!

Mad. Jossierand mirando con piedad á su hija:

—¡Calla tonta! exclamó... ya sabes que en este mundo se hace todo por el dinero.

Octavio necesitó referirles con sus pelos y señales cuanto había sucedido. Entre tanto las dos se dirigían miradas confidenciales: no había duda, habían hecho gatuperios. ¡Clotilde era demasiada buena queriendo ahorrar emociones á la familia! Para quien la creyera. Al fin dejaron al joven consagrarse á sus ocupaciones, no sin conservar dudas acerca de su participación en el asunto, y continuaron charlando con viveza.

—¿Quién va á pagar los cincuenta mil francos, inscritos en el contrato de boda? dijo Mad. Jossierand. Cuando él esté debajo de tierra, no los atrapa un galgo.

—¡Oh! ¡los cincuenta mil francos! murmuró Berta algo confusa. Ya sabes que él como vosotros, debía darnos diez mil francos cada seis meses... Aun no ha cumplido el primer plazo... mejor es esperar.

—¡Esperar...! esperar á que vuelva del otro mundo para traerlos... ¡Tiene gracia...!

Pedazo de animal, tú quieres que te roben... No y mil veces no... Ahora mismo, en caliente, vas á exigir que te den el dinero antes de proceder al reparto de la herencia. Nosotros vivimos aún á Dios gracias: no pueden saber si pagaremos ó no; pero él ha muerto, y es preciso que pague.

Obligó á su hija á jurar que no cedería de su derecho, porque no había dado lugar en ningún tiempo á que la tomasen por una estúpida. Al mismo tiempo que se enfurecía, prestaba el oído hacia el techo como si quisiera averiguar á través del piso entresuelo lo que pasaba en el principal en casa de los Duveyrier. El cuarto del enfermo debía precisamente hallarse encima del sitio en donde estaba. Augusto había subido á ver á su padre en cuanto ella le anunció lo que sucedía, pero esto no la tranquilizaba, deseaba ir ella misma, y como no podía, se imaginaba que urdían contra su hija las más complicadas tramas.

—Vé, vé tú, exclamó al fin dirigiéndose á Berta. Augusto es demasiado débil, y son capaces de hacerle cómplice de sus planes.

Berta subió. Octavio que arreglaba el escaparate las oyó, y al verse solo con madame Josserand que se disponía á salir, prometiéndose un día de asueto, la pregunta

si no sería conveniente cerrar la tienda.

—¿Por qué razón? le dijo. Espere V. si quiera á que se muera. ¿A qué fin perder la venta que pueda hacerse?

Y después al ver que iba á poner en el escaparate una pieza de seda grana, añadió para dulcificar la rudeza de su frase anterior.

—Lo único que puede V. hacer, es no poner colorines en el escaparate.

Berta halló á Augusto cerca de su padre.

Nada había cambiado en la habitación desde la víspera: continuaba triste, silenciosa, llena de la misma respiración agonizante. El viejo rígido sobre la cama, permanecía completamente privado de sentimiento y movimiento. El cajón lleno de papeletas aparecía aún en la mesa: no se había movido ningún mueble, no se había abierto al parecer ningún cajón. Los Duveyrier se mostraban muy abatidos, fatigados por la noche de insomnio, inquietos y mortificados por una continua preocupación. A las siete habían enviado á Hipólito al Liceo Bonaparte á buscar á su hijo Gustavo; y el chico, un joven de diez y seis años, delgaducho y precoz, estaba allí con el asombro de un día de inesperadas vacaciones que debía pasar cerca de un moribundo.

— ¡Ah! querida mía... ¡qué golpe tan atroz! dijo Clotilde adelantándose á recibir á Berta.

— ¿Por qué no avisarnos á tiempo? respondió ésta poniendo la cara seria de su madre. Nosotros debíamos haber ayudado á ustedes á soportar tanta desdicha.

Augusto la suplicó con la mirada que callase. Aquel no era el momento oportuno de formular quejas. Podían esperar. El doctor Juillerat que ya había estado una vez, debía volver de un momento á otro, pero no les daba esperanza... el enfermo no llegaría á la noche. Augusto comunicaba estas noticias á su mujer, cuando entraron Teófilo y Valeria. Clotilde fué á su encuentro, y repitió al dar un beso á su cuñada...

— ¡Qué golpe tan atroz! querida mía.

Teófilo estaba muy enfadado.

— Eso es, dijo en alta voz; se le muere á uno su padre, y el carbonero de la esquina es quien se encarga de anunciarlo. Por lo visto habéis querido tomaros tiempo para registrarle los bolsillos.

Duveyrier se levantó indignado; pero Clotilde le detuvo mientras decía en voz baja á su hermano:

— Desgraciado... ¡Ni la agonía de nuestro pobre padre te merece respeto! Mirale, con-

templa tu obra; si, tú eres quien le ha puesto así por negarte á pagarle lo que le debes de alquileres.

Valeria se echó á reír:

— ¡Eso no puede ser más que una broma! dijo.

— ¡Cómo broma! añadió Clotilde indignada. Ya sabéis cuánto le gustaba cobrar la renta de su casa. Si os hubierais propuesto matarle no podíais haber hecho nada más á propósito que negarle ese gusto.

La reyerta continuó en términos más vivos, acusándose recíprocamente de que querían anticiparse la herencia, cuando Augusto los llamó al orden.

— ¡Callad! les dijo: ya tendréis tiempo de reñir. En estos momentos no es oportuno.

La familia cediendo á la justicia de aquella observación, rodea el lecho del enfermo. En medio del silencio que siguió, volvió á oírse la respiración del agonizante. Berta y Augusto estaban á los piés de la cama, detrás de ellos y cerca de la mesa, se colocaron Valeria y Teófilo, Clotilde se hallaba á la cabeza teniendo detrás á su marido y delante á su hijo Gustavo, á quien el viejo Vabre adoraba. Todos se miraban sin pronunciar una palabra. Pero sus ojos expresaban las sordas reflexiones que se hacían, los ra-

ciocinios llenos de inquietud y de irritación que formilaban aquellas cabezas de herederos. La vista del colegial tan cerca de la cama, exasperaba á los dos matrimonios jóvenes; porque no había duda, los Duveyrier contaban con la presencia de Gustavo para enternecer al abuelo si recobraba el conocimiento.

Pero este propósito era al mismo tiempo una prueba de que no había testamento, y las miradas de los Vabre se dirigían furtivamente, hacia una antigua caja de hierro que el notario había llevado de Versailles, colocándola en uno de los ángulos de su cuarto. Allí guardaba todo cuanto tenía precio á sus ojos. Sin duda los Duveyrier se habían apresurado á registrar la caja durante la noche. Teófilo proyectaba tenderlos un lazo para obligarlos á hablar.

—Diga V., murmuró al oído del magistrado, convendría llamar á un notario... Papá puede querer cambiar sus últimas disposiciones.

Duveyrier no le entendió al pronto. Como se aburría demasiado en aquel cuarto, no había hecho toda la noche más que pensar en Clarisa. Lo más prudente era reconciliarse de verdad con su mujer; pero la otra era tan retrechera, sobre todo cuando tiraba la

camisa por todo lo alto, y con la mirada vaga, fija en el moribundo, la veía tomando parte en aquellas escenas lividinosas y habría dado todo el oro del mundo por poseerla una vez más, una siquiera. Teófilo tuvo que repetir su insinuación.

—Ya he preguntado á M. Renaudin, contestó Duveyrier muy azorado, y no hay testamento.

—Lo tendrá en casa.

—Tampoco aquí.

Teófilo miró á Augusto. No había duda, le había cogido en el lazo. Los Duveyrier habían hecho un registro minucioso. Clotilde observó su mirada y se irritó contra su marido. ¿Qué le pasaba? ¿El dolor le quitaba su habitual malicia para los negocios? A fin de enmendar la torpeza:

—Papá ha hecho seguramente lo que ha debido hacer, dijo, y por desgracia no tardaremos en saberlo.

Se puso á llorar, y Berta y Valeria hicieron otro tanto, aunque con menos efusión. Teófilo se volvió á su sitio de puntillas: ya sabía lo que quería saber. Además, si su padre volvía en sí, no dejaría á los Duveyrier abusar de la presencia del monigote de su hijo, para que los mejorase. Pero al sentarse notó que su hermano Augusto se en-

jugaba los ojos, y entonces su emoción fué tan grande que le ahogaba. La idea de la muerte le afligía: tal vez moriría él también como su padre y esto era horrible. Entonces toda la familia se deshizo en llanto. El único que no podía llorar era Gustavo. Todo aquello le consternaba y miraba al suelo, acompañando su respiración con la del enfermo, y esto por ocuparse en algo, como cuando en el colegio le hacían marcar el paso en las lecciones de gimnasia.

El tiempo pasaba: á las once volvió el doctor Juillerat, y manifestó que el enfermo empeoraba hasta el punto de que dudaba que pudiese reconocer á sus hijos antes de espirar. Los sollozos comenzaron cuando Clemencia anunció al cura Manduit. Clotilde que salió á su encuentro, fué la primera que oyó sus palabras de consuelo. Parecía identificado con el dolor de la familia, y tuvo para cada cual una frase afectuosa. Después, con mucho tacto, habló de los derechos de la religión, é insinuó que no debían dejar partir aquel alma sin los auxilios de la Iglesia.

—Ya había pensado en eso, dijo Clotilde.

Pero Teófilo opuso algunas objeciones. Su padre no practicaba, y hasta en otro tiempo había profesado ideas muy avanza-

das porque leía á Voltaire: de todos modos, lo mejor era abstenerse toda vez que no era posible consultarlo. En el calor de la discusión, añadió:

—¡Es como si quisiera V. dar la Eucaristía á uno de esos muebles!

Las tres señoras le impusieron silencio. Profundamente conmovidas se pusieron de parte del sacerdote y se excusaron de no haberle mandado buscar, por efecto de la turbación que les había producido la catástrofe. Si M. Vabre hubiera podido hablar, de seguro habría consentido en recibir los Santos Sacramentos, porque ante todo y sobre todo no era amigo de las excentricidades...

—Aunque no fuera más que por el qué dirán, insinuó Clotilde.

—Eso es, tiene V. razón, exclamó, aprobando sus palabras el eclesiástico. ¡Qué pensarían en el barrio! Un hombre en la posición de su señor padre, debe dar buen ejemplo á los demás.

Augusto no emitió su opinión; pero Duvyrier, abandonando los recuerdos de Clarisa, que se le aparecía en aquel instante poniéndose una media con la pierna levantada, reclamó con elocuencia que se administrase al enfermo. Era preciso; ningún miembro de la familia había muerto sin recibir

los Sacramentos. El doctor Juillerat, que por discreción se había retirado un poco, evitando dejar traslucir su desdén de libre pensador, se acercó entonces al cura y le dijo con la mayor familiaridad, como á un camarada á quien hay costumbre de hallar á menudo en semejantes casos:

—¡Mire V. que urge...!

El eclesiástico partió en seguida anunciando que volvería con la Comunión y con la Extremaunción, por lo que pudiera ocurrir. Entonces Teófilo con su habitual terquedad, murmuró:

—Si se empeñan en hacer comulgar á los muertos contra su voluntad... eso es otra cosa.

Però acto continuo experimentaron todos una viva emoción. Al volver Clotilde á su puesto, observó que el moribundo había abierto los ojos. No pudo contener un ligero grito, los demás acudieron, y los ojos del anciano pasaron lentamente alrededor del grupo que formaban sus hijos, sin que se moviera su cabeza. Asombrado también el médico, se acercó á la cabecera para seguir aquella crisis suprema.

—Papá... somos nosotros... ¿no nos reconoce V.? preguntó Clotilde.

M. Vabre la miró fijamente; después sus

labios se movieron, pero sin producir sonido alguno. Todos se empujaban para acercarse, queriendo arrancarle la última palabra. Valeria, que estaba detrás, tuvo que ponerse de puntillas, y dijo de mala manera:

—Le están ustedes ahogando... sepárense... Si dice ó quiere algo, no vamos á poder oírle.

Obedecieron su indicación, y en efecto, el enfermo prosiguió escudriñando la habitación con los ojos.

—No hay duda, desea algo... dijo Berta.

—Aquí está Gustavo, murmuraba Clotilde... ¿Le ve V., no es verdad? Ha venido del colegio para darle á V. un beso... Anda, hijo mio, besa á tu abuelo.

El chico, asustado, retrocedía; pero ella le detenía, mirando al viejo, con la esperanza de ver en el rostro descompuesto una sonrisa. Pero Augusto, que observaba la dirección de las miradas del moribundo, indicó que miraba á la mesa, y que tal vez quería escribir. Todos se apresuraron á complacerle, arrimaron la mesa, buscaron papel, pluma y tintero y le incorporaron un poco, poniéndole almohadas detrás. El doctor autorizaba todo esto con un simple guiño de ojos.

—Déle V. la pluma, decía Clotilde, temblorosa, sin soltar á Gustavo y procurando metérselo por los ojos á su padre.

Entonces hubo un minuto solemne. La familia, reunida en torno de la cama, esperaba. M. Vabre, que parecía no reconocer á nadie, soltó la pluma que le habían puesto entre los dedos. Miró á la mesa en donde estaba el cajón con las papeletas de su famosa estadística, se dejó caer hacia adelante, haciendo un supremo esfuerzo alargó el brazo, y cogiendo con la mano las papeletas se puso á removerlas, con el gusto de un niño feliz, que amasa alguna porquería. Estaba radiante, quería hablar, pero no acertaba á balbucear más que una sílaba, siempre la misma, una de esas sílabas que los niños de pañales repiten con frecuencia:

—Ga... ga... ga... ga...

Era que se despedía de aquel trabajo de toda su vida, de su gran estudio estadístico. De pronto inclinó la cabeza y quedó muerto.

—Me lo temía, balbuceó el doctor, extendiéndole en la cama y cerrándole los ojos, al ver el estupor de la familia.

¿Era aquello posible? Augusto apartó la mesa: los demás permanecieron mudos y helados. ¡Dios mío! ¿qué hacer? puesto que no había nada que esperar, por lo menos se

repartirían la fortuna que quedaba. Y Clotilde, después de apresurarse á enviar de nuevo al colegio á Gustavo, para evitarle el dolor de aquel triste espectáculo, lloraba, sin fuerza, la cabeza apoyada en un hombro de Berta, que sollozaba, lo mismo que Valeria. Teófilo y Augusto, cerca del balcón, se frotaban los ojos; pero quien se mostraba más desesperado, quien ahogaba los más fuertes sollozos con el pañuelo era Duveyrier. No, decididamente, no podría vivir sin Clarisa; mejor quería morir como el anciano que acababa de espirar.

—Señora, anunció Clemencia, los Santos Sacramentos.

El cura Manduit apareció en el dintel de la puerta. Detrás, asomaba la cabeza curiosa de un monaguillo. El sacerdote observó rápidamente lo que pasaba, preguntó con una mirada al médico, quien se encogió de hombros, como dando á entender que no era culpa suya si el enfermo se había ido antes de tiempo, y después de balbucear algunas oraciones, se fué un tanto mohino.

—Mala señal, decía Clemencia á los criados, reunidos á la puerta de la antesala. No se molesta en balde al Santísimo... ya verán ustedes como vuelve á esta casa antes que pase un año.

El entierro de M. Vabre se verificó al día siguiente. Duveyrier tuvo muy buen cuidado de indicar en la esquila de convite, que había recibido los Santos Sacramentos. Como se cerró la tienda, Octavio quedó libre y se alegró de aquel día de asueto, porque hacía tiempo que deseaba arreglar su cuarto, cambiar de sitio los muebles y colocar sus libros en un armario, que había comprado de lance. Se levantó más temprano que de costumbre y terminaba sus arreglos á las ocho el día del entierro, cuando María llamó á la puerta de su cuarto. Le llevaba un paquete de libros.

—Ya que no va V. á buscarlos, dijo, preciso es que me tome el trabajo de traerlos.

Pero se negó á entrar, poniéndose muy colorada, sólo al pensar que podía entrar en la habitación de un soltero. Sus relaciones habían cesado por completo y de un modo natural, porque él no había vuelto á buscarla; pero no por eso había dejado ella de mostrarse afable y hasta de sonreírle, cuando le encontraba.

Octavio estaba aquella mañana de buen talante y quiso darla broma.

—¿Es Julio quien la prohíbe á V. que entre en mi cuarto? dijo. ¿Y qué tal está V. con él? ¿Se muestra amable? Ya compren-

de V. lo que quiero decir... Vamos, respóndame V.

Ella se reía como una tonta, sin escandalizarse.

—Cuando V. le convida á Vermouth y le cuenta V. cosas que le hacen volver á casa como un loco... entonces es demasiado amable, respondió. No deseo yo tanto; pero prefiero que se desahogue en casa, á que vaya á otra parte.

Poniéndose de pronto seria:

—Aquí le traigo á V. la novela de Balzac... no he podido acabarla... ¡Es demasiado triste! Ese buen señor no sabe contar más que cosas desagradables.

Y le pidió historias en las que hubiera mucho amor, con aventuras y viajes á países extraños. Después habló del entierro. Se proponía ir á la iglesia; pero su marido llegaría hasta el cementerio. Nunca la habían dado miedo los muertos: á los doce años pasó toda una noche velando á un tío y á una tía, que habían muerto casi al mismo tiempo. Julio por el contrario, no quería hablar de muertos, y era tal su aprensión, que la había prohibido hablar del difunto que había en la casa.

Aparte de esto no hallaba nada que decir, y su marido, por su parte, tampoco encon-

traba otro asunto de conversación. Podía asegurar que no habían hablado más que diez palabras por hora, y siempre pensando en el muerto. Esto comenzaba á aburrirla, y deseaba que se llevaran cuanto antes el cadáver, para que Julio se tranquilizase. Contenta de verse a sus anchas, preguntó á Octavio si había visto al muerto, si se había desfigurado mucho, si era verdad, como le habían contado, que había ocurrido un abominable accidente al meterle en la caja, y si era cierto que sus hijos habían hasta descosido los colchones para buscar el testamento del viejo. Octavio dijo, que todos aquellos cuentos y chismes eran obra de las criadas. Después la dió nuevos libros:

—Otra novela de Balzac, dijo María. No, por Dios. Todo lo que pinta ese autor, se parece demasiado á lo que pasa en la vida real.

Al devolverle el libro, Octavio cogió su mano y quiso hacerla entrar en su cuarto. La curiosidad que había manifestado por la muerte le había chocado, y le pareció al verla animada, más viva y más apetitosa que otras veces. Pero ella comprendió la intención; se puso muy colorada, se escapó de sus manos y se alejó, diciendo:

—Muchas gracias, M. Mouret... Hasta luego: nos veremos en el entierro.

Cuando se vistió, Octavio recordó la promesa que había hecho á Mad. Campardon, de ir á visitarla. El entierro era á las once, tenía dos horas por delante y quiso aprovecharlas, haciendo varias visitas á sus vecinos. Rosa estaba aún en la cama; pero le recibió. Antes de entrar quiso marcharse, cuando le indicaron que todavía no se había levantado; pero ella misma le llamó. ¡Se le veía con tan poca frecuencia, y además se consideraba la esposa del arquitecto tan feliz al proporcionarse una distracción!

—Vea V. lo que son las cosas, dijo, yo soy quien debía estar abajo en un ataúd, como el casero.

Pareciale éste tan dichoso, por haber dejado de padecer, que Octavio, sorprendido al hallarla dominada por semejante melancolía, la preguntó si se sentía peor.

—¡Oh! no, gracias, contestó: siempre me hallo lo mismo; pero á veces me aburro y hasta me desespero. Aquiles ha tenido que poner su cama en su despacho, porque cuando dormía en mi cuarto, sólo oírle moverse me atacaba los nervios... Ya sabrá V. que Gasparina, cediendo á nuestras súplicas, ha dejado al fin y al cabo de ir á la tienda. ¡Le estoy muy agradecida, me cuida con una ternura! ¡Dios mío! Lo que es yo no viviría,

sin tantas pruebas de cariño como me dan los que me rodean.

Precisamente Gasparina, con su aire humilde de pariente pobre, convertida en criada, le llevaba el café. La ayudó á incorporarse, le puso almohadas por detrás y la sirvió el desayuno, en una tabla cubierta con una servilleta. Y Rosa, con su chambra bordada en medio de las sábanas con embozos de encaje, comió con buen apetito. Aparecía muy fresca, rejuvenecida y guapa, con su cutis blanco y sus cabellos rubios rizados.

—¡Oh! el estómago lo tengo bueno, dijo; no es apetito lo que me falta, añadió, mojado la tostada en el café.

Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas, y Gasparina la riñó cariñosamente.

—Si lloras voy á llamar á Aquiles, dijo. ¿No estás contenta? ¿No vives aquí como una reina?

Cuando Mad. Campardon acabó de desayunarse y quedó á solas con Octavio, estaba ya consolada. Por coquetería volvió á hablar de la muerte; pero con la dulce alegría de una mujer perezosa, que pasa entre sábanas las primeras horas de la mañana. De todos modos, también ella se iría al otro barrio cuando le llegase la vez; pero todos tenían razón, no era desgraciada, porque la

ahorraban los rudos trabajos de la existencia. Y se embriagaba en su egoísmo de ídolo sin sexo.

Después, al levantarse el joven para irse:

—Venga V. á verme con más frecuencia, dijo, y diviértase V. No se entristezca V. en el entierro. Todos los días hay muertos, es necesario acostumbrarse.

En el mismo piso llamó, en casa de madame Juzeur, y Luisa salió á abrir. Le condujo al salón, le miró un instante con aire de idiota y acabó diciéndole, que su ama estaba concluyendo de vestirse. Mad. Juzeur no tardó en presentarse, vestida de negro y con el rostro más afable que de costumbre.

—Estaba segura de que vendría V. hoy, le dijo, con cierta displicencia. Toda la noche he estado soñando... le veía á V... imposible dormir, ya V. comprende, con un muerto en la casa.

Y confesó que se había levantado tres veces, para mirar debajo de la cama.

—Por qué no me llamó V., contestó Octavio con fatuidad. Cuando están dos en un mismo lecho, se va el miedo.

—¡Calle V., picaron! le dijo, tomando una expresión de vergüenza encantadora, y poniéndole la mano abierta sobre la boca.

Como era natural tuvo que besársela. En-

tonces abrió más los dedos y se rió, como si la hicieran cosquillas.

Pero él, excitado por aquel juego, trató de llevar las cosas más lejos. La cogió y la estrechaba fuertemente, sin que ella hiciera el menor movimiento para separarse, diciéndola al oído:

—Vamos, á ver, ¿por qué no quiere V.?

—¡Oh! en todo caso, hoy no.

—¿Por qué?

—Con ese muerto abajo... no, no, me sería imposible.

Octavio la estrechaba con mayor efusión, y ella se abandonaba á él.

—Entonces, ¿cuándo? ¿Mañana?

—Nunca.

—Es V. libre, sin embargo. Su marido se ha portado tan mal, que no le debe V. ninguna consideración... ¿Tiene V., acaso, miedo de quedar en estado interesante?

—No, los médicos me han asegurado que eso no puede suceder.

—Pues, entonces, si no hay una razón, sería demasiado tonto privarse...

El joven trató de forzarla, pero se le escapó de entre las manos; y después, cogiéndole ella en sus brazos é impidiéndole que se moviera, añadió con voz cariñosa:

—Todo lo que V. quiera, menos eso...

¿Lo oye V.? ¡Eso nunca, nunca! Mejor querría morir. Es un capricho... he jurado ante Dios... en fin, V. no necesita saber. Es V. tan brutal como los demás hombres, á quienes nada les satisface si se les niega algo. Todo, todo lo que V. quiera, menos eso, amor mío.

Se entregaba, le permitía las caricias más libres y secretas; no rechazándole con un movimiento de brusco vigor nervioso, más que cuando intentaba el solo acto prohibido. En su obstinación había algo parecido á una reserva jesuítica, algo, así como miedo del confesonario, la certitud de obtener el perdón de los pecados veniales, mientras que el pecado gordo podría proporcionarla algunos disgustos con su director espiritual. Después experimentaba otros sentimientos inexplicables, el honor y la estimación de sí misma, la coquetería de tener siempre sujetos á los hombres, no satisfaciendo jamás del todo sus deseos, un sabio goce personal de hacerse comer á besos por todas partes, sin sufrir la desilusión del desaliento final. Esto la gustaba más y se obstinaba: ningún hombre podía vanagloriarse de haberla poseído, después del cobarde abandono de su marido. Y aseguraba que era una mujer honrada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
 ALFONSO
 Apta. 1005 MONTERREY, MEXICO

—No, señor, ni uno solo, añadía: puedo andar por la calle con la cabeza erguida. ¡Cuántas desdichadas en mi situación se habrían abandonado!

Separándole con suavidad, se levantó del canapé, y le dijo:

—Déjeme V..., me aflige demasiado la desgracia de abajo... Parece que toda la casa toma parte en el duelo.

Además, la hora del entierro se acercaba y Mad. Juzeur quería ir á la iglesia antes de que se llevasen el cadáver, para no ver los preparativos fúnebres en la casa. Al despedirle recordó que le había hablado del licor famoso, y haciéndole entrar de nuevo, trajo ella misma la botella y dos copas. Era una crema muy azucarada, con perfume de flores. Ella era muy golosa, se habría alimentado sólo con azúcar y pasteles á la vainilla ó á la rosa.

—Esto nos sostendrá, dijo bebiendo.

Se despidieron, y en la antesala ella cerró los ojos cuando él la besó en la boca. Sus labios azucarados se deshacían como el caramelo.

Iban á dar las once. El cadáver no había podido aún ser bajado al portal para la exposición, porque los operarios de las Pompas fúnebres, después de haber perdido al-

gún tiempo en una taberna próxima, no acababan de colocar las negras colgaduras. Octavio bajó á ver lo que pasaba por curiosidad. Las paredes y el techo estaban ya colgadas, pero faltaban los paños que debían cubrir la puerta. En la acera las criadas charlaban formando un animado grupo, mientras que Hipólito de riguroso luto y dándose tono, activaba los trabajos.

—Si, señora, decía Lisa á una mujer muy seca, una viuda que se hallaba al servicio de Valeria desde hacía una semana; de nada le ha servido... Todo el barrio sabe esa historia. Para asegurar su parte en la herencia del viejo, se hizo fabricar el chico que tiene, por un carnicero de la calle de Santa Ana... y no es extraño, porque su marido parecía estar entonces como ahora con un pié en la sepultura. Pero el marido vive, y el viejo las ha liado. Se ha lucido ella con el sucio chiquillo, sin necesitarlo para nada.

La viuda encogiéndose de hombros y llena de asco:

—Bien empleado le está, dijo: cometió una bajeza y la paga. Lo que es yo no pienso estar mucho en su casa. Esta mañana mismo la he anunciado que me voy. ¡Querrá V. creer, que el monstruo del chico se hizo ayer la porquería en medio de la cocina!

Lisa vió á Julia que bajaba á dar una orden á Hipólito, y corrió á su encuentro. Después de algunos minutos de conversaci6n, volvió al lado de la criada de Valeria.

—Ni el diablo entiende lo que pasa, le dijo... ¡vaya un enredo! Yo creo que su ama de V. podia haberse ahorrado el trabajo de empollar al chico, y hasta lo mismo sería que hubiera reventado su marido antes que el viejo. Todavía andan buscando el gato del difunto. ¡La cocinera dice que tienen unas caras...! en fin, caras de gentes que antes de que llegue la noche se darán de cachetes.

Adela llegaba, con cuatro suses de manteca de vaca debajo del delantal. Mad. Joserand le tenía muy encargado que no enseñase jamás las compras que hacía. Pero Lisa quiso ver lo que llevaba, y al verlo la puso de estúpida que no habia por donde cogerla. ¿Era cosa de bajar á la calle por cuatro suses de manteca? En su lugar, ella habria obligado á los avaros de sus amos á alimentarla bien, ó sino ella se habria tomado la justicia por su mano, comiéndose la manteca, el azúcar, la carne. Todas las criadas impulsaban á Adela con sus consejos á la rebeli6n. Se pervertía por momentos. Cogiendo un poco de manteca se la co-

mió en el acto sin pan ni nada, para echárselas de valiente delante de sus compañeras.

—¿Subimos? preguntó.

—No, dijo la viuda, quiero ver cómo le bajan.

—Yo también, añadió Lisa, dicen que pesa diez arrobas. Si le dejasen caer en la escalera, bonito estropicio se armaría.

—Pues yo me voy que no quiero verle, dijo Adela.

Para volver á soñar con él como en la noche pasada, que me parecía que me tiraba de los piés, diciéndome atrocidades á causa de las basuras que echo al patio. No... no, me voy.

Y se fué seguida de las bromas de las otras criadas. Toda la noche en el piso de los cuartos de los domésticos, se habian divertido con las pesadillas de Adela. Por lo demás, las criadas, no queriendo quedarse solas, habian dejado abiertas las puertas de sus cuartos, y habiendo jugado al aparecido un cochero bromista, se oyeron gritos y risas hasta el amanecer en todo el largo corredor. Lisa mordiéndose los labios, aseguraba que le quedaria memoria de aquella noche de broma y de jaleo.

Pero la desentonada voz de Hipólito, llamó su atenci6n hacia las colgaduras.

—¡Borrachón! gritaba perdiendo su dignidad, no ve V. que está colocando ese paño al revés.

En efecto, el operario iba á colgar del revés el paño donde estaba el escudo con las cifras del difunto. Los demás paños negros galoneados de plata estaban ya en su sitio, y no faltaban más que ligeros detalles cuando se presentó un carretero de mano cargado de muebles. Un chico le empujaba, y una joven pálida le seguía echando una mano. M. Gourd que conversaba con su amigo el papelista de enfrente corrió hacia ellos, y á pesar de la solemnidad de su luto:

—¿Adónde van ustedes? gritó... Tú, imbecil, no ves lo que está sucediendo.

La joven intervino:

—Soy la nueva inquilina, dijo, y traigo mis muebles.

—Ahora es imposible entrar... vuelva V. mañana, exclamó el portero.

Ella le miró, y después no sin asombro, observó las negras colgaduras. Pero se repuso, y explicó que no podía dejar sus muebles en medio de la calle. Entonces M. Gourd se desahogó insultándola.

—Por lo visto, dijo, es V. la ribeteadora... la que ha alquilado el cuarto de arriba... Una manía del casero. Y todo por cobrar

ciento treinta francos, sin recordar lo que nos fastidió el carpintero. Sin embargo, me ofreció no alquilar á ningún operario... pero volvemos á las andadas, y lo que es peor aún con una mujer.

Acordóse de que M. Vabre había muerto:

—Si señora, añadió, mire V. lo que quiere, el dueño de la casa es quien se ha muerto, y si las hubiera liado ocho días antes, seguramente no estaría V. aquí... Vamos ande V. aprisa antes que bajen el ataúd.

Y en su exasperación empujó él mismo el carretón á través de las colgaduras, desapareciendo los muebles, y su dueña bajó los paños que volvieron á cerrar la puerta de la calle.

—A tiempo llega esa, dijo Lisa. Debe ser divertido mudarse á una casa en la que hay un entierro. Lo que es yo en su lugar, le digo una fresca al bruto del portero.

Pero se calló al ver reaparecer á M. Gourd que era el terror de los domésticos. El mal humor de éste, nacía, según las murmuraciones, de que la casa iba á ser adjudicada á Teófilo y á su esposa. Por su parte habria hecho el sacrificio de dar cien francos de su bolsillo porque fuera su amo M. Duveyrier, que al menos era un magistrado. En este sentido hablaba con el papelista.

La gente empezó á salir. Mad. Juzeur pasó dirigiendo una sonrisa á Octavio que estaba con Troublot en la acera. Después se presentó María, y se quedó para ver cómo ponían la cama en donde había de colocar el ataúd.

— Los del segundo son chocantes, decía M. Gourd mirando á los cerrados balcones de aquel piso. Parece que se esmeran en hacer lo contrario que los demás... Hace tres días que emprendieron un viaje.

En aquel momento se ocultó Lisa detrás de la viuda, porque vió á Gasparina que llevaba una corona de violetas, atención del arquitecto que deseaba conservar buenas relaciones con los Duvéyrier.

— ¡Hola! exclamó el papelista, parece que quiere hacer méritos la otra Mad. Campardon.

La llamaba así, inocentemente, del mismo modo que los demás tenderos del barrio. Lisa contuvo una carcajada. En esto supieron las criadas que ya habían bajado el cadáver, y lamentándose de haber perdido el tiempo en la calle contemplando las colgaduras, entraron en seguida en el portal y vieron que entre cuatro hombres le llevaban hacia la puerta.

— Se ha ido sin cobrar los recibos de este mes, murmuró Lisa, expresando en broma

la aversión que inspiran los caseros á las hijas de París.

Mad. Gourd, que había permanecido en su butaca se levantó trabajosamente. Ya que no podía ir á la iglesia, le había recomendado su marido que se asomase á despedir al difunto. Y le acompañó hasta la puerta, con su cofia de cintas negras.

En San Roque, durante la ceremonia, el doctor Juillerat no quiso entrar en el templo. Había mucha gente dentro y se formó un grupo de hombres en el atrio. Hacía un hermoso día de Junio, y como no podían fumar se pusieron á hablar de política. La puerta principal de la iglesia estaba abierta, y de cuando en cuando llegaban los acordes del órgano.

— Ya saben ustedes que en las próximas elecciones se presenta candidato por nuestra circunscripción M. Thiers, dijo con aire grave León Jossierand.

— ¡Ah! objetó el doctor. Supongo que usted, un republicano, no votará en su favor.

— ¿Y por qué no? Es adversario declarado del Imperio.

Con este motivo se suscitó una viva discusión. León hablaba de táctica, el doctor Juillerat evocaba la cuestión de principios. En concepto del último la clase media ha-

bia terminado su misión: no era ya más que un obstáculo en el camino de la revolución. Desde que había medrado se oponía al porvenir, con más obstinación y ceguedad que la antigua nobleza.

—Ustedes tienen miedo de todo, y cuando se creen amenazados se lanzan á la más funesta de las reacciones.

Campardon se enfadó.

—Yo, caballero, dijo, he sido jacobino y ateo como V. Pero gracias á Dios he vuelto á la razón... y ni siquiera votaré á M. Thiers. Es un teórico, un hombre que se divierte teniendo ideas.

Sin embargo, todos los liberales presentes, M. Jossierand, Octavio y Troublot mismo, escéptico en esto, como en todo, declararon que votarían á M. Thiers. El candidato oficial era un rico chocolatero de la calle Saint-Honoré, M. Duvineck, del que hicieron gran burla. Ni siquiera contaba con el clero, al que inquietaban sus afinidades con las Tullerías, y Campardon, que se había pasado con armas y bagajes á los clericales, acogía el nombre del candidato oficial con reserva. Después, sin transición, añadió:

—Créanme ustedes, la bala que ha herido á Garibaldi en el pié, debía haberle atravesado el corazón.

Y para que no le vieran más tiempo al lado de aquellos libre pensadores entró en la iglesia, donde la voz del cura Manduit respondía á las lamentaciones de los cantores del coro.

—Comulga ahora con esos, murmuró el doctor, haciendo un gesto de desprecio. Hace falta un buen barrido.

Los asuntos de Roma le apasionaban; mas cuando León recordó la frase del ministro de Estado diciendo ante el Senado que, en efecto, el Imperio había salido de la revolución, pero para contenerla, volvieron á hablar de las próximas elecciones. Todos estaban de acuerdo en la necesidad de dar una lección al Emperador; pero experimentaban ciertas inquietudes, los nombres de los candidatos los dividían, cerca de ellos, M. Gourd, vestido con la corrección de un diplomático los escuchaba, aparentando el mayor desdén: él estaba por el principio de autoridad.

La ceremonia terminaba, y un gran grito melancólico, que salía de las profundidades de la iglesia les hizo callar.

—*Requiescat in pace!*

—*Amén!*

¡En el cementerio del *Père-Lachaise*, mientras que descendían el cadáver, Trou-

blot, que iba del brazo de Octavio, le vió cambiar una nueva sonrisa con Mad. Juzeur!

—¡Oh! murmuró, la mujer desgraciada... ¡Todo lo que V. quiera, menos eso!

Octavio se estremeció. ¡Cómo! ¿También Troublot? Este último hizo un gesto de desprecio: no, él no, uno de sus camaradas, y además todos los que se contentaban con gastar la pólvora en salvas.

—Dispense V., añadió; puesto que ya está enterrado el viejo, voy á dar cuenta á Duvyrier de un encargo que me ha hecho.

La familia se retiraba silenciosa y doliente. Entónces Troublot detuvo al magistrado para indicarle que había visto á la criada de Clarisa, pero que no sabía sus señas, porque la fámula la había dejado la vispera de la mudanza, después de haberla dado de cachetes. Su última esperanza se desvanecía. Duvyrier ocultó el rostro con su pañuelo y se reunió á la familia.

Por la noche comenzó la guerra. La familia se hallaba en presencia de un desastre. M. Vabre, con esa indiferencia peculiar de los notarios no había hecho testamento. En vano registraron todos los muebles, y lo peor era que no había ni un solo céntimo de los seiscientos ó setecientos mil francos

esperados, ni dinero, ni títulos, ni acciones: lo único que hallaron fué setecientos treinta y cuatro francos en piezas de 50 céntimos, un capricho de viejo. En cambio, en una cartera y por la lectura de cartas y notas de agentes de cambio, supieron los herederos, llenos de cólera, el vicio secreto del difunto, una pasión desenfadada por el juego de Bolsa, que ocultaba con su famosa estadística. Todo se fué de sus manos, sus ahorros de Versalles, los alquileres de la casa, hasta lo que sacaba á sus hijos, y lo que era peor, había gravado la casa con tres hipotecas, que importaban ciento cincuenta mil francos. La familia permaneció aterrada ante la famosa caja de hierro, en la que creyó hallar una fortuna, sin encontrar más que una porción de objetos singulares, hallados en el suelo por la casa, pedazos de hierro viejo, cintos y pedazos de juguetes, robados á Gustavo.

Al convencerse de la triste verdad estallaron las recriminaciones. Le pusieron de pillo y de ladrón, que no había por donde cogerle. Era una indignidad malrochar de aquel modo el dinero, sin cuidarse de nada ni de nadie, y representando una infame comedia para hacerse mimar. Los Duvyrier se mostraban inconsolables de haberle

mantenido durante doce años, sin haberle reclamado una sola vez los ochenta mil francos del dote de Clotilde, del que sólo habían percibido diez mil. De todos modos eran diez mil francos, respondía con violencia Teófilo, que aún no había visto un céntimo de los cincuenta mil que le había prometido al contraer matrimonio. Pero Augusto á su vez se quejaba más amargamente, echando en cara á su hermano que al menos había recibido los intereses de aquel capital durante tres años, al paso que él ni capital ni intereses había visto, á pesar de haberle ofrecido, por medio de contrato, otros cincuenta mil francos. Berta, amaestrada por su madre, pronunciaba frases ásperas, mostrándose indignada por haber ingresado en una familia como aquella; y Valeria se lamentaba de haber pagado al viejo, durante algún tiempo los alquileres del cuarto, por miedo á que los desheredase, y calificaba de inmoral aquel dinero empleado en favorecer los extravíos de M. Vabre.

Durante quince días todas estas historias apasionaron á los vecinos de la casa. Por último no quedaba más que el inmueble, tasado en trescientos mil francos, que se quedaban en la mitad después de canceladas las hipotecas: ó lo que es lo mismo, sólo to-

caban á cada uno de los tres herederos cincuenta mil, misero consuelo, con el que, sin embargo, debían conformarse. Conviniéron en vender la casa, y Duveyrier se encargó de dar los pasos en nombre de su mujer. Por de pronto logró convencer á sus hermanos de que no debían acudir á la subasta judicial, manifestándoles que era mejor hacerla ante su notario M. Renaudin, un hombre de cuya probidad respondía. Después les inspiró la idea por conducto del mismo notario, según les dijo, de poner la casa á bajo precio, en ciento cuarenta mil francos nada más. Esto era muy conveniente porque acudirían los golosos, pujarían, y llegaría la venta á un precio fabuloso. Teófilo y Augusto aceptaron, celebrando de antemano lo peregrino de la idea. Pero el día de la subasta M. Renaudin, después de cinco ó seis pujas, adjudicó bruscamente la casa á M. Duveyrier en la suma de ciento cuarenta y nueve mil francos. No había ni lo preciso para pagar las hipotecas. Este fué el último golpe.

Jamás pudo saberse la terrible escena que pasó aquella noche en casa de los Duveyrier. Las severas paredes de la casa ahogaron las exclamaciones de indignación. Teófilo trató á su cuñado de vil y miserable:

públicamente le acusaba de haber sobornado al notario, prometiéndole que le nombrarían juez de paz. Augusto hablaba pura y simplemente de llevar ante los tribunales á Renaudin, cuyas picardias conocía todo el barrio. Pero si se ignoró siempre, cómo los miembros de aquella respetable familia llegaron á darse de bofetones, según de público se decía, por lo menos se oyeron las últimas frases que cambiaron en el dintel de la puerta, frases que se compaginaban mal con la severidad burguesa de la escalera.

— ¡Puerco! ¡Canalla! gritaba Augusto. Envías á presidio gentes que no han hecho ni la mitad que tú.

Teófilo, que salió el último, ahogándose en un acceso de tos:

— ¡Ladrón! ¡Ladrón! decía. Sí, ladrón... y tú, ladrona, ¿lo oyes? ladrona.

Y cerró la puerta con tal violencia, que todas las de la escalera se estremecieron. M. Gourd, que escuchaba, se alarmó. Con rapidez miró á todas partes, por el hueco de la escalera, y sólo descubrió el fino perfil de Mad. Juzeur. Acto continuo entró de puntillas en la portería y allí recuperó su aire digno. Por su parte, lleno de satisfacción, se ponía de parte del nuevo casero.

Algunos días después hubo un arreglo en-

tre Augusto y su hermana. Los vecinos de la casa se sorprendieron. Habían visto á Octavio entrar en casa de los Duvéyrier. El magistrado, algo inquieto, se había decidido á perdonar el alquiler de la tienda, durante cinco años, para cerrar la boca al menos á uno de los herederos. Cuando Teófilo lo supo, bajó con su mujer á armar un nuevo escándalo á su hermano. Se vendía, pasándose al partido de los canallas. Pero madame Jossierand estaba presente, y no se mordió los labios. Por de pronto aconsejó á Valeria que no se vendiese por menos precio que su hija, y la pobre mujer tuvo que batirse en retirada, diciendo:

— Quiere decir que nosotros vamos á ser los únicos que se queden en ayunas. Que me emplumen si pago el alquiler de mi cuarto. Tengo un contrato... veremos si ese presidiario se atreve á echarnos. Y en cuanto á tí, mi señora Berta, ya veremos cuánto se necesita para comprarte.

Las puertas se golpearon de nuevo, estableciéndose un odio mortal entre los dos matrimonios. Octavio, que les había prestado algunos servicios, ganaba por instantes la intimidad de la familia. Durante la escena anterior Berta se desmayó en sus brazos, mientras que Augusto fué á indagar si los

parroquianos que estaban en la tienda se habían enterado. La misma Mad. Josserand trataba con la mayor confianza al joven. Por lo demás se mostraba severa con los Duveyrier.

—Tener la tienda gratis es algo, dijo: pero yo quiero los cincuenta mil francos.

—Ciertamente, si tú entregas los tuyos, contestó Berta.

Su madre, pareció no comprender la indirecta.

—Los quiero, añadió: ¿lo oyes? Por cierto que debe reirse bien á sus anchas debajo de tierra el tuno de M. Vabre. Pero no le dejaré vanagloriarse de haberme jugado una mala pasada. ¿Es posible que haya en el mundo gente tan canalla? ¡Prometer un dinero que no se tiene! ¡Oh! yo te aseguro, hija mía, que te darán esos miles de francos. ¡De lo contrario, soy capaz de ir á desenterrar al viejo, sólo por tener el gusto de escupirle en la cara!

III.

Una mañana, hallándose Berta en casa de su madre, se presentó Adela muy asustada, anunciando que el señorito Saturnino estaba con un hombre á la puerta.

El doctor Chassagne, director del asilo de los Moulineaux, había advertido distintas veces á los padres del joven que no podía tenerle, porque no estaba en él bastante caracterizada la locura; pero un día, al saber que Berta había arrancado una firma á su hermano para sacarle los tres mil francos, temeroso de verse comprometido, resolvió enviarle con su familia.

Su llegada causó espanto. Mad. Josserand que temía que su hijo la estrangulase quiso hablar con el hombre que le acompañaba. Éste declaró sencillamente.

—El director me ha encargado que diga

parroquianos que estaban en la tienda se habían enterado. La misma Mad. Josserand trataba con la mayor confianza al joven. Por lo demás se mostraba severa con los Duveyrier.

—Tener la tienda gratis es algo, dijo: pero yo quiero los cincuenta mil francos.

—Ciertamente, si tú entregas los tuyos, contestó Berta.

Su madre, pareció no comprender la indirecta.

—Los quiero, añadió: ¿lo oyes? Por cierto que debe reirse bien á sus anchas debajo de tierra el tuno de M. Vabre. Pero no le dejaré vanagloriarse de haberme jugado una mala pasada. ¿Es posible que haya en el mundo gente tan canalla? ¡Prometer un dinero que no se tiene! ¡Oh! yo te aseguro, hija mía, que te darán esos miles de francos. ¡De lo contrario, soy capaz de ir á desenterrar al viejo, sólo por tener el gusto de escupirle en la cara!

III.

Una mañana, hallándose Berta en casa de su madre, se presentó Adela muy asustada, anunciando que el señorito Saturnino estaba con un hombre á la puerta.

El doctor Chassagne, director del asilo de los Moulineaux, había advertido distintas veces á los padres del joven que no podía tenerle, porque no estaba en él bastante caracterizada la locura; pero un día, al saber que Berta había arrancado una firma á su hermano para sacarle los tres mil francos, temeroso de verse comprometido, resolvió enviarle con su familia.

Su llegada causó espanto. Mad. Josserand que temía que su hijo la estrangulase quiso hablar con el hombre que le acompañaba. Éste declaró sencillamente.

—El director me ha encargado que diga

á ustedes, que el que está bueno para dar dinero á sus padres, lo está también para vivir en su compañía.

— Pero está loco y nos va á matar.

— No lo estuvo para otorgar su firma, añadió el hombre alejándose.

Saturnino tenía un aspecto tranquilo. Entraba en su casa con las manos en los bolsillos como si volviera de paseo. Ni siquiera despegó los labios para hablar de su estancia en el manicomio. Dió un abrazo á su padre que lloraba, besó á su madre y á su hermana Hortensia, que no las tenían todas consigo, y cuando vió á Berta corrió á colmarla de caricias con la más viva alegría. Esta aprovechó la ternura que la demostraba para anunciarle su casamiento. Ni se incomodó, ni parecía comprender lo que le decían, como si hubiera olvidado sus antiguos furros. Pero cuando la joven quiso bajar á su casa se irritó: poco le importaba que estuviera casada, lo que él quería es que permaneciese siempre con él. Entonces al ver el rostro desencajado de su madre que corría á encerrarse, Berta tuvo la idea de llevarse á Saturnino, pensando que en la tienda no faltaría alguna ocupación para él, aunque sólo fuese la de atar los paquetes.

Augusto á pesar de su repugnancia, cedió

á las insinuaciones de su esposa. Apenas hacía tres meses que se habían casado, y comenzaba á notarse entre ellos una sorda desunión. Era el choque de dos temperamentos, de dos educaciones diferentes, un marido meticuloso, sin pasión, y una mujer desarrollada en la atmósfera del falso lujo parisiense, viva, propensa á gozar sola como una niña egoísta y mal criada. Así es, que él no comprendía la necesidad de movimiento en ella, sus continuas salidas á visitas, á paseo, á compras; su galope á través de los teatros, de las fiestas y de las exposiciones. Dos ó tres veces por semana iba madame Jossierand á buscar á su hija, y se la llevaba hasta la hora de comer satisfecha de exhibirse con ella, aprovechando los trajes elegantes que no pagaba. Las más vehementes protestas del marido era contra aquel lujo cuya utilidad no comprendía. ¿A qué fin vestirse con una magnificencia superior al estado de su fortuna? ¿Qué necesidad había de gastar de aquel modo un dinero necesario á su comercio? Con frecuencia decía, que las que vendían seda á otras mujeres no debían usar más que lana; pero Berta tomaba entonces el aspecto feroz de su madre, preguntándole si quería que anduviera en cueros, y le desarmaba exponiendo que

en cambio como era verdad apenas gastaba en ropa interior.

—Prefiero que me tengan envidia á que me tengan lástima, decía. El dinero es el dinero, y cuando he tenido uno siempre he dicho que tenía dos.

Berta adquiría por momentos en el matrimonio el sistema y los procedimientos de Mad. Jossierand. Ya no era la joven indiferente y sumisa ante los bofetones maternos: era una mujer llena de caprichos, con la firme voluntad de someterlo á su deseo. Augusto la contemplaba á veces asombrado de aquella prematura madurez. Al pronto había gustado el placer vanidoso de mostrarse como una reina detrás del mostrador ostentando con un traje estudiado una modestia elegante. Después se aburrió del comercio, la inmovilidad la mortificaba, decía que iba á caer enferma; pero se resignaba dándose aires de víctima, sacrificando su propia vida á la prosperidad de la casa. A partir desde entonces, comenzó entre ella y su marido una lucha continua. Cuando volvía la espalda, se reía de él, como su madre hacía con su infeliz marido; repetía las riñas domésticas que desde su primera edad estaba acostumbrada á presenciar en su casa, le trataba como á un hombre sin más deber

que el de pagar, y le miraba con el desprecio al sexo masculino que le había inspirado su madre y era como la base de su educación.

—¡Ah! ¡mamá tiene razón! exclamaba siempre al final de las disputas.

A pesar de todo, Augusto procuró desde el primer momento complacerla. Deseaba la paz, maniaco como un viejo, acostumbrado á su antigua vida de soltero casto y económico, aspiraba á formarse un hogar tranquilo. No bastándole la habitación que tenía en el piso entresuelo, alquiló el piso segundo interior, y creyó haber hecho una locura gastándose cinco mil francos en amueblarlo. Satisfecha Berta al principio con su gabinete de tuya y seda azul, le miró con desdén, después de una visita que hizo á una antigua amiga que se había casado con un banquero. Las reyertas no tardaron en suscitarse con motivo de las criadas. La joven acostumbrada á domésticas que trabajaban como bestias teniendo tasada la comida, exigía de ellas trabajos extraordinarios que no podían desempeñar, y las pobres se pasaban buena parte del día llorando en la cocina. Augusto, poco sensible, cometió un día la imprudencia de entrar á consolar á una de ellas, y se vió obligado á

despedirla poco después ante los sollozos de su mujer que le exigía á gritos que eligiese entre ella ó la criada. Pero después entró á su servicio una muy ladina que hacía todo lo posible para que no la echasen. Se llamaba Raquel, y debía ser judía, pero lo ocultaba y no quería indicar el pueblo de su naturaleza. Era una muchacha de veinticinco años, de rostro serio, de gran nariz y de cabellos muy negros. Berta anunció que no toleraría que estuviese en su casa dos días; pero ante su muda obediencia, su aire de comprenderlo todo y de no meterse en nada, fué poco á poco cediendo y la conservó por sus buenas cualidades, y también porque la infundía miedo. Raquel que aceptaba sin chistar las más rudas tareas, comiendo poco y mal, iba tomando posesión de la casa, con los ojos muy abiertos, la boca cerrada, y segura de que llegaría la hora en que su ama se vería obligarla á no negarle nada.

Por lo demás, en la casa, desde el portal hasta el piso donde dormían los domésticos, había sucedido la más completa calma, á las emociones producidas por la brusca muerte de M. Vabre. En la escalera se notaba el antiguo recogimiento, ni el más leve ruido se oía detrás de las puertas de caoba siempre cerradas. Corría el rumor de que Duveyrier se

había reconciliado con su esposa, y en cuanto á Valeria y Teófilo, no hablaban con nadie, pasando por delante de todos muy tiesos y muy dignos. Jamás había acusado aquella casa una severidad de principios más rigida. M. Gourd con su gorro griego y sus zapatillas, la recorría con aire solemne.

Una noche poco antes de la once, no hacía Augusto más que acercarse á la puerta de la tienda, asomar la cabeza, y escudriñar la calle. Una impaciencia que á cada instante iba en aumento parecía dominarle. Berta á quien su madre y su hermana se habían llevado después de comer casi sin dejarla tiempo de tomar los postres, no volvía después de una ausencia de tres horas, á pesar de su formal promesa de retirarse antes de la hora de cerrar.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo al fin cerrando los puños con rabia.

Parándose delante de Octavio que estaba poniendo etiquetas á unas piezas de seda, porque á aquella hora ya no entraba nadie y se dejaba abierto para arreglar la tienda:

— V. debe saber, le dijo, adonde han ido mi mujer y su madre.

Octavio alzando los ojos con aire inocente y como sorprendido:

— Pues qué, no recuerda V. contestó, que

lo dijeron al marcharse. Han ido á una conferencia.

— ¡A una conferencia! ¡á una conferencia! murmuró el marido. ¡La conferencia acaba á las diez...! ¿No debían estar ya de vuelta unas mujeres honradas?

Después continuó paseándose, dirigiendo oblicuas miradas al dependiente, de quien sospechaba que era cómplice de aquellas señoras ó por lo menos encubridor. Octavio por su parte le miraba también á hurtadillas, no sin cierta inquietud. Jamás le había visto tan nervioso. ¿Qué le pasaba? Al volver la cabeza hacia el interior de la tienda, vió á Saturnino que limpiaba un espejo con un trapo empapado en espíritu de vino. Poco á poco iban encargando al loco trabajos domésticos para que al menos ganase lo que comía. Aquella noche brillaban los ojos de Saturnino de un modo extraño. Se acercó á Octavio con disimulo, y le dijo en voz baja:

— Hay que desconfiar de él... Ha encontrado un papel y lo ha guardado en el bolsillo... Mucho ojo, si es de V.

Y se volvió á frotar el espejo. Octavio no comprendió. El loco le manifestaba desde hacia algún tiempo un singular afecto, parecía la caricia de un animal cediendo al instinto de las lejanas delicadezas de un senti-

miento. ¿Por qué le hablaba de un papel? Él no había escrito ninguna carta á Berta, sólo se permitía dirigirla tiernas miradas, aguardando la ocasión de hacerla algún regalito. Después de maduras reflexiones, había adoptado esta táctica.

— ¡Las once! ¡Voto al diablo! exclamó bruscamente Augusto que jamás pronunciaba la más sencilla interjección.

Pero en aquel momento entraron las tres señoras. Berta llevaba un lindo traje de seda rosa con adornos de azabache blanco, mientras que su hermana siempre de azul y su madre siempre de malva, conservaban sus vestidos tan trabajados, tan vistosos y tan recompuestos. Mad. Jossierand entró la primera, imponente y resuelta á acallar en el acto las quejas de su yerno, que las tres habían previsto en un consejo que habían celebrado en la calle poco antes de llegar. Hasta se dignó explicarle la tardanza pretextando que se habían entretenido mirando algunos escaparates. Por lo demás, Augusto que se puso muy pálido, no formuló la menor queja: respondía con sequedad; se conocía á la lengua que se contenía y esperaba. La madre que presentía la tormenta con su experiencia respecto de las riñas conyugales de última hora, trató nuevamente de intimidarle,

y después obligada á retirarse se contentó con decir:

— Buenas noches, hija mía. Que duermas bien. Es lo más necesario si quieres vivir mucho tiempo.

En cuanto partieron, Augusto que no podía más, olvidándose de Octavio y de Saturnino, sacó del bolsillo un papel arrugado, y presentándosele á Berta, dijo ahogándose de rabia:

— ¿Quieres decirme que es esto?

La joven que aún no se había quitado el sombrero, se puso muy colorada:

— Eso... contestó; eso, es una factura.

— Si por cierto, una factura y de cabellos postizos. ¿Puede darse cosa igual? ¡cabellos! Acaso no tienes bastantes en la cabeza. Pero eso es lo de menos... lo que importa es que has pagado la factura... ¿con qué la has pagado?

La joven más y más turbada, acabó por responder:

— ¡Toma! con mi dinero.

— ¡Con tu dinero! ¿En dónde tienes tu dinero? O te lo han dado ó lo has cogido del cajón. Además... lo sé todo... has contraído deudas. Toleraré cuanto quieras, todo menos las deudas, ¿lo oyes? ¡deudas nunca!

Y acentuó la frase con todo el horror de

hombre juicioso, con toda su honradez comercial que consistía en no deber nada á nadie. Después se desahogó echando en cara á su mujer sus continuas salidas, sus visitas, sus trajes y su lujo que no le era posible sostener. ¿Era razonable en su situación, estar fuera de casa á las once de la noche con un vestido de seda rosa adornado con azabaches blancos? La mujer que tenía aquellos caprichos, debía aportar al matrimonio quinientos mil francos de dote. Pero él sabía bien quién tenía la culpa de todo, su imbécil madre que no había enseñado á sus hijas más que á derrochar fortunas, sin tener siquiera para comprarlas una mala camisa que ponerse el día de la boda.

— No hables mal de mamá, gritó Berta irguiendo la cabeza. Nada tienes que echarle en cara, ha cumplido su deber... ¡Y tu familia! ¿Acaso no es vituperable? Unos hijos que han matado á su padre.

Octavio continuó su tarea, procurando afectar que no oía nada. Pero seguía las peripecias de la riña y observaba á Saturnino que, sumamente agitado, había cesado de frotar el espejo y estaba con los puños cerrados, con los ojos fuera de sus órbitas, pronto á caer sobre el marido y á estrangularle.

—Dejemos en paz á nuestras familias... dijo el último... harto tenemos con nuestros propios asuntos. De todos modos vas á cambiar de vida, porque estoy resuelto á no dar un solo céntimo para esas fruslerías. Es una resolución formal. Tu puesto está aquí, en el mostrador, y vestida con un traje sencillo, como las mujeres que se respetan... ¡Y como hagas deudas nos veremos las caras!

Berta se sentía agobiada por aquel golpe brutal contra sus costumbres, sus placeres y sus trajes. Aquello era separarla de todo cuanto quería, de todo cuanto había soñado realizar al casarse. Pero con una táctica femenil ocultó la herida que manaba sangre, dió un pretexto á la cólera que llenaba su pecho, y repitió con la mayor violencia:

—No, y mil veces no, no consentiré que insultes á mi madre.

—Tu madre, dijo Augusto encogiéndose de hombros... mira, precisamente te pareces á ella, te pones tan horrible como ella cuando te enfadas... ¡Oh! ¡No te reconozco... es ella, no eres tú, y me das miedo!

Berta se calmó, y dijo:

—Anda, anda á repetir á mi madre lo que acabas de decir, y verás cómo te echa con cajas destempladas.

—¿Crees que me echará? dijo Augusto

furioso. Pues bien, vamos á verlo... ahora mismo voy á subir.

Y en efecto se fué. Ya era tiempo de que se alejara, porque Saturnino, con ojos de lobo, avanzaba traídoramente por detrás de él con ánimo de estrangularle. La joven se dejó caer en una silla, murmurando:

—¡Ah! Dios mío... ¡si pudieran hacerse las cosas dos veces, que me lleve el diablo si volvería á casarme con ese hombre!

En el piso tercero M. Jossierand, muy sorprendido abrió la puerta, porque Adela se había ido ya á acostar. Como precisamente se sentaba á la mesa del comedor con ánimo de pasar la noche escribiendo fajas, á pesar del mal estado de su salud, se vió muy apurado, y hasta tuvo vergüenza de que le sorprendiera su yerno en aquella ocupación. Pretextó que se trataba de un trabajo urgente, de una copia del último inventario de la cristalería de San José; pero cuando Augusto, sin andarse en rodeos, acusó á su hija de que contraía deudas y le contó toda la escena á que había dado lugar la factura de los cabellos postizos, se apoderó un temblor del pobre hombre y balbuceó algunas palabras, herido en el corazón y con los ojos anegados en lágrimas. ¡Su hija con deudas! ¡Viviendo como él mismo en medio de con-

tinuas riñas domésticas! Por lo visto iban á renovarse todas las desdichas de su vida en su hija. Al mismo tiempo le asaltaba otro temor, temía á cada instante que su yerno le hablase de dinero, que reclamase el dote, acusándole de ladrón. Sin duda el joven estaba enterado de todo, cuando de aquel modo y á las once de la noche se presentaba en su casa.

—Mi mujer se está acostando, dijo, con la cabeza trastornada, y es inútil enterarla... ¿no es verdad? Pero, ¡válgame Dios...! ¡Me cuenta V. unas cosas! Y sin embargo, esa pobre Berta no es mala, se lo aseguro á V. Sea usted indulgente... yo la hablaré. En cuanto á nosotros, crea, querido Augusto, que no hemos hecho nada que pueda disgustarle...

Y le miraba, tranquilizándose al pensar que, puesto que nada pedía no debía aún estar informado, cuando Mad. Jossierand se presentó. Cubierta con una larga bata blanca, estaba terrible. Augusto, á pesar de hallarse muy sobreexcitado retrocedió al verla. Sin duda había escuchado, porque desde luego dijo:

—Supongo que no viene V. á reclamar los diez mil francos. Aún faltan más de dos meses para que venza el plazo... y cuando

llegue se los entregaremos á V., caballero. Nosotros no nos morimos para librarnos de cumplir las promesas que hacemos.

Este aplomo acabó de anonadar á M. Jossierand. Su esposa continuó batiendo en brecha al yerno, con declaraciones extraordinarias y sin dejarle meter baza.

—No tiene V. tacto, caballero, decía. Cuando por sus exabruptos ponga V. enferma á Berta tendrá V. que gastar el dinero en la botica, y quiera V., ó no quiera, será el pagano. Hace poco me vine persuadida de que iba V. á armar un escándalo. Haga V. lo que quiera, pegue V. á mi hija si le place... mi corazón de madre está tranquilo, porque Dios vela por los buenos y su castigo no se hace nunca esperar.

Augusto pudo, al fin y al cabo, formular sus quejas. Habló de las continuas entradas y salidas de su mujer, de sus trajes, y se atrevió hasta á condenar la educación que la habían dado. Mad. Jossierand le escuchaba con el mayor desprecio, y cuando terminó, dijo:

—Todo lo que V. habla es tan necio que no merece respuesta. Yo tengo mi conciencia tranquila, y esto me basta... ¡Expresarse de ese modo un hombre á quien he confiado un ángel! Ya que me insulta V. no

quiero meterme en nada. Arréglense ustedes como puedan.

— ¡Su hija de V. acabará por engañarme! dijo al fin Augusto, excitado por la cólera de que estaba poseído.

Mad. Jossierand, que iba á marcharse se volvió, y mirándole cara á cara:

— ¡Caballero! exclamó: V. está haciendo todo lo posible para que suceda lo que temo.

Y entró en su cuarto con una dignidad de estatua griega.

Su marido retuvo á Augusto algunos instantes. En extremo conciliador, le dió á entender que con las mujeres lo mejor que podía hacerse era soportar todos sus caprichos, y concluyó por despedirle, calmado y resuelto á perdonar. Pero cuando se quedó solo en el comedor se echó á llorar. Todo había concluído para él, ya no había dicha posible, jamás podría disponer del tiempo necesario para escribir fajas y obtener con su producto lo suficiente para ayudar á su hija en secreto. La idea de que pudiera llenarse de deudas le atormentaba, como si fuera una vergüenza personal. Se sentía enfermo, había recibido un nuevo golpe y estaba seguro de que muy pronto le abandonarían las pocas fuerzas que le quedaban. Por último, aunque penosamente y nublán-

dose á menudo sus ojos con las lágrimas, se puso á trabajar.

En la tienda permaneció Berta algún tiempo inmóvil, con el rostro entre las manos. Un mozo, después de haber cerrado se retiró, y entonces creyó Octavio deber acercarse á la joven. Desde que se fué Augusto, Saturnino le hacía gestos por encima de la cabeza de su hermana, como indicándole que fuera á consolarla. Entonces, radiante de alegría multiplicaba sus guiños, y temiendo no ser comprendido, acentuaba sus consejos enviando besos volados con la efusión de un niño.

— ¿Cómo? ¿quieres que la bese? le preguntó Octavio por señas.

— Sí, sí, respondía el loco, haciendo signos afirmativos.

Y cuando vió al joven sonriendo delante de su hermana, que no se había apercibido de nada, se sentó en el suelo, detrás del mostrador, ocultándose para no molestarlos. Los mecheros de gas ardian aún, en medio del silencio de la tienda cerrada.

— Señora, no se aflija V., se lo ruego, dijo Octavio con voz cariñosa.

Berta se estremeció al verle tan cerca.

— Suplico á V. que me dispense M. Octavio, murmuró. No ha sido culpa mía que

haya V. presenciado tan penosa escena. También le ruego á V. que disculpe á mi marido... esta noche no se encontraba bien... Ya lo sabe V., en los matrimonios hay pequeños disgustos...

Los sollozos ahogaron sus palabras. La idea de atenuar la culpa de su marido, para salvar las apariencias, determinó una crisis de lágrimas que la desahogó. Saturnino mostró su inquieta cabeza por encima del mostrador; pero volvió á ocultarse, al ver que Octavio resolvió coger una de las manos de su hermana.

—Tenga V. ánimo, señora... le dijo.

—¡No, no puedo... balbuceó. V. estaba ahí, le ha oído...! ¡Y todo por ochenta y cinco francos de cabellos! ¡Como si no los llevasen todas las mujeres, hoy que se estila...! Pero él no sabe nada, no comprende nada... Lo mismo conoce á las mujeres que al gran turco... Jamás ha tenido trato con ellas, ¡oh! estoy segura M. Octavio... ¡Soy muy desgraciada! ¡Muy desgraciada!

En el calor de la improvisación, movida por el odio, hacía las más íntimas revelaciones. ¡Un hombre, con quien se había casado creyéndole enamorado, y que no tardaría en negarle hasta camisas! ¿Acaso no cumplía sus deberes? ¿Podía acusarla de haber

cometido la menor falta? Si no se hubiera encolerizado el día en que le pidió que la comprara cabellos postizos, no se habría visto obligada á pagarlos con su dinero. Y siempre, por las cosas más baladis, vuelta á la misma historia: no podía manifestar deseo alguno, querer el más insignificante objeto de adorno, sin chocar con la grosería de aquel hombre. Como era natural, ella tenía su orgullo y había resuelto no pedirle nada, carecer hasta de lo necesario, antes que humillarse sin resultado. Tanto era así, que hacía ya tiempo que deseaba un adorno de fantasía, que había visto yendo con su madre, en un escaparate del Teatro Real, y nada:

—No crea V., una fruslería... tres estrellas de brillantes de imitación, para sujetar el cabello, decía; cien francos á lo sumo. Pero de nada me han servido las indirectas que le he echado por tarde y por mañana, se ha hecho el desentendido.

El joven Octavio, que no esperaba tan propicia ocasión, anticipó los acontecimientos, y exclamó:

—Sí, ya sé, indicó, la he oído á V. hablar de ello varias veces... y ya se ve... sus padres de V. han sido tan amables conmigo, usted mismo me ha dispensado tan afec-

tuosa acogida, que he creído poder permitirme...

Y al hablar, sacó del bolsillo una cajita en la que, sobre algodón en rama, relucían las tres estrellas. Berta, muy conmovida, se levantó:

—Pero eso es imposible, caballero, dijo. Yo no quiero... no puedo... ha hecho V. muy mal...

El, con aire de inocencia, inventó mil pretextos. Aquello se acostumbraba á hacer en su país... y luego que se trataba de objetos sin valor. La joven ya no lloraba y fijaba sus ojos en la caja, iluminados por las chispas de las piedras falsas.

—Yo le suplico á V. señora que acepte... decía Octavio... Vamos, decídase V., para probarme que está contenta de mi comportamiento.

—¡Oh! no, no insista V., M. Octavio... me hace V. sufrir.

Saturnino reapareció, y extasiado como delante de un relicario miraba las estrellas. Pero su fino oído percibió los pasos de Augusto que volvía. Lo advirtió á Berta con una seña, y entonces ella se decidió á aceptar el regalo precisamente en el instante en que llegaba su marido.

—Pues bien, dijo rápidamente guardando

la cajita en el bolsillo, diré que mi hermana Hortensia me los ha regalado.

Augusto mandó apagar el gas y subió con ella á acostarse, sin decir una sola palabra referente á su anterior reyerta, y contento de encontrarla repuesta y alegre, como si no hubiera pasado nada entre los dos. La tienda quedó á oscuras, y en el momento en que también Octavio se retiraba, sintió en medio de la oscuridad que unas manos ardientes estrechaban las suyas. Era Saturnino, que dormía en la cueva.

—¡Amigo! ¡amigo! ¡amigo! repetía el loco impulsado por una ternura salvaje.

Desorientado en sus cálculos, poco á poco sentía Octavio respecto de Berta, un ardiente deseo. Si al pronto había seguido su antiguo plan de seducción, su propósito de hacer fortuna por medio de las mujeres, la verdad era que entonces no veía en ella sólo á su ama con cuya posesión podía hacerse dueño de la casa: aspiraba ante todo á conquistar á la parisiense, producto encantador del lujo y de la gracia, fruta que jamás había gustado en Marsella. Entusiasmábase sus pequeñas manos cubiertas con finos guantes, sus diminutos piés calzados con preciosas botinas de tacón alto, su garganta delicada llena de encajes, cintas, collares, ó

cadena de imitación, y todos estos incentivos le apasionaban hasta el punto de enternecer la sequedad de su natural económico, impulsándole á gastar en regalos los cinco mil francos que habia traído de su tierra, duplicados ya por operaciones financieras que habia realizado sin dar parte á nadie.

Pero lo que más le afligía, era haberse vuelto tímido al sentirse enamorado. Faltábale su primitiva resolución, su afán de irse al bulto derecho, y por el contrario, experimentaba al no arriesgarse perezosos placeres. Por lo demás, en medio de aquel desaliento pasajero de su espíritu tan práctico, consideraba la conquista de Berta como una campaña difícil que exigía lentitudes y procedimientos de la más alta diplomacia. Sus fiascos cerca de Valeria y de Mad. Hedouin, le hacían temer una nueva derrota, pero en el fondo de sus dudas y vacilaciones habia además miedo hacia la mujer adorada, una creencia absoluta en la honradez de Berta, toda esa ceguedad del amor que el deseo paraliza y que desespera.

Al día siguiente de la riña conyugal, Octavio feliz porque la joven habia aceptado su obsequio, pensó que sería útil ponerse bien con el marido. Con este propósito al sentarse á la mesa con su principal, porque

éste acostumbraba á alimentar á sus dependientes para tenerlos siempre á la mano, le mostró una complacencia sin límites, le escuchó con atención á los postres y aplaudió calorosamente todas sus ideas. Después cuando estuvieron á solas, mostró participar de su descontento contra su mujer, hasta el punto de fingir vigilarla y ofrecerle darle cuenta de lo que hiciera. Augusto agradeció en extremo estas ofertas, y un día confesó al joven que habia estado á punto de despedirle por creerle en connivencia con su suegra. Octavio se apresuró á expresar el horror que le inspiraba Mad. Jossierand, lo que acabó de establecer entre ellos la más completa mancomunidad de opiniones. Por lo demás, el marido era en el fondo un buen hombre, desagradable, pero resignado mientras no le sacaban de quicio gastándole el dinero ó tocándole en lo vivo de su moralidad. Hasta aseguraba que no quería irritarse, porque después de la riña que habia tenido con su mujer, le habia atacado una jaqueca que le habia dejado idiota tres días seguidos.

— Ya me comprende V... decía á Octavio; lo que yo quiero es vivir tranquilo. Todo lo demás me importa poco, por supuesto contando con la virtud y con tal de que mi mu-

jer no me arruine... ¿eh? me parece que soy razonable y que no pido cosas extraordinarias.

Octavio ponderaba su prudencia y celebraban juntos las dulzuras de la vida monótona, de los años siempre iguales y ocupados en medir varas de seda. Hasta para agradarle hacia caso omiso el dependiente de sus ideas de comercio en grande. Una tarde, le asustó, hablándole de su sueño, de los vastos bazares modernos, y aconsejándole como á Mad. Hedouin, que comprase la casa contigua para ensanchar su tienda. Augusto, que encontraba ya inmensas para su cabeza las cuatro paredes de su establecimiento, le miró con tal espanto de comerciante avaro, que el joven se apresuró á retirar su proposición y á extasiarse ponderando la seguridad tranquila y apacible del negocio en pequeño.

Los días pasaban, Octavio ganaba terreno, el marido le estimaba, la misma Mad. Joserand con la que procuraba no mostrarse muy complaciente, le miraba con buenos ojos. Berta por su parte, le trataba con la más afectuosa familiaridad; pero su gran amigo era Saturnino, cuya muda afección de perro fiel veía aumentarse á medida que deseaba con más violencia poseer á su her-

mana. Todos los demás inspiraban al loco unos celos sombríos: ningún hombre podía acercarse á Berta sin que se pusiera inquieto y en actitud amenazadora. Pero cuando Octavio se acercaba á ella, la hablaba al oído y la hacía reír, él también se reía reflejando en su rostro algo de la alegría sensual que animaba á los dos jóvenes. El pobre parecía gustar las delicias del amor en aquella carne femenil, que creía suya propia bajo el impulso del instinto, y todo demostraba que experimentaba hacia el amante predilecto la gratitud de la felicidad. A cada instante le detenía cuando se hallaban solos para expresarle aquel extraño sentimiento, cuando estaban ella y él juntos, miraba en torno suyo con desconfianza y no desperdiciaba ocasión de hablar á Octavio de Berta, contándole siempre los mismos detalles de la vida de su hermana.

—Cuando era pequeña, le decía, tenía unos miembros muy delicados, y estaba gordita y sonrosada. Se tiraba por el suelo, y yo me ponía de rodillas para mirarla. ¡Y me divertía tanto! Entonces... ¡pan! ¡pan! ¡pan! me daba pataditas en el estómago... ¡Oh! ¡y me gustaba tanto aquello! ¡me gustaba tanto!

Octavio se enteró gracias á estas confiden-

cias de todos los pormenores de la infancia de Berta, sus caprichitos, sus juegos, en una palabra, todo el desarrollo de aquella hermosa fierecita sin domesticar. El hueco cerebro de Saturnino conservaba con religiosa exactitud los actos más insignificantes, los recuerdos más pueriles de aquella existencia: un día se pinchó en un dedo, y él le chupó la sangre: una mañana al querer subirse a una mesa, se cayó y pudo recogerla en sus brazos. Pero en lo que más insistía era en la enfermedad que había sufrido la joven.

¡Ah! si la hubiera V. visto, exclamaba. Por la noche me quedaba solo con ella. Me pegaban para que fuera á acostarme; pero volvía descalzo y de puntillas... Y cuando estaba sólo á su lado me ponía á llorar porque la veía muy pálida. De cuando en cuando la tocaba para ver si se quedaba fría... Al fin me dejaron estar con ella, y yo la cuidaba mejor que todos los de la casa, sabía los remedios, y de mi mano tomaba todas las medicinas. Cuando se quejaba mucho me acostaba con ella, y ponía su cabeza sobre mi pecho. ¡Estábamos tan ricamente! Después se curó y yo quise continuar pasando las noches á su lado, pero me pegaban.

Sus ojos se encendían, y reía y lloraba

como si las cosas que contaba hubieran pasado el día anterior. Sus entrecortadas palabras explicaban el origen de la extraña ternura que sentía por Berta; su abnegación al cuidarla cuando los médicos la habían desahuciado; su cuerpo y su alma consagrados á la querida enfermita; sus deseos de hombre despertados, contenidos y atrofiados al mismo tiempo ante el dolor de la niña, todo este drama se había grabado en el ánimo del pobre loco, y desde entonces á pesar de la ingratitud de la niña sana, Berta era á la vez para él una mujer, una hija y una hermana á la que había arrancado de las garras de la muerte, un ídolo que adoraba. Por esto perseguía al marido con un odio furioso de amante contrariado, y se consolaba con Octavio echando pestes de él.

—Siempre tiene el ojo magullado... decía. Fastidia á todo el mundo con sus jaquecas... Le vió V. ayer como arrastraba los piés... Mire V... mire, como observa desde la puerta de la calle... ¡Puede darse un hombre más idiota... sucio animal!

Y Augusto no podía hacer el más sencillo movimiento sin disgustar al loco. Después hacía á Octavio proposiciones alarmantes.

—Si quiere V., entre los dos, le cortamos el cuello como á los cerdos.

Octavio le calmaba. Saturnino en sus días tranquilos, iba de él á su hermana con el rostro risueño, les contaba lo que el uno decía del otro, hacía cuanto le mandaban, y era entre los dos como un lazo de continua ternura. Capaz era de haberse arrojado al suelo para servirles de alfombra.

Berta no había vuelto hablar del regalo de Octavio, parecía no notar las tímidas atenciones del joven, y le trataba como un buen amigo sin turbarse jamás. Él por su parte cuidaba con más esmero que nunca su vestido y adorno, y abusaba con ella de las caricias de sus ojos de color de oro viejo, cuya dulzura creía irresistible. Pero ella no le agradecía más que las mentirillas que inventaba para ayudarla á ocultar alguna de sus escapatorias. De este modo se establecía entre los dos una especie de complicidad: él favorecía las salidas de la joven con su madre, y engañaba al marido alejando de su ánimo toda sospecha. De tal manera se las arreglaba el dependiente, que Berta salía y entraba sin temor confiada en su inteligencia y habilidad, y lo más que hacía, si al volver le encontraba detrás de una pila de piezas de tela ó en sitio donde no pudiera verlos su marido, era darle las gracias con un buen apretón de manos.

Un día, sin embargo, se alarmó. Volvía de una Exposición de perros, cuando Octavio la hizo seña para que bajase á la cueva, y allí la entregó una factura que habían llevado durante su ausencia, una factura de medias bordadas que importaba sesenta y dos francos. Ella se puso muy pálida, y exclamó:

—¡Dios mio! ¿La ha visto mi marido?

Octavio la tranquilizó, contándole el trabajo que le había costado escamotear la factura en presencia de Augusto. Después con cierta timidez, añadió á media voz:

—La he pagado.

Berta hizo entonces como que buscaba dinero en el bolsillo, y no encontrándolo, dijo sencillamente:

—Ya se lo abonaré á V... ¡Ah! y muchas gracias... Me habría caído muerta de vergüenza si Augusto se hubiera enterado.

Al pronunciar estas palabras, le cogió las dos manos y se las estrechó con afecto; pero jamás volvió á hablarse de los sesenta y dos francos.

Cada día era mayor en Berta el deseo de libertad y de placer: ansiaba todo cuanto esperaba siendo soltera hallar en el matrimonio, todo cuanto su madre le había enseñado á exigir del hombre. Tenía como una especie de apetito atrasado, se vengaba de su

juventud pasada en la pobreza al lado de sus padres, comiendo alimentos de clase inferior, teniendo hasta que privarse de ellos para poder comprarse botinas, para tener trajes veinte veces arreglados. Pero sobre todo se resarcía de los tres inviernos que había corrido las calles de París en busca de un marido, de las mortales noches de fastidio, en las que con el estómago vacío, se atiforraba de jarabes en las reuniones; de las sonrisas y las gracias púdicas que había tenido que ostentar ante una porción de jóvenes imbéciles; de sus exasperaciones secretas al tener que aparentar inocencia cuando sabía todo lo que había que saber; de la vuelta á su casa á patita mientras diluviaba, de su cama fría y de los bofetones maternos que la ponían calientes los carrillos. A los veintidos años, desesperaba todavía de realizar sus deseos, mirándose cuando estaba á solas en su cuarto para convencerse de que no le faltaba nada. Pero después de tanto penar, había pescado al fin un marido, y como el cazador que remata la liebre con un puñetazo brutal para vengarse de lo que le ha hecho correr detrás de ella, así trataba á Augusto como á un vencido, sin la menor consideración.

Poco á poco aumentaba la desunión entre

los dos esposos, á pesar de los esfuerzos de él, deseoso de no turbar la paz doméstica. El infeliz defendía desesperadamente su tranquilidad soñolienta y maniática, cerraba los ojos ante las faltas leves, se tragaba las grandes, temeroso siempre de descubrir alguna abominación, que le sacase de quicio. Las mentiras de Berta, atribuyendo á su hermana ó á su madre una porción de objetos cuya adquisición no podía justificar le inspiraban tolerancia: tampoco la reñía cuando salía por las noches, lo que permitió á Octavio llevarla dos veces en secreto al teatro con su madre y su hermana: escapatorias alegres, al fin de las cuales convinieron las tres señoras en que el joven sabía vivir.

Hasta entonces Berta, á la menor indicación de su marido, le echaba en cara su honradez. Puesto que ella se portaba bien debía su marido considerarse dichoso. Tanto para ella, como para su madre, el legítimo mal humor de su esposo comenzaba únicamente en el flagrante delito de la mujer. Esta honestidad real, en las primeras glotonerías con que satisfacía su apetito, no le imponía sin embargo un gran sacrificio. De naturaleza fría, su egoísmo se revelaba contra los fastidios de la pasión, prefiriendo, sin vir-

tud por supuesto, proporcionarse goces impersonales. La corte que la hacía Octavio la lisonjeaba, después de sus fiascos de niña casadera, que había llegado á creerse abandonada de los hombres, y además la proporcionaba otras ventajas, de las que se aprovechaba con la mayor frescura, dominada, como estaba, por la sed de dinero.

Un día permitió al dependiente que pagase por ella cinco horas de coche; otro, á punto de salir, le pidió prestados treinta francos, á espaldas de su marido, alegando que se había olvidado coger el portamonedas. Jamás pagaba estas deudas. Hay que advertir que, al abusar de aquel modo no lo hacía ella con fin alguno favorable al joven, se utilizaba sin cálculo, sin más objeto que el de favorecer sus caprichos; pero entre tanto abusaba de su martirio de mujer mal tratada, y que, sin embargo, cumplía estrictamente todos sus deberes.

Un sábado se suscitó una riña formidable entre los esposos, con motivo de una moneda de un franco, que había de menos en la cuenta de Raquel. Como Berta era la encargada de entenderse con la cocinera, Augusto entregó, según acostumbraba, el dinero indispensable para los gastos domésticos en la semana siguiente. Los Jossierand

debían comer con ellos aquella tarde y la cocina estaba llena de provisiones; un conejo, una pierna de carnero, coliflores. Cerca del fregadero, Saturnino, muy acurrucado, embetunaba los zapatos de su hermana y las botas de su cuñado. La riña comenzó después de largas explicaciones acerca de la moneda que faltaba. ¿Qué había sido de ella? ¿Cómo podía perderse una pieza de un franco? No era posible. Augusto quiso examinar las sumas. Entre tanto, Raquel preparaba la pierna de carnero con la mayor tranquilidad, siempre flexible, á pesar de su aire serio, la boca cerrada; pero los ojos muy abiertos. Por último, Augusto soltó cincuenta francos y ya se iba, cuando volvió, preocupado por la idea de la moneda perdida.

—Es necesario que parezca, dijo. Quizás tú la has pedido á Raquel, y te has olvidado de apuntarla.

Berta, indignada, exclamó:

—Eso es... ¡acúsame de sisar...! ¡Te portas como un hombre!

A partir de aquel momento, no tardaron en llegar á lanzarse las más terribles recriminaciones. Augusto, á pesar de su deseo de sacrificarlo todo á la paz se mostró agresivo, excitado por la vista del conejo, la pierna de

carnero y las coliflores, sintiéndose fuera de sí en presencia de aquella cantidad de alimentos, con que su mujer se proponía atiforrar á sus padres. Hojeando el libro de cuentas de la cocinera, exclamaba á cada instante, que aquello no era posible, que su mujer se entendía con la criada para hacer ahorros sobre los gastos de la casa.

—¡Yo! ¡yo! gritó la joven poseída de ira, ¡yo me entiendo con la criada...! Usted, usted es, caballero, quien la paga para que me espíe. Sí, señor, siempre la encuentro pisándome los talones, no puedo dar un paso sin tropezar con ella. ¡Ah! pero no me importa, ya puede mirar cuanto quiera por el ojo de la cerradura, cuando me mudo. Como nunca hago nada que no sea regular, me importa poco su policía de V. ¡Lo único que no tolero es que lleve V. su audacia hasta el punto de acusarme de que estoy en connivencia con ella!

Este imprevisto dejó por un momento estupefacto al marido. Raquel se volvió hacia ellos, sin dejar de guisar, protestó:

—¡Oh! señora, no crea V. lo que dice, murmuró. ¡Respeto mucho á la señora...!

—¡Está loca! añadió Augusto... no se sincere V., que no hace falta... ¡lo repito, está loca!

Un ruido que oyó detrás de sí, le alarmó. Era Saturnino que había tirado una bota de las que limpiaba, para acudir en auxilio de su hermana. Con la cara siniestra y los puños cerrados, balbuceaba que estrangularía al canalla de su cuñado, si volvía á llamarla loca. Lleno de miedo Augusto se refugió detrás de la fuente, y desde este sitio prosiguió gritando:

—Estoy aviado si no puedo hacerte la menor indicación, sin que ese mozo se mezele en nuestros asuntos... Le he admitido con gusto; pero es preciso que me deje en paz. También es un nuevo regalo de tu madre, temiendo que la estrangule el día menos pensado, ha preferido endosármelo para que yo sea la víctima... Digo, y coge un cuchillo... detente.

Berta desarmó á su hermano y le calmó con una mirada, mientras que Augusto, pálido como la cera, continuaba murmurando en voz baja. ¡Siempre andando con los cuchillos! Con la mayor facilidad del mundo podía darle un golpe, y tratándose de un loco no había esperanza ni siquiera de que la justicia le castigase. Por último, no estaba bien hacerse custodiar por un hermano de aquella calaña, capaz de reducir á la impotencia á un marido, aun en el caso de la

más legítima indignación, obligándole a devorar su vergüenza.

—Mire V., caballero, añadió Berta con desdén, carece V. de tacto en absoluto. Una persona que se estima no se explica de ese modo en una cocina.

Y se retiró á su cuarto, cerrando con violencia las puertas. Raquel volvió á atender al guiso, aparentando que ni siquiera se enteraba de lo que pasaba al lado suyo. Por exceso de discreción, aunque sabía todo lo que pasaba, hacía la vista gorda, y dejó á su amo dar algunos paseos con impaciencia por la cocina, sin decirle una sola palabra, ni siquiera mirarle. Poco después salió Augusto en busca de Berta, y entonces la impasible Raquel puso el conejo al fuego.

—Comprende, querida mía, dijo Augusto á su mujer, á quien halló en su cuarto, que todo lo que he dicho no ha sido por tí, sino para que lo entendiera la criada, que nos está sacando los ojos. De todos modos es preciso que parezca ese franco.

La joven hizo un movimiento de exasperación nerviosa, y mirándole cara á cara, con resolución y pálida de ira:

—Vas á dejarme en paz con tu maldito franco... No es uno lo que yo necesito, quiero quinientos al mes, ¿lo oyes? quinientos

francos para mis gastos. ¡Qué vergüenza! ¡Hablar de dinero en la cocina, delante de la criada! Pues bien, yo también hablaré de dinero... hace ya mucho tiempo que me callo. Quiero quinientos francos al mes para mí.

Augusto la oía asombrado, y entonces ella continuó hablándole el mismo lenguaje que, durante veinte años, hacía oír, cada quince días, su madre á su padre. ¿Quería tenerla desnuda y descalza? Cuando se casaba uno con una mujer, al menos debía arreglarse para vestirla y alimentarla. Mejor pedir limosna que resignarse á vivir sin un céntimo. No era culpa suya si su marido carecía de dotes para ganar dinero. Si, era incapaz, un hombre sin iniciativa, sin saber más que sacar el jugo á los ochavos. Cuando debería haber cifrado todo su empeño en hacer fortuna pronto, en vestirla como una reina para llamar á su tienda todas las gentes que iban á la de M. Hedouin, se mostraba cicatero, roñoso. Y era natural, un pobre diablo, sin cabeza... ¡su ruina era segura! Este aluvión de palabras exhibía su furioso apetito de dinero, toda la religión del dinero, cuyo culto había aprendido en el seno de su familia, viendo las bajezas que se cometen, sólo por aparentar tenerlo.

— ¡Quinientos francos! exclamó al fin Augusto. Prefiero, mil veces antes, cerrar la tienda.

Ella le miró con frialdad.

Me los niegas... dijo; está bien, contraeré deudas.

— ¡Más deudas aún, desgraciada!

Y con un movimiento brusco la cogió del brazo y la empujó hacia la pared. Entonces ella, sin gritar, ahogándose de cólera, corrió á abrir la ventana como para arrojar al patio; pero se volvió y empujándole á su vez hacia la puerta, le arrojó del cuarto diciendo:

— ¡Vete ó hago una atrocidad!

Y dándole con la puerta en las espaldas, corrió el cerrojo. Un instante escuchó sin saber qué hacer. Después bajó á la tienda lleno de terror, al ver brillar en la sombra los ojos de Saturnino, á quien hizo salir de la cocina el ruido de la breve lucha que hubo entre marido y mujer.

Abajo, Octavio que vendía pañuelos de seda á una señora de edad, notó en el alterado rostro de Augusto que había pasado algo. Con el rabo del ojo le miraba pasear agitadamente por detrás del mostrador, y cuando quedaron solos, Augusto que se ahogaba corrió á él.

— Querido, se ha vuelto loca, le dijo sin

nombrar á su mujer. Se ha encerrado... Hágame V. el favor de subir á hablarla. Temo que ocurra una desgracia.

El joven afectó vacilar. ¡Era tan delicado lo que le pedía! Pero en fin, accedió para darle una prueba de abnegación.

Arriba halló á Saturnino de centinela delante de la puerta del cuarto de su hermana. El loco al oír ruido de pasos, lanzó un gruñido de amenaza; pero cuando reconoció al dependiente desarrugó su ceño.

— ¡Ah! tú sí... murmuró. Tú eres bueno. Haz que no llore. Sé amable, busca medios de consolarla, y no temas, que aquí estoy yo. Si la criada quiere figonear, la aplasto.

Y sentándose en el suelo guardó la puerta, poniéndose á limpiar una de las botas de su cuñado que tenía en la mano... De este modo entretenía su ocio.

Octavio se decidió á llamar, pero ni oyó el menor ruido ni obtuvo respuesta. Entonces se anunció, y en seguida se descorrió el cerrojo. Berta entreabriendo la puerta, le rogó que entrase. Después volvió á cerrar, y echando de nuevo el cerrojo:

— Con V. sí quiero entenderme, dijo... con él no.

Y continuó paseándose encolerizada desde la cama á la ventana que había quedado abier-

ta, pronunciando frases entrecortadas. Su marido daría de comer á sus padres si quería, lo que es ella no se sentaría á la mesa. Él les explicaría la causa de su ausencia... ella ir al comedor... antes morir. Por lo demás, prefería acostarse. Y con sus febriles manos abría el embozo, ahuecaba las almohadas, y olvidando de que estaba allí Octavio, hasta hizo un movimiento como para empezar á desnudarse.

Después cambió de idea, y dijo al joven:

—No querrá V. creerlo, le dijo... pero me ha pegado, lo que se dice pegado. ¿Y todo por qué? porque avergonzada de ir siempre hecha un pingo, le he pedido quinientos francos al mes para mis gastos.

Octavio de pié en medio del cuarto, buscaba frases conciliadoras. No debía hacerse mala sangre. Todo aquello pasaría, y como si tal cosa. Al fin arriesgó con timidez un ofrecimiento.

—Si tiene V. algún apuro, dijo, por qué no busca V. á sus amigos... Yo sería tan dichoso si V., por supuesto, un préstamo... usted me devolvería cuando pudiera.

Ella le miraba, y después de una pausa murmuró:

—No; eso sería denigrante... ¿qué pensaría la gente si se supiera?

Su negativa pareció tan resuelta, que no volvió á hablarse del particular. Pero su cólera se había disipado. Respiró con fuerza, se lavó un poco los ojos y se quedó tranquila, algo fatigada, pero sin que sus miradas perdieran el atrevimiento que las distinguía. Él en su presencia se sentía dominado por la timidez del amor, timidez que en último resultado le parecía estúpida. Jamás había amado con más ardor: la intensidad de su deseo oscurecía su habilidad para tratar con las mujeres.

Al mismo tiempo que proseguía aconsejándola con vagas frases una reconciliación, reflexionaba que era un mentecato, y que lo que debía hacer era estrecharla en sus brazos; pero el temor de un desaire le coartaba. Ella, sin decir una palabra, le miraba con su aire resuelto de siempre.

—Es necesario llevar con paciencia los disgustos de la vida, murmuraba Octavio... Su marido de V. no es malo... Si V. supiera llevarle el genio, conseguiría V. de él cuanto quisiera.

Y los dos, detrás del vacío de estas frases, se sentían invadir por el mismo pensamiento. Estaban solos, libres, al abrigo de toda sorpresa, con el cerrojo corrido. Esta seguridad y el tibio ambiente de la habitación,

eran un nuevo incentivo. Sin embargo, él no se atrevía. Ella, como si se hubiera acordado de antiguas lecciones, dejó caer el pañuelo.

— No se moleste V., dijo al joven que se apresuró á recogerlo.

Sus manos se tocaron un instante. Berta se sonreía con ternura, sabía que para conseguir á un hombre era preciso consentir algo, sin aparentar darse cuenta de ello.

— Ya empieza á anochecer, dijo yendo á cerrar la ventana.

La siguió, y allí detrás de la cortina Berta le abandonó una mano riéndose como una loca y alentándole con la expresión de su fisonomía. El se animó al fin, ella levantó la cabeza mostrándole su hermoso cuello, y él sin darse cuenta de lo que hacía, la besó debajo de la barba.

— ¡Oh! M. Octavio, dijo ella confusa y afectando apartarle de su lado.

Entonces él la cogió en sus brazos, la arrojó sobre el lecho que poco antes había preparado la joven; y al satisfacer su deseo, reapareció toda su brutalidad, el feroz desdén que sentía hacia la mujer bajo la forma de adoración mimosa. Ella silenciosa le soportó sin experimentar felicidad alguna. Cuando se levantó, toda fatigada, con el rostro contraído por el dolor, reconcentró en

su mirada todo el desprecio que sentía hacia el hombre. Todo estaba en silencio. Sólo se oía el acompasado ruido que hacía Saturnino detrás de la puerta al limpiar las botas de su cuñado.

Octavio en el aturdimiento de su triunfo, pensaba en Valeria y en Mad. Hedouin. Ya era algo más que el amante de la pobre Maria Pichon. Estaba rehabilitado á sus propios ojos. Después, ante un movimiento penoso de Berta, sintió así como vergüenza y la dió un beso con la mayor dulzura. Ella se repenía poco á poco: su fisonomía volvía á mostrarse resuelta. Con su gesto pareció decir: « ¡ Ya hemos hecho el mal, cómo ha de ser! » Pero sintió en seguida necesidad de expresar un pensamiento melancólico:

— ¡ Si se hubiera V. casado conmigo! murmuró.

Octavio se sorprendió, pero no obstante dijo besándola de nuevo:

— ¡ Oh! si, ¡ qué bueno hubiera sido eso!

Por la noche la comida á que asistieron los Josserand, fué agradabilísima. Jamás se había mostrado Berta más amable. No dijo una sola palabra á sus padres de la riña, y acogió á su marido con aire de sumisión. Este, encantado, llamó aparte á Octavio para darle las gracias, mostrándose con él tan agrade-

cido y tan cariñoso que el joven se afectó. Por lo demás, todos ponderaban su mérito y le colmaban de atenciones. Saturnino, muy comedido en la mesa, le miraba con cariño como si hubiera participado de las dulzuras de su falta. Hortensia se dignaba escucharle mientras que Mad. Jossierand le servía vino, con maternal estímulo.

— Pues sí, dijo Berta á los postres, voy á volver á dedicarme á la pintura... Hace tiempo que deseo adornar una taza para Augusto.

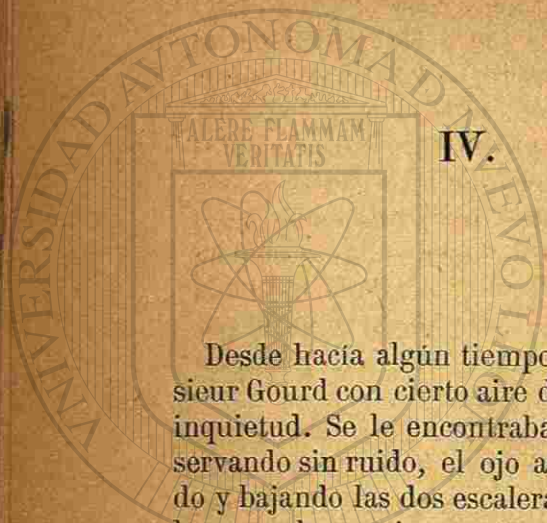
Este buen pensamiento conyugal commo- vió al último. Desde que les habían servido la sopa, Octavio había colocado el pié sobre uno de los de la joven y le hacía caricias de este modo, como para tomar posesión de sus dominios. Sin embargo, Berta experimentaba una sorda inquietud en presencia de Raquel, á la que sorprendía siempre es- cudriñándola. ¿Se conocía en la cara lo que había hecho? ¡No tenía más remedio que despedirla ó sobornarla!

Pero M. Jossierand que estaba al lado de su hija, acabó de enternecerla dándole por debajo de la mesa diez y nueve francos en- vueltos en un papel, diciéndola al oído:

— Esto es lo que he podido ganar hacien- do fajas... si debes algo, es preciso pagar.

Entonces, entre su padre que la tocaba la

rodilla y su amante que frotaba suavemente su botina, se sintió á su gusto. La vida iba á ser encantadora. Y todos se mostraban satisfechos de aquella noche pasada alegre- mente en familia, sin la menor disputa. En verdad que aquello no era natural, algo de- bía haber que les favoreciese. Sólo Augusto arrugaba la frente molestando por la jaqueca que le sobrevenia al final de cualquier emo- ción. A las nueve se vió precisado á acos- tarse.



Desde hacia algún tiempo rondaba monsieur Gourd con cierto aire de misterio y de inquietud. Se le encontraba á menudo observando sin ruido, el ojo avizor y subiendo y bajando las dos escaleras de la casa, en las que los vecinos notaron su presencia hasta en las altas horas de la noche. Sin duda alguna la moralidad de la casa le preocupaba, adivinaba algo deshonesto que turbaba el frío silencio del patio, el recogimiento del vestibulo y las hermosas virtudes domésticas de todos los pisos.

Una noche Octavio halló al portero sin luz, inmóvil, en el rincón del corredor y pegado á la puerta que abría paso á la escalera de servicio. Sorprendido, le preguntó qué hacia.

—Quiero siempre estar al tanto de lo que pasa, M. Mouret, contestó retirándose.

El joven se alarmó. ¿Sospechaba el portero sus relaciones con Berta? Sin duda los acechaba. Sus amores encontraban continuos obstáculos en aquella casa vigilada, cuyos inquilinos profesaban los principios más rígidos. Así es, que no podía acercarse á su amada más que muy raras veces, gustando la sola alegría cuando ella salía sin su madre por la tarde, de abandonar la tienda con algún pretexto, y de buscarla en un pasaje retirado paseándose con ella del brazo durante una hora.

Desde fines de Julio, Augusto pasaba fuera de su casa todos los martes por la noche: había cometido la imprudencia de interesarse en una fábrica de Lyon que estaba en muy mal estado y no dejaba pasar una semana sin ir allí. Pero hasta entonces Berta se había negado á aprovechar aquella noche de libertad. Su criada le daba miedo, y temía que cualquier descuido la obligase á entregarse á ella por completo.

Precisamente en la noche de un martes fué cuando Octavio descubrió á M. Gourd, plantado cerca de la puerta de su cuarto. Esto redobló sus inquietudes. Hacia ocho días que suplicaba en vano á Berta que su-

biese á buscarle, cuando todo quedase en silencio. ¿Había adivinado el portero sus intenciones? Octavio se acostó disgustado, atormentado por el temor y el deseo. Su amor se irritaba, se convertía en pasión loca, y notaba no sin indignarse que incurría en todas las debilidades del corazón humano. No podía reunirse con Berta en los pasajes, sin comprarle los objetos que llamaban su atención en los escaparates. La víspera en el pasaje de la Magdalena había visto la joven un sombrero, y manifestó tanto interés en tenerle, que entró á comprarlo. Era de paja de arroz sin más adorno que una guirnalda de raso, de una sencillez encantadora; pero le costó doscientos francos, y esto le pareció demasiado.

Se dormía, á cosa de la una, cuando oyó golpecitos en la puerta.

—Soy yo, murmuró suavemente una voz femenina.

Era Berta. Abrió y la abrazó apasionadamente en medio de la oscuridad; pero ella no subía á eso, y cuando encendió la bujía notó que estaba muy conmovida. La víspera, no llevando él bastante dinero en el bolsillo, no había podido pagar el sombrero, y como en medio de su alegría había cometido la imprudencia de decir su nombre, le

habían enviado una factura. Había dicho que volvieran; pero temblando que llegasen con ella cuando estuviera de vuelta su marido, se había atrevido á subir, animada por el silencio que reinaba en la escalera, y segura como estaba de que Raquel dormía.

—Irás á pagar mañana temprano, ¿no es verdad? le suplicó, procurando marcharse.

Pero él, que la estrechaba en sus brazos, la dijo:

—Quédate... dentro de una hora te irás.

Berta se quedó, pasaba el tiempo, ella quería marcharse, pero él la detenía. A las cuatro, cuando ya comprendían que era tiempo de separarse, se quedaron profundamente dormidos.

Al abrir los ojos entraba el sol en el cuarto: eran las nueve. Entonces Berta lanzó un grito:

¡Dios mío! ¡Estoy perdida! dijo.

Hubo un minuto de confusión. Se levantó con los ojos cerrados de cansancio y de sueño, y vistiéndose de mala manera, no hacía más que prorrumpir en exclamaciones. Él, poseído de igual desesperación se colocó delante de la puerta, para impedirle que saliera en enaguas y con una chambra, como estaba á semejante hora. ¿Se había vuelto loca? La gente la vería en la escalera y era

peligroso. Necesitaban reflexionar, buscar un medio para que bajase sin que nadie se apercibiera. Pero ella se obstinaba en marcharse y pugnaba por abrir la puerta que el joven defendía. Al fin pensaron en la escalera de servicio. Nada mejor; por ella podía llegar á la cocina de su casa y entrar. Pero como María Pichon madrugaba y solía estar por las mañanas en el corredor, pensó Octavio que debía ir á entretenerla, á fin de que la otra pudiera escurrirse. Con este objeto se puso un pantalón y un paletot.

— ¡Cuánto tardas, Dios mío! murmuraba Berta, que al verse en aquel cuarto estaba como sobre ascuas.

Al fin salió Octavio con la tranquilidad ordinaria y se sorprendió al ver á Saturnino instalado en casa de María, mirándola con la mayor calma del mundo, desempeñar sus quehaceres domésticos.

Al loco le agradaba buscar, como en otros tiempos, un refugio á su lado, contento en el olvido en que ella le dejaba. Y en efecto, como no la estorbaba para nada toleraba sus visitas, aunque ni siquiera le daba conversación.

— ¡Calle, está V. con su adorador! dijo Octavio, procurando cerrar la puerta.

María se puso muy colorada. ¡Su adora-

dor el pobre Saturnino! ¿Era posible? El pobrecito, que parecía sufrir, sólo cuando le tocaba la mano por casualidad. También el loco se enfadó. ¡No quería enamorarse nunca, nunca! Y los que dijeran á su hermana aquella mentira tendrían que verse las caras con él.

Asombrado Octavio de su brusca irritación se apresuró á calmarle.

Berta entre tanto se escapó por la escalera de servicio. Tenía que bajar dos tramos. Desde que puso el pié en el primer escalón, una risa aguda que salía de la cocina de madame Juzeur la detuvo, y toda temblorosa se acercó á la ventana que daba al estrecho y sucio patio interior. Entonces oyó otras voces; las groseras palabrotas de las criadas llegaban á su oído y se apercibió de que varias de ellas acusaban á la pequeña Luisa de ponerse á mirar por el ojo de la cerradura de sus cuartos cuando se acostaban. Aún no tenía quince años y ya pensaba en esas cosas... ¡vaya una decencia! Luisa se reía á carcajadas. No sólo no negaba, si no que decía que había visto las pantorrillas de Adela, que Lisa estaba en los huesos y que Victoria tenía un vientre como un tonel. Para hacerla callar, las interesadas redoblaban sus improperios. Después, cargadas de

que la chica hubiese sacado á relucir sus defectos, se vengaron en sus amas, poniendo al descubierto sus imperfecciones. ¡Aunque Lisa era delgada, gracias á Dios no parecía una sardina como la otra Mad. Campardon, un verdadero arenque, un regalo de arquitecto! Victoria se contentaba con desear á todos los Vabre, los Duveyrier y los Josserand, nacidos y por nacer, un vientre tan bien conservado como el suyo á su edad. Y en cuanto á Adela, aseguraba que no cambiaría sus pantorrillas por las de sus señoritas ni las de su señora, que parecían flautas.

Berta, inmóvil, asustada, recibiendo en el rostro la basura que arrojaban las cocinas, sin sospechar que hubiera en la casa aquel pozo de inmundicia, sorprendía por la primera vez la ropa sucia de la domesticidad á la hora en que los amos estaban ocupados en asearse.

De pronto gritó una voz:

—El amo viene por el agua caliente.

Acto continuo se cerraron las ventanas y reinó el más profundo silencio. Berta no se atrevía, sin embargo, á moverse. Al decidirse á bajar, pensó que Raquel estaría en la cocina esperándola. Esto fué para ella una nueva angustia. Temía entrar, y prefería irse á la calle, huir para siempre.

Pero no había más remedio, entreabrió la puerta y se consoló al ver que no estaba la criada. Entonces con alegría infantil, al hallarse en su casa sin haber sido sorprendida, corrió á su cuarto. Pero allí, ante la cama que estaba intacta, halló de pié á Raquel. Miraba al lecho y después miró á su ama, sin expresar nada en su rostro. En el primer momento la joven, trastornada, trató de excusarse y habló de una indisposición de su hermana. Balbuceaba, y de pronto, asustada de la pobreza de su mentira, comprendiendo que no había otro remedio se echó á llorar, dejándose caer sobre una silla.

Esto duró un minuto eterno. Ni una palabra cambiaron las dos mujeres: sólo los sollozos turbaban la profunda calma de la habitación. Raquel, exagerando su discreción, conservando su aire frío de criada que sabe todo y que no dice nada, volvió la espalda y comenzó á ahuecar las almohadas, como si concluyera de hacer la cama. Por último, cuando Berta, más y más trastornada por su silencio mostró más á lo vivo su desesperación, la doméstica al mismo tiempo que limpiaba el polvo, dijo sencillamente con voz respetuosa:

—La señora hace mal en afligirse: el señor no es tan bueno que lo merezca.

Berta cesó de llorar. Todo quedaba reducido á sobornar á aquella muchacha. Sin más le dió veinte francos, y pareciéndole poco, porque creyó ver en sus labios un movimiento desdenoso fué á buscarla á la cocina, la llevó otra vez á su cuarto y la regaló un traje casi nuevo.

Octavio por su parte se hallaba también dominado por el terror. Al salir de casa de los Pichon encontró al portero inmóvil, como la noche anterior, acechando detrás de la puerta de la escalera de servicio. Le siguió sin atreverse á hablarle, y al llegar al piso tercero le vió sacar una llave del bolsillo y entrar en el cuarto del inquilino que no iba allí más que una noche cada semana á trabajar. Por la puerta, un instante abierta, vió Octavio aquel cuarto cerrado siempre como una tumba. Aquella mañana acusaba un gran desorden; sin duda el inquilino había trabajado la noche anterior: había una cama grande con las sábanas y mantas desarregladas, un armario de espejo vacío, en el que se apercebían los restos de una langosta y botellas empuzadas, dos palanganas de agua sucia, estaban la una en una silla, la otra á los piés de la cama. M. Gourd, apenas entró se puso á vaciar y á limpiar las palanganas.

Al dirigirse al pasaje de la Magdalena á pagar el sombrero, Octavio se sentía poseído de una dolorosa incertidumbre. Al volver resolvió sonsacar á los porteros. Madame Gourd, sentada delante de la ventana de la portería, entre dos tiestos de flores tomaba el aire, y cerca de la puerta y de pié esperaba la tía Perou, con el rostro humilde y asustado.

—¿Hay alguna carta para mí? preguntó Octavio, para entablar conversación.

Precisamente M. Gourd bajaba del piso tercero. El cuidado de aquel cuarto era lo único que tenía que hacer en la casa y se mostraba orgulloso de la confianza del inquilino, que le pagaba bien, con la condición de que él solo limpiase las palanganas.

—No, M. Mouret, contestó, no hay cartas para V.

Notó muy bien que estaba allí la tía Perou; pero hizo como que no la veía. La víspera se había enfadado con ella porque había vertido un cubo de agua en el portal y la había despedido. La pobre iba á cobrar su salario y al verle se puso á temblar, arriándose á la pared.

Pero como Octavio se detenía, colmando de amabilidades á Mad. Gourd, el portero se volvió brutalmente hacia la pobre vieja:

—Viene V. á cobrar, ¿eh? Veamos, ¿que se la debe?

Pero Mad. Gourd le interrumpió:

—Querido, mira, dijo: ahí está otra vez esa mujer y el animalito.

Era Lisa, que desde hacía algunos días había hallado un perrito en la calle, y con este motivo sostenía con los porteros continuas polémicas. El casero no consentía perros en la casa. No señor, ni animales, ni mujeres de vida dudosa. Ni aun en el patio podía estar el perrito: era preciso que le sacasen fuera para hacer sus necesidades, y como estaba lloviendo y llevaba las patas llenas de barro, el portero se precipitó, gritando:

—No quiero que suba, ¿lo oye V.? si quiere V. cójalo en brazos.

—Para que me manche, ¿no es verdad? dijo insolentemente. Vaya una desgracia que ocurriría si se mojase un poco la escalera de servicio... ¡Vamos, anda, pichicho!

M. Gourd quiso cogerle, pero se escurrió y comenzó á echar pestes contra las puercas de las criadas. Siempre estaba en guerra con ellas, impulsado por el rencor de antiguo doméstico, convertido á su vez en amo. Pero Lisa se cuadró, y dirigiéndose hacia él con la mayor desfachatez, le dijo:

—Vamos á ver... quieres dejarme en paz, so lame... platos.

Anda á sacar los orinales de la alcoba del señor duque.

Aquella era la única injuria que reducía al silencio á M. Gourd, y las criadas abusaban de esta flaqueza. El hombre volvió á su porteria livido de cólera, murmurando sordas palabras: sin duda decía que se enorgullecía de haber servido al señor duque, mientras que ella, tan puerca, que no habrían podido soportarla en la casa ni dos horas. Después se fijó en la tía Perou, que al verle se estremeció.

—Acabemos de una vez, murmuró... Veamos qué se la debe. ¡Cómo! ¿Dice V. que doce francos sesenta y cinco céntimos...? No puede ser. Sesenta y tres horas á veinte céntimos cada una... ¡Ah! ¿cuenta V. un cuarto de hora más? En la vida se ha visto eso. Ya la advertí á V. que no pagaba los cuartos de hora solos.

Y sin darle todavía el dinero, la dejó atemorizada para tomar parte en la conversación que sostenían Octavio y su mujer. Éste, con habilidad hablaba de las molestias que debía ocasionarles una casa tan grande como aquella, procurando de este modo que hablaran de los inquilinos. Debían ocurrir

tantas cosas extrañas detrás de las puertas.

Entonces el portero intervino, diciendo con su acostumbrada gravedad:

—Mire V., M. Mouret, nosotros no acostumbramos á meternos en lo que no nos importa... Pero hay cosas, que francamente me hacen salir de quicio. Mire V. aquello, por ejemplo.

Y señaló á la ribeteadora, aquella joven pálida que se mudó á la casa precisamente el día del entierro de M. Vabre. Atravesaba el portal andando con mucho trabajo, y se le conocía á la legua que estaba en el último periodo de un embarazo.

—¿Qué es lo que he de mirar? preguntó Octavio.

—¿Aquel enorme vientre?

El vientre de la infeliz era lo que exasperaba á M. Gourd. Una soltera, embarazada, sin que nadie supiera de qué habia resultado aquello, porque no tenía trazas de estarlo cuando alquiló el cuartito que habitaba.

—¡Oh! de lo contrario jamás él habria consentido en admitirla.

—Ya V. comprenderá, decía el portero, lo que el nuevo casero y yo hemos experimentado al conocer su situación. ¿No es verdad que debía haber advertido que se hallaba en ese estado? Ninguna persona se ingiere en

una casa donde habitan personas honradas con ese contrabando. Pero al principio apenas se notaba, podía pasar y yo no decía nada. Esperaba que al menos tendría discreción. Que si quieres. Yo la observaba y la veía engordar por momentos, consternándome aquellos rápidos progresos. Pero ahora, mírela V., no hace nada para contener el desarrollo... dentro de poco ni siquiera podrá pasar por la puerta.

Y al hablar así, la señalaba con trágica actitud, mientras la pobre atravesaba el patio en dirección á la escalera de servicio. Parecíale que aquel vientre abultado, proyectaba una sombra sobre la fría limpieza del patio y hasta sobre el estuco y los dorados del portal. A medida que crecía, se notaba como una perturbación en la moralidad de la casa.

—Le aseguro á V., M. Mouret, añadió, que si esto habria de continuar, preferiríamos mi esposa y yo retirarnos á nuestro pueblo, porque gracias á Dios tenemos con qué vivir y no necesitamos de nadie. ¡Una casa como ésta, deshonrada por semejante irregularidad! Y créalo, parece que se goza en demostrarla.

—A mi me ha parecido que está bastante enferma, dijo Octavio sin mostrar mucha

piedad. La veo siempre tan triste, tan pálida, tan abandonada... Quizás tiene un amante.

M. Gourd hizo un gesto exclamando:

—Ya pareció aquello. ¿Lo oyes mujer?

M. Mouret es de mi misma opinión. Las cosas como esas no se hacen solas... Pues bien, M. Mouret, ya hace dos meses que la espío, y ni la sombra de un hombre he logrado descubrir. ¡Si será viciosa! ¡Ah! si yo la encontrase con el tal amante, verlos y echarlos á la calle sería todo uno. Pero no logro sorprenderlos, y esto es lo que me quema la sangre.

—¡No vendrá á verla aquí! dijo Octavio.

—Eso no es natural, y como yo me empeñase ya los cogería. Aún le quedan seis semanas, porque he hecho que la despidan y en Octubre se irá. ¡Tendría gracia que entre tanto...! De nada sirve que M. Duveyrier se indigne exigiendo que se vaya á otra parte á salir de su cuidado; lo que es yo no estoy tranquilo, el día menos pensado puede jugarnos la mala pasada de no esperar hasta después de largarse de aquí. Vea V., todo esto podía haberse evitado sin la codicia del viejo Vabre. Por cobrar ciento treinta francos más y á pesar de mis consejos, la admitió. El carpintero debió dejarle escarmentado.

Pero nada, alquiló el cuarto á una ribeteadora... ¡encanallar la cosa con obreros! Cuando uno admite á la gente del pueblo, no puede esperarse otra cosa más que disgustos y porquerías.

Mad. Gourd tuvo que calmarle: tomaba demasiado á pecho la moralidad de la casa, y al fin y al cabo le haría daño tanto interés. La tía Perou, tosió entonces, para recordar que estaba allí, y el portero la pagó escatimándole los cinco céntimos del cuarto de hora.

Ya se marchaba con sus doce francos y sesenta céntimos, cuando afectando lástima la ofreció admitirla de nuevo, pero á quince céntimos por hora en vez de veinte. La infeliz se echó á llorar y aceptó.

—Y si no le conviniera á V. no faltaría quien me sirviese por el mismo precio, le dijo, V. no está ya fuerte, ni diez céntimos por hora vale su trabajo.

Octavio, que subía un momento á su cuarto, estaba ya tranquilo. En el tercero halló á Mad. Juzeur que entraba en su casa. Todas las mañanas se veía obligada á bajar en busca de su criada que se estaba las horas muertas en la compra.

—Con qué arrogancia pasa V., le dijo, acompañando á sus palabras una dulce son-

risa. Se conoce á la legua que le miman á usted en otra parte.

Esta frase renovó sus inquietudes. La siguió hasta la sala bromeando. Sólo uno de los cortinajes estaba algo entreabierto: las alfombras y los portiers disminuían aún aquella luz de alcoba y en aquella habitación de una suavidad de edredon, los ruidos exteriores apenas parecían murmullos. Madame Juzeur le hizo sentarse á su lado en el canapé ancho y bajo, y al ver que no cogía su mano para besársela, le dijo:

—¿Ya no me quiere V.?

Octavio se puso encarnado y aseguró que la adoraba. Entonces ella le tendió la mano riéndose, y el joven no tuvo más remedio que llevársela á los labios á fin de destruir sus sospechas. Pero de pronto se la quitó.

—No, no, le dijo; ya veo que en vano quiere V. excitarse, esto no le causa placer. Lo conozco, y además es natural.

—¿Qué quería decir? Entonces la cogió por el talle y la asedió á preguntas. Pero ella no le respondía abandonándose á su presión, y negándose á contestar con signos de cabeza. Para decidirla á hablar la hizo cosquillas.

—Claro, respondió al fin, no le causa á usted placer eso, porque ama á otra.

Y nombró á Valeria, recordándole la noche en que se la comía con los ojos en casa de los Josserand. Después, al asegurarla él que no había tenido nada con ella, recuperando su habitual buen humor, dijo Mad. Juzeur que ya lo sabía, y que todo había sido broma. Pero añadió que en cambio no podía decir lo mismo de otra, y citó á Mad. Hedonin, entusiasmándose al oír las enérgicas protestas que formulaba el joven. ¿Quién era entonces? ¿Acaso Maria Pichon? ¡ah! lo que es esa no podía negarlo. Sin embargo negó, pero Mad. Juzeur insistió, asegurando que tenía un pajarito que nunca la engañaba.

Para arrancarle todos aquellos nombres, había necesitado el joven redoblar sus caricias; pero no había nombrado á Berta, y ya la abandonaba, cuando dijo:

—¿Aún nos queda la última?

—¿Cómo la última? preguntó Octavio con ansiedad.

Cerrando los labios se obstinó de nuevo en no nombrarla mientras que no la separase los labios con un beso. Verdaderamente no podía designarla, puesto que la idea de casarlos había sido suya, y contaba la historia de Berta sin pronunciar su nombre. Entonces él confesó todo, gozando al hacerle aquella confianza un placer cobarde. ¿Por

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARÍA"
MEXICO, D.F. MONTEPERREY, MEXICO

qué se ocultaba de ella? ¿La creía celosa? ¿Por qué había de estarlo? ¿Qué había entre los dos? Nada, como quien dice, niñerías como en aquel momento. Por lo demás, ella era una mujer honrada, y le reñía por haber supuesto que podía tener celos.

Entre tanto Octavio la tenía en sus brazos. Con lánguido acento aludió al cruel que la había plantado al cabo de una semana de matrimonio. Una mujer desgraciada como ella, sabía cuanto había que saber respecto de las tempestades del corazón. Desde hacia mucho tiempo había adivinado lo que ella llamaba las cosas de Octavio, porque no era posible darse un beso en la casa sin que ella se apercibiera. Y arrellenados sobre el ancho canapé los dos, llegaron á entablar una íntima conversación que interrumpían sin darse cuenta de ello, con caricias un poco libres. Ella le trataba de estúpido por no haber conseguido á Valeria. Y la culpa era suya, porque ella le habría proporcionado el medio de obtenerla, sólo con que hubiera entrado un instante á pedirla un consejo. Después le habló de Maria Pichon; pero más aún de Berta que le parecía encantadora, con un cutis finísimo y un pié de duquesa. A todo esto no tardó en tener que rechazarle.

—No, déjeme V., sería preciso carecer de

principios para eso. Por otra parte no gozaría V. ¿Dice V. que sí? ¡Oh! eso es para lisonjearme. Y si gozase V. sería V. malo. Guarde V. su cariño para ella. ¡A más ver, picarón!

Y le despidió exigiéndole el solemne juramento, de que iría frecuentemente á confesarse con ella sin ocultarle nada, si quería que se encargase de la dirección de sus asuntos amorosos.

Octavio se separó de ella tranquilo y de buen humor. Se divertía con las complicaciones de su virtud. Al llegar á la tienda tranquilizó con una seña á Berta, quien con una mirada le interrogó acerca de la factura del sombrero. Toda la terrible aventura de la mañana se olvidó. Cuando Augusto volvió un poco antes de la hora de almorzar, los halló como todos los días, Berta aburrída sobre la banqueta de la caja, y Octavio ocupado en medir faya para una señora.

A partir de aquel día, las entrevistas de los amantes fueron más raras aún. Él, en extremo ardiente, la perseguía en los rincones con sus continuas súplicas, con peticiones de citas, dónde y cómo quisiera. Ella por el contrario, con la indiferencia de una niña criada en invernadero, no parecía gustar del amor culpable más que las furtivas

salidas, los regalos, los goces prohibidos, las horas pasadas en coche, en el teatro ó en la fonda. Toda su educación retonaba, su apetito de dinero, de lujo, y no tardó en cansarse de su amante tanto como de su marido, le parecía demasiado exigente para lo que daba, y procuraba con tranquila indolencia regatearle la felicidad. Así es, que exagerando sus temores se negaba sin cesar á sus deseos: ¡lo que es en su cuarto, nunca más! Se moriría de miedo. En su casa, era imposible; podían sorprenderlos; y cuando él la pedía que se dejase llevar á un cuarto en un hotel, ella se echaba á llorar y le decía que la respetaba muy poco para hacerla semejante proposición. Sin embargo, los gastos continuaban, los caprichos eran cada día mayores, después del sombrero, deseó un abanico de punto de Alençon, sin contar otra multitud de objetos que se le antojaban al verlos en los escaparates de las tiendas. Si Octavio no se atrevía á negárselos, al menos al ver como se le iban sus ahorros, se reanimó su dormida avaricia. En su calidad de hombre práctico, concluyó por convencerse de que era estúpido pagar, cuando ella ni siquiera le dejaba tocarle el pié debajo de la mesa. Decididamente París no le era favorable: primero, fiascos; luégo aquel amor im-

bécil que vaciaba su bolsa. No podían acusarle de hacer fortuna por medio de las mujeres, y se consolaba con esta afirmación rabioso en el fondo de haber llevado á cabo tan desacertadamente el plan que en honor de la verdad le había inspirado su viaje á París.

Agusto, sin embargo, no los molestaba. Desde que le preocupaban los asuntos de Lyon sus jaquecas le atacaban con más fuerza que antes. Berta experimentó el primero de mes una agradable sorpresa al verle depositar por la noche sobre la chimenea de su cuarto trescientos francos para sus gastos, y aunque era menos de lo que habia exigido, como no habia esperado nunca que la diera ni un céntimo, se arrojó á sus brazos poseída de la mas viva gratitud. Con aquel motivo disfrutó el marido de lo que negaba al amante, á pesar de que pagaba con más largueza sus caprichos.

Setiembre transcurrió de este modo; en la casa desierta, ó poco menos, por haber salido á veranear los inquilinos, reinaba una gran calma. Los del segundo habian ido á un puerto de España á los baños de mar, lo que hacía murmurar á M. Gourd. ¡Un viaje tan largo! ¡Como si las personas distinguidas no tuvieran bastante con Trouvi-

lle! Los Duvéyrier, en cuanto entró su hijo Gustavo en vacaciones se fueron á su casa de campo de Villeneuve Saint-Georges. Hasta los Jossierand se fueron á pasar quince días á casa de un amigo, cerca de Pontoise, anunciando que salían para un puerto de mar. Aquella soledad, aquellos cuartos desiertos, el silencio que reinaba en la escalera, ofrecían á Octavio menos ocasión de peligros y fatigaba á Berta con sus súplicas, consiguiendo que al fin le recibiese en su casa una noche, durante uno de los viajes de Augusto á Lyon. Pero en muy poco estuvo que los sorprendieran: Mad. Jossierand, que había regresado dos días antes con su familia, asistió á una comida á que la convidaron, y tuvo tan grande indigestión, que Hortensia, muy alarmada, bajó á llamar á su hermana. Por fortuna Raquel acababa de secar la vajilla y pudo hacer que el joven se escapase por la escalera de servicio. Los días siguientes Berta abusó de aquel contratiempo para negarse á las exigencias del joven. Por otra parte, cometieron la falta de no recompensar á la criada, que los servía con su indiferencia ordinaria y el respeto de la que ni ve, ni oye, ni entiende; pero como la señora andaba siempre detrás del dinero y M. Octavio empezaba á cansarse

de gastarlo en obsequios, no estaba muy á su gusto en aquella barraca, en la que el amante de su ama no era capaz de darle medio franco, cuando pasaba allí la noche. Si creían haberla comprado hasta la consumación de los siglos por veinte francos y un vestido estaban frescos, y se engañaban de medio á medio. Se estimaba ella en mucho más. Desde entonces se mostró menos complaciente y cesó de cerrar las puertas cuando los veía juntos, pero no se apercebieron de su mal humor porque no están los amantes para dar propinas, cuando furiosos por no saber adonde ir á darse un abrazo, riñen á cada instante por esto.

El silencio era cada vez mayor en la casa, y Octavio, que buscaba sin cesar ocasiones, hallaba en todas partes á M. Gourd espionando los actos deshonestos, y figurándosele los dedos huéspedes.

Mad. Juzeur, que compadecía al pobrecito joven, muerto de amor y sin poder acercarse á la señora de sus pensamientos, le prodigaba los más saludables consejos. Los deseos de Octavio llegaron á tal punto que, un día hasta pensó suplicarla que le prestase su casa: sin duda no le negaría este favor; pero temió sublevar á Berta si se enteraba de sus indiscreciones. También pro-

yectó utilizar á Saturnino: el loco podía guardarlos como un perro fiel en cualquier parte, pero no podía fiarse de él, porque tan pronto le colmaba de caricias, como le dirigía miradas del odio más profundo. Parecían accesos de celos, de unos celos nerviosos y violentos de mujer, y los manifestaba, sobre todo desde que le sorprendía algunas mañanas en casa de Maria Pichon, bromeando con ella.

Con efecto, Octavio no pasaba por delante de la puerta de Maria sin entrar, como movido por una pasión tardía que no se explicaba. Adoraba á Berta y la deseaba con locura, y en la necesidad de poseerla, sentía hacia la otra una ternura inmensa, un amor cuyas dulzuras jamás había experimentado en la época de sus relaciones. Gozaba contemplándola, tocándola y bromeando con ella; aquello era el juego de un hombre que quería volver á ser dueño de una mujer, con el secreto cuidado de ocultar que amaba á otra. Y en aquellas ocasiones, cuando Saturnino le sorprendía retozando con Maria le amenazaba con sus ojos de lobo pronto á morder, sin perdonarle, ni acudir á besarle la mano, como un perro sumiso, hasta que le veía cerca de Berta, fiel y cariñoso.

A fines de Setiembre, cuando los inqui-

nos ausentes estaban á punto de regresar, atormentado Octavio concibió una idea loca. Raquel había anunciado que una hermana suya iba á curarse, y pidió permiso para ir á verla un martes que Augusto debía marchar á Lyon. Se trataba pura y simplemente de pasar la noche en el cuarto de la criada, donde seguramente no se le ocurriría á nadie ir á buscarlos. Berta, ofendida, manifestó desde luego la más viva repugnancia; pero él la suplicaba con las lágrimas en los ojos, hablaba de irse de Paris, donde tanto sufría, y empleó tales argumentos, que ella, sin saber cómo evadirse, acabó por consentir. Todo fué preparado al efecto. El martes por la noche, después de comer, tomaron el t  en casa de los Joserand, para evitar toda sospecha. Allí estaban Troublot, Guenlin, el tío Bachelard, y ya algo tarde llegó Duveyrier, que algunas veces iba á dormir á su casa, alegando que tenia que hacer temprano al día siguiente. Octavio habló con todos ellos con la mayor soltura, y á cosa de las doce se escapó, yendo á encerrarse en el cuarto de Raquel, adonde Berta iria á buscarle una hora después, cuando todo quedara en silencio.

Una vez allí empleó media hora en faenas vulgares. Para vencer la repulsión de la jo-

ven había prometido cambiar las sábanas y llevar él toda la ropa blanca necesaria. Así es que se vió precisado á hacer la cama, tardando mucho por su natural torpeza y porque procuraba no hacer ruido. Después, como Troublot, se sentó sobre un cofre, armandose de paciencia. Las criadas subían á acostarse una á una y oía á traves de los endebles tabiques el ruido que hacían al desnudarse, y al sentirse á sus anchas. Dió la una, luego el cuarto, luego la media. La inquietud se apoderó de él. ¿Por qué se haría esperar? Debía haberse marchado de casa de sus padres lo más tarde á la una; diez minutos le bastaban para entrar por la escalera principal y salir por la de servicio. Cuando oyó las dos se imaginó que habían ocurrido grandes catástrofes. Al fin suspiró, creyendo reconocer sus pasos y abrió la puerta para alumbrar; pero una sorpresa le dejó inmóvil. Delante de la puerta del cuarto de Adela estaba Troublot mirando por el agujero de la cerradura. La brusca aparición de la luz le hizo volver los ojos.

—¡Cómo! ¡Usted! murmuró Octavio disgustado.

Troublot se echó á reír, sin mostrarse asombrado por verle allí á semejante hora de la noche.

—Figúrese V., le dijo en voz baja, que esa estúpida de Adela se ha olvidado de darme la llave, y como se ha ido á casa de Duveyrier... ¿se asombra V.? ¿Pues qué no sabe usted que las noches que viene, aprovechando la ausencia de su familia, se la lleva á su casa? Pues, sí. El magistrado se ha reconciliado con su mujer, que se resigna de cuando en cuando, pero como le tiene á media ración, cae sobre Adela. ¡Oh! y es muy cómodo, viene desde el campo á París, se queda so pretexto de quehaceres matinales, la muchacha lo sabe y va á buscarle.

Interrumpiéndose, volvió á mirar por el ojo de la cerradura, y añadió:

—No... no ha vuelto... esta noche la tiene más tiempo que la otra vez... Demonio de muchacha... ¡no tiene dos dedos de frente! Si al menos me hubiera dado la llave, la habría esperado en lo caliente.

Entonces volvió al granero donde se había refugiado llevándose á Octavio, que deseaba preguntarle si había pasado algo en casa de los Jossierand. Pero no le dejó despegar los labios, porque en medio de la oscuridad que los rodeaba continuó hablándole de Duveyrier. Sí, aquel animal, había tratado al pronto de entenderse con Julia la cocinera; pero era demasiado decente para

él, y además en el campo se arreglaba con Gustavito, un chico de diez y seis años, que prometía. Entonces, no pudiendo hacer nada por allá, ni con Clemencia, á causa de Hipólito, juzgó más oportuno buscar una persona extraña. No se sabía cómo ni cuándo se había puesto de acuerdo con Adela: sin duda detrás de una puerta, en una corriente de aire, porque aquella marrana recibía las caricias de los hombres, como los bofetones de su ama, y de seguro que no se habría atrevido á desairar al casero.

—Desde hace un mes no falta á las reuniones de los martes por la noche de los Jossierand, añadió Troublot, y esto me fastidia... Voy á tener que buscarle á Clarisa para que me deje en paz.

Octavio pudo al fin interrogarle acerca del final de la reunión. Berta se despidió de su familia, poco despues de las doce con la mayor tranquilidad. Sin duda iba á encontrarla en el cuarto de Raquel; pero Troublot, contento de su encuentro, no le soltaba ni á tres tirones.

—Es estúpido tenerme así, decía. Con esto puede decirse que no duermo. Mi principal, que ha empezado á hacer la liquidación, me obliga á pasar tres noches en blanco por semana... Si al menos estuviera Julia

aquí, no me faltaría un rinconcito; pero M. Duveyrier no ha traído del campo más que á Hipólito, el amante de Clemencia. Pues bien, sepa V. que acabo de verle entrar en el cuarto de Luisa, de esa chicuela, cuya alma se propone salvar Mad. Juzeur. Un gran éxito para la señora, *¡todo lo que V. quiera, menos eso!* Una chiquilla sin sazónar... ¡Vaya un regalo para un mozo como un guardacantón! A mí no me va ni me viene, ya lo sé; pero eso me da asco.

Aquella noche Troublot, que estaba aburrido, filosofaba mucho.

—¡Pero, qué ha de suceder! añadió. Tal amo, tal criado... Cuando los ricos dan el ejemplo, los que no tienen sobre qué caerse muertos pueden permitirse esas deshonestidades. Todo se va perdiendo en Francia, hasta el honor.

—Me voy, adios, dijo Octavio.

Troublot le detuvo aún. Enumeraba los cuartos de las domésticas donde podría guardarse, si el verano no hubiese dejado la casa medio vacía. Lo peor era que todos los dejaban cerrados: de tal modo temían las unas verse robadas por las otras. Con Lisa, cuyos gustos eran extravagantes, nada había que intentar. Era una lástima que Victoria no tuviera diez años menos. Sobre todo de-

ploró el afán de Valeria en cambiar de domésticas: ¡aquello era insoportable! Y contándolas con los dedos, habló de una que exigía chocolate por la mañana; otra, que se fué porque el señor era muy sucio para comer; otra, porque la policia fué á buscarla en el momento en que estaba guisando un pedazo de carne; otra, que no podía coger nada sin romperlo; otra, que quería una asistenta que la sirviera; otra, que se ponía los trajes de su ama y por añadidura la dió una bofetada, un día que se atrevió á reñirla. ¡Y todo esto en el espacio de un mes! Ni siquiera le daban tiempo para ir á la cocina á pellizcarlas.

—Y después, añadió, ha tenido á Eugenia. Ya la habrá V. visto, ¡una guapa muchacha, una Venus...! toda la gente se quedaba mirándola en la calle. Con este motivo, la casa fué un infierno durante diez días. Las señoras estaban furiosas. Los caballeros, no hay que hablar. Campardon andaba con la lengua fuera, Duveyrier no hacía más que subir aquí para ver si había fugas de gas. Le digo á V. que se operó una verdadera revolución. Yo desconfié, porque era demasiado apetitosa la chica. Créame V., feas y estúpidas con tal de que haya donde escoger: he aquí mi opinión en principio y por gusto...

¡Y qué buen olfato tuve! Eugenia concluyó por ser puesta de patitas en la calle, el día que su ama se apercibió al ver sus sábanas negras como el hollin, de que recibía por la madrugada al carbonero de la plaza Gaillon: sábanas de negro, cuyo lavado costaba los ojos de la cara. ¿Y qué sucedió? Que el carbonero estuvo muy malo, y que pasó dos cuartos de lo mismo al cochero de los vecinos del segundo que no deja á ninguna á sol ni á sombra. Lo que es del mal del último me alegro, porque me carga.

Octavio logró por fin librarse de su amigo. Dejaba á Troublot en la profunda oscuridad del granero, cuando éste se admiró de pronto.

—Pero ahora que caigo, dijo, ¿quiere usted, picarón, explicarme qué es lo que viene á hacer por estas alturas?

Al oír su respuesta se rió á carcajadas, prometió guardar el silencio, y se despidió de él deseándole una noche agradable. Por su parte esperaba á la puerca de Adela, que cuando estaba con un hombre no sabía abandonarle. Duveyrier no se atrevería á guardarla en su compañía hasta el amanecer.

Al hallarse de nuevo en el cuarto de Raquel, experimentó Octavio otra decepción. Berta no había llegado aún. Enfurecido pen-

saba que se había burlado de él: había ofrecido ir sólo por librarse de sus súplicas. Mientras que él se quemaba la sangre esperando, ella dormía, feliz al verse sola, ocupando á sus anchas el lecho conyugal. Pero en vez de volver á su cuarto y dormir, se obstinó y se acostó vestido proyectando los medios de vengarse. Aquel cuarto de la doméstica le irritaba con sus sucias paredes, su pobreza y su insoportable olor de mujer nada limpia, y no quería confesarse en qué bajaza su amor exasperado había buscado una satisfacción. Tres campanadas sonaron en un reloj lejano. A su izquierda, se oían los ronquidos de los maritornes robustos; pero lo que más le atacaba á los nervios, era un continuo quejido que oía hacia la derecha, un ¡ay! de dolor exhalado en la fiebre de un insomnio. Al fin reconocía la voz de la ribeteadora de botinas. ¿Por ventura se hallaba en los momentos del parto? La desdichada, completamente sola, agonizaba en un misero lecho en el que apenas había espacio para su vientre.

A las cuatro tuvo una distracción. Oyó á Adela y poco después á Troublot, que corrió á su encuentro. Los dos comenzaron á reñir. Ella se defendía: el casero la había retenido; ¿era suya la culpa? Entonces la acusó Trou-

blot de orgullosa; pero ella se echó á llorar asegurando que no era verdad. ¿Qué pecado había cometido la infeliz para que Dios impulsase á los hombres á buscarla con tanto encarnizamiento? Después de uno, otro: aquello no acababa jamás. Y sin embargo, ella no los buscaba; sus tonterías la causaban tan poco placer, que ni siquiera se aseaba, para no producirles tentaciones. ¡Qué si quieres! Se emperraban más, y no había más remedio. Y sin embargo, ya no podía con su cuerpo: estaba harta de Mad. Josserrand, que se obstinaba en que todos los días había de fregar la cocina.

—Vosotros, añadió sollozando, dormís después hasta más no poder, mientras que yo... duerma ó no duerma, tengo en cuanto amanece que trabajar. ¡No, no hay justicia en el mundo! ¡Yo soy muy desgraciada!

—¡Vamos, duerme! dijo Troublot con una especie de conmiseración paternal... no te molestaré, y eso que muchas mujeres darían algo por ocupar tu puesto. ¡Borrícota! ¡ya que te quieren, déjate querer!

Al amanecer se quedó dormido Octavio. Reinaba un profundo silencio, la ribeteadora no gemía ya, y el sol penetraba por la estrecha ventana, cuando la puerta se abrió despertando bruscamente al joven. Era Berta

que había subido impulsada por un deseo irresistible: al pronto le dominó, pero después buscó tantos pretextos, la necesidad de ver el cuarto, de poner los muebles en orden, si Octavio lleno de ira había deshecho la cama y tirado los muebles al marcharse. Como no creía hallarle allí, al verle levantarse pálido de cólera y en actitud amenazadora quedó cortada, y bajando la cabeza escuchó sus furibundas quejas.

El joven la exhortaba á responderle, á darle al menos alguna excusa. Al fin y al cabo Berta murmuró:

—¡A última hora me fué imposible...! Por lo demás, no era propio... Yo le amo á V., se lo juro; ¡pero aquí no, aquí no!

Y al ver que se acercaba, retrocedió temerosa de que quisiera aprovecharse de la ocasión. Ganas tenía él de ello. Eran las ocho, las criadas y hasta el mismo Troublot se habían marchado ya. Al mismo tiempo que procuraba coger las manos de Berta, diciendo que cuando se ama á un hombre, se arrostra todo por él, ella protestando que olía mal el cuarto, entreabrió la ventana. El sin embargo, procuraba atraerla, la aturdió con sus caricias é iba á verse obligada á ceder, cuando una oleada de groseras palabras subió por el patio de las cocinas,

—¡Puerca! ¡marrana! ¿has concluido? Toda el agua sucia de tu palancana me ha caído en la cabeza.

Berta temblando, se desprendió de los brazos de Octavio diciéndole:

—¿Oyes? ¡oh! no, aquí no, te lo suplico. Tendría mucha vergüenza... ¿No oyes á las criadas? Su voz hiela la sangre en mis venas... El otro día creí que iba á darme algo... Déjame y yo te ofrezco ir á tu cuarto el martes próximo.

Los dos amantes, no atreviéndose á moverse, quedaron de pié cerca de la ventana oyendo cuanto decían las maritornes.

—Asómate, añadía Lisa furiosa; anda, saca esa cara para que te haga tragar la porquería que echas.

Entonces Adela se asomó á la ventana de su cocina.

—¡Vaya una bulla que armas! dijo, ¿y todo por qué? ¡por un trapo! Has de saber que sólo me ha servido para secar la vajilla, y además, que se ha caído... lo que es yo no lo he tirado.

Hicieron las paces, y Lisa le preguntó qué habían comido el día anterior en su casa. ¡Un guisado como siempre para no variar! Lo que es en una casa como aquella, mientras los amos se atracaban de guisado, ella

se comería buenas chuletas. Y como siempre aconsejaba á Adela que cogiese terrones de azúcar y escamotease los pedazos de carne. Haciéndolo ella, era libre, porque como nunca tenía gana, dejaba á Victoria que robase á los Campardon.

—¡Oh! dijo Adela; el otro día me guardé en la faltriquera unas cuantas patatas. Si vieras cómo me quemaban el muslo. Pero me supieron muy bien... ¡vaya! y también me bebo el vinagre, que me gusta... no me ando con repulgos, lo bebo en la misma botella.

Victoria se asomó á su vez apurando una copa de aguardiente que Lisa le pagaba de vez en cuando por las mañanas, para recompensarla por su amabilidad en ocultar sus escapatorias nocturnas y diurnas; y al notar que Luisa la hacía burla desde el fondo de la cocina de Mad. Juzeur, amenazándola con el puño.

—Anda inclusera, la dijo; como sigas sacando la lengua para burlarte de mí, te la voy á meter en donde no la vea la luz.

—Ven si te atreves, vieja borracha, dijo la pequeña. Ayer mismo te ví vomitar en el plato cuanto comiste.

La basura se removi6 en aquel centro, y la misma Adela que se inficionaba llenaba de improperios á Luisa, cuando Lisa grit6:

—Ya verás como la hago callar si nos fastidia. Si canallita, con sólo que la diga dos palabritas al oído á Clemencia verás como te arregla. Vuelca el est6mago saber lo que sucede... Allí donde la veis, persigue á los hombres... pero callad que ahí aparece su galan... un asqueroso de primera.

Hipólito se asomó á la ventana de los Duveyrier limpiando las botas de su amo. Las domésticas le saludaron con la mayor cortesia porque era de la aristocracia, y despreciaba á Lisa, como Lisa despreciaba á Adela, con más altanería que los amos ricos tienen para los amos pobres. Todas le preguntaron por Clemencia y por Julia. Las pobres se aburrían en el campo, pero gozaban de buena salud. Pasando en seguida á otro asunto.

—¿Habéis oído esta noche á la vecina cómo se quejaba, dijo Hipólito. No habia medio de sufrirla. Me estaban dando ganas de gritar: « ¡Revienta de una vez! »

—La verdad es, que el Sr. Hipólito tiene razon, dijo Lisa; nada ataca tanto los nervios como una mujer que padece cólicos. Por fortuna yo ignoro lo que es eso; pero me parece que por muchos dolores que tuviera me los tragaría, con tal de no quitar el sueño á los vecinos.

Entonces Victoria que tenía gana de broma, aludió de nuevo á Adela.

—Di tú, gordota, exclamó, ¿cuándo pariste la primera vez, fué por delante ó por detrás?

En todas las cocinas resonó una carcajada, mientras que Adela, asustada, respondía:

—¡Parir yo! no lo quiera Dios. En primer lugar está prohibido, y luego, cuando una no quiere...

—Hija mía, añadió Lisa con gravedad, los hijos vienen cuando menos se esperan... y lo mismo puede pasarte á ti que á todas.

Con este motivo hablaron de Mad. Campardon, que ella al menos no tenía por qué temer: en su estado era lo único agradable que había. Después pasaron revista á todas las señoras de la casa: á Mad. Juzeur, que tomaba precauciones; á Mad. Duvoyrier, á quien disgustaba su marido; á Valeria, que iba á buscar su prole fuera de casa, porque su marido no era capaz de producir ni la sombra de un chico. Y las carcajadas repitiéndose subían, como bocanadas de cieno, por el asqueroso patio.

Berta palideció: no se atrevía á moverse y permanecía con los ojos bajos, confusa, y como violenta en presencia de Octavio. Éste,

exasperado contra las domésticas, pensaba que eran demasiado indecentes y que sus deseos no podían realizarse, con cuyo motivo pasaba de la laxitud á la tristeza. Pero la joven se estremeció: Lisa acababa de pronunciar su nombre.

—Hablando de las porquerías de Luisilla, dijo: recuerdo á otra que no ha debido ser menos. Di, Adela, ¿no es verdad que tu señorita Berta se divertía sola? Nadie mejor que tú debe saberlo, puesto que lavabas su ropa sucia.

—Ahora hace que la divierta el dependiente de su marido, añadió Victoria.

—¡Silencio! murmuró Hipólito.

—¿Por qué razón? El camello de su erriada no está hoy en casa... Es una tuna, capaz de devorarla á una, cuando se habla mal de su ama. Es judía, y se cuenta que en su propia casa asesinó á uno... No sería extraño que el bello Octavio la consolara también de vez en cuando.

Berta, atormentada por una angustia indecible, fijó los ojos en su amante, y como si implorase su auxilio, balbuceó con acento de dolor:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Octavio cogió su mano y la estrechó con efusión, ahogado también él por una ira im-

potente. ¿Qué hacer? Le era imposible presentarse para imponer silencio á aquellas deslenguadas. Las groseras palabras continuaban, palabras que la joven jamás había oído, y por lo visto todas las mañanas, sin que lo sospechara, corría al lado suyo aquel arroyo de aguas sucias. Sus amores, tan cuidadosamente ocultos, se arrastraban en medio de aquellas inmundicias. Aquellas criadas lo sabían todo sin que nadie hubiera hablado. Lisa, contaba cómo Saturnino tenía la vela; Victoria, se reía de las jaquecas del marido; la misma Adela se burlaba de su señorita, cuyas interioridades revelaba á sus compañeras. Y una burla asquerosa manchaba los besos de los amantes, sus citas, todo lo que aún había de bueno y delicado en sus ternezas.

—¡Agua va! gritó de pronto Victoria... son las zanahorias de ayer, para que se regale el canalla del portero.

Las criadas solían arrojar al patio los desperdicios, para que M. Gourd se viera obligado á barrerlos.

—Pues yo le regaló unos riñones podridos, dijo Adela, imitando á la cocinera de Campardon.

Todo cuanto había en las cazuelas, las pieles, las cortezas, todo cayó en el patio;

mientras que Lisa se ensañaba contra Berta y Octavio, desenmascarando las farsas con que cubrían el adulterio. Los dos permanecían con las manos unidas, mirándose cara á cara, sin poder separar los ojos el uno del otro, y sus manos se helaban y sus ojos se confesaban lo indigno de sus relaciones, al ver las debilidades de los amos pintadas por el odio de la domesticidad.

—Han de saber ustedes, añadió Hipólito, que el tal Octavio no hace caso de la beata, aunque lo parece. Se acercó á ella para ensayarse en la conquista de las mujeres. ¡Oh! en el fondo, á pesar de su aspecto, es un avaro, un tunarra sin escrúpulos, que fingiendo amar á las bellas, las saca los ojos de la cara cuando puede.

Berta miraba á Octavio, y se ponía tan amarillo, se descomponía de tal modo, que la daba miedo.

—Allá se van los dos, dijo Lisa. Tampoco daría yo dos cuartos por ella. Mal criada, con el corazón duro como una piedra, sin cuidarse de nada de lo que no le ofrece algún placer, entregándose á cualquiera por el dinero... sí, por el dinero, sé bien lo que me digo, y apuesto cualquier cosa á que no siente placer con ningún hombre.

Los ojos de Berta se llenaron de lágrimas,

Octavio vió los efectos que aquellas acusaciones producían en su rostro, y también se asustó. Los dos se hallaban desenmascarados, uno en frente del otro y no podían protestar. Entonces la joven, sofocada por aquella boca hedionda que la abofeteaba, quiso huir. Él no la detuvo, porque el disgusto de sí propios que experimentaban hacia de su presencia una tortura, y aspiraban al consuelo de no verse.

—Me has ofrecido ir el martes próximo á mi cuarto, dijo él.

—Sí, sí.

Y se alejó sin saber lo que la pasaba. Octavio se quedó solo paseándose, y haciendo un paquete con las sábanas que había llevado. Ya no escuchaba á las criadas, cuando una frase que llegó á su oído llamó su atención:

—Le digo á V. que M. Hedouin murió anoche... decía una voz. Si el bello Octavio lo hubiera previsto hubiera continuado haciendo la rueda á Mad. Hedouin, que es la que tiene la llave del arca del dinero.

La noticia sabida allí, en aquella cloaca, resonó en el fondo de su sér. ¡M. Hedouin había muerto! Y un pesar inmenso le invadió, obligándole á exclamar en alta voz:

—¡Hice una tontería al marcharme de su casa!

Al bajar Octavio con el lío de ropa encontró á Raquel que subía á su cuarto. Si tardan algunos minutos más en separarse los sorprende. Abajo halló á su ama llorando; pero en aquella ocasión no pudo obtener de ella ni una palabra ni un céntimo. Furiosa, comprendiendo que se aprovechaban de su ausencia para verse y escamotearle sus beneficios, dirigió al joven una mirada preñada de amenazas. Una singular timidez de estudiante impidió á Octavio darle una moneda de diez francos, y deseo de mostrar que su espíritu era independiente entró bromeando en casa de Maria, cuando un gruñido, que partió de un ángulo de la habitación le hizo volver la cara: era Saturnino que se levantaba, diciendo:

—¡Ten cuidado...! ¡Somos enemigos de muerte!

—Precisamente era aquel día 8 de Octubre y la ribeteadora de botinas debía mudarse antes de las doce. Desde hacía una semana M. Gourd vigilaba el vientre de la pobre mujer, con un terror que se aumentaba de hora en hora. No era posible que aguardase al día 8. La infeliz había suplicado al casero que la concediese algunos días más hasta salir de su cuidado, pero Duvéyrier se había negado, escuchando aquel ruego con

la mayor indignación. A cada instante sentía dolores la pobre, y aquella misma noche había creído llegado el instante de su alumbramiento. Después, á las nueve, comenzó á hacer la mudanza con gran trabajo, teniendo que apoyarse en las paredes y sentarse á cada momento.

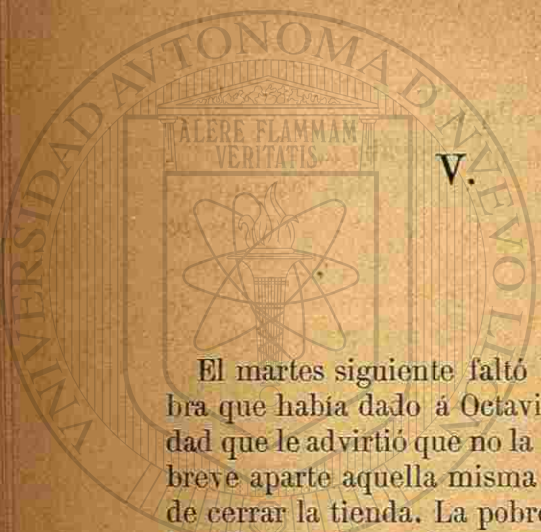
M. Gourd no descubrió sin embargo ningún hombre. Se habían burlado de él; y con esta idea manifestaba en su rostro la sorda cólera que ardía en su pecho. Octavio, que le halló en la escalera tembló, pensando que también él sabría sus amores. Era posible que estuviera enterado, pero no por eso le saludó con menos finura, porque, como él decía, lo que no le importaba le tenía sin cuidado. Aquella misma mañana se quitó la gorra al pasar la señora misteriosa, que salía del cuarto del inquilino del tercero, dejando en la escalera un rastro de perfume de verbena, y también había saludado á Troublot, á Valeria y á la otra Mad. Campardon. Eran inquilinos y á él no le importaban un ardite, ni los jóvenes sorprendidos al abandonar los cuartos de las criadas, ni las damas que cruzaban la escalera en peinador inexplicable. Lo que sí le importaba, era escudriñar bien los pobres muebles de la obrera, como si esperase ver salir de al-

guino de los cajones, al hombre que buscaba con tanto ahinco.

A las doce menos cuarto se presentó la ribeteadora con la cara amarilla como la cera y sin poder andar apenas. M. Gourd tembló hasta que la vió en la calle. En el momento en que le entregaba la llave pasaba Duveyrier por el portal, tan fatigado de los excesos de la noche, que los granos de su rostro hasta manaban sangre. Al ver á la mujer afectó una severidad de implacable moral: ella bajó la cabeza, llena de vergüenza, y se fué detrás del carro de mano que llevaba sus muebles..

Entonces apareció triunfante M. Gourd, y como si con la obrera se hubieran ido de la casa todas las inmundicias y deshonestidades que la manchaban, dijo al casero:

— ¡Nos hemos librado de buena! ¡Ahora podremos respirar...! Lo que es á mi se me han quitado de encima cien arrobas de peso. En una casa que se respeta es preciso no admitir mujeres, y sobre todo, ¡mujeres que trabajen para vivir!



El martes siguiente faltó Berta á la palabra que había dado á Octavio. Bien es verdad que le advirtió que no la esperase, en un breve aparte aquella misma noche, después de cerrar la tienda. La pobre sollozaba, había ido á confesarse la vispera dominada por una necesidad de religión, y todavía la agobiaban las dolorosas exhortaciones del cura de San Roque. Después de casarse había descuidado las prácticas religiosas, pero la impresión que causaron en ella las groseras habladurías de las criadas fué tan triste, que se refugió de nuevo por una hora en sus creencias de niña, inflamada con la esperanza de purificarse y hallar consuelo. Como el cura había llorado con ella, su falta, al tornar á su casa, le causaba horror. Octavio al

oirla, impotente para convencerla y furioso por lo mismo, se encogió de hombros.

Tres días después ofreció la joven acudir á visitarle el martes próximo. En una cita que dió á su amante en el Pasaje de Panoramas, vió unos preciosos chales de Chantilly, y hablaba de ellos á cada instante con los ojos encandilados por el deseo. Octavio le dijo el lunes por la mañana, sonriéndose para paliar la brutalidad del negocio, que si cumplía su palabra hallaría en su casa una agradable sorpresa. Ella comprendió y se echó á llorar de nuevo. No, y mil veces no; no acudiría, con aquella oferta destruía la dicha de su entrevista. Había hablado del chal por hablar, no lo quería, lo arrojaría al fuego si se lo regalaba. Sin embargo, al día siguiente se pusieron de acuerdo: á las doce y media daría ella tres golpecitos en la puerta.

Aquel día, al marcharse Augusto como de costumbre á Lyon, causó su aspecto cierta extrañeza á Berta. Le sorprendió hablando en voz baja con Raquel detrás de la puerta de la cocina: además, estaba pálido, tembloroso y con el ojo izquierdo más cerrado que de ordinario. Pero como se quejaba de la jaqueca, atribuyó su estado á sus achaques habituales, y le aseguró que el viaje le sentaría bien. Al verse sola volvió á la cocina y procuró sonsa-

car á la criada, impulsada por un resto de inquietud. Raquel seguía mostrándose discreta y respetuosa, sin dejar su actitud seria de los primeros días. La joven comprendía sin embargo, que no estaba contenta: había hecho mal después de haberle dado veinte francos y un vestido en poner coto á su generosidad, por más que su escasez de dinero la hubiera obligado á observar aquella conducta.

—¿Soy poco generosa, no es verdad? dijo Raquel. Crea V. que la culpa no es mía... ya me propongo recompensar á V.

—La señora no me debe nada, respondió la doméstica con frialdad.

Entonces Berta fué á buscar dos camisas viejas, queriendo darle al menos una prueba de su buen corazón; pero la doméstica al tomarlas, dijo que haría con ellos paños para enjugar la vajilla.

—Gracias señora, añadió; pero el percal me produce salpullido: no gasto más que hilo.

A pesar de todo se mostró tan cortés, que Berta se tranquilizó. Familiarizándose con ella, le anunció que aquella noche no dormiría en casa, y le rogó que por lo que pudiera suceder dejase encendida la lámpara. Cerrarian con el cerrojo la puerta de la es-

calera principal, y ella saldría por la puerta de la interior cuya llave guardaría. La doméstica oía tranquilamente aquellas órdenes, como si se tratase de preparar un estofado para el día siguiente.

Por un refinamiento de habilidad, Octavio mientras que su querida comía con sus padres, aceptó un convite en casa de los Campardon. Pensaba permanecer en su compañía hasta las diez, y después irse á su cuarto á esperar con la mayor resignación posible á que fueran las doce y media.

La comida en casa del arquitecto fué patriarcal. Campardon sentado entre su mujer y la prima, comía con apetito los manjares, manjares de familia, sanos y abundantes como él los calificaba. Había aquella noche una gallina con arroz y una gran lonja de vaca con patatas rehogadas. Desde que la prima estaba al cuidado de todo, se alimentaban perfectamente: nadie sabía comprar como ella, con la mitad del dinero adquiría el doble en los comestibles que llevaba. Con este motivo Campardon repitió tres veces de la gallina, mientras que Rosa se atiforraba de arroz, Ángela se reservó para la carne: le gustaba la sangre, y Luisa solía darla á hurtadillas grandes cucharadas de aquel líquido. Gasparina era la única que apenas comía,

por tener algo malo el estómago, según manifestó.

—Coma V., decía el arquitecto á Octavio: si V. no come, se le comerán los gusanos muy pronto.

Mad. Campardon hablando al oído al joven, se congratulaba de la felicidad que con su presencia había llevado la prima á aquella casa: economizaba un ciento por ciento lo menos y hacía andar en un pié á los criados, sin contar con que Angela mejor vigilada recibía á todas horas buen ejemplo.

—Por último, añadió, Aquiles sigue siendo feliz como el pez en el agua, y yo nada tengo que hacer, nada absolutamente... Con decir á V. que ella me lava y me peina... Puedo vivir cruzada de brazos y sin preocupación alguna; ha tomado á su cargo todos los quehaceres de la casa.

El arquitecto contó después cómo había sentado la mano á los gánapiros del Ministerio de Instrucción pública.

—Figúrese V. amigo mío, dijo, que con motivo de las obras que estoy haciendo en Evreux han querido aburrirme... ¡Por supuesto! Lo que yo quería ante todo era dar gusto á su eminencia. Lo único que ha sucedido, es que el horno de las nuevas cocinas y el calorífero, han costado más de vein-

te mil francos. No había votado ningún crédito en el presupuesto, y no era fácil sacar veinté mil francos de la partida destinada á la conservación de la iglesia. Además, el púlpito para el que tenía tres mil francos, había subido á diez mil; siete mil más que había que sacar de debajo de tierra... Así es que esta mañana me llamaron del Ministerio y me recibió un funcionario, alto, seco, que se propuso darme un buen jabón. Pero amigo mío, halló la horma de su zapato; saqué á relucir á su eminencia, les anuncié que él mismo vendría á Paris á dar explicaciones, estuve circunspecto pero digno y firme... y... ¡claro! sucedió lo que no podía menos de suceder. Mi hombre se puso más blando que un guante, y tan fino, tan acaramelado... aún me retoza la risa en el cuerpo. Ya sabe V. que tienen un miedo atroz á los obispos en estos momentos. Figúrese V. teniendo yo uno á mi disposición, el cuidado que me dará el Gobierno... sería capaz de demoler y destruir de nuevo la Iglesia de Nuestra Señora sin anuencia de nadie.

Todos celebraron su triunfo, menospreciando al ministro, de quien se reían con la boca llena de arroz. Rosa declaró que valía más estar bien con la religión. Desde que había tomado á su cargo las obras en San

Roque, llovía sobre su marido el trabajo: las familias más distinguidas se disputaban sus servicios, y le faltaba el tiempo de tal modo, que muchas noches tenía que velar. Dios los colmaba de beneficios seguramente, y la familia le bendecía á todas horas.

Estaban en los postres, cuando Campardon exclamó:

—A propósito, sabe V. Octavio que Duveyrier ha hallado al fin á...

Iba á nombrar á Clarisa; pero se acordó de que estaba Ángela presente, y añadió mirando á su hija:

—Ha hallado á aquel pariente que buscaba.

Y con guiños y señas hizo comprender á Octavio quién era la persona de que se trataba.

—Sí, añadió, Troublot á quien he visto, me lo ha contado. Anteayer cuando llovía á cántaros, Duveyrier se guareció en un portal y tropezó de manos á boca con la pariente que sacudía su paraguas.

Ángela bajó modestamente los ojos, mientras los demás individuos de la familia ayudaban al arquitecto á salvar las apariencias.

—¿Y es buena persona esa pariente? dijo Rosa.

—Según y conforme... pero los parientes hay que tomarlos como son.

—Un día tuvo la audacia de ir á la tienda, añadió Gasparina, que á pesar de ser delgada detestaba á todas las personas flacas. Me la enseñaron, y francamente, me pareció un palillo de tambor.

—De todos modos, Duveyrier ha vuelto á caer en la ratonera. Su pobre mujer se habrá....

Quería decir, que Clotilde se habría puesto contenta; pero recordó por segunda vez que estaba allí Ángela, y añadió con acento quejumbroso:

—Es una lástima que no existan siempre entre parientes relaciones amistosas... Pero ya se sabe, en todas las familias hay disgustos...

Lisa detrás de él con una servilleta al brazo miraba á Ángela, y ésta no pudiendo contener la risa, cogió un vaso y estuvo largo rato haciendo que bebía.

Poco antes de las diez, pretexto Octavio para ir á su cuarto que estaba muy cansado. A pesar de los enternecimientos de Rosa, no se hallaba á su gusto en aquella casa, en la que veía acentuarse la hostilidad de Gasparina contra él. Y sin embargo, nada había hecho para merecerla. La prima le detestaba pura y simplemente, porque era guapo; se figuraba que era dueño de todas las mujeres

de la casa, y esto la exasperaba sin que por eso deseara ella ser del número de las víctimas; pero sentía envidia, y esto explicaba su rencor.

Apenas se fué la familia, habló de acostarse. Rosa pasaba todas las noches una hora en su tocador antes de meterse en la cama. Procedió como de costumbre á su lavado, se impregnó de perfumes, después se peinó, se examinó los ojos, la boca, las orejas. Por la noche reemplazaba su lujo de peinadores con un lujo de cofias y de camisas. Aquella noche eligió una camisa y una cofia guarnecidas de encaje. Gasparina la ayudó, vaciando y llenando la palangana, recogiendo con una esponja el agua que había caído en el suelo, y desempeñando otros servicios que ella hacía mejor que Lisa.

—Ea, ya estoy bien, dijo Rosa después de acostarse, mientras la prima acababa de mullir las almohadas y de arreglar el embozo de la sábana.

En medio del espacioso lecho se reía de gusto. Al verla con los encajes, tan ataviada y tan alegre, cualquiera hubiera creído que era una bella enamorada esperando al hombre predilecto de su corazón. Cuando se veía compuesta, dormía mejor, según decía, y aquel era el único placer que tenía.

—¿Estamos ya arreglados? preguntó Campardon entrando en la alcoba... ¡Vaya...! ¡qué pases buena noche, monona mía!

El anunció que tenía que trabajar y que velaría un rato; pero su mujer se enfadó diciéndole que debía descansar: se estaba matando y era una tontería.

—Lo oyes... añadió... quiero que te acuestes... Gasparina, prométeme que harás que me obedezca.

La prima que acababa de dejar en la mesa de noche un vaso de agua azucarada y una novela de Dickens la miraba, y sin responderse acercó á ella y la dijo:

—¡Qué arrogante y qué hermosa estás esta noche!

Y con sus labios secos le dió dos besos en las mejillas, haciendo á las mil maravillas su papel de pariente fea, pobre y resignada. También Campardon contemplaba á su esposa, al mismo tiempo que lo encendido de su rostro acusaba lo difícil de la digestión que estaba haciendo. También dió un beso á su mujer.

— Buenas noches, gata mía, la dijo.

—Muy buenas, queridín... le contestó; pero ya lo has oído, te ruego que te acuestes en seguida.

—No tengas cuidado, dijo Gasparina. Si

á las once no duerme, me levantaré y apagaré la luz.

A las once Campardon que se dormía sobre el plano del *chalet* suizo que le había encargado un sastre de la calle Rameau, se desnudó con lentitud pensando en Rosa tan guapa y tan limpia: después de deshacer un poco su cama para que las criadas no se apercibieran, se fué á la de Gasparina. Los dos dormían allí muy mal, demasiado estrechos y clavándose los codos. Él sobre todo, que tenía que quedarse al borde, amanecía todas las mañanas con una pierna dolorida.

Al mismo tiempo y después de haberse ido Victoria á su cuarto, Lisa fué como de costumbre á ver si la señorita Ángela necesitaba algo. La niña la esperaba acostada, y todas las noches sin que lo supieran sus padres, jugaba con ella á las cartas. Además, hablaban de la prima, una indecente que la criada pintaba á la niña sin ambages.

Las dos se vengaban de este modo de la sumisión hipócrita que tenían que guardar durante el día. Además, Lisa experimentaba un goce al corromper á Ángela, cuyas curiosidades propias de la crisis de sus trece años satisfacía por completo. Aquella noche estaban furiosos contra Gasparina, que desde hacía dos días encerraba el azúcar, de la que

llenaba sus bolsillos la doméstica, para vaciarlos después sobre la cama de la niña. Era un sargentón, y no había con ella medio de dormirse chupando un terrón.

—Su papá de V. la endulza á ella en grande, dijo Lisa, con risa sensual.

—Si, si, ya sé, contestó la niña, riéndose también.

—¿Qué es lo que la hace papá? Imítele usted, para ver...

Entonces, Ángela se arrojó al cuello de la criada, y estrechándola en sus brazos, la besó en la boca, diciendo:

—Así... ¡así!

Dieron las doce. Campardon y Gasparina se acurrucaban en la estrecha cama, mientras que Rosa, á sus anchas en la suya, leía á *Dikens* con lágrimas de ternura. Reinaba un profundo silencio: la casta noche derramaba su sombra sobre la honestidad de aquella familia.

Octavio halló gente en casa de los Pichon y Julio le llamó, deseoso de obsequiarle. M. y Mad. Vuillaume estaban allí, reconciliados con sus hijos, con motivo de haberse levantado María, que había salido de su cuidado en el mes de Setiembre.

Para celebrar el restablecimiento de su hija, habian aceptado una comida con ellos.

María, deseosa de apaciguar á su madre, á quien irritaba la vista del recién nacido, que por añadidura era niña, la había dado á criar en las cercanías de París. Lili dormía sobre la mesa, un vaso de vino puro que sus padres la habían hecho beber á la fuerza á la salud de su hermanita.

—En fin, dos puede pasar, dijo Mad. Vuillaume, después de haber trincado con Octavio. Lo único que deseo, querido yerno, es que no volvamos á las andadas.

Todos se echaron á reír, pero la anciana, sin perder su gravedad, continuó:

—No hay nada que haga reír en lo que he dicho. Aceptamos el nuevo vástago; pero juro que si viniera otro...

—¡Oh! si tuvierais otro había que convenir en que carecíais de seso y de corazón, dijo M. Vuillaume. ¡Qué diablo! Hay que tener seriedad en la vida, y cuando no se posee una fortuna para pagar los caprichos, se contiene uno.

Volviéndose hacia Octavio, añadió:

—Mire V., caballero: yo estoy condecorado. Pues bien, sepa V. que, para no gastar demasiado la cinta no la llevo en casa... Considere V. que, cuando mi mujer y yo nos privamos del gusto de verme condecorado en casa, bien pueden mis hijos privarse del

placer de aumentar su prole. ¡Ante todo la economía!

Los Pichon protestaron de su obediencia. ¡Facilito era que les cogieran en otra!

—¡Se sufre más de lo que parece! dijo María.

—Primero querria que me cortaran una pierna, añadió Julio.

Los Vuillaume se mostraron satisfechos. Los creían bajo su palabra y perdonaban. Daban las diez entonces, y se levantaron para marcharse. Julio se puso el sombrero para acompañarlos hasta el ómnibus. Esta renovación de las antiguas costumbres los enterneció, hasta el punto de que todos se besaron y se abrazaron en el dintel de la puerta. Cuando se fueron, María, que los miraba asomada á la barandilla de la escalera, volvió con Octavio al comedor, y le dijo:

—Mamá no es mala y en el fondo tiene razón: los niños no son un plato de gusto.

Cerró la puerta y comenzó á quitar de la mesa los platos y los vasos. La reducida habitación conservaba una temperatura tibia y Lili continuaba durmiendo.

—Me voy á acostar, dijo Octavio.

Y se sentó, encontrándose allí á su gusto.

—¿Tan pronto va V. á acostarse? dijo la

joven. Eso no es muy frecuente en V. ¿Tiene V. algo que hacer mañana temprano?

—No, respondió; pero me ha dado sueño... Con todo, puedo aguardar diez minutos.

Pensó que Berta no subiría hasta las doce y media: tenía tiempo. Y aquel pensamiento y la esperanza de poseerla toda la noche, que le aguijoneaba desde hacía algunas semanas, no le alteraban demasiado. Ante la fatiga de esperarla, desaparecía la fiebre del día, y el tormento de su deseo contando los minutos y evocando la imagen de la próxima felicidad.

—¿Quiere V. otra copita de cognac? dijo María.

—Con mucho gusto.

Pensaba que aquello le enardecería. Cuando dejó la copa, cogió las manos de María y las estrechó, mientras que ella sonreía sin temor alguno.

La hallaba encantadora, con su palidez de mujer convaleciente. Toda la sorda ternura de que estaba poseído de nuevo, subía con brusca violencia hasta su garganta y sus labios. Una noche la devolvió á su marido, después de haberla dado un beso en la frente, y de nuevo sentía necesidad de recuperarla; un deseo inmediato y violento, en el

que se desvanecía, como más lejano, el que le inspiraba Berta.

—¿No me tiene V. miedo hoy? La preguntó Octavio, estrechándola con más fuerza sus manos.

—No, puesto que ya es imposible... ¡Oh! ahora somos buenos amigos, y nada más.

Le dió á entender que sabía lo que pasaba: sin duda Saturnino se lo había contado. Por lo demás, se apercibía cuando Octavio recibía por las noches á cierta persona. Al ver que se enfadaba, le tranquilizó. A nadie diría nada, no estaba incomodada, y antes, por el contrario, deseaba que fuera muy feliz.

—Ya ve V., añadía; estando como estoy casada, no tendría derecho para enfadarme.

Octavio la sentó sobre sus rodillas, y la dijo:

—A tí, á tí es á quien amo.

Y decía la verdad, en aquel instante sólo á ella amaba con pasión absoluta é infinita. El nuevo lazo que habían formado los dos meses pasados en desear otra mujer se había desvanecido. Se veía de nuevo en aquella estrecha habitación, besando á María en el cuello, á espaldas de Julio, y hallándola siempre complaciente con su dulzura pasiva. Aquello era la felicidad, ¿cómo podía

haberla desdeñado? La pena destrozaba su corazón. Quería que fuera suya una vez más, y si no lo conseguía sería eternamente desgraciado.

—Déjeme V., murmuró ella, procurando separarse de él. No es V. razonable, me va usted á poner triste... Ahora que ama V. á otra, ¿para qué quiere atormentarme?

Se defendió de este modo con su aire bondadoso, por repugnarle cosas que no la proporcionaban placer alguno. Pero Octavio enloquecía, la estrechaba en sus brazos, y la cubría de besos.

—A ti es á quien amo, decía... no puedes comprender... Mira, te juro por lo más sagrado que no te engaño. Abre mi corazón para verle... ¡Oh! yo te lo ruego, sé buena... Esta vez, y luego nunca más, nunca, si así lo exiges. Si no accedieras ahora, me harías mucho daño, me matarías.

Entonces María quedó sin fuerzas, paralizada por aquella voluntad que se imponía. Esto era en ella á la vez bondad, miedo y estupidez. Hizo un movimiento como para llevar á Lili á la alcoba, pero él la detuvo por miedo de que se despertase; y María se abandonó al joven en el mismo sitio en que, un año antes, había caído en sus brazos como mujer obediente. Un profundo silen-

cio reinaba en toda la casa. De pronto comenzó á apagarse la lámpara, iban á quedarse á oscuras, cuando María, levantándose, tuvo tiempo de subir de nuevo el aceite.

—¿Estás incomodada? preguntó Octavio con ternura, y fatigado de una dicha como la que, ni aun en sueños, había podido imaginar.

Ella dejó la lámpara, le dió un beso con sus helados labios, y respondió:

—No, puesto que eso le agrada á V... Pero no ha hecho V. bien en faltar á esa persona... Conmigo estaba V. cumplido.

Los ojos de Octavio se llenaron de lágrimas: ella, aunque sin cólera, estaba triste. Cuando el joven se separó de ella se sentía descontento: hubiera querido acostarse y dormir. Su pasión satisfecha le había dejado una amargura muy grande. Pero la otra iba á llegar, y era preciso esperarla. Este pensamiento le agobiaba, hubiera deseado que ocurriera cualquier catástrofe que la impidiese subir, y esto después de haber pasado muchas noches febriles, deseando tenerla en su cuarto una hora siquiera.

Quizás faltaría también á su palabra. Esta era una esperanza con la que no quería ilusionarse.

Dieron las doce. Octavio de pié, fatigado,

escuchaba cerca de la puerta, con temor de oír el roce de las enaguas en el estrecho corredor. A las doce y media experimentó una verdadera ansiedad: á la una se creyó salvado, por más que en el fondo de su alegría había una sorda irritación, el despecho del hombre que se cree burlado por una mujer. Pero al resolver desnudarse en medio de los mayores hostezos, oyó tres golpecitos. Era Berta. A un mismo tiempo, lo sintió y se alegró. Abrió y le tendió sus brazos, pero ella le apartó, y temblando, se puso á escuchar detrás de la puerta, que cerró con viveza.

—¿Qué pasa? preguntó él en voz baja.

—No sé, he tenido un miedo... balbuceó Berta. Estaba tan oscura la escalera... he creído que me perseguían... Estas aventuras son estúpidas... ¡De seguro va á ocurrirnos alguna desdicha!

Esto los dejó helados á los dos. No se besaron. Y eso que ella estaba encantadora, con su peinador blanco y sus cabellos recogidos en la nuca. Octavio la miraba y le parecía más bella que María, pero no la deseaba, representaba para él un sacrificio. Berta se sentó para tomar aliento y afectó enfadarse al ver sobre la mesa una caja, en la que adivinó el chal de que había hablado tanto los días anteriores.

—¡Me voy! dijo, sin levantarse.

—¡Cómo! ¿te vas?

—¿Acaso crees que me vendo? Me ofendes siempre, y esta noche acibaras con eso todo el placer que podrías darme. ¿Por qué has comprado el chal? ¿No te lo prohibí terminantemente?

La joven se levantó, consintió al fin en verlo, pero una vez la caja abierta, experimentó tal decepción, que no pudo menos de exclamar, indignada:

—¡Cómo! ¿no tiene encajes?

Octavio, que economizaba, había cedido á un pensamiento de avaricia. Procuró explicarle que la imitación era tan buena como los encajes verdaderos: hablaba como un comerciante detrás del mostrador y la aseguraba que jamás vería el fin de aquel artículo. Pero ella, mirándole con desdén, le interrumpió, diciéndole:

—En una palabra, así cuesta cien francos, mientras que de otro modo hubiera subido á trescientos.

Viéndole palidecer añadió, para borrar el mal efecto de sus palabras:

—De todos modos te lo agradezco... en los regalos no es el valor, sino la intención lo que debe estimarse.

Se sentó de nuevo y hubo una larga pau-

UNIVERSIDAD DE VERACRUZ
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 12.12.31
Aprob. J. J. MONTAÑEY, MEXICO

sa. Octavio preguntó al fin si se acostaban. Sin duda alguna; pero ella estaba aún tan conmovida por el miedo que había tenido en la escalera. Con este motivo habló otra vez de sus temores, y contó á Octavio que habia hallado á Raquel y á su marido hablando detrás de la puerta de la cocina. Y sin embargo, habria sido tan fácil comprar á aquella mujer, con sólo darle de cuando en cuando alguna propina. Pero ante todo se necesitaba tener dinero y ella carecia de él. Su voz se ponía áspera, el chal de imitación, del que no hablaba, la desesperaba de tal modo, que acabó por ofrecer á su amante una escena, como las que regalaba continuamente á su marido.

—Vamos á ver, ¿es esto vivir? sin un céntimo, y teniendo que pasar vergüenzas por no poder pagar ciertas bagatelas. ¡Oh! ¡ya estoy harta y más que harta!

Octavio, que se quitaba el chaleco se detuvo, para preguntarla:

—¿Con qué motivo me cuentas todo eso?

—¿Cómo, con qué motivo? Hay cosas caballero que la delicadeza debiera dictarle sin que yo tuviera que ponerme colorada para hablar á V. de estos asuntos... ¿Por ventura no hace mucho tiempo que ha debido usted tranquilizarnos sobornando á la criada?

Calló un momento, y después añadió con irónico desdén:

—¡No por eso se habría V. arruinado!

Hubo una nueva pausa. El joven que paseaba, se detuvo de pronto y dijo:

—No soy rico, y lo siento por V.

Esto agravó la situación: la reyerta tomó carácter conyugal.

—¡No le faltaba á V. más, que decir que le amo por el dinero! gritó Berta con el aplomo de su madre. Soy una mujer interesada, ¿no es eso? Pues bien, lo soy, porque veo la razón. Diga V. lo que quiera, el dinero es y será siempre el dinero. Yo, añadió parodiando á la autora de sus días, cuando he tenido un franco he dicho que tenía cuarenta, porque vale mil veces más ser envidiada que compadecida.

Octavio la interrumpió, diciéndole deseoso de paz:

—Mira, si te enfada mucho que los encajes sean de imitación, con cambiar el chal por otro de encajes verdaderos, está todo concluido.

—¡El chal! continuó Berta furiosa, ¿cree V. que me acordaba ya del chal? ¡Lo que me desespera es lo demás... ya me entiendo V.! Se parece V. en eso á mi marido. Aunque me viera V. andar por las calles sin

botinas, le importaría á V. poco. Y sin embargo, cuando se tiene una mujer, las leyes más rudimentarias del buen corazón, mandan alimentarla y vestirla. Pero jamás los hombres comprenden eso. Lo mismo V. que mi marido, serían capaces de dejarme ir por las calles en camisa si yo lo consintiera.

Octavio, cansado de aquella escena doméstica, tomó el partido de callar, recordando que muchas veces se libraba Augusto de ellas con semejante proceder. Acabando de desnudarse lentamente, dejaba pasar el oleaje no sin pensar en la poca suerte que tenía en sus amores. Había deseado á Berta ardientemente hasta el punto de sacrificarse á ella, y sin embargo, la mujer deseada se hallaba en su cuarto solo para armarle camorra, y para hacerle pasar la noche en blanco, como si ya llevaran seis meses de matrimonio.

—¿Quieres que nos acostemos? preguntó al fin. Nos habíamos prometido tanta dicha, que es una tontería perder el tiempo en decirnos cosas desagradables.

Y lleno de bondad, sin deseo, pero por cortesía, quiso darla un beso. Ella le rechazó y se echó á llorar. Entonces él desesperando de calmarla, se quitó las botas con furia decidido á acostarse solo.

—No falta más sino que me eche V. en cara mis salidas de casa, balbuceaba Berta entre sollozos. Acúseme V. de que le cueste cara... ¡Oh! ahora veo claro... Todo esto viene del mal humor que le ha causado á V. tener que hacerme ese maldito regalo. Si pudiera usted encerrarme en un cofre, lo haría. Y sin embargo, no es ningún crimen que teniendo amigas vaya á verlas... En cuanto á mamá...

—¡Me acuesto! dijo Octavio haciéndolo. Desnúdate, y deja á tu mamá, que te ha formado un carácter, no muy agradable, permíteme que te lo diga.

Berta comenzó á desnudarse maquinalmente, mientras que animándose y alzando más la voz decía:

—Mi mamá ha cumplido su deber. No es V. quien aquí debe censurarla. Le prohibo á V. que pronuncie su nombre... ¡No le falta á V. más que ensañarse con mi familia!

El cordón de su enagua tenía un nudo y lo cortó. Después, sentándose al borde de la cama para quitarse las medias:

—¡Ah! como siento haber sido débil, caballero, dijo: ¡si una pudiera hacer las cosas dos veces!

Estaba ya en camisa con los brazos y las piernas desnudos. Su pecho agitado por la

ira, salía del escote adornado con puntillas. Octavio que afectaba no hacerla caso dándole las espaldas, se volvió de pronto exclamando:

—¿Cómo es eso? ¿Siente V. haberme amado?

—Si por cierto, porque es V. un hombre incapaz de comprender mi corazón.

Los dos se miraron cara á cara, pero sin amor. Ella había colocado una rodilla sobre el borde del colchón, en el bello movimiento de una mujer que se dispone á acostarse. Pero él no veía como otras veces aquellos encantos.

—¡Ah! ¡si volviéramos á empezar! dijo ella.

—Preferiría V. á otro, ¿no es verdad? dijo él en alta voz brutalmente.

Berta se acostó é iba á responderle en el mismo tono, cuando resonaron fuertes puñetazos en la puerta. Los dos se sobrecogieron, quedando inmóviles y helados. Una voz sorda, decía entre tanto:

—Abrid, os oigo... abrid ó echo abajo la puerta.

Era la voz del marido. Los amantes no se movían, apenas se daban cuenta de lo que les pasaba, y al sentir el contacto de sus carnes se sentían fríos como cadáveres. Berta

fué la primera que saltó de la cama movida por el deseo instintivo de separarse de su amante. Augusto repetía detrás de la puerta:

—¡Abrid... abrid al punto!

Entonces hubo una terrible confusión, una angustia inexplicable. Berta daba vueltas por el cuarto fuera de sí, buscando un medio de escapar, poseida de un miedo mortal. Octavio cuyo corazón quería saltarse de su pecho á cada golpe, corrió á la puerta maquinalmente como para reforzar su consistencia. La situación se hacía intolerable: aquel imbécil iba á alarmar á todo el vecindario: era preciso abrir. Pero cuando Berta comprendió su resolución, se colgó de su cuello suplicándole con ojos aterrorizados que no abriera... ¡Oh! no, el marido caería sobre ellos con una pistola ó un cuchillo. Él, no menos pálido que ella y dominado por su espanto, se puso un pantalón y rogó á Berta á media voz que se vistiera; pero ella permanecía desnuda, sin hacer nada, sin lograr siquiera encontrar sus medias. Entre tanto el marido golpeaba la puerta con encarnizamiento.

—No queréis abrir, decía; no respondéis... ¡Pues bien... ahora veréis...!

Hacia ya tiempo que Octavio pedía al casero que mandase poner dos tornillos nue-

vos á la cerradura que se movía, siendo fácil acabar de sacarla de su sitio. Con un nuevo y vigoroso golpe de Augusto sucedió lo que el joven temía, saltó la cerradura, y el marido que no esperaba que cediera tan pronto, cayó rodando en medio del cuarto.

— ¡Voto á mil diablos! exclamó.

No tenía en la mano más que una llave, y uno de sus puños se ensangrentó al golpe que sufrió en la caída. Cuando se levantó lívido y avergonzado de rabia por lo ridículo de su entrada, comenzó á agitar los brazos en el vacío queriendo coger á Octavio. Pero éste con un movimiento rápido le sujetó las manos, y como era más vigoroso que él, le contuvo gritando:

— Caballero, V. ha violado mi domicilio... Esto es indigno... ningún hombre que estima en algo su honor procede de este modo.

Durante su breve lucha, Berta se escapó en camisa por la puerta que había quedado abierta; se le figuró ver un cuchillo en la ensangrentada mano de su marido, y sentía en sus espaldas el frío del acero. Al correr por el corredor creyó oír ruido de bofetadas, sin poder comprender ni quién las daba, ni quién las recibía. Voces que no reconocía ya en el estado de turbación en que se hallaba, decían:

— Estoy á las órdenes de V. Donde V. quiera y como quiera.

— Bien está... pronto sabrá V. quien soy yo.

Corriendo bajó Berta la escalera de servicio; pero cuando ganó los dos tramos como si la persiguieran las llamas de un incendio, halló la puerta de la cocina cerrada, y recordó que había dejado la llave en el bolsillo de su peinador. Por lo demás, no había luz dentro: no había duda, la criada los había vendido. Sin tomar aliento volvió á subir á escape, y pasó de nuevo por delante de la puerta del cuarto de Octavio, donde los dos hombres continuaban disputando.

Aún se sacudían como energúmenos, y quizás tendría tiempo de librarse de su perseguidor. Con esta esperanza bajó rápidamente la escalera principal, confiando en que su marido habría dejado abierta la puerta de su casa. Si así era, se encerraría en su cuarto y no abriría por nada del mundo. Pero allí por segunda vez se encontró con una puerta cerrada. Viéndose sin asilo y desnuda, fuera de sí, subió y bajó como una fiera acosada que no sabe donde guarecerse. No se atrevió á llamar en casa de sus padres, y aunque pensó un momento pedir amparo á los porteros, la vergüenza la hizo renun-

ciar á esta idea. Escuchaba, levantaba la cabeza, se asomaba á las barandillas, pero los latidos de su corazón la ensordecían, y en medio del silencio y de la oscuridad que reinaban en la escalera, creía ver siniestros fulgores y extraños ruidos. Parecíale á cada instante que penetraba en su pecho, el cuchillo que blandía su esposo en su ensangrentada mano. De pronto oyó un ruido, se figuró que era él, tembló de piés á cabeza, y como en aquel instante se hallaba delante de la puerta de Campardon, dió un fuerte campanillazo, sin saber lo que hacía, movida por el terror que la dominaba.

—¿Qué es eso? ¿Hay fuego? dijo dentro una voz.

La puerta se abrió en seguida y se presentó Lisa, que salía de puntillas del cuarto de Ángela con una palmatoria en la mano. El campanillazo la hizo dar un salto, abrió, y al ver á Berta en camisa se quedó estupefacta.

—¿Qué ocurre? preguntó.

La joven entró cerrando violentamente la puerta, y apoyándose en la pared y jadeante, balbuceó:

—¡Silencio...! ¡Quiere matarme!

Lisa no acertaba á explicarse aquella escena, cuando Campardon se apareció lleno

de inquietud. Aquel ruido inoportuno é incomprendible, había perturbado á Gasparina y al arquitecto. Se puso unos calzoncillos y salió procurando aunque estaba agitado, mostrar todo el aplomo de un marido que duerme solo.

—¿Es V., Lisa? dijo desde la sala... ¡vaya una broma! ¿Quiere V. explicarme qué es lo que hace á estas horas por ahí?

—Tenía miedo de no haber cerrado bien la puerta; esto no me dejaba dormir, y bajé para cerciorarme... Pero esta señora...

El arquitecto, al ver á Berta apoyada en la pared y en camisa, quedó petrificado á su vez. Por un exceso de pudor, se tocó con la mano para ver si sus calzoncillos estaban bien abrochados.

Berta, olvidada de que estaba desnuda, exclamó:

—Por Dios, caballero, ocúlteme V. en su casa... ¡Quiere matarme!

—¿Quien? preguntó Campardon.

—Mi marido.

A poco de llegar el arquitecto, se presentó la prima después de echarse un vestido, revelando en la expresión de su rostro el rencor contra los que habían turbado su placer. La vista de la joven desnuda, y en su desnudez bella, acabó de exasperarla.

—¿Qué ha hecho V. á su marido? preguntó.

Ante aquella pregunta, una gran vergüenza asaltó á Berta. Se vió desnuda, y se puso encendida de piés á cabeza. En aquel estremecimiento de pudor, cruzó los brazos sobre su pecho como para librarse de las miradas y balbuceó:

—¡Me ha encontrado...! ¡me ha sorprendido!

Campardon y Gasparina comprendieron, y cambiaron una mirada de indignación: Lisa, cuya palmatoria alumbraba la escena, participó de la indignación de sus amos. Pero la explicación tuvo que interrumpirse, porque Ángela acudió también fingiendo que acababa de despertarse. El espectáculo de aquella señora en camisa la estremeció.

—¡Oh! dijo simplemente.

—No es nada... vé á acostarte, gritó su padre.

Después, comprendiendo que necesitaba inventar alguna historia, contó la primera que le vino al magín.

—Es que la señora se ha torcido el pié al bajar la escalera, dijo, y ha llamado para que la ayudemos... ¡Anda, anda, vé á acostarte, te vas á resfriar!

Lisa contuvo la risa al encontrar una mi-

rada de Ángela, que se volvía á su cuarto muy contenta por haber visto aquello. En esto, Mad. Campardon llamaba desde su alcoba. Interesada con la lectura de la novela de Dickens, aún tenía luz, y quería saber lo que pasaba. ¿Qué ocurría? ¿por qué no iban á tranquilizarla?

—Venga V. señora, dijo el arquitecto á Berta; y V. Lisa, espere V. un instante.

Rosa estaba á sus anchas en la gran cama con un lujo de reina, y su tranquila serenidad de idolo. Conmovida aún por la lectura, había dejado el libro sobre la cama moviéndolo suavemente con las aspiraciones é inspiraciones de su pecho. Cuando la prima en breves palabras la informó de lo que acontecía, también se escandalizó. ¿Cómo era posible engañar á un marido? Y al hablar, sentía repugnancia por lo que ya había perdido la costumbre de practicar. El arquitecto en tanto se acercaba, contemplando la garganta y el turgente seno de la joven, lo que acabó de sonrojar á Gasparina.

—Esto no puede tolerarse, exclamó; ¡cúbrase V. señora, cúbrase V.!

Y ella misma la echó sobre los hombros un mantón de Rosa, un gran mantón de punto que no la cubrió más que hasta los muslos, con cuyo motivo el arquitecto á pe-

sar suyo, no hacía más que mirarla las piernas.

Berta seguía temblando. No creía estar segura y miraba á la puerta estremeciéndose. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y dirigió sus súplicas á Rosa.

—¡Oh! ¡señora, por Dios! balbuceó, sálveme V... quiere matarme.

Hubo un momento de silencio. Los tres se miraban sin ocultar su desaprobación á una conducta tan culpable. Luego no era posible resistir la aparición de una mujer en camisa, y á media noche á riesgo de molestar á personas pacíficas. No, aquello no era tolerable, no se ponía á una familia honrada en tan crítica situación.

—En casa hay una joven, dijo al fin Gasparina. ¡Piense V., señora, en nuestra responsabilidad...!

—Mejor estará V. en casa de sus padres, insinuó el arquitecto, y si V. me lo permite yo mismo la acompañaré...

Berta experimentó un nuevo terror.

—No, no, dijo; él está en la escalera y me matará.

La infeliz suplicaba: una silla la bastaría para esperar hasta que amaneciera, y entonces se marcharía. El arquitecto y su mujer habrían cedido, él dominado por los encan-

tos de la joven, y ella interesada por la sorpresa de aquel drama á media noche; pero Gasparina era implacable. Sin embargo, movida por una viva curiosidad, preguntó á Berta.

—¿Y dónde estaba V.?

—Arriba... en el cuarto que hay en el fondo del corredor... ya sabe V.

Campardon levantó los brazos al cielo gritando...

—¡Cómo! ¿En el cuarto de Octavio...? No puede ser.

¡Con Octavio tan flacucho una mujer tan bonita y tan de buen año! Esto le humillaba. Rosa también sintió cierto despecho que acentuó su severidad. Gasparina por su parte se enfureció, mordida en el corazón por su odio instintivo contra el joven. Ya sabía ella que conquistaba á todas las mujeres que quería; pero no era cosa de conservárselas calentitas en su cuarto.

—Póngase V. en nuestro lugar, añadió con dureza. ¡Repito á V. que hay en casa una joven y que no es posible...!

—Además, insinuó Campardon: hay la vecindad y su mismo marido de V., con el que siempre he sostenido las mejores relaciones. Tendría razón para indignarse. No podemos en forma alguna aprobar pública-

mente la conducta de V.; ¡oh! no, una conducta que no me permito juzgar; porque es bastante... ¿cómo diré yo? bastante ligera... ¿no es verdad?

—Seguramente no arrojamos á V. la piedra, continuó Rosa... ¡Pero el mundo es tan malo! Se contaría que se daban ustedes cita en nuestra casa... y ya lo sabe V., mi marido trabaja para personas muy austeras. La menor duda sobre su moralidad, le haría perder su posición... ¡Oh! señora, permítame usted que la pregunte... ¿cómo no la ha contenido á V. la religión? El cura de San Roque nos hablaba ante ayer mismo de V., con un afecto paternal.

Berta, acosada por los tres, miraba al que la hablaba, como aturdida. En medio de su espanto comenzó á comprender la situación, y se asombró de estar allí. ¿Por qué había llamado? ¿Qué hacía en medio de aquellas gentes á quienes molestaba? Tenían razón, no había derecho para incomodar de aquella suerte á unos vecinos, por amigos que fuesen. Y como el arquitecto la empujaba suavemente hacia la antesala, Berta salió del cuarto de Rosa, sin responder siquiera á sus exhortaciones.

—¿Quiere V. que la acompañe á casa de sus padres? preguntó Campardon. En estas

circunstancias, á su lado es donde debe V. estar.

Ella se negó, con un gesto de terror.

—Entonces, espere V., añadió el arquitecto, voy á dar un vistazo á la escalera, porque sentiría en extremo que la ocurriese á usted el menor contratiempo.

Lisa había permanecido en medio de la antesala con la palmatoria en la mano, su amo se la pidió, salió con ella á la escalera y volvió en seguida.

—Aseguro á V. que no hay nadie... dijo; váyase V. á escape.

Entonces Berta, que durante aquella breve escena no había despegado los labios, se quitó violentamente el chal de lana, y arrojándolo al suelo, dijo:

—Tenga V... esto es de ustedes... Va á matarme, ¿para qué he de llevármelo?

Y se fué en camisa, como había entrado, quedando sumida en la oscuridad, mientras que Campardon, echando á la puerta la llave y el cerrojo, murmuraba, furioso:

—¡Anda, y que te emplumen en otra parte!

Y al notar que Lisa se reía detrás de él:

—Es verdad, añadió. Si uno fuera blando, todas las noches habria escenas como esta... Que cada cual se las arregle como

Dios le dé á entender. Por mí, la hubiera dado cien francos; ¿pero sacrificarle mi reputación...? por nada del mundo.

Rosa y Gasparina murmuraban también. ¿Se había visto jamás, mayor desvergüenza? ¡Pasearse por la escalera en paños tan menores! Francamente, había mujeres que, cuando se alegraban demasiado, no respetaban nada. Pero iban á dar las dos y era preciso irse á dormir, con cuyo motivo se repitió la despedida con sus correspondientes besos: ¡buenas noches, querido! ¡buenas noches, monona! Confortaba el alma ver que se amaban y que siempre estaban de acuerdo, al paso que, en otros matrimonios ocurrían catástrofes como la que acababan de presenciarse. Rosa cogió de nuevo el libro: leería algunas páginas más y luego se dormiría en paz y en gracia de Dios. Campardon siguió á Gasparina y los dos se acostaron, gruñendo porque las sábanas se habían enfriado, y lo menos en media hora no podían entrar en calor.

En tanto Lisa, que había entrado en el cuarto de Ángela, la decía:

—La señora se ha torcido un pié... ¿eh? Muéstreme V., señorita cómo ha podido ser eso.

—Así, así, respondió la niña, dando un

abrazo á la doméstica y besándola en la boca.

—Berta tiritaba en la escalera. Hacía frío y el calorífero no funcionaba hasta el 1.º de Noviembre. Bajó y se puso á escuchar en la puerta de su casa, sin percibir el menor ruido. Subió después hasta el cuarto de Octavio, y aunque de lejos, porque no se atrevía á acercarse, hizo la misma operación y tampoco oyó nada, ni un murmullo. Entonces se acurrucó cerca de la puerta de la casa de sus padres, donde se propuso esperar á Adela, porque la idea de confesar á su madre lo que había pasado, la aterrorizaba como cuando era niña. Poco á poco la solemnidad de la escalera renovó la angustia en su pecho. Estaba oscura y severa. Nadie la veía, y sin embargo la dominaba una especie de pudor, al verse en camisa ante la honestidad del estuco y del zinc sobredorado. Detrás de las puertas de caoba, la dignidad conyugal parecía acusarla. Jamás aquella casa había exhalado un ambiente más virtuoso. Después, un rayo de luna penetró por las ventanas y la escalera pareció una iglesia: desde el vestíbulo hasta los cuartos de las criadas se notaba un gran recogimiento, todas las virtudes de aquellos hogares se agitaban en la sombra, mientras que á favor

de la pálida claridad, resaltaba la desnudez de la joven. Sintió que hasta las paredes se escandalizaban, y entonces, estirando su camisa cuanto pudo se cubrió los piés, con el terror de ver aparecer el espectro de monsieur Gourd en zapatillas y con el gorro griego.

De pronto oyó un ruido y se levantó, fuera de sí, disponiéndose á llamar á la puerta de sus padres, cuando una voz suave y cariñosa la detuvo:

—Señora... señora... murmuró.

Miró hacia abajo y no vió nada.

—Soy yo... señora.

Y Maria se presentó á ella también en camisa. Había oído la escena y se había escapado de la cama, dejando á Julio dormido, para escuchar mejor desde el corredor.

—Entre V. en mi casa, añadió... así está usted mal... no abrigue V. temor, soy una amiga.

Poco á poco la tranquilizó, refiriéndola cuanto había ocurrido. Los hombres no se habían hecho daño. Octavio, pronunciando fuertes interjecciones había colocado la cómoda detrás de la puerta para que nadie entrara y el marido se había ido, llevándose en un lio los efectos que ella había dejado, los zapatos, las medias, que debía haber en-

vuelto en el peinador. En fin, todo había concluido, y al día siguiente ya habría medio de impedir que se batieran.

Pero Berta permanecía en el dintel de la puerta, con un resto de miedo y de vergüenza, no atreviéndose á entrar en casa de una señora á quien no visitaba. Fué necesario que Maria la obligase á penetrar.

—Puede V. acostarse en el canapé, la dijo, la daré á V. un mantón y mañana iré á ver á su madre de V.... ¡Ha sido una verdadera desdicha...! Pero ya se ve, cuando una ama no desconfía...

—¡Para lo que una goza! dijo Berta con un suspiro, en el que se descubría todo el vacío estúpido y cruel de aquella terrible noche. Tiene razón al enfurecerse, añadió. Si le pasa lo que á mi, debe estar harto hasta dejárselo de sobra.

Iban á hablar de Octavio; pero callaron, y de pronto, á tientas, cayeron sollozando, la una en los brazos de la otra. Sus desnudos miembros se estremecían con una pasión convulsiva: última laxitud, tristeza inmensa, el fin de todo para aquellas dos mujeres. No pronunciaron una palabra más: sus lágrimas corrían en medio de la oscuridad y del profundo silencio de aquella casa que respiraba decencia y castidad.

VI.

Por la mañana no había en la escalera ni una sola huella de los escándalos de la noche anterior: ni los estucos que habían reflejado el galope de una mujer en camisa, ni la moqueta que habían hollado sus desnudos pies, conservaban la más insignificante señal. Sólo el portero M. Gourd subió á las siete á dar un vistazo; pero él no se metía en lo que no le importaba, y como al bajar viera en el patio á Lisa y á Julia hablando, seguramente de la catástrofe, á juzgar por su animación, las miró con tal severidad que las dos se separaron. En seguida salió á la calle para cerciorarse de que reinaba en ella la tranquilidad. Sin embargo, las criadas debían haber charlado, porque las vecinas se detenían y los tenderos se asomaban á las puertas, escudriñando la casa, con la curiosidad con

que se contemplan los parajes en donde se ha cometido algún crimen. Pero ante la espléndida fachada de la casa, la gente callaba y seguía su camino.

A las siete y media bajó Mad. Juzeur en peinador, para vigilar á Luisa, según decía. Sus ojos brillaban, la fiebre abrasaba sus manos. Detuvo á María, que volvía de comprar leche y quiso hacerla hablar; pero no sacó nada en limpio, ni siquiera cómo la madre había recibido á la hija culpable. Entonces, so pretexto de esperar un instante al cartero entró en la portería, y al fin preguntó á M. Gourd, por qué M. Octavio no había bajado: sin duda estaba enfermo. El portero respondió que lo ignoraba, pero que por regla general nunca bajaba hasta las ocho y cuarto. En aquel momento la otra madame Campardon pasó por delante de la portería con su habitual rigidez. Todas la saludaron. Mad. Juzeur, obligada á subir á su cuarto, tuvo la suerte de encontrar en la escalera al arquitecto, que salía poniéndose los guantes. Al pronto los dos se contemplaron con aire de consternación: después, él se encogió de hombros.

— ¡Pobres gentes! murmuró ella.

— ¡No, no, ha hecho bien! dijo Campardon con ferocidad. ¡Es necesario un castigo

ejemplar! ¡Un señorito que yo introduzco en una casa honesta, suplicándole que no traiga á ella ninguna mujer, y que para burlarse de mí, se entienda con la cuñada del casero! En todo eso, yo soy quien sale peor librado.

No hablaron más. Mad. Juzeur entró en su casa y el arquitecto prosiguió su camino, tan furioso que rompió uno de sus guantes.

En esto dieron las ocho, y Augusto, con el rostro demacrado y las facciones descompuestas por efecto de una pertinaz jaqueca, atravesó el patio en dirección á su tienda. Había bajado por la escalera de servicio lleno de vergüenza y temeroso de hallar á algún vecino. A pesar de su estado no podía abandonar sus negocios. En la tienda experimentó una profunda emoción, al verse junto al mostrador y enfrente del bufete donde acostumbraba á sentarse Berta. El mozo abría las puertas y Augusto daba órdenes, cuando la presencia de Saturnino, que salía de la cueva le asustó. Los ojos del loco chispeaban y sus blancos dientes parecían los de un lobo hambriento.

—¿En dónde está? le dijo; si la tocas al pelo de la ropa te degüello.

Augusto retrocedió, espantado.

—¡Sólo faltaba esto para completar la fiesta! murmuró.

—¡Calla ó te degüello! repitió Saturnino, queriendo tirarse á él.

Entonces el marido prefirió dejarle libre el campo. Los locos le horrorizaban: con ellos no era posible entenderse. Al salir de la tienda, encargando al mozo que le encerrase en la cueva, encontró de manos á boca á Valeria y á Teófilo. Este último muy constipado y envuelto en un gran tapabocas, tosía retorciéndose. Los dos debían saber lo que había pasado porque se detuvieron ante Augusto, con aire de lástima. Desde sus altercados, con motivo de la herencia, estaban reñidos y ni se hablaban, ni se saludaban.

—¡Has de saber que siempre tienes en mí un hermano! dijo Teófilo estrechando su mano, cuando acabó de toser. Quiero que en la desgracia no lo olvides.

—Sí por cierto, añadió Valeria: lo que ha pasado debería vengarme, porque lo que es ella me ha insultado de lo lindo; pero nosotros lamentamos lo que ocurre, porque tenemos buen corazón.

Augusto, conmovido de su bondad los guió hasta la tienda, no sin vigilar con el rabillo del ojo á Saturnino, que le acechaba. Allí hubo una reconciliación completa. No se nombró á Berta, pero Valeria dió á entender que ella era la que metía zizaña en-

tre todos, puesto que jamás había habido en la familia ninguna cuestión desagradable, hasta que aquella mujer había ingresado en ella para deshonrarla. Augusto, con los ojos bajos escuchaba, aprobando con la cabeza lo que decía Valeria.

A través de la conmiseración de Teófilo se notaba su alegría, porque ya no era él solo el burlado.

—¿Qué es lo que has resuelto? le preguntó.

—¿Qué he de resolver? batirme, contestó el marido con firmeza.

La alegría de Teófilo desapareció. Su mujer y él se quedaron fríos ante el valor de Augusto. Este último les refirió la horrible escena de la noche anterior, manifestándoles que por no haber querido gastar dinero en la adquisición de una pistola, tuvo que contentarse con dar de bofetadas al galán: bien es verdad que el galán había hecho otro tanto; pero lo que es las que él le había dado, nadie se las quitaba ya de encima. Un miserable que se burlaba de él desde hacía seis meses, fingiendo ponerse de su parte en las polémicas que sostenía con su mujer, y que llevaba su aplomo hasta el punto de redactar informes acerca de la conducta de la culpable los días en que salía de casa. En

enanto á ella, puesto que se había refugiado en casa de sus padres, allí podía permanecer, en la seguridad de que no iría á buscarla.

—¡Creeréis, añadió, que el mes anterior la concedí trescientos francos para alfileres! ¡Yo, tan bueno, tan tolerante, que estaba decidido á pasar por todo antes de proporcionarme una enfermedad...! Pero lo que es eso no es posible pasar por ello... ¡no! ¡no! ¡de ningún modo!

Teófilo pensaba en la muerte. Experimentando un temblor febril, dijo:

—Es estúpido lo que intentas... vas á hacerle ensartar... Yo en tu lugar no me batiría.

Y al ver que Valeria le miraba, añadió Augusto contristado:

—Ojala me ocurriese lo que temes.

—Desdichada, murmuró entonces su cuñada: pensar que dos hombres van á matarse por ella. ¡Si yo estuviera en su lugar, no podría permanecer tranquila!

Augusto era inquebrantable. Por nada del mundo dejaría de batirse. Ya había tomado sus medidas al efecto; y como quería que Duveyrier fuese su padrino, iba á subir á enterarle de lo que había pasado, para que fuese en seguida á entenderse con Octa-

vio. Si consentía, Teófilo sería también padrino. Éste no tuvo más remedio que aceptar; pero su resfriado pareció agravarse súbitamente y tomó el aire de niño enfermo y mimado, á quien es necesario contemplar. Sin embargo, manifestó á su hermano que le acompañaría á casa de los Duveyrier: aunque fueran, como habian sido para con ellos unos ladrones, en ciertas circunstancias era preciso olvidarlo todo; y el deseo de una reconciliación general animaba, tanto á él como á su esposa, convencidos de que les interesaba no sostener aquella enemistad por más tiempo. Valería, sumamente fina, ofreció á Augusto quedarse al cuidado de la tienda y particularmente de la caja, hasta que encontrase una persona que sustituyera convenientemente á su mujer.

—Sólo estaré fuera, añadió, desde las dos para llevar al niño á las Tullerías.

—Por un día que se quede sin salir nada ha de sucederle. Precisamente hoy llueve.

—No, no, el niño necesita tomar el aire... no tengo más remedio que sacarle.

Por último los dos hermanos subieron á casa de los Duveyrier; pero un fuerte golpe de tos obligó á Teófilo á pararse en la escalera. Se agarró á la barandilla, y cuando pudo hablar, aunque con trabajo, le dijo:

—Lo que es yo, por ahora, soy feliz... estoy completamente seguro de su fidelidad. No tengo ni siquiera que acusarla por el pasado... ¡me ha dado pruebas...!

Augusto, sin comprender, le miraba, tan amarillo, tan estropeado como estaba; y aquella mirada acabó de amoscar á Teófilo, á quien ponía en aprieto la bravura de su hermano.

—Aludo á mi mujer, añadió... ¡Ah! ¡querido mío, te compadezco con todo mi corazón! ¡Te acuerdas de mi tontería el día de tu boda! Pero lo que es tú no puedes dudar, una vez que los has hallado con las manos en la masa.

—¡Bah! dijo Augusto, echándose de valiente... le romperé una pierna por lo menos. Te aseguro por mi honor, que si no fuera por la jaqueca que me abrumba, lo demás me importaría un bledo.

En el momento de llamar á casa del magistrado, Teófilo pensó que era muy posible que no estuviera, porque desde el día en que volvió á encontrar á Clarisa, pasaba algunas noches fuera de su hogar. Hipólito que salió á abrir, evitó hablar de su amo, pero les dijo que pasasen y encontrarían á la señora sentada al piano. Entraron, y en efecto, Clotilde acicalada desde que se había levantado

estaba en el salón haciendo escalas, y al mismo tiempo que se entregaba á este ejercicio manual dos horas cada día para no perder la ligereza de ejecución, distraía su inteligencia leyendo la *Revista de ambos mundos* que tenía abierta en el atril.

—¡Calle! ¡sois vosotros! dijo cuando sus hermanos pudieron hacerse notar en medio del diluvio de notas graves y agudas que parecían una granizada.

Y no manifestó su asombro ni aun al ver á Teófilo; por más que éste permanecía tieso y reservado, como dando á entender que si iba á verla no era por su propia cuenta. Augusto había inventado una historia, avergonzado ante la idea de tener que contar á su hermana la verdad, y temeroso de espantarla al hablar de su duelo. Pero ella no le dió tiempo para mentir, y después de mirarle, le preguntó con serenidad:

—¿Qué te propones hacer después de lo ocurrido?

Augusto se estremeció poniéndose de paso muy colorado. ¿Según eso todo el mundo sabía su afrenta? Entonces respondió con el acento de valor que le había servido para asombrar á su hermano:

—¡Vaya una pregunta! ¿Qué he de hacer sino batirme?

—¡Ah! exclamó ella sinceramente sorprendida.

Y sin embargo, no desaprobó su resolución. Aquello aumentaría el escándalo, pero el honor lo exigía; y se contentó con recordar que al principio se había opuesto á su boda. Nada bueno podía esperarse de una joven que parecía ignorar todos los deberes de la mujer. Después, al oír que Augusto la preguntaba por su marido:

—¡Está viajando! respondió sin vacilar.

Esto le afligió porque no quería dar ningún paso sin consultar antes con Duveyrier, y ella le escuchaba sin darle las señas de la nueva casa de la querida de su marido, á fin de no enterar á su familia de las interioridades de su hogar. Pero al fin halló un modo de salir del paso, aconsejándole que fuese á buscar á Bachelard á la calle de Enghien: quizás allí podrían decirle algo útil. Y acto continuo volvió á tocar el piano.

Teófilo que hasta entonces había callado, creyó oportuno indicar que Augusto le había rogado que le acompañase:

¿Quieres que te dé un abrazo Clotilde? añadió... Todos estamos apesadumbrados.

Ella le tendió su helada mejilla diciendo:

—Hermano mio, sólo tienen penas los que las buscan. Por mi parte perdono á todo

el mundo... Y lo que es tú, debes cuidarte, me parece que estás muy resfriado.

Después, dirigiéndose á Augusto, añadió lo siguiente:

—Si eso se arregla, anunciámelo para que no esté intranquila.

El diluvio de notas volvió envolviéndola y ahogándola, y mientras que sus dedos recorrían mecánicamente el teclado, se puso á leer de nuevo con la mayor gravedad en la *Revista de ambos mundos*.

Abajo discutió Augusto con su hermano si debería ó no ir á ver á Bachelard. Como decirle: «Su sobrina de V. me ha engañado.» Al fin resolvió preguntar al tío las señas de la querida de Duveyrier, sin enterarle de lo que había ocurrido. Todo fué concertado: Valeria cuidaría de la tienda en tanto que Teófilo vigilaba la casa hasta el regreso de su hermano. Éste mandó buscar un coche de alquiler, y partió al mismo tiempo que Saturnino salió de nuevo de la cueva blandiendo un cuchillo y gritando:

—¡Le degollaré! ¡le degollaré!

Augusto, pálido de miedo subió al coche, y cerró la portezuela diciendo:

—¡Tiene un cuchillo! ¿En dónde diablo los encuentra? ¡Por Dios, Teófilo, despídele...! Procura que no esté ahí cuando yo

vuelva... ¡Sólo eso me faltaba después de la desdicha que pesa sobre mí!

El mozo de la tienda sujetó al loco por los brazos. Valeria dió al cochero las señas de la calle adonde debía llevar á Augusto, y el auriga, sucio, gordo y borracho perpetuo, preguntó con voz ronca sin acelerarse:

—¿A la carrera?

—No, á la hora y aprisa. Le daré á V. una buena propina.

El coche partió. Era un viejo landó, grande y sucio, que tenía un movimiento endiablado. El caballo, blanco y en los huesos, marchaba al paso con gran trabajo. Augusto miró el relój: eran las nueve. A las once podían estar ya convenidas las condiciones del desafío. La lentitud con que iba el coche le irritó al pronto. Después le entró poco á poco el sueño: en toda la noche había pegado los ojos, y el balanceo del carruaje convidaba á dormir. Cuando se vió solo y aletargado, se calmó la fiebre que le había sostenido en presencia de su familia. ¡Qué aventura tan tonta! Y su rostro se puso amarillento, y se cogió con las manos la cabeza que se le saltaba.

En la calle de Enghien experimentó un nuevo fastidio. Por de pronto, la puerta del comisionista estaba tan llena de camiones

que faltó poco para que le estrujaran: después tropezó en el patio con una nube de embaladores que estaban clavando tapas de cajones, sin que ninguno de ellos pudiera indicarle donde estaba M. Bachelard. Los martillazos le partían la cabeza, pero se resolvía á esperar al tío, cuando un aprendiz compadecido de él, le dijo al oído que le hallaría en casa de Fifi, calle de Saint-Marc, piso tercero.

—¿Adónde? preguntó al cochero que se había dormido.

—A la calle de Saint-Marc, y aprisa.

El carruaje continuó su marcha de entiero, y en el boulevard chocó con un ómnibus. Las portezuelas se movían, los muelles rechinaban y á cada instante era mayor la melancolía que se apoderaba de aquel marido en busca de un padrino. Al fin llegó á la calle de Saint-Marc. Una vieja, de buen año y muy blanca, abrió la puerta. Parecía muy agitada y apenas oyó el nombre de Bachelard, introdujo á Augusto en la habitación.

—¡Ah! caballero, exclamó: V. debe ser amigo suyo... Procure V. calmarle. Hace un instante que el pobre ha tenido un disgusto... V. debe conocerme, él le habrá hablado á V. de mí... la señorita Menu.

Augusto un tanto asustado, se halló en un pequeño cuarto que daba á un patio y que tenía toda la calma y el aspecto de una vivienda de provincia. Respiraba el trabajo, el orden, la pureza de una existencia feliz. Delante de un bastidor, en el que había una estola, bordaba una joven rubia, bonita, de aspecto cándido que lloraba como una Magdalena. A su lado Bachelard, de pié, con la nariz encendida y los ojos saltones, expresaba su cólera y su desesperación. Tan agitado estaba, que no le sorprendió la llegada de Augusto. Inmediatamente se dirigió á él y continuó la escena.

—Celebro que venga V... Vamos á ver, M. Vabre, V. que es un hombre honrado, ¿qué diría V. si le pasara lo que á mí? ¡Llego aquí esta mañana más temprano que de costumbre, entro en su cuarto con un terrón de azúcar y tres piezas de cuatro sueldos para obsequiarla, y la encuentro acostada con el puerco de Guenlin! Francamente, ¿qué habría V. dicho hallándose en mi caso?

Augusto en gran aprieto y muy colorado, creyó al pronto que Bachelard conocía su desgracia y que se burlaba de él, pero el tío añadió sin aguardar su respuesta:

—¡Ah! señorita... V. no sabe lo que ha hecho. Yo que me rejuvenecía, que me con-

sideraba dichoso por haber hallado este rinconcito... Sí, era V. un ángel, una flor, algo que me consolaba de los disgustos que me daban otras mujeres... ¡y á pesar de todo tiene V. valor de dormir con el indecente de Guenlin!

La emoción le ahogaba, en su voz resonaban los acentos del más profundo dolor. Todo se acababa para él, y lloraba la pérdida de su ideal con el hipo de un resto de borrachera.

— Yo no lo sabía, tío, balbuceaba Fifi cuyos sollozos aumentaban ante aquel lamentable espectáculo; no, no sabía que eso le causaría á V. tanta pena.

Parecía en efecto que ignoraba toda la trascendencia del acto que había consumado, conservando sus ojos ingenuos, su olor de castidad, la candidez de una niña incapaz todavía de distinguir un hombre de una mujer. La tía Menu por otra parte, aseguraba que en el fondo la muchacha era completamente inocente.

— Cálmesese V., señor Narciso... la niña le quiere á V. á pesar de todo... decía. A mi no se me ocultaba que eso le desagradaría á V. y se lo dije: «Si el Sr. Narciso lo sabe, se disgustará. Pero qué quiere V... ¡es tan inocente! ignora lo que puede gustar y lo que

desagrada... No hore V... toda vez que su corazón le pertenece por completo.

Cómo ni ella ni el tío la escuchaban, se encaró con Augusto, expresando hasta qué punto la atormentaba lo que había pasado por lo que podía influir en el porvenir de su sobrina. ¡Era tan difícil colocar á una joven de un modo conveniente! Ella que había trabajado treinta años en casa de los señores Mardienne hermanos, bordadores en la calle de Saint-Sulpice, donde podían pedirse informes, sabía á costa de cuántas privaciones podía vivir una obrera que quería ser honrada.

A pesar de su buen corazón, y aun cuando recibió á Fany de manos de su propio hermano el capitán Menu, en el lecho de muerte, por sí no habría podido sostener á la niña con su renta vitalicia de mil francos, que la permitía vivir sin darle á la aguja como antes. Por esta razón esperaba morir tranquila, viéndola en poder de M. Narciso. Pero no señor, ¡Fifi disgustaba á su tío por una tontería!

— Sin duda conoce V. el pueblo de Villanueva, cerca de Lila, añadió. Yo soy de allí. Es un pueblo importante...

Augusto perdió la paciencia, y dejando á la tía con la palabra en la boca se dirigió á

Bachelard cuya ruidosa desesperación se apaciguaba.

— Venia, le dijo, á preguntar á V. las nuevas señas de Duveyrier... V. debe saberlas.

— De Duveyrier... balbuceó. De Clarisa querrá V. decir. Espere V. un momento.

Y fué á abrir la puerta del cuarto de Fifi, de donde vió Augusto con asombro salir á Guenlin. Bachelard le había encerrado, dándole tiempo para vestirse y tornándose para reflexionar qué haría con él. La vista del joven, con el rostro descompuesto y los cabellos despeinados, reavivó su cólera.

— ¡Cómo! ¡miserable! exclamó, tú, mi sobrino es quien me deshonra. Desprestigias á tu familia, arrastras mis canas por el lodo. ¡Oh! no lo dudes, acabarás muy mal, lo menos en presidio.

Guenlin le escuchaba con los ojos bajos pero furioso.

— Diga V. tío, murmuró, me parece que va V. demasiado lejos. Un poquito de calma. Si V. cree que yo me he divertido, está V. en un error. ¿Para qué me ha traído V. aquí? Yo no se lo he pedido. V. es quien me ha hecho venir, quien trae á esta casa á todo el mundo...

Pero Bachelard, llorando de nuevo le interrumpió:

— Al robármela... ¡me has robado cuanto tenía...! Serás la causa de mi muerte, y no te dejaré ni un solo céntimo.

Guenlin fuera de sí, estalló.

— Déjeme V. en paz, que ya estoy harto. ¿Qué es lo que siempre he dicho? Estos son los aburrimientos del día siguiente. Ya ve V. lo que me pasa por haber cometido una vez la tontería de aprovechar una ocasión. La noche ha sido agradable; pero después le queda á uno motivo para desesperarse toda la vida.

Fifi enjugó sus lágrimas. Se aburrió de estar ociosa y se puso á bordar en la estola, fijando de vez en cuando sus puros ojos en los hombres, asombrada de su incomodidad.

— Tengo mucha prisa, insinuó Augusto. No deseo más que saber la calle y el número.

— ¿La calle? espere V. le complaceré en seguida.

Y dominado por la emoción que experimentaba, cogió á Guenlin las manos:

— ¡Ingrato! exclamó... te doy mi palabra de honor, te la guardaba para tí. Si es bueno, me decía yo, él la disfrutará y pensaba dártela como es debido, con cincuenta mil francos de dote... y animado yo de estos designios, vienes tú y te la tomas de una vez... ¿Te parece bien eso?

—Déjeme V., exclamó Guenlin, conmovido al ver el buen corazón del viejo: de lo contrario voy á sufrir de nuevo.

Pero Bachelard le llevó al lado de la niña, y la preguntó:

—Vamos á ver Fifi... ¿le habrías amado?

—Si V. era gustoso, si señor, querido tío, respondió.

Esta respuesta acabó de enternecerle. Se secó los ojos, se sonó... ¡En fin, ya verían! Su único deseo había sido labrar la felicidad de la niña. Y despidiendo bruscamente á Guenlin:

—¡Vete, le dijo, yo reflexionaré!

Durante aquel episodio, la tía Menu, volvió á coger por su cuenta á Augusto para exponerle sus ideas.

Un obrero habría dado palizas á la niña y con un empleado se habría llenado de hijos. Por el contrario con M. Narciso, tenía la probabilidad de hallar un dote que la permitiría casarse convenientemente. Gracias á Dios pertenecían á una buena familia, y por nada del mundo habría permitido la tía que su sobrina pasase de los brazos de un amante á los de otro. No por cierto, quería para la ehica una situación seria y formal.

Guenlin se retiraba, cuando Bachelard le llamó.

—Bésala en la frente, le dijo; te lo permito.

Y después le despidió, volviendo al lado de Augusto, á quien dijo, poniéndose la mano sobre el corazón:

—No es mentira... le juro á V. bajo mi palabra de honor que, más tarde, pensaba casarle con ella.

—Pero, ¿quiere V. darme esas señas? dijo Augusto, perdiendo la paciencia del todo.

El tío pareció asombrado: creía haberle ya respondido.

—¿Las señas de Clarisa? balbuceó; pero si no las sé.

Augusto hizo un gesto de ira. Todo contribuía á aumentar la ridiculez de su situación. Al verle Bachelard tan indignado le propuso que fueran juntos á buscar á Troublot á su escritorio. El debería saber donde vivía Clarisa.

—Tome V., señorita, dijo el tío á Fifi, después de besarla la frente, tome V. el terrón de azúcar y las monedas, aunque no las merece. Pórtese V. bien, y ya verá como la quiero.

La joven seguía bordando con una aplicación ejemplar. Un rayo de sol alegraba el cuartito, dorando aquel asilo de inocencia, donde no llegaban los ruidos de la calle.

Toda la poesía de Bachelard aparecía en aquel rinconcito.

—Que Dios bendiga á V., señor Narciso, le dijo la tía Menu, al acompañarle hasta la puerta. Ya estoy más tranquila. No haga V. nunca más que lo que le dicte el corazón, él le inspirará.

El cochero, que había vuelto á dormirse gruñó, cuando Bachelard le dió orden de que los condujera á la calle de Saint-Lazare, que era donde vivía M. Desmarquay, el principal de Troublot. Sin duda también el caballo dormía, porque necesitó una lluvia de latigazos para ponerse en marcha. Al fin y al cabo partió el carruaje, aunque penosamente.

—De todos modos, dijo el tío, al cabo de un rato de silencio, es muy duro lo que me ha pasado. No puede V. imaginarse el efecto que me causó ver á Guenlin en camisa... Pero esas cosas no se comprenden... es preciso sufrirlas.

Y continuó refiriendo detalles, sin notar el disgusto que producían á Augusto sus palabras. Éste, al ver lo falso de su situación, se apresuró á explicarle los motivos que tenía para encontrar cuanto antes á Duvoyrier.

—¡Berta con ese hortera! exclamó Bachelard... me llena V. de asombro.

Parecía que su admiración procedía, más que de otra cosa, de que su sobrina hubiera elegido á Octavio para faltar á su deber. Por lo demás, después de reflexionar un instante se indignó. Su hermana Eleonora no había obrado como debía; así es que él no hacía caso de su familia. Él no se mezclaría en nada; pero no había remedio, el duelo era indispensable.

—Yo mismo, hace poco, cuando encontré á Fifi con un hombre en paños menores, lo primero que pensé fué hacer una matanza general... Si V. se hubiera visto en semejante lance...

Un estremecimiento doloroso de Augusto le hizo exclamar:

—¡Ah! es verdad... ya no me acordaba... estoy hablando de la soga en casa del ahorcado.

Reinó el silencio, mientras el coche se balanceaba melancólicamente. Augusto, cuya furia se calmaba poco á poco, se abandonaba al balanceo del coche, con el ojo izquierdo cerrado por la fuerza del dolor que la jaqueca le producía. ¿Por qué razón creía Bachelard que el duelo era indispensable? La misión del tío de la culpable no era, seguramente la de azuzarle.

Y Augusto escuchaba á cada instante re-

sonar en su oído la frase de su hermano: *Es estúpido, vas á hacerte matar*, frase importuna y tenaz que concluía por ser el mismo dolor de su neuralgia. Seguramente le mataría, tenía ese presentimiento: y esto le anonadaba, enterneciéndole. Se veía muerto y lloraba sobre su cadáver.

—Le he dicho á V., calle de Saint-Lazare, gritó el tío. No es en Chaillot. Gire V. hacia la izquierda.

Por último se detuvo el coche; y para obrar con más prudencia mandaron llamar á Troublot, que bajó sin nada á la cabeza á charlar con ellos.

—Necesitamos que nos diga V., dónde vive Clarisa; le indicó Bachelard.

—Vive en la calle de Assas.

Le dieron las gracias é iban á marcharse, cuando Augusto añadió:

—¿Qué número?

—¿Qué número...? ¡Diantre...! Pues es el caso que no lo sé.

Al oírle, declaró Augusto que renunciaba á su propósito; pero Troublot hacía esfuerzos para recordar. Había comido allí una vez y era detrás del Luxemburgo, pero no sabía si la casa estaba al principio ó al fin, á derecha ó izquierda de la calle. La puerta la conocía: al verla diría cuál era sin equi-

vocarse. Entonces le rogó Bachelard que los acompañase, á pesar de las protestas de Augusto, que manifestaba deseos de no molestar á nadie y de volverse á su casa. Troublot por su parte se excusaba. No, no volvería á aquella barraca. Y evitaba decir la verdadera causa de esta resolución: una aventura estupenda, una soberbia bofetada que le había dado la nueva cocinera de Clarisa, cuando entró en la cocina á pellizcarla como tenía de costumbre. Una bofetada por una galantería, sin más objeto que conocerse. ¡Jamás le había ocurrido cosa igual!

—No, no, añadió, yo no pongo los piés en una casa en la que se aburre uno hasta dejárselo de sobra. Ya sabe V. que Clarisa se ha puesto muy cargante, más mala que la quina, y ¡luego se da un tono! Se ha llevado consigo á su familia después que murió su padre; toda una tribu de salvajes: la madre, dos hermanas, un hermano grandullón y hasta una tía imposibilitada... Entre toda esa gente tiene Duveyrier el aspecto de un hombre desgraciado.

Y contó que, el día en que el consejero halló á Clarisa en un portal, ella fué la primera que se enfadó, acusándole con las lágrimas en los ojos de que nunca la había respetado. Si tal, había huido de la casa de

la calle de la Cerisaie, exasperada por lo mucho que sufría su dignidad personal tanto tiempo reprimida. ¿Por qué se quitaba la condecoración cuando iba á verla? Ella deseaba reconciliarse con él, pero antes era preciso que la jurase por su honor no quitarse la condecoración, porque ella se estimaba lo bastante para no consentir ofensas como las que había recibido de él á cada momento. Y Duveyrier juró, desconcertado ante aquel *exabrupto*, dominado y enternecido. La pobre tenía razón: aquel modo de expresarse demostraba que poseía una alma elevada.

—Y ahora no se quita la cinta del ojal, añadió Troublot. Creo que hasta le hace acostarse con ella. Esto la lisonjea ante su familia. Por otra parte, como Payan le había comido ya los veinticinco mil francos en muebles, ha hecho á su amante que se gaste de nuevo treinta mil en alhajarle la casa. Le ha metido en un puño y no hay quien le saque de entre sus faldas. Se necesita ser un animal para obrar de ese modo.

—Pues yo me voy, ya que M. Troublot no puede acompañarnos, dijo Augusto, cuyo disgusto aumentaban las historias que oía.

Pero entonces dijo Troublot que iría con ellos, aunque no subiría, limitándose á in-

dicarles la puerta de la casa. Subió á coger el sombrero, y dando un pretexto para salir, volvió á su lado y se metió con ellos en el coche.

—Calle de Assas, dijo al cochero... ya le indicaré á V. donde debe parar.

El cochero refunfuñó. ¡Calle de Assas...! ¡Ahí era nada! Los parroquianos eran aficionados á pasear. En fin, llegarían cuando Dios quisiera. El caballo blanco jadeaba, sin avanzar gran cosa, á pesar de los latigazos.

Bachelard contaba su desventura á Troublot. Su infortunio era charlatán. Si, había encontrado al bestia de Guenlin con una niña lo más mono del mundo. Los dos estaban en camisa; pero al llegar á este punto de su relato se acordó de Augusto, que permanecía en el rincón del coche sombrío y apenado.

—Perdone V., le dijo, me olvido...

Y dirigiéndose á Troublot, añadió:

—Nuestro amigo ha tenido una desdicha en su matrimonio, y precisamente por eso buscamos á Duveyrier. Si, la noche pasada sorprendió á su mujer...

Acabó la frase con un gesto y terminó, diciendo:

—¡Octavio! ¡Pues! ya sabe V.

Troublot, hombre de opiniones rotundas,

iba á decir que la noticia no le sorprendía; pero retiró á tiempo la frase y la reemplazó por otra llena de desdeñosa cólera, y de lo que el marido no se atrevió á pedirle explicación.

— ¡Que idiota es el tal Octavio!

A esta especial apreciación del adúltero siguió un silencio. Cada cual de los tres se sumió en sus reflexiones. El coche no avanzaba y Troublot fué el primero que, saliendo de su meditación, se atrevió á decir:

— ¡Este vehículo apenas se mueve!

Pero nada hizo apresurar el trote del caballo, y eran las once cuando llegaron á la calle de Assas. Allí perdieron cerca de un cuarto de hora, porque á pesar de lo que había dicho no reconocía la puerta de la casa. Primero dejó al auriga seguir toda la calle de un extremo á otro, y luego le obligó á repetir tres veces la misma operación. Augusto entró en más de diez casas que le indicó Troublot, y en todas le dijeron que no conocían á la persona por quien preguntaban. Al fin y al cabo les indicó una frutería la casa, y Augusto y Bachelard subieron, quedándose Troublot á esperarlos en el coche.

El grandullón del hermano abrió la puerta. Llevaba en la boca un cigarro, cuyo humo

les echó á la cara al mismo tiempo que los introducía en la sala. Cuando le preguntaron por Duveyrier se contoneó, con aire de chunga, sin responder. Después se fué, sin duda para llamarle. En medio de la sala, de satén azul, con un lujo nuevo y ya manchado de grasa, una de las hermanas, la más pequeña, sentada sobre la alfombra, limpiaba una cacerola que había llevado allí desde la cocina, mientras que la mayor daba golpes con los puños cerrados en un magnífico piano, cuya llave acababa de encontrar. Las dos, al ver entrar á los caballeros levantaron la cabeza; pero continuaron sus faenas como si tal cosa. Cinco minutos pasaron sin que nadie apareciera. Los visitantes se miraban, cuando los gritos que partieron de una habitación próxima los aterrorizaron: eran de la tía imposibilitada, á quien estaban lavando.

Por fin una vieja, Mad. Bocquet, la madre de Clarisa, asomó la cabeza por una puerta entreabierta. Tan sucio era el vestido que llevaba, que no quería que la vieran.

— ¿Qué deseaban ustedes, caballeros?

— Buscamos á M. Duveyrier, gritó impaciente Bachelard... Ya se lo hemos dicho al criado. Anúnciele V. á M. Augusto Vabre y á M. Narciso Bachelard.

Mad. Boequet se retiró, y la mayor de las hermanas, de pié sobre el taburete, golpeaba con los codos el teclado, mientras que la pequeña rascaba la cacerola con un tenedor de hierro, para comerse lo que había en ella agarrado. En medio de este ruido, que no parecía molestarla, se presentó Clarisa.

—¡Ah! ¿Es V.? dijo á Bachelard, sin mirar á Augusto.

El tío se asombró. No la habría conocido por lo mucho que había engruesado. El diablillo, delgada como un alfeñique y rizada como un perro de aguas, había tomado el aspecto de una madre de familia. Por lo demás no le dió tiempo de hablar, diciéndole como le dijo, brutalmente, que no necesitaba para nada en su casa á un calavera de su especie, que iba á contar á Alfonso lo que no le importaba. Si, señor, había ido á su amante con el cuento de que ella se divertía con sus amigos y los buscaba detrás de sus espaldas; y no podía negarlo, porque el mismo Alfonso se lo había dicho.

—Con que ya lo sabe V., añadió, si viene usted á traer chismes y cuentos puede V. coger el portante. La antigua vida se acabó. Ahora quiero que todos me respeten.

De aquel modo, ostentando su pasión por

el orden y la distinción, fué echando poco á poco á los amigos de su amante, prohibiéndoles con gran rigor fumar, obligándoles á llamarla señora y exigiéndoles que la hicieran visitas de cumplido. Su antiguo aspecto de mujer mundana había desaparecido, y sólo conservaba la exageración en el desempeño de su papel de gran señora, interrumpido á veces por actitudes encanalladas y palabrotas groseras. De este modo aislaba á Duveyrier, y en vez de tener en su casa un centro de recreo, la convertía en un nuevo hogar donde hallaba todos los aburrimientos del suyo en medio del bullicio y de la suciedad. Como decía Troublot, no se aburría más en la calle Choisseul y allí había más limpieza.

—No venimos por V., respondió Bachelard reponiéndose, porque estaba acostumbrado á recibimientos como el que acababan de dispensarle. Necesitamos hablar con Duveyrier.

Entonces Clarisa miró á su acompañante, sospechando si sería un escribano, porque sabía que Alfonso comenzaba á contraer deudas.

—¡Bah! lo mismo me da, añadió. Pueden ustedes llevarsele y guardarle... Así no tendré necesidad de curarle los granos.

Como se ve, no se privaba de exhibir la repugnancia que la inspiraba su amante, el cual la quería tanto más, cuanto más cruel se mostraba.

Abriendo una puerta, dijo:

— Ven hombre, ven: estos señores se obstinan en verte.

Duveyrier que esperaba detrás de la puerta, se presentó y estrechó la mano de los dos procurando sonreírse. No tenía ya aquel aspecto de joven que se veía en él cuando pasaba la noche en la casa de la calle de la Cerisaie: la laxitud le anonadaba y se mostraba inquieto.

Clarisa se quedó para escuchar la conversación, y Bachelard que no quería hablar delante de ella, convidó á almorzar al magistrado.

— Acepte V.; M. Vabre le necesita á V., y la señora será bastante amable para permitirle...

Pero ésta se apercibió de que su hermana golpeaba el piano, y sacudiéndola dos buenos bofetones la echó de la sala. La misma operación hizo con la pequeña que continuaba quitando el baño á la cacerola. Esto produjo un gran escándolo, y la tía imposibilitada comenzó á gritar de nuevo en el cuarto contiguo creyendo que también iba á tocarle algo de la cachetina.

— Lo oyes, querida, dijo Duveyrier, estos señores me invitan...

Ella no le escuchaba observando el instrumento con temor y cariño. Desde hacía un mes aprendía á tocar el piano realizando el deseo de toda su vida, segura de que aquel perfil la convertiría en una mujer de mundo completa. Después de convencerse de que no había sufrido desperfecto alguno, iba á obligar á su amante á que se quedase con ella para mortificarle, cuando Mad. Bocquet sacando por segunda vez la cabeza y ocultando su deteriorado vestido:

— Tu maestro de piano acaba de llegar, dijo.

Y Clarisa cambiando de idea, gritó á Duveyrier:

— Bien, puedes irte y dejarme en paz. Almorzaré con Teodoro. No te necesitamos para nada.

Teodoro, el maestro de piano, era un belga de ancho y sonrosado rostro. Clarisa se sentó en seguida, y él colocando los dedos de la discípula sobre las teclas, se los frotó para desentumecerlos. Duveyrier vaciló, visiblemente inquieto; pero aquellos caballeros le aguardaban, y fué á ponerse las botas. Cuando volvió Clarisa hacia escalas, desencadenando tal tempestad de notas di-

sonantes, que Bachelard y Augusto sufrían de los nervios. Sin embargo, Duveyrier á quien la música de Mozart y de Beethoven que ejecutaba su mujer ponía de mal humor, se detuvo un instante al lado de su querida para saborear los sonidos á pesar de los gestos nerviosos que le obligaban á hacer las disonancias, y volviéndose hacia su amigo y su cuñado, murmuró:

— ¡Tiene una disposición asombrosa!

Después de darle un beso en los cabellos, se retiró discretamente y la dejó con Teodoro. En la antesala, el grandullón con su aire de chunga, le pidió un franco para comprar tabaco. Al bajar la escalera, al asombro que le expuso Bachelard por su conversión á los encantos del piano, juró que jamás le había odiado, y habló de lo ideal diciendo hasta qué punto las sencillas escalas de Clarisa conmovían su alma, cediendo á su continua necesidad de ocultar con flores poéticas sus groseros apetitos.

Abajo, Troublot que había dado un cigarro al cochero, escuchaba su historia con el mayor interés. El tío se empeñó en que fueran á almorzar á casa de Foyot: ya era hora, y allí podrían hablar á sus anchas. Cuando el vehículo logró ponerse en movimiento, enteró de lo que había ocurrido á

Duveyrier y éste tomó un aspecto grave y severo.

El malestar de Augusto parecía haberse aumentado en casa de Clarisa, donde no había despegado los labios, y fatigado por aquel interminable paseo y con la jaqueca agravada, cayó en el más profundo abatimiento.

Cuando el magistrado le preguntó qué se proponía hacer, abrió los ojos, permaneció algunos segundos presa de la mayor angustia, y al fin repitió su frase:

— ¿Qué he de hacer? ¡batirme!

Pero su voz no era tan varonil como antes, y cerrando los ojos como para que le dejasen en paz:

— A no ser, añadió, que encuentre V. otro medio de salir del paso.

Entonces y en medio del balanceo del coche, celebraron aquellos caballeros un gran consejo. Duveyrier como Bachelard, juzgaba que el duelo era indispensable, y se manifestaba muy conmovido á causa de la sangre que veía manchar la escalera de su casa; pero el honor lo exigía, y no era posible eludir las leyes del honor. Troublot tenía la manga más ancha: para él era una tontería cifrar el honor en lo que él llamaba por delicadeza la fragilidad de la mujer, y Augusto

aprobaba con señas sus palabras aburrido del espíritu belicoso de los otros, cuyo papel en su concepto era el de buscar una conciliación. A pesar de su cansancio, se vió obligado á referir una vez más la escena de la noche anterior: habló del bofetón que había dado y del que había recibido, y con este motivo olvidando todos el adulterio la discusión versó exclusivamente sobre aquellos dos bofetones, comentándolos y analizándolos con el fin de buscar una solución satisfactoria.

—¡Qué de refinamientos! dijo Troublot con desdén. Si los dos se han abofeteado, no hay que hablar más del asunto: los dos están ya satisfechos.

Duveyrier y Bachelard se miraron como considerándose vencidos. En esto llegaron al restaurant, y Bachelard anunció que lo primero que debían hacer era almorzar bien. Así se aclararían sus ideas. Él convidaba y pidió un almuerzo copioso, con platos y vinos extravagantes que emplearon tres horas en consumir, solitos en un gabinete. Ni una vez siquiera hablaron del desafío. Desde los entremeses, la conversación se consagró á las mujeres. Fifi y Clarisa, fueron analizadas, discutidas y comentadas hasta la saciedad. Bachelard se echaba la culpa de lo que le

había ocurrido para no aparecer ante el consejero en ridículo, mientras que éste vengándose de la noche en que el tío le había visto llorar en el cuarto vacío de la rue de la Cerisaie, ponderaba su felicidad hasta el punto de enternecerse creyendo en ella. Ante ellos Augusto á quien la neuralgia no dejaba comer ni beber, parecía escucharle con los codos apoyados en la mesa y los ojos trastornados. A los postres, Troublot se acordó del cochero, y dispuso que le llevaran las sobras de los platos y de las botellas lleno de simpatías por alguno, porque según indicaba, por lo que le había oído hablar, no tenía duda de que debía ser un antiguo cura. Dieron las tres: Duveyrier se quejó de ser asesor en la próxima reunión del tribunal de Assises; Bachelard embriagado escupía sobre el pantalón de Troublot sin que él se apercibiera; y el día habría terminado en medio de las copas de licor, si Augusto despertando sobresaltado no hubiera dicho:

—Vamos á ver... ¿qué es lo que hacemos?

—Pues mira, balbuceó Bachelard tuteándole, si quieres te sacaremos del apuro... ¡No puedes batirte, sería una estupidez!

A nadie sorprendió esta resolución. Duveyrier la aprobó con un movimiento de cabeza. El tío prosiguió:

—Yo iré con el amigo Duveyrier á ver á tu hombre, y el animal te dará una satisfacción ó yo dejo de ser quien soy. Sólo al verme se dará á partido, porque precisamente yo soy quien menos debía ir á visitarle; pero á mí me importa tres pitos el qué dirán.

Augusto estrechó su mano; pero eran tan fuertes los dolores que sufría, que ni siquiera sintió alivio á pesar del peso que se le quitaba de encima. Por último, se levantaron y salieron á la calle. El cochero acababa de almorzar dentro del coche, cuyos asientos llenó de migas, y más borracho que antes dió un golpecito de cariño en el vientre á Troublot. Pero el caballo que no había comido, se negó á andar; y sólo á fuerza de latigazos bajó la calle de Tournon. Las cuatro daban cuando se detuvo en la calle de Choisseul, y hacia siete horas que lo había tomado Augusto. Troublot se quedó en él diciendo que seguía por su cuenta, y que allí esperaba á Bachelard á quien deseaba convidar á comer.

—¡Cuánto has tardado! dijo Teófilo á su hermano. Ya te creía muerto.

Cuando todos entraron en la tienda, contó lo que había hecho mientras Augusto estaba fuera. Desde las nueve había estado

en acecho, pero nadie se había movido. A las dos fué Valeria á las Tullerías con su hijo, y á las tres y media vió salir á Octavio. De casa de los Josserand nadie había salido, hasta el punto de que Saturnino que buscaba en todas partes á su hermana subió á preguntar por ella á su madre, y ésta sin duda para librarse de él le dió con la puerta en las narices, diciéndole que no estaba allí. Desde entonces, el loco rondaba con aspecto feroz.

—Corriente, esperaremos á ese señorito, dijo Bachelard. Desde aquí le veremos llegar.

Augusto hacía esfuerzos inusitados para permanecer de pié, y entonces Duveyrier le aconsejó que se acostara, único remedio contra la jaqueca.

—Suba V. á su casa, le dijo: para nada le necesitamos á V.; ya iremos á darle cuenta del resultado... las emociones le acaban á V.

Augusto obedeció.

A las cinco esperaban aún á Octavio, Duveyrier y Bachelard. El joven, sin objeto y deseoso de tomar el aire y de olvidar la catástrofe de la noche anterior, pasó por delante de la tienda de Mad. Hedouin, y al verla de rigoroso luto en la puerta, se detuvo á saludarla. A decirla que había salido de casa de los Vabré, le preguntó ella con la

mayor tranquilidad por qué no volvía á su servicio. En un momento quedaron convenidos, y al despedirse de ella después de prometer que iría al día siguiente, continuó paseando, poseído de un vago pesar. La casualidad destruía siempre sus cálculos. Su cabeza estaba llena de proyectos y hacía una hora que recorría el barrio, cuando de pronto se apercibió de que había entrado maquinalmente en el oscuro corredor del pasaje de San Roque. En el ángulo más oscuro y en la puerta de una casa de huéspedes, Valeria se despedía de un caballero muy barbudo. Al verle se puso colorada, y se alejó abriendo la mampara de la puerta de la iglesia: después, notando que Octavio la seguía sonriéndose, prefirió esperarle en el pórtico y allí se pusieron á hablar amigablemente.

—¿Por qué huía V. de mí? la dijo el joven. ¿Está V. enfadada conmigo?

—¡Enfadada! y, ¿por qué...? exclamó ella. ¡Ya pueden devorarse entre sí...! Todo eso me tiene sin cuidado.

Aludía á su familia. En seguida desahogó su antiguo rencor contra Berta, primero con alusiones y luego, cuando vió que estaba hartó de su querida, sin miramientos de ningún género. Pensar que aquella mujer

la había acusado de venderse, ella que no aceptaba nunca ni un mal regalo, ni un mal céntimo. A lo sumo una flor... un ramo de violetas. Ahora se sabría cuál de las dos se vendía.

—Supongo, añadió, que le habrá costado á V. algo más que un ramito de flores.

—Ya lo creo, murmuró indignamente Octavio.

A su vez contó cosas desagradables de Berta, calificándola de mala y hasta acusándola de estar demasiado gruesa, como si se vengase de los disgustos que le había causado. Durante todo el día había esperado á los padrinos del marido é iba á volver á su casa para informarse de si había ido alguien á buscarle. Una aventura estúpida, un duelo que ella debía haber evitado. Y concluyó contándole su cita, su riña y la llegada de Augusto, antes de que se hubieran hecho una sola caricia.

—Por lo que hay de más sagrado, juro á usted, dijo á Valeria, que todavía no había habido nada entre ella y yo.

Valeria se reía muy animada. La intimidad entre los dos aumentaba, y ella trataba á Octavio como una amiga enterada de todo. De cuándo en cuándo los molestaba alguna devota que salía ó entraba, después la puer-

ta se cerraba y quedaban solos detrás de una mampara de paño verde, como en el fondo de un asilo discreto y religioso.

— ¡Ignoro por qué vivo con esas gentes! añadió ella, aludiendo de nuevo á la familia de su marido. No es esto decir que yo no tenga defectos; pero francamente no sufro remordimientos... ¡Si yo le confesara á V. cuánto me aburre el amor!

— No tanto... vamos, dijo Octavio maliciosamente. No todos son tan estúpidos como nosotros anoche. Hay instantes felices.

Entonces ella confesó. Si había obrado mal á los seis meses de casada, no había sido tanto por el odio que le inspiraba su marido con la continua fiebre que le hacia tiritar en una impotencia eterna y quejumbrosa, como por obedecer á caprichos que no podía explicar. Se aburría tanto, estaba tan enferma que se sentía morir, y entonces, como nada la detenía, lo mismo le daba á cuestras que al hombro.

— Pero, dígame V., añadió Octavio con mucho interés... ¿de veras no goza V.?

— No tanto como pretenden, contestó ella... se lo aseguro á V.

Y el joven la miró con una simpatía llena de lástima. ¡Gratis y sin gozar! no valía la

pena que se expusiese continuamente á ser sorprendida. Y al pensar así experimentaba un consuelo en su amor propio, porque en el fondo sufría siempre por el desdén con que Valeria le había tratado. Sin duda por eso se negó á complacerle aquella tarde.

— ¿Se acuerda V., le dijo, de aquel día... al final del ataque que tuvo V.?

— Vaya si me acuerdo... y no fué porque usted me desagradase, pero en aquella ocasión tenía tan pocas ganas... De todos modos vale más que no nos entendiéramos... á estas horas nos odiaríamos.

Al hablar así le tendió la mano, que Octavio estrechó, diciendo:

— Tiene V. razón... más vale así. Decididamente no se ama más que á las mujeres á quienes no se ha poseído.

Satisfechos los dos de sus conclusiones, permanecieron un instante con las manos juntas y enternecidos. Después, sin añadir una palabra, empujaron la mampara y entraron en la iglesia, donde Valeria había dejado su niño al cuidado de la mujer que cobraba las sillas. El pequeñuelo se había dormido. Le despertó, le hizo arrodillarse y se arrodilló también, cubriéndose la cara con la mano, como si estuviera abismada en sus oraciones. Después se levantó, cuan-

do el cura Manduit, que salta de un confesionario, la saludó con paternal sonrisa.

Octavio no hizo más que atravesar la iglesia. Cuando volvió á su domicilio toda la casa se puso en movimiento. El único que no le vió fué Troublot, que dormía dentro del coche de alquiler. Los vecinos de las tiendas le miraron gravemente. El almacenista de papel de enfrente paseaba aún sus ojos por la fachada, como tratando de indagar lo que pasaba en el interior; el carbonero y la frutera estaban más tranquilos, y el barrio parecía volver á su habitual dignidad. Cuando Octavio pasó por la puerta, Lisa, que charlaba con Adela, se limitó á mirarle, y cambiando de conversación hablaron de la carestía de las aves, bajo la mirada severa de M. Gourd, que saludó al joven. Este subió cuando Mad. Juzeur espiaba su llegada, entreabrió la puerta, cogió sus manos, le llevó á la antesala, y allí, besándole en la frente, murmuró:

—¡Pobre joven! Pero, váyase V., no quiero detenerle. Cuando todo haya concluído venga V. y hablaremos.

Apenas entró en su cuarto se presentaron Duveyrier y Bachelard. Asombrado de ver al tío de Berta, quiso decirles los nombres de dos de sus amigos para que se entendie-

ran con ellos; pero aquellos caballeros, sin hacerle caso, invocaron su edad y le echaron un sermón sobre su mala conducta. Después, como anunciase que se proponía abandonar aquella casa, los dos declararon solemnemente que aquella prueba de tacto les satisfacía. Había habido un gran escándalo y ya era tiempo de sacrificar las pasiones á las gentes honradas. Duveyrier tomó nota en el acto de su despedida y se retiró, mientras que Bachelard, á sus espaldas, convidaba al joven á comer con él aquella tarde.

—¿Con que cuento con V., eh? nos divertiremos, le dijo. Troublot nos espera abajo. Me tiene sin cuidado mi hermana Eleonora; pero no quiero verla y me escapo solo, para que no nos halle juntos en la escalera.

Bajó, y cinco minutos después Octavio, satisfecho del desenlace de la aventura se reunió con él y con Troublot, metiéndose en el coche. El melancólico caballo, que había tirado durante siete horas del marido, los condujo cojeando hasta un restaurant próximo al Gran Mercado, donde se comían unos callos admirables.

Duveyrier halló á Teófilo en la tienda, adonde acababa de llegar Valeria y los tres

hablaban cuando entró Clotilde, que volvía de un concierto. Había ido á él con la mayor tranquilidad, segura de que habría para todos una solución satisfactoria. Después de explicar lo que se había acordado hubo un silencio, y quedaron los dos matrimonios como en una posición falsa, al verse juntos. Teófilo tosía; y como todos tenían interés en reconciliarse, concluyeron por aprovechar la emoción de que estaban poseídos. Las dos mujeres se besaron. Duveyrier aseguró á Teófilo que la herencia de su suegro le arruinaba, á pesar de lo cual prometió indemnizarle, dejando de cobrarle el alquiler de la casa durante tres años.

—Es necesario ir á tranquilizar al pobre Augusto, dijo al fin el magistrado.

—Y subía á hacerlo, cuando unos gritos terribles, como de un animal á quien degüellan, salieron de la habitación en donde estaba el marido de Berta. Saturnino, armado de un cuchillo de cocina había penetrado en la alcoba de puntillas, y allí, lanzándose sobre Augusto, con los ojos hechos ascuas y la boca espumosa, le gritó:

—¡Dónde la has escondido; devuélmela ó te degüello como á un cerdo!

El marido despertó sobresaltado de su dolorosa somnolencia y quiso huir. Pero el

loco, con la fuerza del que está poseído por una idea fija le agarró por el faldón de la camisa, volvió á acostarlo, y dejándole con la cabeza al borde de la cama, sobre una palangana que había, gritó:

—¡Ahora no te escapas... voy, voy á degollarte!

Afortunadamente acudieron en su auxilio, siendo necesario encerrar á Saturnino, cuya locura se hallaba en el mayor grado de exaltación. Dos horas después, el comisario de policía del barrio, dispuso que fuera conducido por segunda vez al asilo de los Moulineaux, con el consentimiento de su familia. Pero el pobre Augusto seguía tiritando de miedo, y decía á Duveyrier que le anunciaba el satisfactorio arreglo de su cuestión:

—Hubiera preferido tener que batirme... ¡Contra un loco no hay defensa posible! ¡Qué afán de degollarme se ha apoderado de ese bandido, y todo porque su hermana me ha engañado! ¡Ah! créame V., ya estoy harto... y esto no puede seguir así.

VII.

En la mañana del miércoles, cuando María condujo á Berta al lado de su madre, ésta, indignada por una aventura que afectaba á su orgullo, palideció y no pronunció una sola palabra.

Cogiéndola de una mano, con la brutalidad de una pasanta que lleva al cuarto oscuro á una colegiala culpable, la guió á la alcoba de Hortensia, y dándola un empellón:

—Ocúltese V. ahí y no se presente á nadie... la dijo. Mataria V. á su padre si supiera lo que ha ocurrido.

Hortensia, que se estaba lavando, se quedó como quien ve visiones. Encendida de vergüenza y sollozando se arrojó Berta en la cama. Esperaba una explicación inmediata y violenta y había preparado su defensa, resuelta á gritar también si su madre la in-

crepaba duramente; pero aquella muda rudeza, aquel modo de tratarla, como á una niña que hubiera golosineado un plato de dulce la dejó sin fuerza, recordándole sus terrores de soltera y las lágrimas que derramaba en los rincones, haciendo protestas de obediencia.

—¿Qué pasa? ¿Qué has hecho? preguntó su hermana al verla envuelta en un mantón viejo, que la había prestado María. ¿Se ha puesto malo tu marido en Lyon?

Berta no respondió. Ya se lo contaría más tarde; aquellas cosas no podían decirse, y suplicaba á Hortensia que se fuese y la dejase llorar á solas en el cuarto.

El día pasó de esta manera. M. Jossierand fué á su oficina sin saber lo que había pasado, y cuando volvió por la noche Berta continuaba oculta. Como se negó á tomar todo género de alimento, concluyó por comer con avidez algunos manjares que le llevó Adela en secreto. La criada se quedó á su lado mientras comía, y al ver su apetito:

—No se haga V. mala sangre, la dijo; tome V. fuerzas... Todo está tranquilo en la casa. Tantos muertos y heridos como iba á haber, no ha resultado ningún difunto.

—¡Ah! exclamó la joven.

Entonces interrogó á Adela, quien refirió con todos sus detalles lo que había pasado, el arreglo del duelo, lo que había dicho M. Augusto y lo que habían hecho Duveyrier y los Vabre. Al escucharla se sentía renacer, comiendo hasta con gusto y pidiendo más pan. En honor á la verdad era una tonta al apurarse, cuando los demás se habían consolado.

Cuando á las diez volvió Hortensia, la recibió con rostro alegre y los ojos completamente secos. Las dos se rieron, aunque ocultando su buen humor, cuando Berta quiso ponerse un peinador de su hermana y vió que le estaba estrecho, porque el matrimonio la había ayudado á engordar. No importaba, sacando un poco los botones podría utilizarlo al día siguiente. Las dos se creían en los buenos tiempos de su juventud, en aquel cuarto donde habían pasado la vida juntas. Este recuerdo las enternecía y renovaba entre ellas un afecto que habían descuidado. Tuvieron que acostarse en la misma cama, porque Mad. Jossierand había ya vendido la que usaba Berta de soltera.

Cuando estuvieron entre las sábanas y se vieron á oscuras, no pudiendo conciliar el sueño, se pusieron á hablar.

—¿Con que no quieres contarme lo que

te ha pasado? preguntó Hortensia de nuevo.

—Pero, querida, contestó Berta; tú no estás aún casada y no puedes saber ciertas cosas. He tenido una explicación con Augusto. Volvió de pronto, cuando menos le esperaba...

Viendo que se detenía su hermana, añadió, con impaciencia:

—No seas tonta y háblame sin cuidado... á mi edad no hay nada que me espante.

Entonces Berta se confesó, con rodeos al principio, pero después lo dijo todo, nombrando á Augusto y á Octavio. Hortensia, vuelta de espaldas escuchaba, sin pronunciar más que breves frases, para preguntar ó emitir su opinión: «Y después, ¿que te dijo él? Y tú, ¿que experimentaste? ¡Vaya un lance! Francamente, no querría verme en caso igual...» Dieron las doce, la una, y las dos y todavía continuaban hablando del mismo asunto, luchando con el insomnio y con el calor que mutuamente se daban. Berta, en medio de aquella especie de alucinación, olvidándose de su hermana, pensaba en voz alta y se desahogaba, haciendo las más delicadas confianzas.

—Lo que es á mí no me pasará eso con Verdier, dijo Hortensia de pronto. Haré cuanto él quiera.

Al oír el nombre de Verdier, hizo Berta un movimiento de sorpresa. Creía rotas aquellas relaciones, porque la mujer con quien vivía hacía quince años había dado á luz un niño, precisamente en los momentos que se dispónia á abandonarla.

—¿Cuentas casarte con él de todos modos? la preguntó.

—¿Y por qué no? He hecho la tontería de esperarle mucho tiempo. Pero el recién nacido no se logrará. Es una niña y muy escrofulosa.

Y pronunciando la palabra *querida* con asco, mostró su honesto odio de burguesa casadera, vilipendió á aquella desdichada que vivía tanto tiempo con un hombre. El niño no era, ni más ni menos que una maniobra, un pretexto que había inventado, cuando se apercibió de que Verdier, después de comprarle camisas, para no echarla de su casa en cueros, quería acostumbrarla á la separación, dejando con frecuencia de dormir en su compañía. Pero, en fin, ya vería... esperaría...

—¡Pobre mujer! murmuró Berta.

—¿Cómo pobre mujer? gritó Hortensia, de mal talante. Bien se ve que no tienes tampoco la conciencia muy limpia.

Acto continuo sintió haber sido cruel y

estrechó en sus brazos á su hermana, la besó y le juró que no había querido ofenderla. Las dos callaron, pero no dormían, continuaban pensando en lo que había sido objeto de su conversación.

Al día siguiente por la mañana se sintió indispuesto M. Jossérand. Se había empeñado en estarse escribiendo fajas hasta las dos de la madrugada, á pesar del gran abatimiento y del malestar que sentía desde hacía tiempo. Sin embargo se levantó, se vistió, pero al ir á salir para encaminarse á la oficina le faltaron fuerzas y tuvo que enviar una carta, anunciando á los hermanos Bernheim su indisposición.

La familia iba á tomar el café con leche en la mesa del comedor, sucia aún con las sobras de la comida del día anterior, y las señoras se presentaron con el pelo atusado y en enaguas y chambras.

Al ver que su marido no salía, Mad. Jossérand resolvió no tener más tiempo escondida á Berta, cansada como estaba del misterio y temiendo á cada instante que subiera Augusto á armar un escándalo.

—¡Cómo! ¿almuerzas con nosotros? ¿qué ocurre? dijo el padre sorprendido, cuando vió á su hija con los ojos de sueño y el pecho oprimido con el peinador de Hortensia.

— Mi marido me ha escrito que ha tenido que quedarse en Lyon, respondió, y he resuelto pasar el día con ustedes.

Entre las dos hermanas habían fraguado aquel embuste, y Mad. Josserand, que conservaba su rigidez de pasanta no le desmintió. Pero el viejo examinaba á Berta, y pareciéndole extraño lo que acababan de contarle, iba á preguntar cómo andaría la tienda sin su cuidado, cuando su hija se levantó y fué á darle un beso, con la zalamería de otros tiempos.

— ¿No me ocultas nada, hija mía? murmuró.

— Nada... ¡qué cosas tienes, papá! ¿qué había de ocultarte?

Mad. Josserand se permitió encogerse de hombros. ¿A qué fin aquellas precauciones? para ganar á lo sumo una hora... ¡No valían la pena! Tarde ó temprano tendría su padre que saber la verdad. El desayuno fué alegre. M. Josserand, contento al verse entre sus dos hijas, se creía transportado á la época en que le alegraban contándole sus ensueños infantiles. Ellas con los codos sobre la mesa, mojando en el café las tostadas, le miraban y se reían. Todo el pasado se renovaba para el pobre viejo, cuando una escena desagradable vino á turbar la alegría.

Mad. Josserand interpeló bruscamente á la criada:

— ¿Qué está V. comiendo? la dijo.

— Nada, señora, contestó Adela, que desde hacía un rato daba vueltas en torno de la mesa.

— ¿Cómo que nada? ¡Está V. mascando! ¿Pues qué soy yo ciega? Aún tiene V. llena la boca, se conoce á la legua. ¿Saca V. del bolsillo lo que come?

Adela, turbándose, quiso marcharse, pero ella la detuvo, cogiéndola de las faldas.

— Hace un cuarto de hora que la estoy á usted viendo sacar cosas del bolsillo y llevárselas á la boca. Debe ser bueno lo que V. come... Enséñemelo V.

Y metiendo la mano en el bolsillo de la doméstica, la sacó llena de ciruelas pasas.

— ¿Qué es esto? preguntó furiosa.

— Esto... ciruelas pasas, dijo la criada, que al verse descubierta se volvió insolente.

— ¡Hola! ¡hola! ¿con que se come V. mis ciruelas? Por eso van tan de prisa... ¡Se ha visto cosa igual! ¡Ciruelas pasas cocidas con azúcar en un bolsillo!

Y la acusó también de que bebía el vinagre. Todo se lo llevaba la trampa, no se podía dejar ni una patata sin la seguridad de que desapareciera.

— ¡Es V. un pozo sin fondo! la dijo.

— Déme V. de comer y no tendré que cogerlo, contestó Adela, con la mayor frescura.

Esto acabó de exasperarla, y se levantó majestuosa y terrible.

— Calle V., mal hablada... exclamó. ¡Oh! ya lo sé, las otras criadas de la vecindad son las que la echan á V. á perder. En cuanto llega de una provincia una bestia, es necesario que las tunantas ya corridas la depraven y la enseñen horrores. Ya no va V. á misa, pero en cambio roba.

Adela, amaestrada por Lisa y Julia no cedió.

— Aunque yo fuera una bestia, como V. dice, no debió V. abusar de mi. Pero, si lo he sido, ya no lo soy.

— Váyase V. en seguida... la despidió, gritó Mad. Jossierand, señalando la puerta con una actitud frágica.

Después se dejó caer sobre una silla, mientras que la doméstica, sin darse prisa, se comió otra ciruela antes de irse á la cocina. Todas las semanas la despedían una ó dos veces: así es que no se apuraba. En torno de la mesa reinó un penoso silencio. Hortensia, dijo al fin que, echarla todos los días para conservarla después, era gana de perder el tiempo. Cierto era que robaba y

se hacía insolente, pero lo mismo haría cualquiera otra y Adela los sufría, mientras que otra los plantaría á los ocho días, habiéndose bebido el vinagre y comido las ciruelas pasas.

El desayuno acabó, á pesar de todo, en buena armonía. M. Jossierand, muy conmovido, habló del pobre Saturnino, á quien había llevado de nuevo al asilo el día anterior. El infeliz creía que había sido víctima de un nuevo acceso de locura, porque así se lo habían contado. Después se quejó de no ver á León y Mad. Jossierand declaró secamente que le esperaba aquel mismo día, añadiendo que quizás iría á almorzar con ellos. Hacía una semana que había roto con Mad. Dambreville, quien para cumplir su promesa quería casarle con una viuda seca y muy moréna; pero él deseaba casarse con una sobrina suya, criolla muy rica y de una gran belleza, que había venido á parar á casa de su tío, en el mes de Setiembre, después de haber perdido á su padre en las Antillas. Con este motivo hubo escenas terribles entre los dos amantes, porque madame Dambreville negaba su sobrina á León, movida por los celos.

— ¿Y qué hay de su boda? preguntó Jossierand con discreción.

La madre respondió con frases ambiguas, á causa de Hortensia. Por entonces estaba supeditada á su hijo, un mozo de provecho y hasta se lo citaba como ejemplo á su marido, diciendo que, gracias á Dios había salido á ella, y que no dejaría á su mujer andar descalza. Después, animándose poco á poco, añadió:

—El muchacho se ha hartado. No ha sido perjudicial para él su entretenimiento de algunos meses; pero si la tía se obstina en no darle á su sobrina la dejará á media miel... y lo que es yo apruebo su conducta.

Hortensia, por decoro, se puso á beber café, procurando ocultar su cara con la taza, mientras que Berta, que podía oírlo todo, hizo un gesto de repugnancia ante los triunfos de su hermano. La familia iba á levantarse de la mesa, y M. Jossierand, muy mejorado hablaba de ir á la oficina, á pesar del recado que envió, cuando Adela entró con una tarjeta, diciendo que la persona que se la había dado esperaba en la sala.

—¡Cómo! ¡Ella á estas horas! exclamó Mad. Jossierand. ¡Y yo que no me he puesto aún el corsé! No importa... me alegro que haya venido, con eso la diré lo que hace al caso.

Era precisamente Mad. Dambreville. El

padre y las hijas se quedaron charlando en el comedor y la madre se dirigió á la sala. Antes de abrir la puerta examinó con inquietud su viejo traje, de seda verde y se le arregló, sacudiéndole para quitarse los hilachos y el polvo.

—Dispéñeme V., querida mía, la dijo Mad. Dambreville, sonriéndose. Pasaba por ahí cerca y he subido á ver cómo siguen ustedes.

Estaba muy peinada, muy ajustada y peripuesta y parecía, en efecto, que no la había impulsado á hacer la visita más que el deseo que había manifestado; pero su sonrisa era algo forzada, y á través de su serenidad se adivinaban atroces angustias en su espíritu. Al pronto habló de diferentes cosas, procurando no pronunciar el nombre de León, y al fin se decidió á sacar del bolsillo una carta que acababa de recibir.

—Una carta, ¡oh! una carta, murmuró con voz angustiada, al mismo tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Qué tiene contra mí, querida mía? Ya no quiere volver á poner los pies en mi casa.

Y su mano febril acercó la carta á madame Jossierand que la tomó con frialdad. Era un rompimiento en tres líneas de una cruel concisión.

—Quizás no tenga León toda la culpa, dijo al devolvérsela.

Pero en seguida Mad. Dambreville ponderó las cualidades de la viuda, una mujer de treinta y cinco años apenas, de gran mérito, bastante rica y tan activa, que con su genio llegaría á hacer ministro á su marido. De todos modos ella cumplía su promesa, proporcionaba á León un buen partido; ¿qué motivos tenía él para enfadarse? Y sin esperar respuesta y con un estremecimiento nervioso, nombró á Raimunda, su sobrina. ¿Era posible que se casase con ella? una niña de diez y seis años, una salvaje que carecía de toda noción de la existencia.

—¿Y por qué no? repetía Mad. Jossierand á cada interrogación de su amiga; ¿por qué no si la ama?

—No, y mil veces no, no la amaba, no podía amarla.

Mad. Dambreville descubría su emoción no pudiendo contenerse.

—Vamos á ver, decía, no le pido más que un poco de gratitud... Yo le he hecho hombre, por mí ha sido nombrado auditor, y encontrará en su cuartilla de boda el ascenso. Yo suplico á V., señora, que le diga que vuelva á casa, que me haga ese favor. Me dirijo á su corazón, al de V. que está satu-

rado de los sentimientos, á todo cuanto V. tiene de noble...

Y al hablar así, juntaba las manos en actitud suplicante.

Hubo una pausa, las dos se miraban cara á cara, y de pronto Mad. Dambreville deshaciéndose en sollozos balbuceó:

—Con Raimunda no, ¡oh! con Raimunda no.

Aquel grito de amor rabioso, era el último esfuerzo de una mujer que se negaba á envejecer, y se asia al último hombre en la ardiente crisis de su deseo. Cogió las manos de Mad. Jossierand y las mojó con sus lágrimas confesando á la madre todo lo que sentía, humillándose ante ella, repitiendo que ella era la única que podía influir en su hijo, y ofreciéndola ser su esclava si la devolvía al joven. No había ido allí con el objeto de expresarse en aquellos términos; antes por el contrario, había resuelto no dejar traslucir su emoción; pero el corazón se le partía y no había podido resistir.

—Calle V. por Dios señora, exclamó madame Jossierand con severidad, me da vergüenza oír á V. expresarse de ese modo... Tengo hijas que pueden enterarse... Yo no sé nada, no quiero saber nada. Si V. tiene algo con mi hijo, allá se las arreglen uste-

des. Jamás aceptaré una situación equívoca.

Sin embargo, la echó un sermón en toda regla. A su edad debía tener resignación. Dios acudiría en su ayuda. Pero era preciso que entregase su sobrina si quería ofrecer al cielo su sacrificio como una expiación. Por lo demás, la viuda no convenía ni pintada á León, que necesitaba una mujer de rostro agradable, para dar comidas á sus colegas. Y habló de su hijo con admiración, con orgullo, extendiéndose en detallar sus cualidades y mostrándole digno de las mujeres más bellas.

—Piense V. señora, añadió, que aún no tiene treinta años. Sentiría molestar á V. pero francamente, podría V. ser su madre. El sabe todo lo que debe á V., y yo misma experimento por ello una viva gratitud; pero cuando las cosas no tienen más remedio, hay que conformarse. Supongo que no se haría V. la ilusión de conservarle siempre.

Y como la desdichada desoyese el lenguaje de la razón y expusiese que lo que quería es pura y simplemente que volviera á ella, la madre se enfadó.

—Señora, la dijo, váyase V. á paseo. Soy demasiado buena al escucharla. Mi hijo no quiere ya nada con V., y se comprende. Mírese V. al espejo. Yo, yo sería quien le re-

cordase sus deberes, si cediera de nuevo á las exigencias de V., porque francamente, ¿qué lazos puede haber ya entre V. y él? Precisamente debe venir hoy, y si V. esperaba que yo...

De todas estas frases, Mad. Dambreville no oyó más que la última. Desde hacía ocho días perseguía á León sin lograr echarle la vista encima. Su rostro se aclaró, y exhalando un grito del alma:

—Si va á venir, me quedo, dijo.

Acto continuo se dejó caer en una butaca como una masa inerte, fijando las miradas en el vacío, sin responder á nada y con la obstinación de una bestia que no cedería á los golpes. Mad. Jossierand sintiendo haber hablado demasiado y exasperada con aquella pécora á quien no se atrevía á despedir, acabó por dejarla sola. Además la inquietaba un rumor que oyó en el comedor, en el que le pareció reconocer la voz de Augusto.

—Aseguro á V., señora, dijo, que nunca he visto cosa igual, dijo cerrando la puerta con violencia. No se puede llevar más lejos la indiscreción.

Augusto había subido en efecto á ver á los padres de su mujer, para tener con ellos una explicación, cuyos términos meditaba desde la víspera. M. Jossierand más alegre que nun-

ca y resuelto á no ir á la oficina, proponía á sus hijas salir con ellas á dar un paseo, cuando Adela anunció al marido de Berta. Su anuncio produjo una gran conmoción. La joven se puso muy pálida.

—¿Cómo? ¡Tu marido! dijo el padre. ¿Pues no estaba en Lyon? ¡Ah! mentiais... Ocorre alguna desdicha... ya hace dos días que lo presento.

Al ver que Berta se levantaba para huir, la detuvo:

—Habla... le dijo. ¿Habéis reñido? Por el dinero, ¿no es verdad? Quizás á causa del dote, ¿por los diez mil francos que aún no le hemos entregado?

—Sí, sí... por eso, balbuceó Berta desasiéndose y marchándose.

Hortensia se levantó también y corrió al lado de su hermana, refugiándose las dos en su cuarto. El padre se halló de pronto solo delante de la mesa y en medio del silencioso comedor. Todo su mal estar se reflejó en su rostro que se cubrió de una palidez terrosa, mostrando su cansancio desesperado de la vida. La hora que temía y esperaba con una vergüenza llena de angustia, había llegado; su yerno iba á hablar del seguro, y él debía confesar que había consentido en obrar como un mal hombre.

—Entre V., entre V., mi querido Augusto, le dijo con voz ahogada; Berta acaba de contarme le que ha pasado... No me encuentro muy bien... por otra parte estoy desesperado al ver que no puedo dar á V. aquel dinero. Mi culpa ha sido prometer... ya lo sé.

Y continuó balbuceando excusas con el aire de un criminal que confiesa sus culpas. Augusto le escuchaba sorprendido. Se había informado y conocía la farsa del seguro; pero por nada del mundo se habría atrevido á reclamar el pago de los diez mil francos, temeroso de que Mad. Jossierand le enviase á la tumba del viejo Vabre á pedirle los otros diez mil. Sin embargo, ya que le hablaban del asunto, era un excelente pretexto para formular una queja, y dijo:

—Sí señor, ya lo sé todo, me ha engañado V. como á un chino. Lo de menos para mí sería no recibir el dinero; lo que me exaspera es la hipocresía. ¿Para qué hablar de un seguro que no existía? ¿Para qué afectar ternura y sensibilidad, ofreciendo anticipar cantidades que V. mismo aseguraba no poder cobrar sino tres años después? ¡Tanto prometer, y no poseía V. ni un céntimo! Semejante manera de obrar tiene un nombre en todos los idiomas.

M. Jossierand abrió la boca para exclamar:

«Yo no he sido, ellos son los que han hilvanado ese cuento;» pero el pudor de familia le asaltó, y bajando la cabeza aceptó la acusación de su yerno.

—Por lo demás, añadió éste, todos estaban en contra mía. El mismo Duvéyrier no se portó mucho mejor al entenderse con el notario: cuando yo quería que se citase el seguro en el contrato como una garantía, me impuso silencio. Pero si yo lo hubiera exigido, habría V. cometido una falsificación; ¡sí señor, una falsificación!

El pobre padre, pálido como la cera, se levantó al oír aquella acusación, y se disponía á responder ofreciendo su trabajo, todo lo que le quedaba de vida para asegurar la felicidad de su hija, cuando Mad. Josserand fuera de sí por la terquedad de Mad. Dambreville, entró como una ráfaga de viento.

—¿Cómo? ¿qué? gritó... ¿Quién habla aquí de falsificaciones? ¡Es el señor! Pues ante todo vaya V. al cementerio á ver si ya está abierta la caja de su padre.

Augusto esperaba oír aquellas palabras, pero no por eso dejaron de atormentarle. La furibunda madre de Berta continuaba diciendo, con la cabeza muy erguida y en actitud provocadora:

—Nosotros tenemos los diez mil francos,

si señor, los guardamos en un cajón... pero no se los daremos á V. hasta que su señor padre venga á entregarnos los que prometió dar á V. ¡Vaya una familia!... ¡un padre jugador de Bolsa que se arruina, y un yerno ladrón que se traga todo lo que queda de la famosa herencia!

—¡Ladrón! ¡ladrón! balbuceó Augusto fuera de sí... los ladrones están aquí, señora.

Los dos con el rostro encendido se plantaron uno enfrente del otro. M. Josserand á quien quebrantaban aquellos violencias, los separó. El pobre con los ojos llenos de lágrimas, les suplicaba que se calmasen, y al fin tuvo que sentarse dominado por un fuerte temblor nervioso.

—De todos modos, añadió el yerno, después de un largo silencio, no quiero en mi casa indecencias. Conserve V. su dinero y su hija. No he subido más que para decir á V. esto.

—Lo que hace V. es salirse de la cuestión, dijo tranquilamente la madre... no importa, ahora hablaremos del otro asunto.

M. Josserand, sin fuerzas para levantarse, los miraba con asombro. No comprendía. ¿Qué era lo que querían decir? ¿De parte de quién procedían las indecencias que Augusto no quería en su casa? Después, cuan-

do al oírles, supo la falta que había cometido su hija, sintió que se le desgarraba el pecho y que por aquella herida se le iba el alma. ¡Su propia hija, sería la causa de su muerte! ¡Sufriría por ella el castigo de todas sus debilidades! Ya la sola idea de que contraía deudas y de que por esto vivía en continua guerra con su marido, amargaba su vejez y renovaba los tormentos de su pasada vida. Pero no era esto solo; ¡también caía en el adulterio! ¡Oh! esto sublevaba al honrado anciano. Helado, como la nieve, y sin articular una sola palabra, oía la discusión de su mujer y su yerno.

—Bien anuncié yo que me engañaría, decía Augusto, con un aire de triunfo indignado.

—Y yo respondí que hacia V. todo lo posible para conseguirlo, contestó victoriosamente Mad. Joserand. ¡Oh! yo no defiendo á Berta, lo que ha hecho es estúpido, y aunque tarde en calentarle los oídos, se los calentaré... ¡vaya! pero, en fin, puesto que no se halla presente, puedo decir, y digo, que el único culpable es V.

—¡Yo culpable!

—Sí, señor... no entiende V. ni jota de mujeres.

Vamos á ver... un ejemplo. ¿Se ha dig-

nado V., una vez siquiera, asistir á mis reuniones de los martes? No, sólo viene V. tres veces al año y no permanece V. más que media hora á lo sumo. Aunque se padezcan jaquecas, no por eso se ha de dejar de ser fino y amable... Ya sé que no es un crimen lo que le imputo á V.; pero no importa, con sólo observar su conducta, está V. juzgado; en una palabra, no sabe V. vivir.

Su voz expresaba un profundo rencor, lentamente formado; porque al casar á su hija había contado, sobre todo, con que su yerno adornaría su salón; pero se había llevado un solemne chasco, no había presentado á nadie, y jamás sus reuniones podían competir con los coros de Mad. Duveyrier.

—Por lo demás, añadió irónicamente, yo no obligo á nadie á que se divierta en mi casa.

—Hace V. bien, respondió él, porque lo que es diversión... maldita la que se encuentra en ella.

Al oírle se indignó.

—Eso es, insúlteme V... Sepa V., caballero, que si quisiera reuniría en mi casa lo mejor de París: no he necesitado conocerle á V. para ser una señora principal.

Ya no se trataba de Berta, el adulterio había desaparecido ante aquella reyerta per-

sonal. M. Josserand los escuchaba, y le parecía estar siendo víctima de una terrible pesadilla. No era posible, su hija no podía proporcionarle aquel dolor; y penosamente acabó por levantarse, saliendo sin decir una palabra en busca de la joven. En cuanto llegase se arrojaría á los brazos de Augusto, habría una explicación y todo acabaría. La halló disputando con Hortensia, que la aconsejaba que pidiese perdón á su marido, harta ya de ella, y temiendo tener que partir por mucho tiempo lecho y cuarto. La joven se resistía, y sin embargo acabó por seguirle. Cuando llegaron al comedor, madame Josserand gritaba:

—No por cierto, aseguro á V. bajo mi palabra de honor que no le compadezco.

Al ver á Berta se calló, refugiándose en su severa majestad. Augusto hizo, al percibir á su mujer, un gesto de protesta.

—Vamos, murmuró M. Josserand, con dulce y temblorosa voz... ¿qué es lo que os pasa á todos? Yo no lo sé, pero me volvéis loco... ¿No es verdad, hija mía, que tu marido se engaña? Explicáte... es preciso que te apiades de tus ancianos padres... Hazlo por mí... vamos, da un abrazo á tu esposo.

Berta, que deseaba complacer á su padre permanecía indecisa, ahogada en el estrecho

peinador, al verle retroceder con un aire de repugnancia trágica.

—¿Cómo es eso? ¿te niegas á complacerme? proseguía el padre. Tu obligación es dar el ejemplo, y V., hijo mío, ayúdela, sea V. indulgente.

El marido estalló al fin.

—Ayudarla yo... ¡Bonito estaría! Sepa V., caballero, que la he encontrado en camisa y con un hombre. Pretender que la tienda mis brazos es burlarse de mí... Sí, señor... ¡en camisa!

M. Josserand permaneció sin saber lo que le pasaba. De pronto, cogiendo á Berta:

—¿No dices nada? exclamó... ¿con que es cierto...? De rodillas... ¡miserable!

Peró Augusto, que se marchaba:

—No se moleste V., añadió, ya no me hacen efecto las comedias á que tan aficionados son ustedes. Es inútil que se obstinen en que cargue con ella de nuevo... No, y mil veces no... Prefiero pleitear... Si les molesta á ustedes, endósensela á otro... Por lo demás, ustedes y ella, allá se van.

En la antesala, dijo aún:

—¡Oh! cuando se ha hecho una mala mujer de una hija, no se la mete por los ojos á un hombre honrado.

La puerta de la escalera se cerró y suce-

dió á esta escena un profundo silencio. Berta volvió maquinalmente á ocupar su puesto en la mesa, con los ojos bajos, mirando el café que había quedado en su taza, mientras su madre se paseaba, furiosa, impelida por la tempestad de sus violentas emociones. El padre, aniquilado, agonizante, se sentó junto á la pared, en un rincón del comedor. Un olor de manteca ranciaapestaba la atmósfera.

—Ahora que ese grosero nos ha dejado, dijo Mad. Jossierand, es tiempo de que hablemos. ¡Ah! señor marido, hé aquí los efectos de la incapacidad de V. ¿Reconoces al fin tus culpas? ¿Crees que habría quien se atreviese á hablar, como ese canalla nos ha hablado, á alguno de los hermanos Bernheim, á un propietario de la cristalería de San José? No: si me hubieras escuchado, si hubieras dominado á tus amos, ese miserable se habría arrojado á nuestros piés, porque se ve á la legua que lo que quiere es dinero... Tenga V. mucho dinero y todo el mundo le considerará. Más vale inspirar envidia que lástima. Cuando yo tengo un franco hago creer que tengo cuarenta... ¡Pero tú! ¡oh! á tí no te importa que yo ande descalza, has engañado indignamente á tu mujer y á tus hijas, obligándolas á vivir murién-

dose de hambre. No... no protestes, todas nuestras desgracias nacen de eso.

M. Jossierand, extenuado, no hizo ni el más ligero movimiento. Su mujer se detuvo ante él, y después, al verle inmóvil, continuó paseando.

—Si, hazte el desdeñoso... ya sabes que te conozco y que no me engañas... Veremos á ver si te atreves á hablar mal de mi familia como de costumbre. En todo caso no tiene nada que echarle en cara la tuya... Si he de decirte lo que pienso... sabe que si mi padre no hubiera muerto tú habrías acabado con él.. En cuanto al tuyo...

La palidez de M. Jossierand aumentaba.

—Te pido por el amor de Dios, Leonora, balbuceó, que no continúes. Te abandono á mi padre, te abandono á toda mi familia... lo único que te pido es que me dejes en paz. No me encuentro bien.

Berta, compadecida, levantó la cabeza.

—Mamá, déjale, dijo.

Entonces, volviéndose contra su hija la exasperada madre, añadió, con mayor violencia...

—¿Te atreves á hablar...? No creas que te he olvidado... no, desde ayer vengo recomiéndome y te digo que ya no puedo más... ¿Es posible que hayas sido capaz de com-

prometerte con ese hortera? ¿Has perdido toda noción de lo que exigen las conveniencias? Yo creía que sacabas partido de él, que tu amabilidad no tenía más objeto que estimularle á trabajar con celo; y te ayudaba... pero lo que ha pasado... ¿quieres decirme qué interés te ha movido?

—Ninguno, balbuceó la joven.

—Y entonces, ¿por qué has hecho lo que has hecho? Tu conducta ha sido más estúpida que mala.

—¡Vaya unas cosas que tienes, mamá! en esos asuntos no se sabe jamás lo que se hace.

—¿No, eh? pues es preciso saberlo, prosiguió Mad. Jossierand, paseándose de nuevo. Obrar mal, ¿y para qué? Eso no tiene sentido común y es lo que más me irrita. ¿Te he aconsejado yo que engañes á tu marido? ¿Acaso he engañado yo á tu padre? Esa... esa es la cuestión... Que diga él si me ha sorprendido alguna vez con un hombre.

Su paso era majestuoso, su virtud la esponjaba.

—Nada... ni un olvido, ni una falta, ni un mal pensamiento siquiera. Mi vida ha sido casta... y Dios sólo sabe lo que tu padre me ha hecho sufrir. Aunque hubiera pecado, habria tenido excusa. Pero mi buen

sentido me ha salvado... y ya lo ves, ¡ni una palabra tiene para acusarme! Ahí le tienes en la silla, sin pestañear. He sido honrada, y levanto la frente muy alta... ¡Ah! pedazo de alcornoque... ¡no te das cuenta de la gran tontería que has hecho!

Y doctamente, regaló á los oyentes un curso de moral práctica acerca del adulterio. ¿No estaba Augusto autorizado á echárselas de amo?

Le había dado un arma terrible; aun cuando se reconciliara, no podía, en lo sucesivo, sostener ninguna disputa con él sin que le echase en cara su falta.

¡Bonita posición! no tenía más remedio que bajar á todo la cabeza.

El caso era que, si se hubiera portado de otra manera, habría podido sacar gran partido de un esposo como Augusto.

No había duda, valía más ser honrada.

—Juro ante Dios, añadió la madre, que me habría contenido, aunque el Emperador hubiera sido el que me hubiese solicitado... Pierde una más que gana.

Pasó un rato sin pronunciar palabra; parecía que reflexionaba, y después, dijo:

—Por añadidura, es la mayor de las vergüenzas.

M. Jossierand la miraba; miraba á su hija,

agitaba los labios sin hablar, y completamente abatido, suplicaba que pusieran término á aquellas crueles explicaciones.

Pero Berta que cedió ante la violencia, se sentía irritada por la lección que le daba su madre, no sin revelarse, porque en medio de la inconsciencia de su falta, pensaba que más que de ella era hija de la educación que había recibido en el seno de su familia. Colocando el codo sobre la mesa.

— ¡Qué admirable apoyo! exclamó.

¿Para qué me han hecho ustedes casarme con un hombre á quien no quería?

Era natural que sucediese lo que ha sucedido. Tenía que buscar otro.

En seguida recordó toda la historia de su matrimonio; los tres inviernos que había dedicado á la caza de marido, y terminó diciendo:

— Me ha fastidiado, y le fastidio. No hemos nacido para entendernos; pero la culpa no es mía. Desde el día siguiente al de nuestra boda, comprendió que le habíamos engañado, y estaba taciturno y abatido como cuando se le escapa la ocasión de hacer una buena venta... Yo por mi parte, sentía repugnancia hacia él. Les aseguro á ustedes que el matrimonio no ofrece atractivo; para esto no valía la pena de casarse. Todo nuestro

mal nace de ahí. Dadas las circunstancias, debía pasar lo que ha pasado; así es que yo no soy culpable.

Y después con una convicción profunda, añadió:

— ¡Ay mamá! ahora sí que comprendo tu conducta. ¿Te acuerdas cuántas veces nos has dicho que estabas harta hasta dejártelo de sobra?

Mad. Jossierand de pié delante de ella, la escuchaba desde hacia algunos momentos con una mezcla de estupor é indignación.

— ¡Yo, yo! ¿Cuándo he dicho yo eso? exclamó.

Berta no se detuvo.

— Lo has dicho infinitas veces... y además, hubiera yo querido verte en mi lugar. Augusto no es tan bueno como papá; si tú vivieras con él, á los ocho días os habrais dado de cachetes por el dinero.

Nadie como él te habría inspirado la idea que proclamas tantas veces, de que los hombres no son buenos más que para engañarlos.

— ¡Pero esta endemoniada! ¿Cuándo he dicho yo eso? repitió la madre fuera de sí.

Y se abalanzó en actitud tan amenazadora hacia su hija, que el padre extendió el brazo como para pedir auxilio.

Los gritos de aquellas dos mujeres le llegaban al corazón, y cada sacudimiento que experimentaba, aumentaba la herida que los disgustos de familia habían abierto en su alma.

Sus ojos se inundaron de lágrimas, y exclamó:

—¡Acabad de una vez! Ahorradme estos pesares.

—No, no y mil veces no; exclamó madame Jossier alzando más la voz; esto es espantoso. ¿Cómo he de tolerar que esta desgraciada pretenda que soy la causa de su desvergüenza? Si no la paro, hasta será capaz de decir que soy yo quien ha engañado á su marido... En el fondo todo lo que habla quiere decir eso: que la culpa es mía.

Berta permaneció con el codo sobre la mesa; muy pálida, pero resuelta.

—Si me hubieras educado de otra manera, no habría sucedido...

No pudo acabar la frase. Su madre la dió un puñetazo tan fuerte, que la obligó á tocar con la cabeza en la tabla de la mesa. Desde la vispera tenía este puñetazo en la mano; necesitaba darlo y se lo adjudicó como en los días en que su hija, de menor edad, cometía alguna falta.

—Toma, exclamó: murmura ahora cuan-

to quieras de tu educación. Tu marido ha debido matarte.

La joven sollozaba olvidando sus veinticuatro años: aquel bofetón la había trasladado á su época de niña, y recobró la temerosa hipocresía de aquellos tiempos. Su resolución de mujer emancipada, se convirtió en dolor infantil.

Al verlas tratarse de aquel modo, se apoderó de su padre una inmensa emoción.

Se levantó y trabajosamente separando á la madre de la hija, balbuceó:

—¿Queréis matarme entre las dos?

Hablad de una vez; ¿he de pedir de rodillas que no alteréis la paz?

Dominada Mad. Jossier and no teniendo nada que añadir, se retiraba majestuosamente, cuando detrás de la puerta apercibió á Hortensia que escuchaba. Esto la indignó de nuevo.

—¡Cómo! exclamó. ¿Has estado escuchando todas esas indecencias?

La una hace horrores, y la otra se regodea oyéndolos. ¡Vaya! ¡Bonito par de niñas! Pero señor, ¿quién os ha educado de ese modo?

Hortensia entró en la habitación sin moverse.

—No necesitaba escuchar, dijo, se os oía

desde la cocina. La criada se ha divertido en grande. Además, tengo bastante edad para casarme, y puedo ver y oír perfectamente todo cuanto pasa en el mundo.

—Podías estar casada con Verdier, ¿no es verdad? añadió la madre con amargura. He ahí las satisfacciones que me das tú también... Ahora sólo esperas á que se muera el niño; espera sentada, porque está gordo, rollizo y admirable, según me han dicho.

Estas palabras alteraron la bilis de la joven, quien respondió con ira reconcentrada:

—Si está rollizo, Verdier puede mandarle á paseo y no tardaré en conseguirlo... Sepan ustedes que me casaré sin su ayuda, porque está visto que los matrimonios que ustedes hacen no dan buenos resultados.

Al ver que su madre se dirigía hacia ella en actitud amenazadora:

—Mucho cuidado, añadió, á mi no se me abofetea.

Las dos se miraron cara á cara. Mad. Joserand salió ocultando su retirada, bajo el aspecto de una desdenosa dominación; pero el padre creyó que iba á haber una batalla entre madre é hija, y ante aquel temor, ante la idea de ver despedazarse unos á otros los seres que más había querido en el mundo, profundamente consternado se retiró á un

rincón de su cuarto como herido de muerte y deseoso de acabar allí sus días.

En medio de los sollozos, repitió:

—No puedo más; no puedo más.

La habitación volvió á quedar en el mayor silencio. Berta se calmaba.

Hortensia se sentó á la mesa, y se puso á comer un poco de asado que había.

Poco después entristeció á su hermana con sus razonamientos. Era imposible habitar en aquella casa, y consideraba preferible mil veces que la hubiera pegado su marido mejor que su madre, porque aquello era lo más natural.

Por otra parte, cuando se casase con Verdier, no permitiría á su madre que fuera á verlos, para evitar en su casa escenas como la que acababa de pasar.

Adela entró á quitar la mesa, pero Hortensia continuó diciendo que si seguían los escándalos de aquel modo, lograrían que los echasen de la casa.

La criada participó de aquella opinión, añadiendo que había tenido que cerrar la ventana de la cocina, para que no se enterasen los domésticos de la vecindad que estaban escuchando.

De pronto se oyó un ruido sordo, y Berta con la mayor inquietud preguntó:

—¿Qué es eso?

—Quizá es algo que ha pasado entre el ama y la otra señora que está en el salón, dijo Adela.

Mad. Josserand se vió sorprendida al encontrar á Mad. Dambreville.

—¡Cómo! ¡Aún está V. ahí! exclamó reconociéndola.

La buena señora no se movió.

Las reyertas de familia, los gritos, los portazos, parecían haber pasado desapercibidos para ella. Estaba inmóvil, preocupada, absorta.

—Veamos, exclamó Mad. Josserand; supongo que no habrá V. resuelto dormir aquí... León me ha escrito que no vendrá.

—Ya me voy; perdóneme V., respondió Mad. Dambreville; pero de todos modos, diga V. á León de mi parte que he reflexionado. Consiento. Se casará con esa joven, ya que es necesario, pero que sepa que soy yo quien se la da. Que venga á pedirmela á mí sola. ¿Lo oye V.?... ¡Oh! sí, ¡qué vuelva, qué vuelva!...

Su voz ardiente suplicaba. Después añadió en voz muy baja, con la terquedad de una mujer, que después de sacrificarlo todo se agarra á una tabla salvadora, á una última satisfacción; se casará con ella, pero ha-

bitará con nosotros; sino, no hay nada de lo dicho. Prefiero que se pierda todo; y se fué.

Mad. Josserand se calmó por completo. En la antesala al despedirse de Mad. Dambreville, la dió algunos consejos; le prometió que aquella misma noche iría á verla su hijo tierno y sumiso.

Quando cerró la puerta, pensó llena de ternura que todo se arreglaría á las mil maravillas; pero en aquel momento llegó también á su oído el ruido sordo que preocupaba á sus hijas.

—¿Qué sucedía?

Se precipitó en el comedor, y al entrar preguntó si se había roto algún cacharro de la cocina.

—No mamá; no sabemos lo que ha sido.

Se volvió para escuchar, y vió á Adela, que también estaba escuchando á la puerta de la alcoba.

—¿Qué hace V. ahí? ¿Por qué espía V. al amo? ¡Hum, hum!

La criada la interrumpió diciendo:

—Creo haya sido el señor, que se ha caído.

—¡Ah! sí, es verdad, dijo Berta palideciendo.

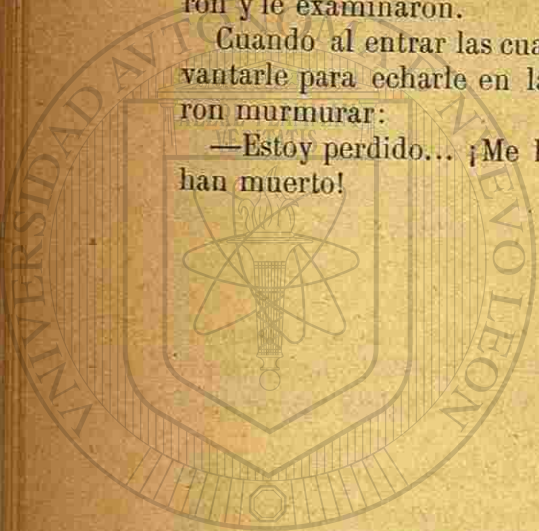
Las cuatro penetraron en la alcoba. Delante del lecho yacía en el suelo M. Josserand, que al caer se había dado un golpe en

la cabeza con una silla; y unas cuantas gotas de sangre caían de su oreja derecha.

La madre, las hijas y la criada, le rodearon y le examinaron.

Cuando al entrar las cuatro quisieron levantarlo para echarlo en la cama, le oyeron murmurar:

—Estoy perdido... ¡Me han muerto, me han muerto!



VIII.

Transcurrieron algunos meses, y llegó la primavera. Hablábase en la calle de Choiseul del próximo matrimonio de Octavio con madame Hedouin.

Las cosas no iban, sin embargo, tan de prisa como parecía. Octavio había recuperado su antigua posición en el almacén de la viuda, y continuaba desarrollando la condición del establecimiento de Mad. Hedouin, quien desde la muerte de su marido no podía salir adelante con los negocios de la casa que se aumentaban.

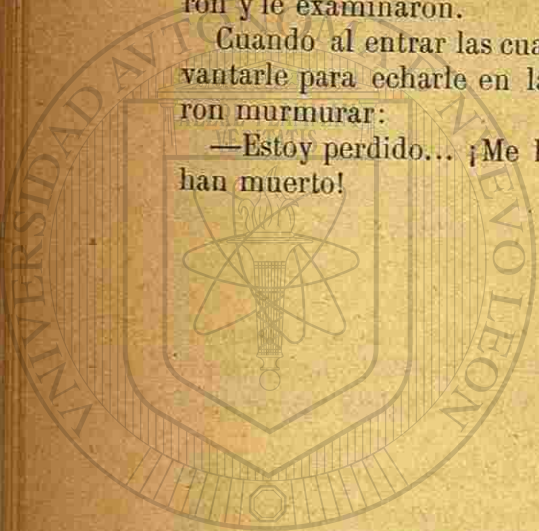
Su tío, el viejo Deleuze, obligado á permanecer en una butaca por su reumatismo no se ocupaba de nada, y como era natural, el joven que era muy activo, dominado por su pasión al gran comercio, llegó poco á poco

la cabeza con una silla; y unas cuantas gotas de sangre caían de su oreja derecha.

La madre, las hijas y la criada, le rodearon y le examinaron.

Cuando al entrar las cuatro quisieron levantarle para echarle en la cama, le oyeron murmurar:

—Estoy perdido... ¡Me han muerto, me han muerto!



VIII.

Transcurrieron algunos meses, y llegó la primavera. Hablábase en la calle de Choiseul del próximo matrimonio de Octavio con madame Hedouin.

Las cosas no iban, sin embargo, tan de prisa como parecía. Octavio había recuperado su antigua posición en el almacén de la viuda, y continuaba desarrollando la condición del establecimiento de Mad. Hedouin, quien desde la muerte de su marido no podía salir adelante con los negocios de la casa que se aumentaban.

Su tío, el viejo Deleuze, obligado á permanecer en una butaca por su reumatismo no se ocupaba de nada, y como era natural, el joven que era muy activo, dominado por su pasión al gran comercio, llegó poco á poco

á adquirir en aquella casa una importancia decisiva.

Por lo demás, avergonzado de sus imbeciles amores con Berta, le importaba ya poco la cuestión sentimental, y lo único que procuraba era sacar partido de la mujer, bajo el punto de vista utilitario.

Su bello ideal era convertirse en socio de Mad. Hedouin, y empezó á preparar las cosas para realizar su sueño dorado.

Con este motivo, recordando su conducta ridicula cuando trató de hacerla la corte, la consideraba como á un hombre, que era como ella quería ser mirada.

A partir de este instante sus relaciones fueron íntimas, y permanecían muchas horas encerrados en el despacho, ante los libros de caja y las facturas.

En otro tiempo, cuando se prometió seducirla siguió toda una táctica, procurando abusar de sus debilidades comerciales; pero esto había cambiado. Entonces no calculaba, ahora sí. Ya ni siquiera la deseaba, por más que conservase el recuerdo de las esperanzas que le había hecho concebir en el baile de las bodas de Berta.

Más valía ser buenos amigos que no correr las aventuras de una pasión.

La casa exigía mucho orden y era una

necedad pretender de ella, caso de que él la amase, separar su atención del comercio que tanto la interesaba.

Sentados los dos uno enfrente del otro en el escritorio, se ocupaban con frecuencia de sí mismos, después de haber examinado los libros y resuelto los pedidos que habían de hacerse á las fábricas.

Él evocaba sus antiguos sueños de comercio en grande escala. Había sondeado al propietario de la casa próxima y estaba seguro de que vendería con mucho gusto su propiedad. En este caso despedirían al paraguero y al de la tienda de juguetes de al lado y harían de las dos tiendas una, estableciendo una sección especial de sedería.

También Mad. Hedouin le oía con la mayor admiración, con mucho gusto, aunque sin atreverse todavía á lanzarse por el camino donde quería llevarla el joven dependiente; pero á medida que le oía hablar, formaba un gran concepto de las facultades comerciales de Octavio y experimentaba hacia él una viva simpatía, cosa muy natural, al ver que el joven había adquirido afición al trabajo, al observar el fondo serio y práctico de su carácter, y todo esto bajo el aspecto de una galantería y de una amabilidad la más á propósito para estar al frente

de una tienda como la suya. Al mismo tiempo demostraba el joven un fuego, una audacia, de la que ella carecía, que no dejaba de causarla impresión.

En una palabra, poco á poco ganaba terreno el dependiente, y dominaba á la fría y orgullosa Mad. Hedouin.

Una noche que estaba entregado á sus habituales tareas, dijo Mad. Hedouin á Octavio.

—Ya he hablado con mi tío y consiente en que compremos la casa inmediata.

—Pero si realizamos nuestro plan, la interrumpió el joven con alegría, arruinamos á los Vabre.

Ella se sonrió y murmuró, como echándole en cara su ingratitud.

—Según eso los odia V., y sin embargo, V. es el último que debería desearles mal.

Jamás le había hablado Mad. Hedouin de sus amores con Berta, y esta brusca alusión le puso de mal talante, obligándole á balbucear algunas explicaciones.

—No se moleste V., añadió ella, á mí nada me importa, al contrario, siento haberle dirigido esa alusión; me había prometido no hablarle jamás de tal asunto. En último término la culpa no es de V.; tanto peor para la que no sabe defenderse; los

maridos son los que deben velar por sus mujeres, cuando estas no saben guardarse.

Como estas palabras indicaban que madame Hedouin no estaba enfadada, experimentó el joven al oirla un gran consuelo.

—Cuando me ha interrumpido V., iba á decir que, si compro la casa próxima y duplico así la importancia de los negocios, me va á ser imposible vivir sola. No voy á tener más remedio que volver á casarme.

Esta indicación consternó á Octavio. ¿Cómo? ¡Tenía ya un marido en proyecto y lo ignoraba!

En un instante vió perdidos todos los trabajos que con tanta paciencia había elaborado.

—Mi tío, continuó Mad. Hedouin, es el que me lo ha aconsejado. ¡Oh! pero no corre prisa, aún llevo luto y esperaré hasta el otoño. Por mi parte no me casaría, pero en el comercio hay que poner el corazón á un lado; la prudencia y la necesidad exigen este sacrificio: aquí es preciso un hombre.

Mad. Hedouin planteó la cuestión de su nuevo matrimonio del mismo modo que si se hubiera tratado de comprar géneros ó de realizar un negocio mercantil.

Octavio fijó una vez más en ella su atención, y casi sintió no haber aprovechado la

ocasión de intentar otra vez convertirse en su amante.

—Es un asunto grave que exige reflexionarse, balbuceó, por decir algo.

Del mismo parecer debió ser Mad. Hedouin, quien aludiendo á su edad, añadió:

—Soy ya vieja, tengo cinco años más que usted, amigo Octavio.

Al oír esto adivinó el joven el pensamiento de Mad. Hedouin, y extendiendo sus manos añadió:

—¡Oh, señora! ¡Oh, señora!

Pero ella se levantó y se dispuso á marcharse, diciendo:

—Basta; basta por hoy... Tiene V. excelentes ideas, y es natural que piense en V. para realizarlas. Este plan ofrece algunas dificultades y es preciso vencerlas. Por más que parece V. ligero á primera vista, en el fondo es V. serio. Estudie V. por su parte el medio de realizar mi propósito; yo á mi vez le estudiaré, y poco á poco, con calma, en el momento en que el trabajo no nos asedie, ni nos preocupe, volveremos á hablar del asunto.

Las cosas permanecieron de este modo, durante semanas y semanas.

Las compras y las ventas marchaban á las mil maravillas.

Como Mad. Hedouin conservaba al hablarle su voz dulce y agradable, sin que se escapase la menor muestra de ternura, Octavio por su parte hizo otro tanto, y afectó una gran tranquilidad, dejándolo todo á la lógica de los hechos.

Los dos esperaban, sin hacer caso de los comentarios ni de las habladurías que empezaban á circular, acerca de su intimidad.

En la calle de Choiseul, todos cuantos los conocían, juraban y perjuraban que el matrimonio proyectado se había realizado ya.

Octavio dejó su habitación para ir á instalarse en la calle Nueva de San Agustín, cerca de la tienda de que iba á ser amo.

No visitaba á ninguno de sus antiguos vecinos: ni á los Campardon, ni á los Duveyrier, que se mostraban escandalizados por las últimas escenas de que había sido héroe. El mismo portero, M. Gourd, cuando le veía afectaba no reconocerle, para no tener necesidad de saludarle. Sólo Maria y Mad. Juzeur se detenían á charlar con él un instante, cuando le encontraban en el barrio. Madame Juzeur le interrogaba cariñosamente sobre sus relaciones con Mad. Hedouin. Hacía todo lo posible por decidirle á que fuese á su casa á hablar de aquello.

María se quejaba amargamente de hallarse otra vez en cinta. Le refería el asombro de Julio y la cólera terrible de sus padres.

Cuando la noticia de su próximo matrimonio fué oficial, se sorprendió Octavio, al ver que, una mañana le hizo una gran reverencia M. Gourd. Campardon le envió, desde la acera de enfrente, por medio de señas el testimonio de su antiguo afecto, y Duveyrier fué á la tienda una noche á comprarse unos guantes, mostrándose muy fino con el joven. Los irritados vecinos de la casa de la calle de San Agustín empezaban á perdonarle.

Por lo demás, la casa había recuperado su aspecto solemne, su tinte de honradez. Detrás de las puertas no quedaban más, sin duda, que nuevos abismos de virtud.

El vecino del piso tercero iba á trabajar una noche por semana; la otra, madame Campardon, subía y bajaba por la escalera la rigidez de sus principios. Las criadas ostentaban delantales de una blancura inmaculada; y en medio del silencio de la escalera, los pianos, en todos los pisos, seguían ejecutando los mismos walses y las mismas polkas.

Sin embargo, el recuerdo del adulterio persistía.

Augusto se obstinaba en no admitir á su mujer en el domicilio conyugal, y mientras que Berta permaneciera con sus padres el escándalo no se borraba. Ningún vecino contaba públicamente la verdadera historia, que perjudicaba á todos. De común acuerdo, aunque sin entenderse, decían á todo el mundo que, las diferencias entre Augusto y Berta, procedía de una riña por dinero.

Esto era más tolerable. Podía hablarse del asunto delante de las señoritas, formulando la cuestión de esta manera: los padres de la joven pagarían ó no pagarían los diez mil francos que habían prometido darle en calidad de dote. Así el drama perdía todo carácter peligroso, porque ningún habitante del barrio se asombraba ni se indignaba al saber que, por una cuestión de dinero, habían reñido marido y mujer; pero en el fondo las cosas eran lo que habían sido, la casa, á pesar de su calma ante la desgracia, sufría cruelmente en su dignidad. Duveyrier era, sobre todo, como dueño del inmueble, el que soportaba el peso de aquel inmerecido infortunio. Desde hacía algún tiempo Clarissa le hacía sufrir de tal manera que, en ocasiones, hasta lloraba en presencia de su propia mujer.

Sin embargo, el escándalo del adulterio

río le había herido en el corazón. Veía á los que pasaban mirar á su casa de arriba á abajo, aquella casa que, su suegro y él habían ornado con las virtudes domésticas. Aquello no podía durar. Hasta hablaba de purificar la casa por su propia honra, é invocando los fueros de la decencia pública, aconsejaba á Augusto una reconciliación. Por desgracia éste resistía, instigado por Teófilo y Valeria, que se habían instalado en su almacén y tenían á su cargo la caja. Como el negocio de Lyon iba mal y la venta escaseaba, Duveyrier concibió una idea patriótica.

Los Jossierand debían desear únicamente librarse de su hija. Augusto podía ofrecerse á recogerla siempre que le pagasen el dote de cincuenta mil francos que le habían ofrecido. Era muy posible que el tío Bachelard, movido por sus ruegos, soltase aquella cantidad. Hizo la proposición á Augusto, y al pronto se resistió á entrar en aquella combinación: aunque le dieran cien mil francos no le indemnizarían; pero después, ante la dificultad de poder recoger las letras que vencerían en Abril, entró en razón y escuchó los consejos de su cuñado que le hablaba en nombre de la moral; añadiendo que, la reconciliación que deseaba era, á la vez,

una buena acción. Cuando estuvieron acordes, Clotilde llamó al cura Manduit para que entablase las negociaciones. El asunto era delicado; sólo un sacerdote podía intervenir sin comprometerse. Precisamente el cura experimentaba un gran pesar por las deplorables catástrofes que habían ocurrido en una de las casas más importantes de su parroquia y había ofrecido sus consejos, su experiencia y su autoridad, para poner fin á un escándalo que alegraba á los enemigos de la religión. A pesar de todo, cuando Clotilde le habló del dote, rogándole que fuese á tratar con los Jossierand de las condiciones de Augusto, bajó la cabeza y guardó un silencio doloroso.

—Es una deuda lo que mi hermano reclama, añadió la joven.

—¡Cómo ha de ser! Cumpliré vuestros deseos, dijo por fin el cura.

Los Jossierand esperaban, de un día á otro, alguna proposición por el estilo. Sin duda Valeria había hablado, y los inquilinos discutían las cosas.

—¡Estaban tan apurados, que se verían obligados á guardar á su hija en casa!

¿Encontrarían los cincuenta mil francos para librarse de ella? Desde que la cuestión se había planteado, Mad. Jossierand es-

taba fuera de sí. ¡Cómo! después de tantos trabajos para casar á Berta, ¿iba á ser necesario hacer nuevos sacrificios? ¿Iba á tener que ocuparse de nuevo en buscar el dote? ¡Y todo esto por culpa de aquella estúpida, que se había olvidado de sus deberes!

La casa era un verdadero infierno. Berta sufría las consecuencias, y hasta su misma hermana Hortensia, furiosa por tener que compartir el lecho con ella, no pronunciaba ni una sola frase, sin dirigirla una alusión mortificadora. Hasta llegaron á echarle en cara el alimento que la daban. Cuando se tenía un marido, era indigno comerse los manjares de la casa paterna. Al verse en esta situación, la joven desesperada, se acriminaba el ser cobarde; sentía deseos de bajar, arrojarse á los piés de Augusto y decirle: «mátame para que acabe de ser desgraciada.»

M. Jossierand era el único que se mostraba cariñoso con su hija; pero su estado era lamentable; los disgustos que había experimentado agravando su enfermedad, le obligaban á permanecer en el lecho.

El doctor Juillerat le asistía, y manifestaba que su enfermedad era una descomposición de la sangre, y que veía muy difícil, casi imposible, su curación.

—Cuando con tus disgustos hayas hecho morir de pena á tu padre estarás satisfecha, ¿no es verdad? Decía Mad. Jossierand á su hija.

Trataba la madre de tal manera á Berta, que la joven no se atrevía ni aun á entrar en el cuarto del enfermo.

Mad. Jossierand tomó al fin una determinación. Resignada á humillarse una vez más, invitó á comer al tío Bachelard. La orgullosa señora hubiera dado con gusto los cincuenta mil francos si los hubiera tenido, y esto sólo por no tener en su casa á aquella hija casada, cuya presencia la deshonoraba; pero no los tenía, y era preciso recurrir á su hermano. Además, tenía noticia de que éste había cometido graves faltas, y si no se mostraba generoso con ella, estaba dispuesta á hablar claro de una vez para siempre.

Ya sabemos que Bachelard no era, ni con mucho, al sentarse á la mesa un modelo de educación. Aquella vez llegó un poco embriagado, porque después de la pérdida de Fifi se entregaba á continuas libaciones para olvidar de su triste pesadumbre.

Mad. Jossierand no invitó á nadie para que no la pusiera en ridículo.

A los postres se quedó dormido, y fué preciso despertarle para conducirlo al cuarto de M. Jossierand.

Todos los accesorios para la comedia estaban admirablemente preparados. Cerca del lecho del enfermo había dos butacas, una, para Mad. Jossierand y otra para el tío. Berta y Hortensia estaban de pié á su lado.

La cuestión era saber si Bachelard se atrevería á mentir una vez más en presencia de un moribundo.

—Narciso, exclamó Mad. Jossierand. ¡Ya ves que la situación es grave!

Y con voz lenta y solemne explicó la sensible desgracia de su hija, la venalidad del marido, la penosa necesidad en que estaba de darle los cincuenta mil francos para que cesase el escándalo que deshonoraba á toda la familia. Después añadió:

—Acuérdate de que nos los has ofrecido. La misma noche en que se firmó el contrato de boda, nos aseguraste bajo tu palabra de honor, que Berta podía contar con los nobles sentimientos de su tío.

¿Dónde están esos sentimientos? Ha llegado la hora de darles á conocer.—¡Esposo mio!—añadió dirigiéndose al enfermo,—¡Une tus ruegos á los que yo he formulado; indica á mi hermano cuál es su deber!

A pesar de su profunda repugnancia, el padre á quien habían enseñado la lección murmuró:

—Es cierto, Bachelard; nos hicisteis esa promesa. ¡Que yo vea antes de morir que os portáis con nosotros como es debido!

Berta y Hortensia con la esperanza de enternecer al tío, le habían dado á beber más de lo regular, y estaba en tal estado que no había medio de entenderse con él.

—¿Cómo, qué? murmuró. Yo no he prometido nada; no comprendo lo que queréis decirme. Repetídmelo otra vez.

Mad. Jossierand contó de nuevo la historia: hizo que Berta, que lloraba, le abrazase y le suplicase; alegó el triste estado de salud de su esposo; le demostró que dándoles los cincuenta mil francos, cumplía un deber sagrado; y al ver que todos estos esfuerzos eran inútiles, que se dormía, que no le impresionaba, cambiando de tono, dió rienda suelta á su ira y exclamó:

—Mira, Narciso, hace ya mucho tiempo que nos tienes embaucados; ¡eres un canalla! ¡haces una vida depravada y llena de indignidades! Acabas de casar á tu querida con tu sobrino y les has dado cincuenta mil francos, precisamente la cantidad que nos habias prometido. ¡Todo eso es horrible! El papel que hace tu sobrino es indigno; pero tú eres más repugnante aún que él. Nos dejas desamparados y prostituyes tu for-

tuna; si; la prostituyes robándonos para darle á ese miserable un dinero que nos pertenece.

Jamás se habia desahogado tanto como aquella vez.

Hortensia conociendo que no debía oír aquellas cosas, tuvo que ocuparse en dar la medicina á su padre para aparentar que no oía; el pobre enfermo en el colmo del abatimiento, se quejaba y decía con voz temblorosa:

— ¡Yo estoy muy malo! ¡Por Dios, llevadme á otra parte para que yo no los oiga!

Berta á su vez lloraba á lágrima viva, y decía como su padre:—Basta mamá, no nos aflijas. Siento en el alma ser la causa de estas desdichas; prefiero morir en cualquier rincón.

Entonces Mad. Josserand planteó la cuestión de una manera clara y terminante.

—¿Quieres, si ó no, dar los cincuenta mil francos, para que tu sobrina pueda levantar la frente?

Asustado por esta pregunta, contestó el tío dando explicaciones:

—Mira mujer, decía; encontré juntos á Guenlin y á Fifi, ¡qué iba á hacer! no he tenido más remedio que casarlos, la culpa no es mía.

—¿Quieres, si ó no, dar el dote que has prometido? repetía furiosamente.

Bachelard vacilaba; su borrachera llegaba hasta el punto de no hallar palabras con que responder.

—No puedo, murmuraba, palabra de honor; estoy completamente arruinado; sino fuera por eso, en seguida; ya sabes que tengo un buen corazón.

—Corriente, exclamó Mad. Josserand: voy á reunir un consejo de familia para pedir que te declaren pródigo.

Al oírlo, se apoderó de Bachelard una gran emoción. Miró á la habitación, miró á su hermana, ¡todo lo vió, todo lo halló siniestro! Miró al moribundo que sostenido por sus hijas, tomaba una cucharada de un líquido negro; y entonces se puso á sollozar, acusando á su hermana de no haberle comprendido nunca. Habló de lo desgraciado que le hacía la traición de Guenlin. Expuso que era muy sensible lo que hacian, invitándole á comer para luégo darle disgustos. Por último, negándose á entregar los cincuenta mil francos, ofreció toda la sangre de sus venas.

Mad. Josserand conoció que sus fuerzas la abandonaban, cuando la criada anunció al doctor Juillerat y al cura Manduit, que se habían encontrado en la escalera y entraban

juntos. El doctor encontró al enfermo en peor estado.

Cuando por su parte el cura deseó llevarse á la sala á Mad. Josserand para comunicarle una noticia importante, ésta, adviniendo que se trataba del dinero respondió con majestad, que se hallaban en familia y que podía decir allí cuanto quisiera, añadiendo que, hasta el mismo doctor no estaría demás, porque un médico era también un confesor.

— Señora, dijo entonces el cura con benignidad, no vea V. en este paso que doy más que el deseo ardiente de reconciliar á dos familias.

Y continuó hablando del perdón de Dios, expresando la alegría que experimentaba al contribuir á poner término á una situación intolerable. Llamó á Berta mujer desgraciada, con cuyo motivo la joven volvió á llorar, y habló con un tono tan paternal, con una ternura tan suave, tan cariñosa, que todos le oían conmovidos. Sin embargo, tuvo que aludir á los cincuenta mil francos, añadiendo que, en cuanto esa formalidad se cumpliera, los esposos estarían reconciliados de hecho.

— Señor cura, permítame V. que le interrumpa, dijo Mad. Josserand. Los esfuerzos

que hace V. para reconciliar á mi hija con su esposo serán siempre objeto de nuestra más viva gratitud; pero sepa V. que nosotros no traficamos ni traficaremos nunca con el honor de nuestra hija. Sabemos todo lo que pasa. Su marido y sus hermanos estaban reñidos y se han reconciliado. Reconciliación movida por el odio que les inspira mi hija. Sabemos á qué atenernos, y ya comprende V., señor cura, que si nos sometiésemos á lo que V. viene á proponernos, sería una vergüenza.

— Con todo, se atrevió á decir el sacerdote.

Mad. Josserand le interrumpió, añadiendo:

— Ahí tiene V. á mi hermano, puede V. interrogarle. Cuando llegaban ustedes, nos decía: «Eleonora, te traigo los cincuenta mil francos, arregla las diferencias que tantos disgustos nos producen.»

Pues bien, señor cura, pregúntele V. cuál ha sido mi respuesta.

Levántate, Narciso, di la verdad.

Bachelard, que se había dormido en una butaca se despertó, pronunció algunas palabras incoherentes, y después, en vista de la insistencia de su hermana, puso la mano sobre el corazón, diciendo:

—Cuanto yo pueda hablar es inútil: la familia, ante todo y sobre todo!

—Ya lo oye V., añadió Mad. Josserand, con aire de triunfo. No hay dinero; eso sería innoble. Puede V. decir á esas gentes que el dote está aquí, que le habríamos dado voluntariamente; pero que desde el momento en que nos lo exigen como condición para recibir á nuestra hija, es una inmoralidad que no podemos aceptar... Que Augusto recoja á su mujer, como es debido, y después ya veremos.

Alzó tanto la voz al hablar, que el doctor que examinaba al enfermo la suplicó que se callase, diciendo:

—Señora, su marido de V. sufre mucho.

Entonces el cura, que estaba en gran aprieto, se acercó á la cama del enfermo y pronunció algunas palabras consoladoras. Después se retiró, sin volver á hablar del asunto, ocultando su derrota bajo la amable sonrisa que siempre brillaba en sus labios.

Al marcharse, confesó el doctor francamente á Mad. Josserand que el enfermo estaba muy grave y que necesitaba grandes precauciones, porque una emoción podía llevarle al sepulcro.

Se sorprendió y fué en seguida al come-

dor, donde sus dos hijas y el tío acababan de entrar, para dejar descansar á M. Josserand que parecía querer dormir.

—Berta, murmuró, con tu conducta has acabado la vida de tu padre; el doctor me lo ha dicho.

Los tres se afligieron al oír aquellas palabras, en tanto que Bachelard, dominado también por la emoción, se hacía un *grog*.

Cuando Augusto supo la respuesta de los Josserand se enfadó contra su mujer, jurando que si se presentaba en su casa la echaría á puntapiés; pero á pesar de preferir estas palabras, la verdad era que, en el fondo, le faltaba algo durante su ausencia. Estaba como desorientado, rodeándole de los mismos disgustos, el abandono en que se hallaba, que los que le producía el estar reunido con su mujer.

Raquel, que conservaba á su servicio para molestar á Berta, sisaba á su placer y armaba reyertas á cada instante.

En una palabra, Augusto concluyó por echar de menos las horas que había pasado en compañía de su esposa, el aburrimiento que habían experimentado juntos y las riñas y reconciliaciones que, hasta entonces, habían constituido su vida conyugal.

Sobre todo, lo que más le fastidiaba en

su nueva situación era la compañía de Teófilo y de Valeria, que se habían instalado en su casa, que hacían y deshacían á su antojo y de quienes él sospechaba que escamoteaban los fondos de su caja.

Valeria no era como Berta: complacía en extremo sentarse al escritorio, saludando á los hombres en presencia de su imbecil marido que, debido á los continuos resfriados, velaba sus ojos con el continuo latruncinio de sus pupilas.

Por último, otra inquietud le agitaba en extremo.

El almacén de Mad. Hedouin prosperaba; era una amenaza continua para su casa, que decaía de día en día.

No sentía, ciertamente, que se hubiera separado de él el miserable Octavio; pero en medio del rencor que experimentaba era justo, reconociendo en el joven cualidades extraordinarias para el comercio. ¡Qué bien hubiera marchado el negocio, si hubieran podido entenderse!

Había momentos en los que, enfermo y triste por la soledad en que se hallaba, se veía acometido por el deseo de subir á casa de los Jossierand á pedirles á su hija sin indemnización de ningún género.

Duveyrier, por su parte, no perdía la es-

peranza de conseguir una reconciliación que procuraba, según decía, más que por otra cosa, por el sello de inmoralidad que la famosa historia daba á su magnífico inmueble. En este concepto hasta aparentaba creer con sinceridad las palabras pronunciadas por Mad. Jossierand, transmitidas á su familia por el sacerdote, mostrándose convencido de que si Augusto se reconciliaba con su mujer, sin condición de ningún género, al día siguiente le entregarían el dote.

Hablaba en este sentido á su cuñado; pero esta afirmación le sublevaba, y entonces el magistrado procuraba hacer un llamamiento á su corazón.

Cuando se dirigía al Palacio de Justicia, hacia que le acompañase, y durante aquellos paseos le aconsejaba el perdón de la injuria con voz profundamente conmovida, y procuraba saturar lo que le decía de una filosofía triste y cobarde, de la que resultaba que la única felicidad posible era sufrir á la mujer, puesto que no había medio de pasarse sin ella.

La verdad era que, en aquella ocasión una inmensa desgracia pesaba sobre Duveyrier. Todos los vecinos de la calle de Choiseul estaban sorprendidos de su actitud, de su tristeza y de la palidez de su rostro, en el

que se exacerbaba el humor herpético, ensanchando las manchas que le cubrían.

Clarisa le atormentaba. A medida que aquella mujer adquiría la salud y la gordura de una mujer de la clase media acomodada; á medida que exageraba su rigorista distinción y hacía alarde de una educación afectada, le parecía insoportable.

Por entonces le había prohibido que la tutease en presencia de la gente; y sin cuidarse para nada de él, abrazaba á su profesor de piano, y se entregaba de lleno á una familiaridad que tanto disgustaba á su amante.

Dos veces la había sorprendido con Teodoro, se había enfadado, y después la había pedido perdón por su arrebato.

Por lo demás, con el fin de tenerle sumiso hablaba Clarisa á cada instante con repugnancia de los granos que el pobre hombre tenía en la cara.

La vida así era demasiado cruel para Duveyrier, que encontraba en casa de su querida todos los disgustos é incomodidades de la familia regular.

Los parientes de Clarisa, la madre, el zángano del hermano, las dos hermanitas, hasta la tía, le robaban con verdadera impudencia; vivían á sus expensas y aún se

permitían saquear sus bolsillos las noches que se quedaba en la casa.

Todo esto hacía que su situación se agravase: acabábasele el dinero y temía verse comprometido en su calidad de magistrado. Ciertó era que no podían destituirle, pero los abogados jóvenes le miraban, riéndose de él, y hasta comentaban sus actos en el momento en que tenía que representar el papel de la justicia.

Cuando aburrido de los escándalos, de las miserias y de los disgustos que causaba á la clase y á su familia se escapaba de la calle de Assas para refugiarse en la de Choiseul, la frialdad rencorosa de su mujer acababa de anonadarle. Entonces perdía la cabeza, y al dirigirse al tribunal miraba al Sena, con el propósito de buscar sepultura en sus aguas, en el momento en que la desesperación le diese el valor que necesitaba para cometer aquella nueva infamia.

Clotilde había notado el enternecimiento de su marido y estaba inquieta, sobresaltada, furiosa contra aquella mujer que no lo graba ni siquiera entretener á un hombre; pero á su vez estaba inquieta y aburrida por una deplorable aventura que había puesto en revolución la casa. Clemencia, al subir una mañana á su habitación á buscar un

pañuelo, sorprendió á Hipólito con la grandullona de Luisa, y desde entonces no hacia más que sacudirle bofetones cuantas veces pronunciaba la menor palabra, de lo cual se resentía la severidad de la casa. Lo peor era que la señora no podía ya hacer la vista gorda ante la situación ilegal de su doncella y del ayuda de cámara de su marido. Los demás criados se reían; el escándalo era comentado en las tiendas y en los corrillos de la calle; y para corregirle era necesario que el matrimonio santificase aquel lazo ilegal. Como estaba contenta de Clemencia, su único deseo era aquel matrimonio. La negociación le parecía tan delicada, con unos amantes que se sacudían á cada momento sendos bofetones, que no vaciló en encargár al cura Manduit que la ayudase en su propósito. Los criados la preocupaban y la molestaban desde hacía algún tiempo.

Durante su permanencia en el campo se había apercibido de las relaciones del galopin de Gustavo con Julia. Con este motivo estaba á punto de despedir á la cocinera; pero guisaba tan bien, que después de maduras reflexiones la conservó, prefiriendo que el tuno de su hijo tuviera en casa una distracción que le impidiese ir á buscarla en otra parte. Así es que vigilaba sin decir

nada, y lo único que sentía era que también estas cosas la preocupasen y contribuyesen á su aburrimiento.

Una mañana iba á dirigirse Mad. Duveyrier á casa del cura Manduit, cuando Clemencia la anunció que el sacerdote subía á dar la extremaunción á M. Jossierand. La doncella, después de encontrarle en la escalera se dirigía á la cocina, diciendo:

—Bien dije yo que volvería en este mismo año, y aludiendo á la catástrofe de que era víctima la casa, añadió:

—Nosotros pagamos las culpas de las infidelidades del entresuelo.

Aquella vez llegó á tiempo el Santo Sacramento, lo cual era un signo excelente para el porvenir.

Mad. Duveyrier se dirigió á San Roque, donde esperó á que regresase el cura. Este buen señor la escuchó silencioso, y después, no pudiendo negarse á explicar á la doncella y al ayuda de cámara la inmoralidad de su situación, aceptó el encargo que se le confiaba.

Después habló de la situación de M. Jossierand, que probablemente no pasaría de aquella noche, y dió á entender que aquella sería una circunstancia muy oportuna para obtener la reconciliación de Augusto y

de Berta. Procuraría arreglar aquellos dos asuntos á un tiempo, á ver si el cielo premiaba los esfuerzos que hacía en pró de la moral.

Con efecto, por la noche, á cosa de las siete comenzó la agonía de M. Josserand. Toda la familia estaba reunida, excepto el tío Bachelard, á quien buscaron inmediatamente en todos los cafés, y Saturnino, que continuaba enfermo en el asilo de Ville-Evrard. León, cuyo matrimonio había retrasado la enfermedad de su padre, expresaba un dolor digno; Mad. Josserand y Hortensia mostraban gran valor; sólo Berta sollozaba tan fuerte que, por no agravar al enfermo se refugió en la cocina, donde Adela, aprovechando el desorden de la casa, se regalaba con el vino y los manjares á su sabor.

M. Josserand murió con la mayor sencillez del mundo: su honradez le agobiaba; había pasado una vida inútil y se iba de ella, únicamente lacerado por la conducta de los seres á quienes había consagrado todo su cariño. A cosa de las ocho balbuceó el nombre de Saturnino y espiró.

Nadie le creía muerto, porque todos temían que su agonía fuese lenta: así es que, creyéndole dormido, le dejaron. Cuando no-

taron que se encontraba frío, Mad. Josserand, hecha un mar de lágrimas se puso á llamar á Berta, y á Hortensia, á quien había encargado que fuese á buscar á Augusto, proponiéndose aprovechar aquel momento solemne de dolor, para arrojar á Berta en los brazos de su marido.

—¡Eres una torpe; no piensas en nada! decía á su hija enjugándose las lágrimas de los ojos.

—Pero mamá, respondió Hortensia, no menos compungida, ¿podía una creer que papá acabaría tan pronto? Tú me dijiste que no bajase á buscar á Augusto hasta las nueve.

La familia muy afligida, encontró un motivo de distracción en este altercado. Una vez más le habían salido mal sus propósitos. Por fortuna, aún quedaba la ocasión del entierro para intentar la deseada reconciliación.

El entierro fué decente, por más que de una clase inferior al de M. Vabre. En la casa no hubo tantas exageraciones como cuando murió el casero, ni siquiera turbó el sueño de Mad. Juzeur. María Pichon fué la única que en visperas de su alumbramiento expresó la pena que le había causado no haber podido ayudar á sus vecinas á amortajar al pobre hombre. En la portería, Mad. Gourd

se contentó con levantarse cuando pasó el ataúd, saludándole desde el fondo de la portería sin acercarse á la puerta. Todos los vecinos fueron hasta el cementerio: Duveyrier, Campardon, los Vabre y M. Gourd. En el camino hablaron de la primavera, y de las lluvias que habian echado á perder la cosecha. Campardon se asombró de la tristeza que expresaba en su rostro Duveyrier; y como el magistrado palideciese en el momento en que bajaban al hoyo el cadáver de Jossierand, murmuró el arquitecto:

—Este ha olido la tierra. ¡Quiera Dios que no haya en la casa una nueva desdicha!

En cuanto á Mad. Jossierand y á sus hijas, fué necesario sostenerlas hasta dejarlas en el coche. León acudió en su auxilio ayudado del tío Bachelard, en tanto que Augusto iba detrás. Este último subió á un carruaje con Duveyrier y Teófilo; Clotilde iba en otro coche. El cura Manduit no había oficiado, pero había ido al cementerio queriendo dar á la familia un testimonio de simpatía. Madame Jossierand se valió de la ocasión para rogar al sacerdote que fuese con ellos á casa, y aprovechase los momentos que eran oportunos para intentar la reconciliación. En la calle de Choiseul, se encontraron á la puerta de la casa los tres coches con los indivi-

duos de la familia. Teófilo entró inmediatamente á ver á Valeria que había permanecido en casa, y la dijo con voz furiosa que ya podía recoger los bártulos.

—Todos se han puesto de acuerdo para reconciliarlos, añadió, y apuesto cualquier cosa á que va á pedir perdón á su mujer.

Todos en efecto experimentaban la aparente necesidad de poner fin á aquella situación. Era preciso que la desgracia sirviese de algo.

Augusto, en medio de sus parientes, comprendió lo que deseaban, y se sintió sin fuerza y como avergonzado.

La familia desfiló por el portal... En la escalera continuó el silencio, un silencio solemne. Augusto pasó el primero resuelto á encerrarse en su cuarto; pero al abrir la puerta, Clotilde y el sacerdote que le seguían le detuvieron. Detrás de ellos apareció Berta, acompañada de su madre y de su hermana. Las tres estaban llorosas.

—Vamos, amigo mío, dijo el sacerdote profundamente conmovido, un buen movimiento de corazón.

Esto bastó; Augusto cedió, comprendiendo que lo mejor que podía hacer en aquella ocasión, era resignarse. Su mujer lloraba, y él lloroso también, balbuceó:—Procuraremos

que no vuelva á suceder lo que tantos pesares nos ha ocasionado.

Todos se reconciliaron. Clotilde felicitó á su hermano manifestando que aquel acto era natural de su buen corazón. La misma Mad. Jossierand expresó gran satisfacción, y asoció el recuerdo de su pobre marido á la alegría general.

—Yerno mío, dijo, cumplid con vuestro deber. El que está en el cielo os da las gracias por mi mediación.

—Entrad, añadió Augusto profundamente conmovido.

Atraída por el rumor de las conversaciones y los sollozos, se presentó Raquel en la antesala, y ante las provocativas miradas de la doméstica, vaciló Berta durante algunos segundos. Después penetró severamente en su casa; Augusto la siguió, y la puerta se cerró acto continuo.

Renacía la alegría en la casa. Las señoras estrechaban la mano del sacerdote, dándole la enhorabuena por el éxito de sus trabajos conciliadores.

Cuando Clotilde le llevaba á su casa para arreglar el otro asunto, es decir, el de sus criados, Duveyrier que se había quedado atrás con León y Bachelard, llegó á su vez, y fué preciso exponerle los pormenores de

la reconciliación. Cosa extraña, el magistrado que la deseaba desde hacia algún tiempo, no pareció enterarse de lo que le decían, dominado como estaba por una idea fija que torturaba su espíritu.

Mientras que los Jossierand subían á su casa, él entró en la suya detrás de su mujer y del cura.

Apenas habían llegado á la antesala, cuando unos gritos extraños le hicieron estremerse.

—Tranquílicense los señores, dijo Hipólito, es la vecina de arriba que se halla con dolores de parto. Acabo de ver al doctor Juillerat que subía.

Después, cuando el criado se quedó solo, añadió filosóficamente:

—Esta es la vida; unos se van y otros vienen.—Clotilde dejó al cura Manduit en la sala, diciendo que le enviaría primero á Clemencia; y para que se distrajera entre tanto, le dió la *Revista de ambos mundos*.

Quería tomarse tiempo para preparar á su doncella, pero encontró á su marido sentado en una silla en su cuarto tocador.

Desde por la mañana, Duveyrier se hallaba en una situación afflictiva. Por tercera vez había sorprendido á Clarisa con Teodoro; y á la primera protesta, toda la familia se

había puesto en contra suya, y le arrojaron á la calle no sin darle antes unos cuantos bofetones y puntapiés. Mientras esto sucedía, Clarisa le ponía de ropa de pascua, amenazándole con que llamaría al comisario de policía si volvía á poner los piés en su casa. Era cosa perdida; la portera apiadándose de él, le contó que desde hacía ocho días un viejo muy rico hacía la corte á la señora.

Viéndose despreciado, sin un rincón donde pasar la vida, en el colmo de la desesperación, el pobre Duveyrier entró en una tienda y compró un revólver de bolsillo.

La vida era demasiado triste para él, y teniendo aquel arma á la mano, podría arrebatársela cuando se presentara una ocasión propicia.

Con esta preocupación se dirigió á su casa para asistir al entierro de M. Josserand; cuando iba se apoderó de él la idea de matarse en el cementerio, pero al ver arrojar el ataúd á la sepultura, vaciló y resolvió elegir otro sitio más á propósito para poner término á sus pesares. Al regresar de la ceremonia fúnebre, con mayor fervor aún por aquella idea exterminadora, entró en el tocador de su esposa, y como hemos dicho antes, Clotilde le encontró sentado en una silla al dirigirse en busca de su doncella.

—¿Queréis dejarme sola? le dijo.

—¿Por qué razón? preguntó Duveyrier haciendo un esfuerzo.

—Porque necesito estar sola.

Creyó que deseaba cambiar el traje y que no quería hacer aquella operación delante de él por efecto de la repugnancia que la inspiraba. Fijó en ella los extraviados ojos, y encontrándola hermosa, pensó que todo podía habersé arreglado si ella hubiera querido. Se levantó tambaleándose, extendió los brazos y procuró estrecharla.

—¡Qué es eso! murmuró estupefacta. ¿Qué os ha dado? Pues qué, ¿ya no tenéis á la otra? ¿He de sufrir yo todas estas abominaciones?

Sin decir una palabra más, el pobre Duveyrier salió del tocador; permaneció algunos instantes en la antesala, y dirigiéndose en seguida al retrete se sentó allí.

Aquel era un paraje tranquilo; nadie iría á incomodarle.

Una vez allí, se introdujo el cañón del revólver en la boca y disparó.

Clotilde que desde por la mañana estaba inquieta al ver la actitud de su marido, cuando le vió salir de su cuarto procuró saber adonde iba. El ruido que hizo la puerta que abrió, la tranquilizó por completo, y llamó

á Clemencia al mismo tiempo que sonó el disparo.

¿Qué era aquello?

Salió hasta la antesala, se acercó á la puerta donde había sonado el tiro, y al percibir un ruido extraño llamó, decidiéndose á abrir al ver que no recibía respuesta alguna.

El cerrojo no estaba echado: Duveyrier más aturdido aún por el miedo que por el mal, permanecía sentado en una actitud lúgubre, con los ojos muy abiertos y el rostro lleno de sangre. La bala después de haberle estropeado un poco una mandíbula, había salido agujereándole la mejilla derecha.

—¿Qué es eso? ¿Que habéis hecho? exclamó Clotilde fuera de sí. Si queriais mataros, ¿por qué no os habéis ido fuera de casa?

Estaba indignada; aquel espectáculo, en vez de enternecerla aumentaba su desesperación. A pesar de todo procuró sacarle de aquel sitio; porque estar allí, haber querido matarse y no haber acertado á hacerlo, era el colmo de la inconveniencia.

Entonces mientras que ella le sostenía para conducirlo á su habitación, Duveyrier balbuceó: «Nunca me has amado.»

Cuando Clotilde logró acostarle, experi-

mentó una emoción nerviosa. Lo peor del caso era que Clemencia é Hipólito habían acudido al sonido de la campanilla. Fué necesario hablarles del accidente; su marido se había caído y se había dado un golpe en la barba; después tuvo que renunciar á esta fábula, porque el criado al ir á limpiar el sitio de la catástrofe encontró el revólver detrás de una escoba. Como el herido perdía sangre, la doncella recordó que el doctor Juillerat se hallaba en el piso cuarto auxiliando á Mad. Pichon. Corrió en su busca, y le halló en la escalera.

La vecina de Octavio había salido del paso con toda felicidad.

El doctor después de examinar á Duveyrier, tranquilizó á Clotilde: la vida del magistrado no corría peligro. Le hizo la primera cura, y en esta operación estaba ocupado cuando el sacerdote Manduit atraído por el ruido se permitió entrar.

—¿Qué ha pasado? preguntó.

Esta pregunta acabó de exasperar á madame Duveyrier, que prorrumpió en sollozos. No podía dar explicaciones, pero el sacerdote no las necesitaba, porque se hallaba al corriente de todas las miserias que se ocultaban en los hogares de sus feligreses. Al volver á la sala, dominado por una mala

idea, sentía hasta el exceso los pasos que había dado para reconciliar á aquella desgraciada joven, que había vuelto á los brazos de su marido sin haber experimentado el menor remordimiento.

Una idea terrible, le asaltaba. Quizá Dios no aprobaba su conducta. Su angustia se aumentó en presencia del acto que acababa de consumir el magistrado.

Volvió á la habitación del enfermo, y empezó á condenar enérgicamente el vicio; pero el doctor muy ocupado, le apartó diciendo:

—Cuando yo termine, señor cura, dentro de un rato, puede V. curar su alma; pero antes déjeme V. curar su cuerpo. Además, ya ve V. que está desmayado.

En efecto, Duveyrier había perdido el conocimiento, y Clotilde para librarse de los criados que ya no servían, murmuró: Id á la sala, que el señor cura tiene algo que decirnos.

El señor cura no tuvo más remedio que llevárselos, Clemencia é Hipólito le siguieron sorprendidos. Cuando estuvieron solos con el buen sacerdote, inauguró éste sus tareas dirigiéndoles exhortaciones un tanto embrolladas, puesto que les decía:

—El cielo recompensa la buena conduc-

ta, mientras que el pecado conduce al infierno. Todas las épocas son buenas para poner término al escándalo. La sorpresa de los criados, al oírle, crecía de punto. No sabían á qué quería aludir el sacerdote.

¿Se refería á los hurtos domésticos que guardaban en sus baules, ó á las botellas de vino que todas las noches subían á su cuarto para alegrarse?

—Hijos míos, concluyó por decir el sacerdote, estáis dando un mal ejemplo. El mayor crimen es pervertir á los demás y entregar á la murmuración y á la deshonra la casa en que se habita. Vivis en una situación imperfecta, que no es un secreto para nadie.

Al comprender los criados que se trataba de su situación ilegal, respiraron.

Si no era más que aquello, ¡para qué asustarlos de aquella manera!

—¡Bah! dijo Clemencia dirigiendo á Hipólito una mirada cariñosa, todo ha concluido, señor cura, ya nos hemos reconciliado; éste me lo ha explicado todo.

El sacerdote á su vez mostró un asombro lleno de tristeza: No me comprendéis hijos míos, añadió. Lo que yo os digo, es que no podéis continuar viviendo juntos. Oyendo á

Dios y á los hombres, es preciso que os caséis.

Su asombro al oírle fué inmenso.

—Casarnos, ¿para qué!

—Yo no quiero, dijo Clemencia, tengo otros planes.

Entonces el cura procuró convencer á Hipólito.

—Vamos, hijo mío: V. que es un hombre, decidala; háblela V. de su honor. Porque os caséis, ¿no cambiará en nada vuestra vida!

El criado se reía maliciosamente, y por último, bajando los ojos, dijo:

—Lo que es por mí no habria ningún inconveniente; pero el caso es que ya estoy casado.

Esta respuesta dejó frío al pobre sacerdote. Sin añadir una palabra más, recogió velas.

Clotilde, que acababa de oír las últimas declaraciones de los criados, les dió orden para que se fueran y así lo hicieron, con la cara muy seria, pero retozándoles la risa en el cuerpo.

El cura, después de una breve pausa, se quejó amargamente.

¿Por qué le habian expuesto al descalbro que acababa de sufrir? ¿Para qué renovar cosas que era mejor dejar dormidas?

Pero Clotilde se encogía de hombros y no daba importancia á la situación de sus criados, porque otras cosas la preocupaban más. Tampoco era cosa de despedirlos, porque si así lo hacía, aquella misma noche se sabría en todo el barrio la historia del suicidio.

—Recomiendo para el enfermo la quietud más absoluta, dijo el doctor, saliendo de la habitación de Duveyrier. La cara le quedará bien. No tenga V. cuidado, señora. Y volviéndose hacia el sacerdote, añadió: mi querido amigo, ya le sermonearé V. en otra ocasión; todavía no se le entrego. Si vuelve V. á San Roque le acompañaré un rato.

Los dos salieron.

A pesar de todo, la casa habia recuperado su calma y su majestad ordinarias.

Mad. Juzeur se habia quedado un poco en el cementerio, procurando seducir á Troublot, leyendo en su compañía las inscripciones de los sepulcros; y á pesar de su poca afición á las coqueterías sin consecuencias, no tuvo más remedio que llevarla en coche á la calle de Choiseul. La triste aventura de Luisa llenaba á la pobre señora de melancolía. Al llegar á la casa hablaba todavía de aquella desgraciada, á quien habia conducido de nuevo al Hospicio, exponiendo su des-

aliento al perder la esperanza de poder tener una criada virtuosa. Después en la puerta de la casa concluyó por invitar á Troublot á que fuese á visitarla alguna vez; pero él se excusó, alegando sus muchas ocupaciones.

En aquel instante pasó la otra Mad. Campardon, y al saludarla, la portera la dió la noticia del feliz parto de Mad. Pichon, y todos fueron de la opinión de M. y Mad. Vuillaume. Tres hijos, tratándose de una familia de empleados, era una verdadera locura, y la misma portera dió á entender que, si llegaba el cuarto, hasta el mismo casero la echaría de la casa, porque tanta familia perjudicaba al inmueble.

Todos callaron. Una señora cubierta con un velo y trascendiendo á verbena pasó por el vestibulo, afectando no ver á nadie.

Por la mañana el portero lo había preparado todo en casa del distinguido inquilino del piso tercero, para que pudiera trabajar durante la noche.

Casi al mismo tiempo gritó: «Mucho cuidado; nos van á atropellar.»

En aquel instante pasaba el carruaje de los vecinos del segundo: los caballos piafaban. El padre y la madre, desde el fondo del carruaje sonreían á sus hijos, dos her-

mosos niños, cuyas manos se disputaban un precioso ramo de bellisimas flores.

—¡Qué gentes! murmuró el portero furioso. No han sido para ir al entierro: se dan un tono... y sin embargo, si uno hablara....

—Pues, ¿qué sucede? preguntó Mad. Juzeur, con mucho interés.

Entonces M. Gourd contó que había ido la policia á su casa, y que el vecino del piso segundo había escrito una novela tan escandalosa, que debían meterle en la cárcel.

—Escribe horrores, añadió. Todas las páginas de su libro no son más que una colección de picardias contra la gente honrada. Hasta se dice que ha pintado en él al casero, al mismo M. Duveyrier, y que le pone que no hay por dónde cogerle.

—Hace bien en ocultarse y en no tratar á nadie de la casa, indicó Mad. Juzeur.

—Y vean ustedes lo que son las cosas: una gente así tiene coche y gana un dineral.

Troublot, manifestó por su parte que no leía novelas, y la otra Mad. Campardon explicó que no entendía de literatura.

En esto se oyeron en el fondo del patio las más abominables interjecciones.

—Gran puerca, antes estabas muy contenta de tenerme á tu lado para que pusiera en salvo á tus queridos, decía una voz.

Era Raquel, á quien Berta acababa de despedir, que en la escalera de servicio desahogaba su bilis con aquellas palabrotas.

De pronto, aquella muchacha, mirada y respetuosa, á quien las otras criadas no podían obligar á cometer la menor indiscreción se desbordó, prorrumpiendo en improprios contra sus amos. Fuera de sí, al ver que volvía al hogar la esposa pródiga, porque después de la separación robaba á sus anechas en la casa, se puso furiosa cuando la dijeron que fuese á buscar un mozo para que se llevara su baul.

Berta escuchaba sus insultos desde la cocina, completamente trastornada, mientras que Augusto en la puerta, queriendo dar señales de autoridad, recibía á quema ropa, las más groseras frases y las acusaciones más terribles.

—Si, si, continuaba la criada, del todo descompuesta, ahora me tratas mal; pero no hacías lo mismo cuando ocultaba tus picardías al bonachón de tu marido.

Berta, agobiada por todas aquellas acusaciones, se dirigió á una de las habitaciones interiores, mientras que Augusto hacia frente á aquel energúmeno de mujer, pálido y tembloroso.

Al oír aquellas sucias revelaciones, no en-

contraba más frases para contestarla, que la de:

—¡Desgraciada! ¡desgraciada!; expresando de este modo su angustia al saber los detalles del adulterio, precisamente en el momento en que acababa de perdonar á la culpable.

Al ruido abrieron las puertas de la escalera de servicio todas las criadas, poniéndose á escuchar, sin perder una sola sílaba.

¡Qué cosas diría Raquel, cuando á sus mismas compañeras les pareció que iba más allá de lo regular!

Lisa, al cerrar la puerta para retirarse, resumió la cuestión de sus demas colegas, diciendo:

—¡Bah, bah, se murmura de los amos á sus espaldas, pero ponerlos así en su cara, es demasiado!

La criada despedida, en su desesperación, dirigió acusaciones, no sólo á sus amos sino á los demás vecinos de la casa, sin perdonar al portero, el cual retirándose, como las criadas, á medida que les llegaba el turno, entró en la portería, murmurando:

—Es cosa perdida: ¡á una mujer furiosa, no se la puede hacer entrar en razón!

Mad. Juzeur, sintiéndose profundamente herida en su susceptibilidad, al escuchar

aquel lenguaje destemplado se impresionó de tal manera, que Troublot, á pesar suyo, tuvo que acompañarla á su habitación, temiendo que se desmayase en la escalera.

¡Qué desventura! Las complicaciones se arreglaban; ya no había motivo para escándalos; la casa recuperaba el aspecto de honestidad que antes tenía, y en aquel momento tan propicio, la miserable de Raquel destruía la paz y la tranquilidad.

—Yo no soy más que una criada, añadía, pero al menos soy honrada, y ninguna señora de las más señoras de la casa me llega á mi á la suela del zapato. Salgo de aquí con el mayor gusto, porque de ver tanta inmundicia, hasta tengo el estómago malo.

El cura Manduit y el doctor Juillerat, que bajaban la escalera lentamente, habían oído las acusaciones de la doméstica.

A las voces siguió el silencio. El patio quedó solo; la escalera desierta. Reinaba un silencio lleno de dignidad.

En el vestíbulo se hallaba el cura, y exclamó:

—¡Qué tristeza! ¡Cuántas miserias!

El médico se encogió de hombros, diciendo:

—Así es la vida.

Cuando el uno y el otro salían juntos de

cualquier casa, después de asistir á una agonia ó á un nacimiento, solían hacerse estas reflexiones. A pesar de sus opuestas creencias, estaban de acuerdo acerca de las infelicidades y miserias humanas. Los dos poseían los mismos secretos. Si el sacerdote recibía la confesión de aquellas señoras, el doctor, desde hacía treinta años asistía á las madres y á las hijas en sus achaques y en sus debilidades.

—¡Dios las abandona! exclamó el cura.

—No mezcléis para nada en estas cosas á Dios, dijo el médico. Todo es cuestión, ó de falta de salud ó de falta de educación.

Y sin dejar al sacerdote formular su opinión, acusó al Imperio de ser la causa de aquel triste estado social; con la República, las cosas irían de mejor manera. Pero en medio de sus preocupaciones, hijas de una mediana inteligencia, no dejaba de hacer observaciones juiciosas en su calidad de hombre práctico, censurando la educación que se daba á las mujeres, atribuyendo á ella sus caídas y demostrando que, en otras producciones los mismos efectos la neurosis, causa de las pasiones que las agitaban.

Después de exponer sus teorías sobre este punto, volviendo á lo que había indicado, expresó sus sentimientos con una frase.

—Yo soy más religioso que V., concluyó por decir al cura.

El sacerdote parecía escucharle, pero en realidad no le hacía caso, preocupado como estaba, con las escenas que acababa de presenciarse.

—Si son inconscientes, que el cielo les perdone, dijo.

Los dos salieron de la casa y siguieron por la calle nueva de San Agustín. El temor de haber hablado demasiado les hizo permanecer mudos.

Al llegar al final de la calle vieron á madame Hedouin que, de pié en la puerta de su tienda, los saludó con una sonrisa.

Detrás de ella estaba Octavio.

Aquella mañana, después de una larga conversacion, habian resuelto casarse en el próximo otoño. Esta resolución les habia llenado de alegría.

—Buenos días señor cura, dijo alegremente Mad. Hedouin. Siempre de prisa doctor, ¿no es verdad?

El último la felicitó por su buena salud, y ella añadió:

—¡Oh! si no hubiera en el mundo más enfermos que yo, no haria V. negocio.

Hablaron algunos instantes. El médico indicó que María habia salido de su cuidado

con toda felicidad, y Octavio manifestó gran alegría al saberlo.

Cuando se enteró de que habia tenido una tercera hija, exclamó:

—Por lo visto no se les logra su deseo de tener un varón. Los padres de la mamá no van á ablandarse esta vez.

—De ningún modo, dijo el doctor, están tan indignados, que han llamado á un notario para arreglar las cosas de manera que no puedan heredar sus hijos ni siquiera los muebles.

Con este motivo bromearon un rato; sólo el sacerdote permaneció silencioso.

Mad. Hedouin le preguntó si se sentia enfermo.

Contestó que estaba muy cansado, y que se retiraba á buscar un poco de reposo.

Siguió con el doctor por la calle de San Roque, y delante de la iglesia, dijo el segundo al primero:

—¿Supongo que no estará V. contento de esa feligresa?

—¿De quién? preguntó el sacerdote sorprendido.

—De Mad. Hedouin: no se cuida para nada ni de V., ni de mí. No necesita ni de Dios, ni de la medicina.

Y después de pronunciar estas palabras

se alejó, mientras el cura entraba en la iglesia.

La claridad penetraba por las anchas ventanas del templo, á través de los cristales opacos con líneas amarillas y azules. Ni el menor ruido, ni el más insignificante movimiento, turbaba la paz de la nave desierta. Una claridad tranquila bañaba los mármoles, las arañas de cristal y el púlpito dorado. Parecía que allí reinaba el orden y el esplendor de un salón de la clase media, á cuyos muebles se han quitado las fundas para una gran recepción que va á verificarse. Sólo una mujer delante de nuestra Señora de los Dolores oraba. Las velas de las ánimas ardían. El cura Manduit quería subir á su habitación, pero el gran trastorno que sentía y una necesidad de desahogarse, le hicieron entrar en el templo y permanecer allí algunos instantes.

Le parecía que Dios le llamaba con voz lejana y confusa, para darle órdenes que no podía comprender. Lentamente atravesó la iglesia procurando calmar su alarma, cuando de pronto y al pasar por detrás del coro, un espectáculo sobrehumano acabó de perturbar su ánimo. En la capilla de la Adoración, cuyas siete lámparas de oro, los candelabros de oro y el altar de oro, brillaban

á favor de las sombras que proyectaban los vidrios de colores, se le apareció Cristo crucificado en la cruz entre Maria y Magdalena. Las estatuas blancas alumbradas por una luz invisible, parecían avanzar hacia él, haciendo de la muerte del Redentor y de las lágrimas de aquellas santas mujeres, un símbolo divino de eterno dolor.

El sacerdote cayó de rodillas.

Aunque bajo su dirección y con sus consejos se habían llevado á cabo las obras en aquella parte del templo, no había visto el efecto de las estatuas, porque acababan de quitar los andamios. Así es que le sorprendió ver la obra concluida; y en la situación en que estaba su espíritu, nada de extraño tenía que se conmoviera profundamente.

En aquellos momentos creía oír la voz de Dios, y se inclinaba ante aquel grupo, desgarrado por la duda y torturado por la idea de que quizá era un mal sacerdote. ¡Había llegado ya la hora de no cubrir más con el manto de la religión las llagas de este mundo miserable!

¿Debía negar en lo sucesivo, apoyo á la hipocresía de sus feligreses, y dejar de ser una especie de maestro de ceremonias para regularizar el orden y tratar de extirpar el vicio que tanto abundaba?

¿Había de consentir que todo se desmoronase, á riesgo de que él mismo cayera bajo los escombros del edificio?

Si; tal debía ser la orden que recibía del Altísimo, porque le faltaban fuerzas para ir más adelante en aquella vida de concesiones á la miseria humana, á la indignidad, al vicio.

Las desdichas que había presenciado en toda aquella mañana, sofocaban su corazón; y con la mano ardorosa extendida hacia el cielo, imploraba perdón para sus mentiras, perdón para sus complacencias cobardes.

El temor de Dios se apoderaba de su espíritu, veía que el Todopoderoso le prohibía abusar una vez más de su nombre, y que estaba resuelto á exterminar á los culpables.

Todas las tolerancias del hombre de mundo, desaparecían ante el temor que agitaba a su conciencia, y no le quedaba más que la fe del creyente atemorizada bajo la incertidumbre de su salvación.

—¡Oh señor! exclamó.—¿Cuál es el camino que debo seguir en medio de esta sociedad, que corrompe hasta al sacerdote?

Entonces el cura Manduit, con los ojos fijos en el Calvario, comenzó á sollozar. Lloraba como María y Magdalena, lloraba el fin de todo, la verdad muerta, el cielo vacío!

IX.

En Diciembre, al finalizar el octavo mes de luto, consintió Mad. Jossierand por primera vez, en aceptar un convite. Era, por lo demás, una comida en casa de los Duveyrier, una fiesta íntima de familia, con la que Clotilde se proponía inaugurar aquel año sus reuniones de los sábados. Con este motivo anunció á Adela la vispera por la noche, que al día siguiente tendría que bajar á ayudar á Julia. Aquellas señoras, en los días de recepción, se prestaban mutuamente los criados.

—Sobre todo, procure V. no hacerse la remolona, le dijo Mad. Jossierand. Desde hace algún tiempo parece que se le pasea á V. el alma por el cuerpo, está V. desmadejada... en fin, noto algo, y eso que está V. gorda.

Lo que le pasaba á Adela era que estaba en el noveno mes de su embarazo. Durante

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Había de consentir que todo se desmoronase, á riesgo de que él mismo cayera bajo los escombros del edificio?

Si; tal debía ser la orden que recibía del Altísimo, porque le faltaban fuerzas para ir más adelante en aquella vida de concesiones á la miseria humana, á la indignidad, al vicio.

Las desdichas que había presenciado en toda aquella mañana, sofocaban su corazón; y con la mano ardorosa extendida hacia el cielo, imploraba perdón para sus mentiras, perdón para sus complacencias cobardes.

El temor de Dios se apoderaba de su espíritu, veía que el Todopoderoso le prohibía abusar una vez más de su nombre, y que estaba resuelto á exterminar á los culpables.

Todas las tolerancias del hombre de mundo, desaparecían ante el temor que agitaba a su conciencia, y no le quedaba más que la fe del creyente atemorizada bajo la incertidumbre de su salvación.

—¡Oh señor! exclamó.—¿Cuál es el camino que debo seguir en medio de esta sociedad, que corrompe hasta al sacerdote?

Entonces el cura Manduit, con los ojos fijos en el Calvario, comenzó á sollozar. Lloraba como María y Magdalena, lloraba el fin de todo, la verdad muerta, el cielo vacío!

IX.

En Diciembre, al finalizar el octavo mes de luto, consintió Mad. Jossierand por primera vez, en aceptar un convite. Era, por lo demás, una comida en casa de los Duveyrier, una fiesta íntima de familia, con la que Clotilde se proponía inaugurar aquel año sus reuniones de los sábados. Con este motivo anunció á Adela la vispera por la noche, que al día siguiente tendría que bajar á ayudar á Julia. Aquellas señoras, en los días de recepción, se prestaban mutuamente los criados.

—Sobre todo, procure V. no hacerse la remolona, le dijo Mad. Jossierand. Desde hace algún tiempo parece que se le pasea á V. el alma por el cuerpo, está V. desmadejada... en fin, noto algo, y eso que está V. gorda.

Lo que le pasaba á Adela era que estaba en el noveno mes de su embarazo. Durante

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

algun tiempo, también ella había creído que engordaba, no sin asombro, porque la tenían poco menos que en ayunas; y su misma ama la exhibía á sus amigos, como una protesta contra los rumores que corrían de que tenía rabiando de hambre á la pobre doméstica.

Cuando en medio de su estupidez comprendió Adela su desgracia, se desesperaba al oír á su ama ponderar su robustez y atribuirle á la abundante alimentación que le daba; pero al mismo tiempo se horrorizó. Recordando las ideas que había adquirido en su aldea, se creyó condenada; y á cada instante temía que la justicia fuese á prenderla si confesaba su falta. Ocultar su estado fué desde entonces todo su prurito, y no es posible figurarse los esfuerzos que hacía para disimular las náuseas, los fuertes dolores de cabeza y las demás indisposiciones que á cada instante padecía. Dos veces creyó morir delante del fogón, al mismo tiempo que se ocupaba en sus faenas de cocinera.

Por fortuna, su vientre se ensanchó sin abultarse demasiado, y su ama, no sólo no sospechó lo que la pasaba, sino que tuvo ocasión de enorgullecerse de su gordura.

La infeliz se apretaba el corsé hasta el punto de asfixiarse; pero de todos modos,

cuando tenía que fregar la cocina sentía un peso enorme. Los dos últimos meses sufrió con heroico silencio los más atroces dolores.

La noche en que recibió las órdenes de su ama, subió á su cuarto á acostarse á cosa de las once. La idea del auxilio que debía prestar al día siguiente á la cocinera de madame Duveyrier, la aterrorizaba. Y no podía, no... vamos, le era imposible... estaba derrengada.

A pesar de todo, no podía imaginarse cuándo llegaría para ella el momento de librar y no quería ni pensar en aquel terrible instante, prefiriendo conservar aquel peso y aquellos dolores, con la esperanza de que la Providencia la ampararía. Así es que no había hecho preparativos de ningún género, ignorante de los síntomas como estaba, é incapaz, como era, de hacer el menor cálculo.

Se acostó, pero no podía parar, y como caía una fuerte helada, apagó la bujía, se arropó bien y procuró entrar en calor. Había logrado trasponerse, cuando unos dolores semejantes á ligeros alfilerazos, la hicieron abrir los ojos. Al pronto le pareció que le picaban moscas en el vientre, cerca del ombligo: después cesaron las picaduras, y como estaba acostumbrada á sufrir los trastornos más extraños é inexplicables, no

hizo caso de aquello. Al cabo de media hora de un sueño fatigoso, un dolor sordo la despertó de nuevo. Entonces se enfureció. ¿Iban á volver los calambres y los dolores de vientre que tanto la habian atormentado? ¡Bonita estaría al día siguiente, después de pasar la noche en claro! Sentía una pesadez tan grande en el bajo vientre, que temió verse atacada de un fuerte cólico. Sin embargo quiso resistir, se dió friegas y se calmó; pero un cuarto de hora después experimentó un nuevo dolor con mayor violencia.

—¡Maldito sea...! dijo á media voz, decidiéndose á levantarse.

En medio de la oscuridad buscó el orinal, se sentó é hizo los mayores y más inútiles esfuerzos. El cuarto estaba helado y la infeliz tiritaba de frio.

Al cabo de diez minutos se apaciguaron los dolores y volvió á acostarse, pero no tardaron en volver á mortificarla: se levantó, repitió los esfuerzos, se acostó otra vez y descansó unos cuantos instantes.

Después sintió un retortijón tan fuerte, que la obligó á levantarse á escape. ¡Podía darse estupidez mayor! ¿Tenía ó no necesidad? Los dolores persistentes, casi continuos, producian en ella terribles sacudimientos, como si una mano brutal dentro

de su vientre estrujase sus intestinos. Entonces comprendió lo que la pasaba, y experimentando un temblor violento, balbuceó, arrojándose con la manta:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Con que llegó el momento!

Una angustia mortal se apoderó de la desdichada, sentía deseos de andar, y no pudiendo permanecer en la cama encendió la bujía, y se puso á dar vueltas alrededor del cuarto. Su lengua se secaba; una sed ardiente la devoraba, al mismo tiempo que sus mejillas ardían, como si las hubiesen aplicado ascuas de fuego. Cuando una contracción la encogía, se apoyaba en la pared, ó se asía á algún mueble para no caerse.

El tiempo pasaba en aquella agonía, sin que la infeliz se atreviese á calzarse para no hacer ruido. Sólo un viejo mantón cubría sus hombros.

Dieron las dos, y luégo las tres.

—¡No hay Dios! ¡no hay Dios! murmuraba, en la necesidad que tenía de hablar y de oír alguna voz, para hacerse la ilusión de que no estaba sola. ¡Esto es demasiado largo, no promete acabar!

Sin embargo, el trabajo de preparación avanzaba, el peso que sentía bajaba fatalmente, como obedeciendo á la ley de la gra-

vedad. Hasta en los instantes en que los dolores la dejaban respirar, sufría en el vientre un dolor penetrante y continuo. Para hallar alivio se apretaba las caderas, y se las sostenía al mismo tiempo que andaba de un lado á otro; sin más abrigo que su corta camisa de lienzo crudo, el viejo mantón y las burdas medias, que le llegaban hasta la rodilla. ¡No, no había Dios! Su devoción se sublevaba, su resignación de bestia de carga, que la había hecho aceptar su embarazo como un trabajo más, se acababa por instantes. No era bastante vivir rabiando de hambre, ser considerada como un guñapo sucio y asqueroso, sobre el que todos los de la casa caían con ensañamiento... era preciso que los amos la hubieran puesto en aquel estado. ¡Ah! ¡los puercos! Y lo que es ella no podía decir de quién era aquel regalo, si del joven ó del viejo, porque Duvyrier, para consolarse de los desaires de Clarisa, la había llamado después del martes de Carnaval. De todos modos, ni el uno ni el otro se cuidaban de ella. Después de haberse divertido la dejaban el dolor. ¡En buena ley debía ir á parir á la puerta de su casa, para ver qué cara ponían! Pero al pensar así, se apoderaba de ella el terror: serian capaces de llevarla á la cárcel y mejor era devorar en si-

lencio la afrenta y los dolores. Con voz ahogada repetía, en medio de las crisis que sufría:

—¡Puercos! ¡Vosotros sois los que debierais hallaros en mi caso y sufrir lo que yo! ¡Dios mío! ¡Yo me voy á morir!

Y con las manos crispadas se estrujaba más y más las caderas, conteniendo los gritos que exhalaba su pecho y andando sin cesar.

En torno suyo, todo permanecía tranquilo y silencioso: sólo oía en el cuarto de Julia un ronquido grave, y en el de Lisa un ronquido agudo y continuo.

Dieron las cuatro, cuando de pronto creyó que su vientre estallaba. En medio de un dolor intenso, hubo una ruptura, y sus piernas se inundaron de un líquido extraño. Permaneció un momento inmóvil, aterrorizada, estupefacta... le parecía que por allí iba á desangrarse completamente. Pero experimentó un dulce reposo, y se sentó sobre un baul. Inquietábala que se hubiese manchado el suelo. Al mismo tiempo la bujía iba á acabarse. Después, no pudiendo andar, y comprendiendo que llegaba el término, tuvo fuerza para extender en la cama un viejo hule que había sobre la mesa donde tenía los peines y la palangana. Apenas se acós-

tó, cuando empezó el trabajo de expulsión.

Entonces, durante hora y media, sufrió dolores, cuya violencia aumentaba sin cesar. Las contracciones interiores habían terminado: ella era la que recurría á los músculos del vientre y de los riñones, para librarse de un peso que la mortificaba. Dos veces más experimentó el deseo ilusorio de levantarse buscando el orinal con su mano febril, y á la segunda estuvo á punto de caer en el suelo. A cada nuevo esfuerzo sentía un doloroso calambre, su cara ardía, un sudor frío la inundaba al mismo tiempo que mordía las sábanas para ahogar sus quejidos. Después de cada esfuerzo, balbuceaba:

—No es posible... no saldrá... es demasiado grande.

La infeliz se apoyaba con las manos en la cama de hierro, que agitaba con sus atroces sacudidas.

El parto se verificaba por fortuna en las mejores condiciones. La criatura se presentaba de cabeza. En algunos momentos el cráneo que salía quería volver á entrar, rechazado por la elasticidad de los tejidos distendidos hasta el punto de romperse: los dolores parecían oprimirla con un cinturón de hierro. Al fin los huesos crugieron, le pareció que toda se descuajaba, y que su vida

entera se iba por aquella espantosa abertura. En aquel instante, cayó el niño en la cama entre sus piernas en medio de un charco de excrementos y de aguas sanguinolentas.

Lanzó un grito, el grito furioso y triunfante de las madres, y á poco oyó en los cuartos próximos voces que decían: «¿Qué pasa? ¿asesinan á alguien?» Inquieta al oír aquello, mordió de nuevo las sábanas; juntó las piernas y cubrió con la manta al niño que gemía. Poco después volvió Julia á roncar, y en el aposento de Lisa no se oía más que la leve respiración de un sueño tranquilo. Entonces disfrutó durante un cuarto de hora un dulce consuelo, una calma, un reposo apacibles. Estaba como muerta, y gozaba al no sentir nada.

Después volvieron los dolores, y se apoderó de ella un miedo terrible. ¿Iba á dar á luz otra criatura? Lo peor era, que al despertarse de aquel letargo se había encontrado á oscuras. ¡Qué horrible situación! Sin luz y verse allí sola, en medio de un lago, y con algo gelatinoso entre los muslos sin saber qué hacer de aquello. ¡Había médicos para los perros y para ella no! ¡La pobre debía perecer allí sola con la criatura! Se acordó de que había asistido al parto de

María Pichon, y esto llevó á su memoria los cuidados de que fué objeto el recién nacido. El suyo no gemía, alargó la mano, buscó, y encontró una especie de cordón que le salía del vientre. Entonces recordó que aquello se cortaba y se ligaba. En medio de la oscuridad, cogió su saya, sacó del bolsillo unas tijeras, cortó una cinta de un delantal é hizo la operación como Dios la dió á entender. Después, muy fatigada, se acostó. En cuanto al niño, pobrecito, su ánimo era no matarle.

Pero los dolores continuaron, sentía aún algo que necesitaba expeler. Tiró del cordón que había cortado al niño, primero suavemente, después con fuerza, y acabó por sacar la placenta, que arrojó al orinal. Gracias á Dios, todo había terminado; ya no sufría; sólo sentía escurrir por sus piernas sangre tibia.

Durmió más de una hora. A cosa de las seis, se despertó sobresaltada recordando su situación. El tiempo urgía, y se levantó penosamente. La luna alumbraba el cuarto. Después de vestirse envolvió á la criatura en unos paños viejos, con dos periódicos para cubrirlos, y con todo hizo un paquete. El niño callaba, pero su corazón latía. Habiéndose olvidado de ver á qué sexo pertenecía, deshizo el paquete para cerciorarse. ¡Era

una niña! ¡Una desgraciada más! Carne para un cochero ó un ayuda de cámara, como la pobre Luisa, también abandonada.

Todavía no se habían levantado los erizados, y pudo salir de su cuarto, sin ser vista. En la calle, se dirigió al pasaje Choisseul, allí dejó el paquete, y pudo volver sin experimentar ningún tropiezo. ¡Por fin había tenido suerte una vez en su vida!

En seguida arregló el cuarto, ocultó el hule debajo de la cama, vació el orinal y volvió á fregar el suelo. Extenuada, pálida como la cera y sintiendo la sangre que escurría por sus muslos, volvió á acostarse después de ponerse una tohalla para contener la hemorragia.

De esta suerte la encontró Mad. Josserand cuando subió á cosa de las nueve, sorprendida de no haber visto bajar á la criada.

Adela dijo que había tenido aquella noche un cólico horroroso, y que estaba extenuada.

—Se habrá V. atiforrado como de costumbre, dijo Mad. Josserand.

A pesar de todo, inquieta al ver su palidez, habló de llamar al médico, pero se consideró muy feliz por ahorrarse los tres francos que hubiera costado la visita, cuando la enferma juró y perjuró que lo único que necesitaba era reposo.

Después de la muerte de su marido, vivía Mad. Josserand con su hija Hortensia de una pensión que los hermanos Bernheim las daban, lo que no era obstáculo para que los acusasen de explotadores. A fin de no renunciar al cuarto en que habitaban, ni á sus reuniones de los martes, sacrificaban á esta vanidad su alimentación.

— Pues nada, duerma V., dijo á la criada, y esté tranquila. Anoche quedó carne fiambre; con ella tenemos para el almuerzo, y hoy por fortuna, comemos fuera de casa. Si no puede V. bajar á ayudar á Julia, se arreglará ella sola como Dios la dé á entender.

La comida en casa de Duveyrier, fué muy cordial. Toda la familia estaba reunida: los dos matrimonios Vabre, Mad. Josserand, Hortensia, León y hasta el tío Bachelard que se mostraba más tratable que de costumbre. Además, habían sido invitados Troublot, para que ocupase un puesto, y Mad. Dambreville para no separarla de León. Éste después de su matrimonio con la sobrina, había vuelto á hacer la corte á la tía por que necesitaba de ella.

Los dos iban juntos á todas partes, y excusaban á la joven esposa diciendo que la retenía en casa, unas veces la pereza y otras alguna ligera indisposición.

Aquella noche todos se condolieron de no verla con más frecuencia. ¡Era tan bella y tan amable!

Después se habló del coro que Clotilde debía hacer cantar al final de la recepción, que no era otro que el de la *Bendición de los puñales*; pero entonces, con cinco tenores, es decir, con todos los elementos que requería.

Desde hacia dos meses, el mismo Duveyrier completamente repuesto, repetía á sus amigos la misma fórmula:

— No se les ve á ustedes. Vengan ustedes á vernos á menudo. Mi mujer prepara nuevos coros.

Así es, que desde el momento en que principió la comida, no se habló más que de música, reinando la más agradable franqueza hasta el momento de beber el champagne. Después tomaron el café, y mientras las señoras permanecían alrededor de la chimenea del salón, se formó en un gabinete contiguo un grupo de hombres que se pusieron á hablar de cosas graves.

Los convidados á la reunión llegaban.

No tardaron en hallarse allí Campardon, el cura Manduit, el doctor Juillerat y los demás comensales, excepto Troublot que desapareció al terminar la comida.

Como era natural, hablaron de política. Los debates de la Cámara afectaban á aquellos caballeros. Mostrábanse inquietos por el triunfo que había obtenido en las últimas elecciones la clase media.

—No niego, señores, dijo León, que M. Thiers es un hombre de talento, pero ha demostrado en su discurso contra la expedición de México, una acrimonia que quita á sus palabras toda la importancia que pudieran tener.

Acababa de obtener una posición oficial, gracias á los pasos que había dado Mad. Dambreville, y por esta razón se mostraba ministerial. Ya no había nada en él del demagogo hambriento, á no ser una insostenible intolerancia de doctrina.

—Antes atribuía V. al Gobierno la culpa de todo, y no me extrañaría que hubiese V. votado á M. Thiers, indicó el doctor.

El joven no respondió.

Teófilo mortificado por una difícil digestión, y atormentado de nuevo por sus dudas acerca de la fidelidad de su mujer, exclamó:

—Yo he votado por él. Puesto que los hombres no quieren vivir como hermanos, tanto peor para ellos.

—Y tanto peor para V. ¿no es verdad? dijo Duvoyrier, que desde hacía algún tiem-

po tenía el prurito de pronunciar frases profundas.

Teófilo le miró asustado. Augusto no se atrevió á confesar que había votado también por M. Thiers. Pero la gran sorpresa fué la que produjo Bachelard al hacer una profesión de fe legitimista. Le parecía distinguirse de este modo.

Campardon aprobó su conducta, y dijo que se había abstenido de votar por M. Devinck; el candidato oficial no ofrecía bastantes garantías, bajo el punto de vista religioso. Después, pronunció agrias censuras contra la *Vida de Jesús*, que había publicado Renan poco tiempo antes.

—No es al libro, dijo, sino al autor á quien debería quemarse.

—Es V. demasiado radical, amigo mío, interrumpió el cura con voz conciliadora; mas en efecto, los síntomas son terribles. Se habla de arrojar al Papa de Roma: la revolución está en el Parlamento: caminamos al abismo.

—Mejor que mejor, objetó el doctor Juillerat.

A oírle, todos se sublevaron; pero él renovó sus ataques contra los burgueses, anunció que no tardarían en darles un puntapié cuando le llegase al pueblo la hora del triun-

fo; y sus oyentes le interrumpían con violencia, gritando que la burguesía era la virtud, el trabajo, el ahorro de la nación.

Duveyrrier dominó aquella algarabía, confesando que había votado por M. Devinck, no porque representase sus opiniones, sino porque era la bandera del orden. Sí, las saturnales de la época del Terror podían renacer.

M. Rouher, el hombre de Estado tan notable que acababa de reemplazar á M. Billault, lo había profetizado formalmente desde la tribuna; y continuó con estas pintorescas palabras:

—El triunfo de las oposiciones es el primer golpe que ha recibido el edificio: ¡tened cuidado no os aplaste á todos al desmoronarse!

Los circunstantes callaron, temerosos de haber comprometido su seguridad personal. Veían en su imaginación obreros chamuscados por la pólvora y salpicados de fango, entrar en sus casas, saquear sus gabetas y beberse el vino de sus bodegas.

El emperador merecía una lección, pero ya sentían habérsela dado tan fuerte.

—Tranquíllicense ustedes, dijo el doctor. El país se salvará á cañonazos.

Una vez más, le calificaron sus oyentes

de original, y gracias á esta manera de apreciar su conducta, conservaba la clientela.

Después, continuó tratando con el cura Manduit la eterna cuestión, la próxima separación de la Iglesia.

León que todos los domingos acompañaba á misa á Mad. Dambreville, se puso de parte del sacerdote invocando los decretos de la Providencia.

A todo esto llegaba la gente, y la sala se iba llenando de señoras. Valeria y Berta hablaban como dos buenas amigas.

La otra Mad. Campardon, á quien el arquitecto había llevado sin duda para reemplazar á la pobre Rosa que ya se había acostado y probablemente leía á Dickens, daba á Mad. Josseland una receta económica para lavar la ropa sin jabón, mientras que Hortensia esperaba á Verdier sin quitar los ojos de la puerta.

De pronto, Clotilde que hablaba con madame Dambreville, se levantó y corrió al encuentro de Mad. Mouret.

La boda de ésta con el joven dependiente, se había celebrado al terminar el luto, en los primeros días de Noviembre.

—¿Y tu marido—le preguntó la dueña de la casa—supongo que no faltará á su palabra?

—No, no, respondió Carolina sonriendo, vendrá en seguida; un asunto importante le ha obligado á detenerse.

Todos murmuraban, mirándola con curiosidad. Estaba bella y tranquila; era siempre la misma. Tenia la apacible serenidad de una mujer que consigue cuanto desea. Mad. Jossierand estrechó su mano, muy contenta de volver á verla. Berta y Valeria cesando de hablar pasaron revista á su traje, que consistía en un magnífico vestido de color de paja adornado con encajes.

En medio de la serenidad de aquellas señoras que olvidaban el pasado, Augusto mostraba en su rostro la mayor indignación. ¡Cómo! ¿su hermana recibía al antiguo amante de su mujer? Había en él, al mismo tiempo que los celos del esposo ofendido, algo de la envidiosa cólera del comerciante arruinado por una competencia feliz; porque la tienda de su vecino al dedicarse también á vender sedería, le había obligado á buscar un socio. Mientras que las damas hablaban con Mad. Mouret, se acercó Augusto á su hermana y la dijo al oído:

—Lo que es eso no lo toleraré nunca.

—¿Qué es lo que no tolerarás? preguntó Clotilde, llena de sorpresa.

—Que venga aquí la mujer... pase, dijo.

Ningún mal me ha hecho; pero si se presenta el marido, llamo á Berta y me la llevo delante de todo el mundo.

Clotilde le miró y se encogió de hombros. Carolina era su más antigua amiga y estaba resuelta á continuar tratándola, porque no era cosa de renunciar á aquel afecto por dar gusto á los necios caprichos de su hermano. ¡Quién se acordaba ya de aquella antigua historia! Lo mejor que debía hacer era no sacar á la colada asuntos que á él solo incumbían.

—¿Quieres cubrirte de ridículo? le dijo.

—Por no caer en él es por lo que quiero marcharme, dijo desesperado.

Entonces Mad. Jossierand se acercó á su yerno y le dijo, con voz severa:

—Es V. un imprudente, lo estoy viendo.

Augusto se calló, sin someterse. Desde aquel momento, todas las señoras, unidas más ó menos á él, por lazos de parentesco, se mostraron inquietas. Sólo Mad. Mouret, sentada delante de Berta, y al lado de Clotilde, conservó su risueña tranquilidad.

Las demás observaban á Augusto, que se había ocultado en el hueco del balcón, donde en otro tiempo se había fraguado su matrimonio.

Octavio llegó muy tarde.

Al entrar en la casa encontró á Mad. Juzeur, que bajaba la escalera envuelta en un chal. La buena señora manifestó que sufría del pecho, y que sólo se había levantado para no faltar á la palabra que había dado á los Duveyrier. A pesar de todo, no dejó de estrechar con afecto la mano del joven, felicitándole por su matrimonio.

—Me complace en extremo, le dijo. A la verdad, temía que no hubiese V. conseguido conquistar á esa mujer, ¿qué ha hecho V., picarón, para lograrlo?

Octavio, sonriéndose besó su mano, pero álguien que subía con rapidez le asustó. Creyó reconocer á Saturnino, y era en efecto el pobre muchacho, que había salido hacia una semana del asilo de Ville-Evrard, en donde el director de este establecimiento se negaba por segunda vez á conservarle, afirmando que la enfermedad que tenía no era una locura declarada.

Sin duda iba el pobre demente á pasar la noche en casa de María Pichon, como en otro tiempo, cuando sus padres abrían sus salones á los amigos.

Esto recordó á Octavio la lánguida voz de María al cantar á su hija para dormirla, mientras volvía Julio de acompañar á sus suegros.

—Deseo á V. toda clase de felicidades en su nuevo estado, añadió Mad. Juzeur.

Para no entrar juntos en el salón se detuvo Octavio en la antesala, y á poco vió llegar á Troublot, por el pasillo de la cocina.

—¿Sabe V. que no está muy bién? murmuró, mientras Hipólito conducía á madame Juzeur al salón.

—¿Quién no está bien? preguntó Octavio.

—Adela, la criada del piso tercero.

Al saber su indisposición había subido á verla; y contaba á Octavio los detalles de su enfermedad, cuando se apercibió de que éste le oía con indiferencia.

—¡Ah, es verdad, exclamó, ya está V. casado, no le interesa lo que le digo!

Los dos entraron juntos.

En aquel momento las señoras hablaban de sus criados, y tan preocupadas estaban que no los vieron llegar. Todas aplaudían á Mad. Duveyrier, que explicaba por qué razón conservaba á su lado á Clemencia y á Hipólito. Él era muy brutal; pero ella desempeñaba tan bien las funciones de doncella, que había que hacer la vista gorda sobre lo demás.

Valeria y Berta no podían encontrar una criada á su gusto: Mad. Jossierand murmuraba de Adela, contando nuevos rasgos de

su suciedad y estupidez extraordinarias. En cuanto á la otra Mad. Campardon, colmaba de elogios á Lisa, asegurando que era una perla, no habia nada que echarla en cara.

—La consideramos como de la familia, añadió. Nuestra pequeña Ángela, asiste á las clases del Ayuntamiento, y Lisa es quien la acompaña. Aunque estuvieran juntas días enteros, no nos inquietaríamos.

En aquel momento fué cuando las señoras aperebieron á Octavio. El joven se adelantó á saludar á Clotilde. Berta le miró, y después, sin afectación, continuó hablando con Valeria, que habia cambiado con Octavio una mirada afectuosa de amiga desinteresada.

Mad. Jossierand y Mad. Dambreville le saludaron con simpatía.

—¡Gracias á Dios que le veo á V., dijo Clotilde, con amabilidad! Ya empezaba á temer que no pudiéramos cantar nuestro coro.

Mad. Mouret rió dulcemente á su marido por haberse hecho esperar.

El, la dijo:

—Ya sabes, querida mía, que no ha sido posible venir antes, lo siento en el alma; pero ya estoy á la disposición de V., añadió, dirigiéndose á Clotilde.

Las señoras continuaban mirando con in-

quietud al hueco del balcón, donde se habia refugiado Augusto. Por un instante tuvieron miedo, al verle aparecer en cuanto entró Octavio. Pero todo en su rostro indicaba el triste estado de su salud.

Volviéndose al lado de su hermana, la dijo:

—Arrójale de casa ó nos vamos nosotros.

Clotilde se encogió de hombros nuevamente; y entonces Augusto la dió tiempo para reflexionar, anunciándole que esperaria algunos minutos, tanto más cuanto que Troublot se habia llevado á Octavio al gabinete. Después se acercó á su mujer, y la dijo:

—Si vuelve, te levantas y te vienes conmigo: si no lo haces, puedes volver á casa de tu madre.

En el gabinete, Troublot y Octavio, fueron recibidos con la mayor cordialidad. Si León afectó mostrarse serio, el tío Bachelard y hasta Teófilo parecían declarar que la familia lo habia olvidado todo, puesto que tendieron la mano á Octavio. Este felicitó á Campardon, que condecorado desde el día anterior, llevaba en el ojal una ancha cinta encarnada, y el arquitecto, radiante de alegría le rió, porque no iba de cuando en cuando á visitar á su mujer.

Octavio permanecía sorprendido é inquieto delante de Duveyrier; no le había vuelto á ver desde que se había curado y le chocaba la expresión que había tomado su rostro por efecto de la desviación de la mandíbula, que había sufrido al intentar su cómico suicidio. Cuando le oyó hablar también se asombró, porque su voz había tomado un tono cavernoso.

—¿No le parece á V. que así está mejor, dijo Troublot á Octavio? ahora tiene un aire de majestad, que impone. Oiga V. como habla.

En efecto, los contertulios del gabinete pasaban de la política á la moral y oían los detalles que daba Duveyrier, sobre una causa en la que había sido muy notada su actitud. Hasta se decía que iba á ser nombrado presidente de sala y oficial de la legión de honor, con aquel motivo.

Tratábase de un infanticidio que se había cometido hacia algún tiempo. La desnaturalizada madre, una verdadera salvaje, como él decía, era precisamente su antigua inquilina, la pobre obrera, la mujer pálida y ojerosa, cuyo abultado vientre indignaba á M. Gourd. La miserable había cortado en pedazos á su hijo, para guardarle en una caja de cartón.

Como era natural, había contado á los jurados una historia ridícula: el abandono de su seductor, la miseria, el hambre, una crisis de desesperación ante la criatura á quien no podía alimentar. En una palabra, lo que decían todas. Pero era preciso dar un ejemplo. Duveyrier se felicitaba de haber resumido el debate con claridad, con esa claridad que determina en ocasiones el veredicto del jurado.

—¿Y la condenó V.? preguntó el doctor.

—A cinco años de reclusión, contestó el magistrado, con voz solemne. Ya es tiempo de poner un dique á la desmoralización que amenaza sumergir á Paris.

Troublot tocaba con el codo á Octavio, y los dos recordaban el conato de suicidio de aquel juez tan severo.

—Ya le oye V., murmuró: francamente, repugna, sobre todo cuando se le ve con la toga de administrar justicia.

Abandonando al magistrado, prestaron atención á la conversación de las señoras, que continuaba versando sobre la domesticidad.

Mad. Duveyrier había despedido aquella mañana á Julia, y ante el asombro que al oírlo expresó Mad. Jossierand, añadió que, en honor de la verdad no tenía queja algu-

na respecto de su manera de guisar, pero que, para ella, lo primero y principal era la buena conducta.

Lo que pasaba en realidad era que, advertida por el doctor Juillerat, é inquieta por la salud de su hijo, cuyas debilidades toleraba, tuvo una explicación con Julia, y ésta, en su calidad de cocinera distinguida, no vaciló en manifestar que ya estaba harta de las liviandades del chico. Mad. Jossierand participó en seguida de la indignación de Clotilde. Bajo el punto de vista de la moralidad era inflexible. A no ser porque la puerea de su criada, á pesar de todos sus defectos, era la honradez misma, no la habría conservado ni un momento. Pero en fin, sobre este punto no tenía nada que echarle en cara.

—¡Pobre Adela, murmuró Troublot, enterneciéndose, al recordar á la desdichada doméstica, muerta de frío en su misero cuarto! Después dijo á Octavio al oído:

—Bien podía Duveyrier subir á la infeliz una botella de Burdeos para que se calentase el estómgo.

—Si, amigos míos, continuaba el magistrado, ahí está la estadística que no me dejará mentir, los infanticidios aumentan con espantosa proporción. Se da hoy demasiada

importancia al sentimentalismo, se abusa de la ciencia, sobre todo de la fisiología, con la que muy en breve dejarán de existir el bien y el mal... pero crean ustedes lo que quieran, lo cierto es que la maldad no puede corregirse, es necesario cortarla de raíz.

Esta argumentación se dirigía al doctor Juillerat, quien había querido explicar de una manera científica las causas que habían incitado á la pobre obrera á deshacerse del fruto de su falta. Por lo demás, los contertulios se mostraban severos. Campardon no comprendía el vicio; el tío Bachelard defendía á la infancia; Teófilo indicaba la necesidad de que se hiciera una información acerca de las causas de la inmoralidad reinante; León consideraba la prostitución en sus relaciones con el Estado; y á todo esto, Troublot, contestando á una pregunta de Octavio, le hablaba de la nueva querida de Duveyrier, mujer de alguna edad, pero novelesca, poética, en fin, una romántica trasnochada que le explotaba, divirtiéndose al mismo tiempo con sus amigos; pero salvando bien las apariencias.

De todos los circunstantes, sólo el cura Manduit callaba, con los ojos inclinados hacia el suelo, y el alma poseída de una inmensa tristeza.

Elegó el momento en que debía cantarse el coro de la *Bendición de los puñales*: la sala se llenó. Un oleaje de faldas de todos colores se agitaba, reflejando la viva luz de las lámparas y de los candelabros. Se oían suaves murmullos y discretas risas, y en medio de aquellos instantes de confusión, Clotilde se acercó á su hermano y le riñó con severidad, porque al ver entrar á Octavio, fué al sitio en donde estaba su mujer y la cogió del brazo para obligarla á levantarse.

Dominado por sus penas, y al mismo tiempo por la jaqueca que le atormentaba, se vió cortado ante la actitud de su hermana y de algunas otras señoras, que parecían desaprobar su conducta con la expresión de su rostro. Las miradas severas de Mad. Dambreville y de la otra Mad. Campardon le hicieron comprender que no estaban de su parte; pero sobre todo, la más terrible fué Mad. Jossierand, quien llegando hasta donde estaba su yerno, le amenazó con llevarse á su hija y no darle en la vida los cincuenta mil francos del dote: dote que prometía siempre con gran aplomo. Después, volviéndose hacia el tío Bachelard, que estaba sentado detrás de ella y cerca de Mad. Juzeur, le obligó á renovar sus promesas.

El tío, poniéndose la mano en el corazón, añadió una vez más que, para él la familia era lo primero.

Vencido Augusto, retrocedió, yendo á refugiarse de nuevo en el hueco del balcón, donde apoyó su ardorosa frente sobre los helados cristales. Entre tanto Octavio experimentaba una singular sensación. Su mujer se encontraba allí, sonriéndole, y sin embargo, le parecía que no había pasado nada en su existencia, desde el día en que llegó á París. Troublot le mostró, al lado de Berta el socio de su marido, un rubio que, según decían, la colmaba de regalos. El tío Bachelard, poseído de un acceso de poesía, hablaba á Mad. Juzeur en los términos mas sentimentales, enterneciéndola con las confidencias que le hacía acerca de Fifi y de Guenlin. Teófilo atormentado por la duda y molesto por los ataques de tos que sufría, suplicaba al doctor Juillerat que diese á su mujer alguna medicina para calmar sus nervios. Campardon sin quitar los ojos de la prima Gasparina, hablaba de su diócesi de Evreux, de la nueva calle del Diez de Diciembre; defendía á Dios y á las artes y anunciaba que, ante todo, y sobre todo, era un artista. También estaba en el salón, cerca de una consola, y vuelto de espaldas un

caballero, á quien todas las solteras miraban con la mayor curiosidad.

Era Verdier, que hablaba con Hortensia, aplazando de nuevo su matrimonio hasta la primavera, por no echar á la calle á la madre y al hijo en pleno invierno.

Después comenzó el coro: el arquitecto cantó la primera frase. Clotilde, lanzó en medio de un acorde el grito que la correspondía, y el coro entró de lleno, con tal violencia, que las bujías temblaban y las señoras se estremecían.

Troublot cantaba en la cuerda de barítono. Los cinco tenores gustaron mucho, sobre todo Octavio, á quien Clotilde sentía no haber podido confiar un solo. Cuando las voces fueron apagándose y ella ejecutó pianísimo los pasos cadenciosos y perdidos de una patrulla que se aleja, el numeroso auditorio aplaudió con entusiasmo, llenando de elogios á la inteligente directora y á sus discípulos.

En seguida se sirvió el té, con las pastas de costumbre. Por un momento se encontró solo en medio del salón el bueno del cura Manduit, y desde allí viendo á los convidados alegres, bulliciosos y entregados á los placeres de la gula, sintiéndose vencido sonrió, cubriendo una vez más con el man-

to de su piedad á aquella gente, tan hipócrita como miserable.

Era necesario salvar la Iglesia al menos, puesto que Dios no había respondido á sus gritos de desesperación.

A las doce de la noche fueron los convidados desfilando poco á poco.

Campardon, con la otra Mad. Campardon fué de los primeros en abandonar el salón. León y Mad. Dambreville no tardaron en seguirlos. Verdier se había marchado y madame Jossierand se llevó á su hija Hortensia, sermoneándola por lo que ella llamaba su terquedad novelesca.

El tío Bachelard, que había tomado más ponche del que convenia al equilibrio de su cuerpo, detuvo un instante en la puerta á Mad. Juzeur, cuyos consejos llenos de experiencia le agradaban. Troublot, que había escamoteado algunos terrones de azúcar para llevárselos á Adela, iba á escaparse por el pasillo de la cocina, cuando la presencia de Berta y de Augusto, que llegaron á la antecámara le detuvo, obligándole á fingir que buscaba su paletot.

Pero precisamente en aquel instante, Octavio y su mujer, acompañados por Clotilde se acercaban á pedir los abrigos. La antecámara no era grande y Berta y Mad. Mouret se

hallaron juntas, mientras que Hipólito buscaba los abrigos. Las dos se sonrieron mutuamente. Después, cuando se abrió la puerta, Octavio y Augusto se trataron con la mayor urbanidad, queriendo los dos que el uno saliese antes que el otro. Berta consintió en pasar primero, y Valeria, que se iba también con Teófilo, miró á Octavio con afectuosa expresión de amiga desinteresada. Los dos hubieran podido hacerse todo género de confianzas sin ruborizarse.

—Hasta la vista, dijo Mad. Duveyrier, antes de volver al salón. Octavio se detuvo, al ver en la meseta del piso entresuelo al socio de Augusto que se iba, y á quien Saturnino estrechaba la mano con ternura, llamándolo: *amigo, amigo*.

Un singular movimiento de celos le molestó al pronto. Después se sonrió recordando su pasado, sus amores, toda la campaña que había hecho en Paris, la complacencia de María, su derrota cerca de Valeria, de quien conservaba agradables recuerdos, sus imbéciles relaciones con Berta. Pero, ¡qué le importaba todo aquello! Ya había hecho su negocio, y siguió á la que en el fondo de su alma llamaba todavía Mad. Hedouin.

La casa recobró de nuevo su gran aspecto de dignidad.

Octavio creyó oír á lo lejos las cantinelas de María al dormir á su hija.

En el vestibulo encontró á Julio, que se retiraba. Mad. Villaume estaba indignada y se negaba á hacer las paces con María.

El doctor y el cura salían también discutiendo como siempre.

Troublot subió al cuarto de Adela para cuidarla, y la escalera quedó en silencio, con sus castas puertas cerradas, ocultando en el fondo de las habitaciones las más honestas alcobas.

Era ya la una cuando M. Gourd, á quien su esposa aguardaba en el mullido lecho, apagó el gas. Entonces la casa quedó envuelta en la solemnidad de las tinieblas y como anonadada en la decencia de su sueño. Al día siguiente, al partir Troublot, que había velado con paternal ternura cerca de Adela, se arrastró la infeliz hasta la cocina, para disipar toda sospecha. Una vez allí, abrió un momento la ventana, y oyó la voz de Hipólito, que resonaba en el estrecho patio.

—Puercas, decía, ¿quién ha sido la que ha echado agua? Me habéis estropeado el vestido de la señora.

Había sacado á la ventana un traje de madame Duveyrier, y le encontraba lleno de manchas grasientas.

Al oírle, aparecieron en las ventanas todas las criadas y se disculparon; pero como siempre, resonaron en aquella cloaca las palabras más abominables.

—Yo no he sido, dijo Adela asomando la cabeza.

Lisa la miró.

—¡Calle! ¿Ya estás de pié? la dijo. Creí que las íbas á liar.

—Con efecto, respondió, he tenido esta noche unos cólicos atroces.

—Habrás comido almejas.

Al oírla, todas las demás se rieron á carcajada tendida, mientras la pobre Adela, murmuraba:

—Callad, aún estoy enferma. Si continuáis diciéndome esas cosas, vais á acabar conmigo.

Como era natural, se compadecieron de la pobre muchacha y la emprendieron contra los amos, poniéndolos de ropa de pasaca, al juzgar la reunión que se había celebrado la noche anterior en casa de Duveyrier.

—Ya han hecho las paces, ¿no es verdad? preguntó Victoria, apurando una copa de aguardiente.

—Sí, mujer, sí; respondió Hipólito al mismo tiempo que limpiaba el traje de su

ama. Después de escupirse al rostro los unos á los otros, se lo han lavado, para hacer creer que están limpios.

De pronto callaron, porque se abrió una puerta y las criadas iban á retirarse, cuando Lisa anunció que era Ángela. No había, por lo tanto miedo; la niña podía oírlos. De nuevo formularon las domésticas el odio contra sus amos de que se hallaban poseídas, desahogándose de lo lindo.

Para todas era un consuelo no ser señoras; sobre todo al ver las inmundicias entre que vivían sus amos.

De pronto exclamó Victoria:

—Di, Adela. ¿te has tragado las almejas sin mascarlas?

Esta pregunta excitó de nuevo en las domésticas una hilaridad bestial.

La aludida, débil aún, se estremeció y respondió acremente:

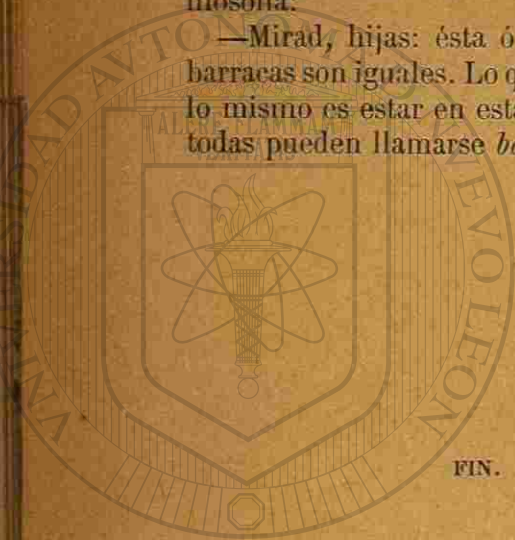
—Cuando os muráis, iré á bailar en vuestro entierro.

—Dichosa tu, dijo Lisa, dirigiéndose á Julia. Al fin y al cabo, aunque te han despedido, eres más feliz que nosotras, puesto que vas á dejar esta barraca. Aquí se vuelve una mala sin querer. Deseo que vayas á parar á mejor sitio.

Julia se acercó á la ventana, y colocándo-

se al lado de Hipólito, que continuaba limpiando el traje, se encogió de hombros, y contestó á sus compañeras con profunda filosofía:

—Mirad, hijas: ésta ó aquella, todas las barracas son iguales. Lo que es hoy por hoy, lo mismo es estar en esta casa que en otra: todas pueden llamarse *basureros*.



FIN.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



